

F. - D. JORET, O. P.

NUESTRA VIDA DOMINICANA

VERSION ESPAÑOLA POR EL P. FR. ALBERTO COLLELL, O. P.



EDICIONES CRUZADA DEL ROSARIO
BARCELONA, BAILÉN, 10

1954

NIHIL OBSTAT:

Fr. JOSEPHUS M.^a DE GARGANTA, O. P.

Fr. ANTONIUS HUGUET, O. P.

Censores

IMPRIMI POTEST:

Fr. JUSTUS FERNANDEZ, O. P.

Prior Provincialis Prov. Aragoniae

IMPRIMATUR:

Valencia, junio de 1954

† JACINTO, Obispo Auxiliar

Vicario General

El original de esta obra se publicó
en 1936 en Editions du Cerf, París,
con el título *Notre vie dominicaine*.

www.traditio-op.org

PRÓLOGO DEL AUTOR

Me dirijo primeramente a vosotros, queridos Hermanos y Hermanas de la Orden Tercera, que en medio del mundo participáis de nuestra vida dominicana. Mis primeras páginas os atañen directamente. Y ellas van precedidas de la Regla que ha sido expresamente compuesta para vosotros.

Pero luego, cuanto trato de caracterizar el espíritu de nuestra familia religiosa, ese espíritu dominicano del que hablamos con frecuencia y cuyo sentido poseemos seguramente, pero que difícilmente podemos definir con claridad, tengo la ambición de prestar un servicio a todos mis Hermanos y Hermanas en Santo Domingo, especialmente a las Hermanas de la Orden Tercera regular.

A cualquier rama de la Orden a que pertenezcamos nos interesa que tomemos conciencia de toda nuestra gran familia, que nos encontremos unidos en el culto del mismo Patriarca, que estemos penetrados de su espíritu.

Todos debemos saber dónde se encuentran las altas fuentes de nuestra vida y la manera tradicional de vivirla, y conocer en particular la forma en que un alma dominicana debe practicar la oración.

Todos tenemos la obligación de marcar toda nuestra vida con el sello de la verdad. «Veritas!» Esta palabra prestigiosa que brilla sobre nuestro escudo resume toda nuestra norma de conducta.

Al evocar la vida de nuestra primera Orden, en donde el espíritu dominicano se realiza con una plenitud especial, creo poder despertar entre nuestros Terciarios un vivo interés por nuestra Orden. No ha mucho uno de ellos hablaba así en una asamblea de Terciarios: «A los probables candidatos no hay que explicarles y ponderarles solamente las excelencias de la Orden Tercera. Hay que hablarles de la

misma primera Orden, de Santo Domingo, de su ejemplo, de su vida, de sus actos, de su espíritu. Al verdadero Terciario lo podríamos definir: un alma verdaderamente dominicana, un alma de monje dominico, a quien por razón de motivos particulares, por circunstancias y obligaciones ineludibles, no le es permitida la observancia de la Regla de la Primera Orden.»

Pueda yo, por medio de este pequeño libro, facilitar el aumento de nuestra querida Orden Tercera y más aún prestar una ayuda, con mi modesto aporte, a todos mis Hermanos y Hermanas en Santo Domingo para vivir en el espíritu de nuestro Padre común.

REGLA DE LOS HERMANOS Y HERMANAS DE LA ORDEN TERCERA SEGLAR DE SANTO DOMINGO

CAPITULO PRIMERO

De la naturaleza y fin de la Tercera Orden

1. La Tercera Orden seglar de los Hermanos Predicadores o la Orden de Penitencia de Santo Domingo, también llamada «Milicia de Jesucristo», es una Asociación de fieles que viven en el siglo, los cuales participando de la vida religiosa y apostólica de la Orden de los Hermanos Predicadores y bajo el gobierno de la misma, se proponen adquirir la perfección cristiana siguiendo la Regla aprobada por la Sede Apostólica.

2. El fin de esta Tercera Orden es la santificación propia o la vida cristiana más perfecta, y el procurar la salvación de las almas por los medios acomodados al estado de los fieles que viven en el siglo.

3. Mas los medios para conseguir este fin, además de los preceptos comunes y obligaciones propias del estado de cada uno, son los siguientes: las observancias prescritas en esta Regla, principalmente la oración continua y a ser posible litúrgica; la práctica de la penitencia; las obras de apostolado en favor de la fe, de la Iglesia y de la caridad, según la condición del estado de cada uno.

4. Las Asociaciones en que se divide la Tercera Orden se llaman Hermandades o Congregaciones. Puede, no obstante, ser admitido alguno en la Tercera Orden por una causa especial sin que sea inscrito en ninguna Hermandad.

5. Las Hermandades no se pueden establecer válidamente sin el consentimiento del Ordinario del lugar, y en cuanto sea posible, sean distintas las de hombres de las de mujeres.

6. Lo que se dice de los «Terciarios», aunque expresado en vocablo masculino, se entiende también por el mismo derecho para las mujeres, a no ser que por el contexto o por la naturaleza de la cosa conste lo contrario.

7. Establézcanse también, en cuanto se pueda, Hermandades de Sacerdotes seculares, los cuales bajo la dirección de algún Padre de la Orden aspiren a la vida apostólica más perfecta.

CAPÍTULO II

De los que han de ser recibidos y de sus condiciones

8. En primer lugar, para que esta Orden prospere y progrese de día en día, lo cual se ve que depende en gran manera de la admisión de los candidatos bien preparados, nadie sea admitido a la Orden Tercera a no ser que, previo diligente examen y prueba suficiente, según el prudente dictamen del Director, conste que es católico, de vida honesta y buena fama, animado de un deseo sincero de aspirar a la perfección cristiana y que también dé esperanzas de perseverar en su buen propósito, sobre todo si es joven. Más aún, como hijo predilecto en el Señor de Santo Domingo, debe ser, según sus alicances, propagador y gran defensor de la verdad católica y profesar especial devoción a la Iglesia y al Romano Pontífice.

9. De este modo bien preparados los fieles de ambos sexos, clérigos o seglares, a excepción, sin embargo, de los religiosos como también de los seglares que ya pertenecen a otra Tercera Orden, solteros o casados, una vez cumplidos los dieciocho años de edad, o por lo menos los diecisiete con licencia dada con justa causa por el P. Provincial, pueden ser admitidos a la Orden Tercera de los Hermanos Predicadores. Los casados ordinariamente no serán admitidos sin antes obtener el consentimiento del otro consorte, a no ser que en ambos o en uno de ellos hubiese causa por la cual, según el juicio prudente, parezca conveniente obrar de otra manera.

10. Pueden recibir en la Orden Tercera:

a) El Maestro General de la Orden o el Prior Provincial dentro de su Provincia;

b) El Director de la Tercera Orden legítimamente instituido en la propia Hermandad, o el Delegado por éste en caso particular, y

c) Todo Sacerdote delegado por el Maestro de la Orden o por el Prior Provincial. No obstante, en los lugares en donde ya está la Hermandad legítimamente establecida semejante Sacerdote no puede hacer uso de la facultad que le ha sido concedida sin consentimiento del Director de la Hermandad o especial licencia del Delegante. La facultad concedida por el Maestro de la Orden es para siempre, pero no la concedida por el Provincial, que necesita ser confirmada por el Provincial siguiente.

11. Para que un candidato sea admitido en determinada Hermandad de la Tercera Orden, además del voto favorable del Director se requiere el consentimiento del Consejo de la misma Hermandad.

CAPÍTULO III

Del hábito de los Hermanos y Hermanas

12. El hábito íntegro de la Tercera Orden, hecho de paño común de lana, consta de túnica blanca, correa de cuero ceñida a la cin-

tura, capa negra y capilla para los Hermanos; de velo y toca de lino para las Hermanas.

13. De ordinario los Terciarios en lugar del hábito de la Orden llevarán debajo de los vestidos seculares, por lo menos, el pequeño escapulario de lana blanca.

14. En las funciones públicas los Terciarios, con consentimiento del Ordinario del lugar, obtenido una vez vale para siempre, pueden llevar el hábito íntegro de la Orden, o las insignias propias según el uso de los lugares. Y si concurren en corporación, deben con sus distintivos proceder bajo la propia cruz.

15. Está prohibido llevar públicamente el hábito íntegro de la Tercera Orden fuera de las funciones religiosas si no es por especial concesión del Maestro de la Orden y con licencia del Ordinario del lugar.

16. Después de la muerte todos los Terciarios pueden amortajarse con el hábito íntegro de la Tercera Orden o también de los Hermanos y Hermanas de la misma Orden.

17. En cuanto al traje secular, sea según las condiciones de la edad y del estado; resplandezca en él, sin embargo, la modestia cristiana, y sobre todo en la forma evítese toda mundana vanidad, como conviene a los siervos y a las esclavas de Cristo.

CAPÍTULO IV

Del modo de recibir a la Tercera Orden y de la bendición del hábito

18. Terminado el tiempo de prueba, el postulante será recibido por el Director o por su delegado ante el altar de la iglesia o en otro lugar conveniente, según el ceremonial propio de la Tercera Orden, estando presentes, por lo menos, algunos de la Hermandad. Mas puede ser recibido el postulante sin testigos cuando no está inscrito a Hermandad alguna.

19. Una vez legítimamente recibido al hábito, por el mismo hecho queda admitido a la participación de todos los bienes espirituales tanto de los Hermanos como de las Hermanas de la Orden.

20. El escapulario debe ser bendecido cada vez que se renueva. Pueden bendecirlo, además de los que tienen la facultad de admitir al hábito, todos los Sacerdotes de nuestra Orden; y en los lugares en los cuales no hay ni religiosos de la Orden ni Director de alguna Hermandad, puede bendecirlo también cualquier Sacerdote aprobado para oír confesiones.

CAPÍTULO V

Del Noviciado y de la profesión

21. Los novicios antes de ser admitidos a la profesión dedíquense, durante un año de prueba bajo la dirección del Maestro de Novicios, a aprender la Regla, a fin de que conozcan sus obligaciones

y se esfuercen en reproducir en sí mismos el espíritu de nuestro P. Santo Domingo.

22. Terminado el año de Noviciado, o antes si las circunstancias especiales del novicio así lo exigen, previo el consentimiento de la mayoría del Consejo de la Hermandad, el novicio será recibido por el Director a la profesión.

23. Los que son recibidos privadamente a la Orden Tercera pueden ser admitidos a la profesión según el juicio prudente del que está legítimamente facultado para ello.

24. La profesión consiste en la promesa formal, pero sin voto, de vivir según la Regla de la Tercera Orden de los Hermanos Predicadores.

25. La profesión se hará del modo siguiente:

«A honra de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la Bienaventurada Virgen María, y de Santo Domingo, yō N. N. ante vosotros, Director y Prior (o Priora) de la Hermandad de la Tercera Orden de Penitencia de Santo Domingo de este lugar, en representación del Rmo. Maestro de la Orden, prometo que quiero vivir en adelante según la Regla y Estatutos de los Hermanos y Hermanas de la misma Orden de Penitencia de Santo Domingo hasta la muerte.»

26. En toda Hermandad para los miembros de la misma tén-gase un libro en que se anoten el nombre del que ha de ser recibido, como también el día de la toma de hábito y de la profesión.

Los que reciben privadamente a los Terciarios, envíen estas mismas informaciones al P. Provincial de la región en que habitualmente el Terciario reside, o también al Superior de quien recibieron la facultad.

27. Los Hermanos de la Tercera Orden, después de hecha semejante profesión, que es perpetua, están obligados a perseverar en esta Orden, y no pueden pasar a otra Tercera Orden sin justa causa.

CAPÍTULO VI

Del Oficio que deberán rezar

28. Los Terciarios recen todos los días, o el antiguo Oficio: «Padre nuestros», o el Oficio parvo de la Bienaventurada Virgen María según el rito dominicano, o el Rosario íntegro de la Bienaventurada Virgen María, o si se hallan impedidos, otro de los Oficios parvos aprobados en la Orden, o la tercera parte del Rosario.

29. Si rezan el antiguo Oficio de los «Padre nuestros», para Maitines digan 28 *Padre nuestros* y *Ave Marias*; para Vísperas, 14; para cada una de las Horas restantes, 7; digan también el Símbolo de los Apóstoles *Credo in unum Deum* al principiar Maitines, antes de prima y al fin de Completas. Los Maitines suelen rezarse en la tarde anterior o por la mañana del mismo día; las Horas menores antes del medio día; Vísperas y Completas antes de acabarse el día; pueden, sin embargo, rezarse en cualquier hora dentro del día con tal que por lo regular no se altere el orden de las Horas.

30. Los Sacerdotes, lo mismo que los ordenados *in sacris*, cumplirán con esta obligación con sólo rezar el Oficio divino; deben, sin embargo, rezar una vez al día el Responsorio *O spem miram*, con versículo y oración, en memoria de Santo Domingo.

31. Los Sacerdotes Terciarios, obtenida dispensa del Rmo. Padre Maestro General, pueden usar el Breviario y Misal según el Calendario de la Orden.

CAPÍTULO VII

De la confesión y Comunión y demás ejercicios de piedad

32. No estando legítimamente impedidos, dos veces siquiera al mes confiesen y comulguen. Y si lo hacen con más frecuencia, y mejor aún si practican la comunión diaria, es de alabar su devoción.

33. Los Terciarios harán todo lo posible por asistir todos los días al sacrificio de la misa y seguir con atención y piedad al Sacerdote celebrante, dedicarse a la oración mental y ocuparse en las obras de piedad conformes al espíritu de la Orden.

34. Profesen también singular devoción y aprecio a la Virgen María, Patrona fidelísima de toda la Orden, como también a su esposo San José, al Patriarca Santo Domingo, a la virgen Santa Catalina de Sena, Patrona de la Tercera Orden, y a todos los Santos y Bienaventurados de la Orden.

35. En las iglesias estén con gran reverencia, sobre todo durante los Oficios divinos, y sirvan de ejemplo a todos los fieles cristianos.

36. Se recomienda en gran manera en todas las Hermandades la práctica de los Ejercicios espirituales, de tres días por lo menos, siquiera una vez al año.

CAPÍTULO VIII

De los ayunos

37. Además de los ayunos y abstinencias prescritas por la Iglesia, los Terciarios que no estén legítimamente impedidos ayunen en las vigiliias de las fiestas del Santísimo Rosario, de N. P. Santo Domingo y de Santa Catalina de Sena. Por lo demás, conservando el espíritu de penitencia de la Orden y de la antigua Regla, se recomienda la guarda del ayuno en los viernes de todo el año y que se ejerciten en las demás obras de mortificación, según consejo, sin embargo, del Director o de un discreto Confesor.

CAPÍTULO IX

De las salidas y pasatiempos que se deben evitar

38. Los Terciarios deben evitar las salidas inútiles y de mera curiosidad. No deben asistir a los bailes, ni a los banquetes mun-

danos, ni a otros vanos espectáculos. Empero, si el privarse de todo esto les fuere imposible, procuren hacer de la necesidad virtud, y si tienen tiempo, pidan permiso al Director o, por lo menos, denle cuenta.

CAPÍTULO X

De la reverencia debida a los Prelados y a los Clérigos

39. Los Terciarios deben reverenciar en gran manera a los Obispos y Párrocos de sus iglesias y pagarles fielmente los derechos y ofrendas acostumbradas, según la práctica de cada región. También honrarán a los demás Clérigos según su dignidad y cargos que desempeñan.

CAPÍTULO XI

De las obras de apostolado y caridad

40. Los Terciarios todos, siguiendo las huellas de la Seráfica Catalina de Sena, deben emplear y hasta sacrificar su vida con ánimo entusiasta y generoso por la gloria de Dios y salvación de su prójimo.

41. Recordando las tradiciones de nuestros mayores, trabajen con denuedo por defender la verdad de la fe católica de palabra y de obra, lo mismo que por la Iglesia y el Romano Pontífice, mostrándose siempre y en todo valerosos defensores de sus derechos. Prestarán su cooperación también a las obras de celo, principalmente a las de su Orden.

42. Conságrense a las obras de caridad y de misericordia según las circunstancias de los tiempos y necesidades de los lugares, ya en particular, ya en colectividad, a su modo y posibilidad, bajo la dirección de los Superiores.

43. Ayuden también de buen grado al Párroco en las obras piadosas de la parroquia, y principalmente, donde hay necesidad, en la instrucción religiosa de los niños y de las niñas.

CAPÍTULO XII

De la visita y cuidado de los enfermos

44. En toda Hermandad debe haber Visitadores de enfermos, quienes, según el Director disponga, visitarán a los Hermanos enfermos con toda caridad y procurarán ayudarles tanto en las cosas espirituales como en las temporales.

CAPÍTULO XIII

De la muerte de los Hermanos y de los sufragios

45. Cuando muriese algún Hermano se pasará aviso de la muerte, en tiempo oportuno, a los demás, y todos los Hermanos de la Hermandad del difunto asistirán a los funerales, a no estar legítimamente impedidos.

46. Además, dentro de los ocho días siguientes de tener conocimiento de la muerte, cada Hermano de la misma Hermandad rezará por su alma una parte del Rosario, oírá una misa y aplicará una Comunión.

47. Los Terciarios rezarán diariamente un *Padrenuestro*, *Ave-maria* y *Requiem aeternam* por los vivos y difuntos de toda la Orden (1).

48. Además de todo lo dicho, cada Hermano dentro del año, por los Hermanos y Hermanas así vivos como difuntos, hará celebrar tres misas, o por lo menos las oírá.

CAPÍTULO XIV

De los Superiores de la Orden Tercera

49. La Tercera Orden de los Hermanos Predicadores está bajo la inmediata dirección y corrección del Maestro de la Orden, del cual por tanto dependen así las Hermandades como cada uno de los Terciarios y los Directores, todos, en todo lo que atañe a las cosas que dicen relación con la manera de vivir en conformidad con la Regla.

50. Después del Maestro General de la Orden, siguen los Provinciales, quienes por razón de su cargo tienen también cuidado de las Hermandades establecidas en su Provincia.

51. Tanto el Maestro de la Orden como los Priors Provinciales tienen derecho de visitar, ya por sí, ya por sus delegados, cada año y con más frecuencia, si las circunstancias lo reclamaren, a todas y cada una de las Hermandades. Los consejos, las amonestaciones, ordenaciones o correcciones, aunque sean con deposición de algún oficial, que juzgaren oportunas dar en el Señor, sean recibidas con reconocimiento y humildad por todos y cada uno de los Hermanos.

52. Los Terciarios que no pertenecen a ninguna Hermandad tengan por Superiores en la Tercera Orden al Maestro General o Prior Provincial; los que están afiliados a alguna Hermandad dependen también del Director y demás Superiores de la misma Hermandad.

(1) La jaculatoria completa es así: *Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua, luceat eis.* En castellano: *Dadles, Señor, el descanso eterno y luzca para ellos la luz inmarcesible.*

53. El nombramiento de Director de cualquier Hermandad en las iglesias de la Orden está reservado exclusivamente al Maestro General o al Prior Provincial. En las iglesias extrañas se requiere además el consentimiento del Ordinario del lugar.

54. El cargo de Director es por tres años, los cuales, cumplidos, el mismo Director puede ser nombrado de nuevo.

55. Durante su cargo el Director puede por razón del oficio disponer cuanto contribuye a la espiritual formación y dirección de los Hermanos. En cuanto a la predicación a los mismos, obsérvense las leyes de la Iglesia.

56. Una vez al año los Directores seculares deben remitir al Provincial relación del estado y progreso de la Hermandad a ellos encomendada.

CAPÍTULO XV

De los Oficiales de la Hermandad

57. En toda Hermandad debe haber: Prior, Subprior, Maestro de Novicios y demás Oficiales y Consejeros.

58. Los Consejeros de la Hermandad no pasen de doce. Por derecho lo son: el Prior, el Subprior y el Maestro de Novicios.

59. Al establecerse por vez primera la Hermandad, los Oficiales todos serán nombrados por el Provincial; y esto mismo se hará después de la disolución del Consejo, el cual *ipso facto* queda disuelto cuantas veces todos los Consejeros o la mayor parte de ellos por cualquier motivo dejaren de serlo.

60. Los cargos de Oficiales y Consejeros son por tres años, debiendo, sin embargo, cada año ser renovada la tercera parte de los Consejeros por el Director y por los que quedan del Consejo. Mas en el año en que deben renovarse los Oficiales, primeramente complétese el Consejo, y después el Director, juntamente con el Consejo completo, instituya al Prior y demás Oficiales. En caso de discrepancia entre el Director y el Consejo, recúrrase al Prior Provincial.

CAPÍTULO XVI

Del cargo del Prior y del de los demás Oficiales de la Hermandad

61. Debe el Prior, sobre todo, cuidar de que la Regla sea de todos observada. Debe también vigilar que ningún Hermano de su Hermandad en el modo de andar, de estar, de vestir, haga cosa alguna que con razón pueda ofender la mirada ajena. Y a los que viere que faltan o que son negligentes, corrija y amoneste caritativamente; o si le pareciere mejor, puede encomendar la corrección al Director de la Hermandad.

62. El Subprior en la ausencia del Prior hace sus veces.

63. Los demás Oficiales de la Hermandad desempeñarán aque-

llos cargos que, según las costumbres particulares y atendidas las necesidades de cada Hermandad, se vea son más convenientes.

64. Cuantas veces se requiere el voto del Consejo según la Regla, o al tenor de los Estatutos peculiares para tratar asuntos de importancia, al Director corresponde convocar el Consejo, como también presidirlo.

CAPÍTULO XVII

De las Juntas de los Hermanos

65. Una vez al mes, en el día y hora determinados, se reunirán los Terciarios de la Hermandad para oír la palabra de Dios expuesta por el Director, como también la misa, si fuere tiempo a propósito.

66. El Director les leerá y expondrá la Regla, les instruirá sobre la manera de conducirse, y en la forma que lo viere conveniente ante Dios y según la Regla, corregirá y enmendará las faltas.

67. También se rezarán los sufragios por los vivos y por los difuntos y se dará la absolución de las faltas contra la Regla.

CAPÍTULO XVIII

De la corrección de los Hermanos

68. Cuando un Hermano cometiere alguna falta notable, y amonestado por el Director no se enmendare, sea corregido con más o menos severidad según la condición de la persona y la gravedad de la falta. Puede también por algún tiempo ser excluido de la compañía de los Hermanos, y aun para siempre, pero esto con consentimiento del Consejo de la Hermandad, si el culpable, amonestado una y otra vez, siguiere lo mismo sin enmendarse, en cuyo caso no puede ser de nuevo admitido sin el consentimiento del Consejo de la Hermandad.

69. Unicamente el Supremo Jerarca de la Orden o el Prior Provincial pueden por causas graves despedir alguno de la Tercera Orden, y aun sin previa amonestación en caso de grave escándalo.

CAPÍTULO XIX

De las dispensas

70. El Maestro de la Orden tiene plena potestad para dispensar en cualquier punto de esta Regla. También el Provincial dentro de su Provincia, y asimismo el Director en su Hermandad, o el Delegado por éstos, pueden dispensar con sus Terciarios en caso particular, habiendo causa razonable.

CAPITULO XX

De cómo obliga esta Regla

71. Las prescripciones de esta Regla, fuera de las que son de ley divina o eclesiástica, no obligan a los Hermanos y Hermanas a culpa delante de Dios, sino tan sólo a la pena fijada por la ley o que fijará el Prelado o Director, al tenor del capítulo XVIII. Con todo, teniendo presente su profesión, los Hermanos cumplan todas las ordenaciones de esta Regla ayudados de la gracia de Nuestro Señor y Redentor Jesucristo que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

DECRETO

(5.928: 22)

Nuestro Smo. Señor Pío, por la divina Providencia Papa XI, en la audiencia concedida al infrascrito Padre Secretario de la Sagrada Congregación encargada de los asuntos de las Corporaciones religiosas, el día 23 de abril de 1923, accediendo a las preces del Rmo. P. Maestro General de la Orden de Predicadores, aprobó y confirmó, salvas en todo las prescripciones de los sagrados Cánones, la Regla de los Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden seglar de Santo Domingo, ya en otros tiempos aprobada por los Sumos Pontífices Inocencio VII y Eugenio IV, y actualmente acomodada a la condición de los tiempos, y por la Sagrada Congregación revisada en el Archivo de la misma Congregación.

Dado en Roma en la Secretaría de la Sagrada Congregación de Religiosos, 23 de abril de 1923.

C. Card. LAURENTI

Pref.

MAURO P. SERAFINI, ab. S. B.

Secretario

CAPÍTULO PRIMERO

LA ORDEN TERCERA DE SANTO DOMINGO

ARTÍCULO PRIMERO

El fin de la Orden Tercera

- I. Es conducir a la perfección.
- II. La perfección se encuentra en la unión con Dios por la caridad.
- III. El deber de realizar la caridad perfecta.

ARTÍCULO II

La profesión del Terciario

- I. Es una verdadera profesión.
- II. La obligación contraída.
- III. Peligros y ventajas espirituales.

ARTÍCULO III

Un estado religioso

- I. El carácter sacramental y la virtud de la religión.
- II. La virtud de la religión y las virtudes teologales.
- III. La virtud de la religión y las virtudes morales en el estado religioso.

ARTICULO PRIMERO

EL FIN DE LA ORDEN TERCERA

I

Es conducir a la perfección

El Derecho canónico alaba a los fieles que se inscriben en las asociaciones fundadas por la Iglesia o aprobadas por ella.

Estas asociaciones son de distintas clases, según el fin que se proponen conseguir. Si han sido establecidas para fomentar la práctica de alguna obra de piedad o de caridad, generalmente se llaman «pías uniones», y en ciertos casos reciben el nombre especial de cofradías. Y así, entre ellas podemos nombrar la Obra de la Propagación de la Fe, las Cofradías del Rosario y del Santísimo Sacramento.

Sobre estas asociaciones y en un grupo aparte, la Iglesia coloca a las Terceras Ordenes seculares. «Los Terciarios seculares —dice ella— son una agrupación de fieles que, viviendo en el mundo bajo la dirección de una Orden religiosa y según su espíritu, se esfuerzan en conseguir la perfección cristiana de una manera conforme a la vida secular, siguiendo las reglas aprobadas para ellos por la Sede Apostólica.»

La diferencia entonces se ve claramente. No se trata solamente de consagrarse a alguna obra caritativa o piadosa, como sería la de ayudar con limosnas y oraciones la propagación de la fe, rezar el Rosario todos los días y hacer la adoración nocturna al Santísimo Sacramento. Todas estas obras son ciertamente muy laudables y un Terciario podrá dedicarse a ellas. Pero el motivo principal que persigue la Orden Tercera es hacer que sus miembros

tengan el cuidado de su perfección. El Terciario quiere por este medio aplicarse con más éxito a adquirir la perfección cristiana.

* * *

Un cristiano vive en el mundo. Quizá un día podrá salir de él para ingresar en una Orden religiosa donde la conquista de la perfección cristiana le será más fácil; esta es su esperanza.

Puede ocurrir también que dificultades de distinto orden le impidan por el momento y para siempre la ejecución de su deseo. Por ejemplo, una salud débil o ciertas obligaciones ineludibles.

Quizá ni siquiera tiene este deseo formal. Solamente desearía relacionarse con una Orden, seguir su dirección, impregnarse de su espíritu, permaneciendo, sin embargo, en el mundo. Sean cuales fueren las circunstancias en que se encuentran los candidatos a la Orden Tercera, el objetivo principal que debe guiarlos es el de la perfección cristiana.

La Regla de los Hermanos y Hermanas de la Orden Tercera secular de Santo Domingo señala esta finalidad desde sus primeras líneas. Y luego lo recalca de nuevo en el segundo párrafo: «El fin de la Tercera Orden es la santificación de sus miembros, o sea la práctica de una vida cristiana más perfecta.» Antes de recibir a alguien en una Hermandad, es necesario «que, según el prudente dictamen del Director, conste que el candidato está animado de un deseo sincero de aspirar a la perfección cristiana».

Si, por ventura, alguien ha sido admitido a la Orden Tercera por una razón menos formal, impulsado tal vez por un motivo de simpatía, no hay razón para que ni él ni los que tienen el cuidado de su alma pierdan la esperanza de su perfección. En este caso es bueno recordar la reflexión de Santa Catalina de Sena respecto a los que por distintos motivos entran en la Orden: «La mayor parte de los que entran en ella son imperfectos, porque unos entran por la perfección, quién por ligereza pueril, quién por temor, quién por pena, otros inducidos por halagos. Todo consiste en que después se ejerciten en la virtud y en perseverar hasta la muerte; porque sólo por entrar ningún juicio

puede formarse, sino de la perseverancia. Porque hay muchos que parecían ser perfectos cuando entraron, los cuales después volvieron a mirar atrás, o vivieron en la Orden más imperfectos. Y así no se puede juzgar del modo y actos con que entran en la navecilla, que todos son ordenados y dispuestos por Mí (es Dios el que habla), llamándolos de diversos modos, sino solamente del afecto con que persevera en la verdadera obediencia» (1).

* * *

Todos somos seres imperfectos, seres a quienes faltan muchas cualidades, y mientras recorremos el camino de nuestra vida nos incumbe el deber de mejorarnos y de perfeccionarnos.

Dedicarse a obras exteriores, descubrir y organizar el mundo que nos rodea con la colaboración de las ciencias, de las artes, de algún oficio, es cosa buena. Conocer, conservar y mejorar la materia que constituye nuestro cuerpo es también cosa buena, ya que la salud tiene un valor importante. De ahí que se recomienda el cultivo del deporte, y sobre todo conviene respetar las reglas de la higiene. Pero, ante todo, yo he recibido el encargo de Dios de procurar mi desarrollo moral, de perfeccionar el ser íntimo que poseo, lo que constituye mi verdadero yo. Debo, mediante un esfuerzo continuado y progresivo, hacerme :

«Tal que en mí mismo definitivamente la eternidad me cambie.»

Mi único fin, en definitiva, es éste: llegar a ser perfecto, desarrollar hasta lo último lo que yo no soy más que en germen. Abandonado en las manos de mi propio consejo, puedo con facilidad desviarme de esta dirección. Y en ese caso yo sería un derrotado, me habría apartado de mi destino.

Dios ha concebido mi ser y lo ha colocado en el mundo con el deseo de que llegue a su completo desarrollo, y aún más, que pase los límites de la naturaleza enriqueciéndome de una belleza sobrenatural. La razón y la gracia, por medio

(1) *El Diálogo*, cap. 158, págs. 541-42. Edit. Avila, 1925.

de las cuales yo participo de la idea y de la voluntad de mi Creador, reclaman interiormente que yo me actualice en perfección, a pesar de todas las tendencias contrarias. Estas me inclinan al mal. La voz profunda de mi conciencia exige el bien. ¡Sé lo que eres!

Más adelante veremos en qué consiste realmente la perfección. Por el momento retengamos este gran principio que lo regula todo en nuestra vida de Terciario como en toda vida moral.

No se trata de añadir nuevas prácticas de piedad a las que ya tenemos ni de hacer una lista detallada de prescripciones. No, queridos Hermanos y Hermanas de la Orden Tercera; lo que importa ante todo es tener conciencia clara y profunda del fin de la vida, de poseer un mayor deseo de vuestra perfección.

II

¿En qué consiste la perfección?

Comprendamos bien de qué perfección se trata. Si es cierto que, absolutamente hablando, la perfección es una sola, sin embargo, hay multitud de perfecciones relativas, aun en el orden del espíritu.

Puede darse un hombre que haya adquirido una cultura muy vasta, que posea a la perfección grandes conocimientos artísticos y que se haya especializado en una ciencia particular, por ejemplo, la Filosofía. Todo esto no son más que perfecciones relativas a fines particulares. Puede afirmarse que, sobre tal o cual punto, nada le falta, que es completo, que ha llegado al término del desarrollo que es posible adquirir en cuanto a la cultura, a tal arte o tal ciencia.

Pero, ¿qué es todo esto comparado con la perfección absoluta, que consiste en conseguir el ideal de nuestra propia esencia cristiana? Todo lo demás, ser un excelente artista, un gran sabio, un eminente filósofo resulta un infantilismo comparado con la perfección, que merece ser llamada simplemente la perfección.

Es muy necesario formarse una idea clara y precisa de esta perfección. Nosotros los cristianos no hablamos de ella como si se tratara de conseguir un ideal que se ha soñado, que los hombres más famosos y clarividentes han concedido para los demás. Ciertamente que no todo es oropel en estos ideales puramente humanos, pero estemos persuadidos y digámoslo bien alto: el fin que debemos conseguir no es simplemente un ideal. Nuestro fin es un ser concreto que existe antes que nosotros, del cual procedemos y hacia el cual hemos de volver. Nuestro fin supremo es idéntico a nuestro primer principio. Alguien hay que nos ha hecho enteramente y que nos reclama de la misma manera. «Es Dios quien me ha creado —decía la Beata Osanna de Mantua— y es a El solo a quien debo pertenecer.» No hay para nosotros verdadera perfección si no estamos unidos y adheridos a Aquel que es la fuente de nuestro ser. *Mihi adhaerere Deo bonum est*. Mi bien consiste en unirme a Dios. En realidad seré perfecto cuando lo haya alcanzado.

Y lo que realiza nuestra unión con Dios es la caridad, por la cual amamos a Dios con todo nuestro ser y sobre todas las cosas. Sin esa virtud no queda nada en la vida espiritual (1). Las otras virtudes pierden valor. «Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios, y poseyera toda la ciencia, y tuviera toda la fe en forma de que trasladara las montañas, si no tengo caridad, nada soy», dice San Pablo (2). La Beata Osanna de Mantua, cuando tenía seis años, paseando por las orillas del Po, oyó una voz que le decía: «Hija, la vida y la muerte consisten en amar a Dios.»

Por medio de la caridad, y solamente por la caridad, por lo menos en esta vida, nos unimos a este espíritu puro, a este ser infinitamente perfecto. Día vendrá en que esta unión se hará también por nuestra inteligencia, que lo verá y tomará posesión de El por toda la eternidad. Pero en esta vida, mientras nos falta la luz que nos ha de revelar la belleza divina, nuestro corazón se anticipa a la inteligencia, nuestro amor toma posesión inmediata de Dios, del cual sólo podemos formarnos ideas limitadas. Gracias

(1) SANTO TOMÁS, *De perfectione spirituali*, cap. I.

(2) I Cor., XIII, 2.

a la caridad poseemos ya en nuestra alma a Dios, con la seguridad de verle en la gloria. «El que permanece en la caridad en Dios permanece y Dios mora en él» (1).

* * *

De las virtudes morales debe decirse también lo que se afirmó más arriba de las ciencias o de las artes: ellas no nos proporcionan más que perfecciones relativas. Perfecciones no despreciables, por cierto, y que debemos esforzarnos en adquirir, ya que de ninguna manera es admisible que un hijo de Dios sea intemperante, libertino, negligente, etc. Conviene además que tenga también, a la medida de sus posibilidades, una cultura científica y artística. Pero todo esto, que no pasa de ser una perfección relativa y secundaria, derivará ordenadamente de la caridad, en la cual reside la perfección absoluta. Ella es el principio de este desenvolvimiento armonioso de todo nuestro ser. Ella supone e implica todas las demás virtudes, que juntas forman el ideal cristiano y humano y que aparecen como distintas manifestaciones de su vida profunda. «La caridad es paciente —dice San Pablo—, es benigna, sin envidia; la caridad no es jactanciosa, no se engríe; no hace nada que no sea conveniente, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal; no se regocija en la injusticia, antes se alegra con la verdad; todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (2).

Además el mismo apóstol, después de haber enumerado varias virtudes: la misericordia, la benignidad, la humildad, etc., termina diciendo: «Pero sobre todas estas cosas, vestíos de la caridad, que es el vínculo de la perfección» (3). Ella reúne todas las virtudes en una perfecta unidad (4).

Por mejor decir aún, la caridad es la madre de todas las virtudes. No puede concebirse ninguna virtud cristiana si no está enraizada en la caridad, que le proporciona la intención de obrar por Dios, y esta intención debe ejercer su influencia en el dominio particular de cada virtud.

(1) I Joan, IV, 16.

(2) I Cor., XIII, 4-7.

(3) Col., III, 14.

(4) Santo Tomás, IIa. IIae., q. 184, a. I, sed contra.

Y por eso San Agustín ha podido escribir: «Ama y haz lo que quieras.» «¿Pedro, me amas?» Es lo único que Jesús le preguntó a San Pedro, y si insistió segunda y tercera vez, no fué más que para repetir el mismo pedido.

«Mis amados Hermanos —decía Santo Domingo en el lecho de muerte—, he ahí la herencia que os dejo como a mis verdaderos hijos: tened caridad.»

III

El deber de realizar la caridad perfecta

La inquietud de perfección que hemos de sentir debe ir dirigida hacia la caridad, ya que en ella reside la esencia de la perfección espiritual. Debemos, pues, dedicarnos a realizar plenamente la caridad. Dios mismo ha hecho de esta virtud su gran precepto: «Amarás al Señor tu Dios.»

No es posible que nosotros amemos a Dios cuanto El es amable en sí mismo. Esta perfección es propia y exclusiva de Dios, pues nadie más que El tiene una capacidad de amor infinito. La perfección hecha a medida del ser creado es la de amar a Dios con toda la fuerza que Dios le ha dado. Para intimarnos la orden la Sagrada Escritura enumera todas nuestras facultades: «Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas.» En este precepto se acumulan todas las palabras que designan nuestras potencias, para dar a entender que ninguna de ellas debe escapar a la obligación de amar a Dios. Aún más, cada una de nuestras potencias debe dedicarse a ese amor enteramente y de una manera integral. Brevemente, todo en nosotros debe consagrarse totalmente al amor divino. No debe haber excepción ni tampoco medida.

Con relación al fin supremo al cual tendemos y que orienta todos nuestros deseos, no cabe prescribir una medida. El médico no señala una medida en la salud que busca para el enfermo. Los remedios sí, se los da con medida, y es precisamente la curación que busca y pretende la que fija la dosis. Pero devolver la salud es para el médico un deseo absoluto. Y en el caso de que deba usar de mode-

ración es porque él no es solamente médico. El orden de la salud no absorbe ni acapara todo el campo de su conciencia. La salud del cuerpo no es ciertamente el fin supremo, sino un fin subordinado, y en este caso no pasa de ser un medio con relación al fin último. Por eso Blanca de Castilla, preocupada por la suerte de su hijo, le decía: «Preferiría verte muerto antes que culpable de un pecado mortal.» El pecado mortal es la ruina de la caridad, es el abandono del fin supremo. Cualquiera cosa antes que eso. Vivir en la caridad, he ahí nuestro deber absoluto. A ella hemos de dedicarnos sin medida.

* * *

¿Quiere esto decir que debemos dar a Dios nuestro amor, a tal punto que estemos siempre ocupados en Él? Ciertamente; el precepto de Dios llega hasta ahí. Pero no nos obliga a alcanzar esta meta en el presente. Esto no resulta posible más que en el cielo. Por ahora nuestro deber es aspirar a él desde hoy, manteniéndonos en el camino que conduce a este fin.

Es necesario, al menos, rehusar por amor a Dios, poner nuestras complacencias en algún objeto que le repugne de una manera absoluta. La mayor parte de los preceptos divinos que siguen al gran mandamiento tienen esta razón de ser, de prohibir todos los pecados que destruyen la caridad. Y si puede afirmarse en rigor que esto basta, es a condición de que, realizando esta perfección elemental, continuemos nuestra marcha hacia la perfección total, que se terminará en el cielo.

La perfección total no es solamente un *final*, como un don que nos será otorgado sin que tengamos que pensar en él. Ella es el *fin* que estamos obligados a desear siempre y hacia el cual toda nuestra vida debe estar orientada. Cometen un error muy grande quienes se contentan con una vida espiritual enteramente negativa, quienes creen que basta evitar uno después de otro todos los pecados mortales para mantenerse en estado de gracia hasta el final. ¡Como si bastase llegar a su casa sin caer en los precipicios! El fin debe estar siempre a la vista como un punto de atracción. No podemos desinteresarnos de él, sino que debemos quererlo positivamente.

Este querer positivo se traducirá en la práctica. Se debe progresar hacia el fin de una manera efectiva. Nadie está exento de este deber. Pero en cuanto al modo de cumplirlo, nada hay determinado de una manera general. El programa cambia según los individuos, y aun en un mismo individuo puede cambiar de un día para otro. Los preceptos negativos, de que hemos hablado hace poco, son claramente delimitados, uniformemente para todos y de una vez por todas. Pero el gran precepto positivo de la caridad conserva siempre una flexibilidad y tiene diversas exigencias. El dice a cada uno: «Tú amarás en cuanto te sea posible en el estado en que te encuentras» (1). Y este estado no es uniforme, sino que varía.

* * *

Varía exteriormente según las condiciones en que nos encontramos providencialmente situados. El matrimonio que se ha contraído, el orden sagrado que se ha recibido, el cuidado de las almas que se ha asumido, los votos religiosos que se han emitido, la profesión que se ha hecho de seguir la Regla de una Orden Tercera y tantas otras circunstancias de menor importancia, diversifican nuestro estado de vida y, por consiguiente, también el programa positivo de nuestros deberes. Al deber que se impone a todo el linaje humano se añaden diferencias específicas, según los diferentes estados en que los hombres están colocados. Los Terciarios dominicos, por ejemplo, constituyen una de estas especies.

Y en cada una de estas especies, por ínfima que sea, se notarán diferencias en cada individuo, diferencias que provienen, sobre todo, del estado de ánimo en que cada uno se encuentra. En cada alma la gracia, que ha llegado a un cierto nivel; la caridad, que ha adquirido cierto vigor, tienden, en virtud de su vitalidad, a producir actos correspondientes a su poder. Descuidar el cumplimiento de estos actos cuando la ocasión se presenta y sin que ningún motivo razonable justifique la omisión, es evadirse un

(1) Santo Tomás, IIa. IIae., q. 186, a. 2. ad 2.

poco del fin supremo, paralizar un poco en su vida la atracción que debe ejercer continuamente. El acto que se me propone realizar puede ser catalogado, en general, como una obra de consejo y no de precepto; no obstante, yo no tengo el derecho de rehusarlo desde que veo en mi conciencia que me conviene en el estado en que me encuentro. Debo aceptar la invitación que llama al fondo de mi alma. «No apaguéis la llama del espíritu», ha dicho San Pablo.

* * *

El deber individual puede modificarse de un día para otro. Tal omisión, que antes se justificaba y, por consiguiente, no constituía ni siquiera pecado venial, puede ser culpable hoy, pues mi corazón ha *crecido*. Puedo compararme con un viajero que hubiera empezado su viaje siendo niño. Lo normal es que hecho ya un hombre recorra etapas más largas. Yo debo amar a Dios de todo corazón. Y si éste tiene más capacidad que antes, debe amar más y dar pruebas de ello. No vayamos a creer que todo acto inferior a nuestra capacidad de amar sea una falta. Un progreso regularmente en aumento es prácticamente imposible. Además los actos inferiores a nuestra capacidad de amor preparan misteriosamente el nacimiento de un acto más perfecto que determinará un crecimiento de nuestra voluntad. No obstante, ocurre con demasiada frecuencia que nuestras acciones están por debajo de nuestra capacidad, y en ese caso somos culpables.

Seamos almas llenas de vida y que se elevan continuamente bajo la inspiración del gran fin. «Oh dulcísimo Jesús —decía la Beata Osanna de Mantua al final de una intensa meditación—, concededme la gracia de crecer sin cesar en vuestro amor y de progresar con paso firme y constante; que mi corazón esté embriagado e inundado de vuestro amor. ¡Ah!, lejos de temer una tal inmersión, yo la llamo con todas mis voces y mi único deseo es de ser sumergida en el fondo de este abismo.»

Una noche, después de Maitines y durante la oración, Sor Adelaida de Rheinfeldten oyó una voz que murmuraba dulcemente en los oídos de su alma: «Yo soy tu último fin», y su alma comprendió el sentido de estas palabras.

Ellas querían decir: «Yo he atraído tan fuertemente tu vida entera y todos los movimientos de tu corazón; Yo te he consolidado en Mí de una manera tan eficaz e irrevocable; Yo he vuelto tu voluntad tan conforme a la mía, que dentro de poco, al fin de la prueba terrestre, tú quedarás unida a Mí, tu fin eterno, sin dilación, sin obstáculo, inmediatamente y para siempre.»

ARTICULO II

LA PROFESIÓN DEL TERCARIO

I

Es una verdadera profesión

Un cristiano cumple diariamente los actos virtuosos conforme al estado en que lo ha colocado la Providencia. ¿Qué más haría si fuera Terciario?... ¿Podemos decir que es mejor cristiano el que, colocado en las mismas circunstancias, pertenece a la Orden Tercera?...

Dejemos a un lado toda comparación, ya que solamente Dios es juez de nuestros actos. Consideremos solamente al primero de quien hemos hablado y comparemos la situación en que está actualmente y aquella en que se encontraría haciéndose Terciario.

Dos cosas, por lo menos, le darían una superioridad desde el punto de vista de la perfección cristiana. En primer lugar, su situación recibiría, por el hecho de su ingreso en la Orden Tercera, una nueva determinación que haría más precisos sus deberes y los amplificaría. En segundo lugar, él se sentiría más obligado a estos deberes y correría menos riesgo de faltar a ellos. De esta suerte su profesión le daría un doble título para mayores méritos.

La Iglesia ha consagrado una palabra que caracteriza a la vez esta situación mejor y esta obligación más firme. El Terciario, por el hecho de su profesión, es introducido, y como sujeto, a un estado de vida superior. Y si en esta Orden Tercera no alcanza la estabilidad de los que hacen los tres votos religiosos, algo adquiere de ella por la cualidad y por la duración.

Frente a la perfección a la que debe aspirar, como todo

cristiano, en medio de los deberes de su vida secular, el Terciario dispone de medios particulares cuya eficacia desde mucho tiempo ha sido aprobada por la Iglesia. Estos medios son la Regla y la norma de vida recomendada por la Orden de que forma parte. «Mas los medios para conseguir este fin, además de los preceptos comunes y obligaciones propias del estado de cada uno, son los siguientes: las observancias prescritas en esta Regla, principalmente la oración continua y, a ser posible, litúrgica; la práctica de la penitencia y las obras de apostolado en favor de la fe, de la Iglesia y de la caridad, según las condiciones del estado de cada uno» (I, 3).

Sin duda cualquier cristiano, en un momento de fervor, puede tomar idénticas resoluciones, imponerse penitencias semejantes, practicar ejercicios religiosos análogos, dedicarse a las mismas obras de apostolado o de caridad. Pero mientras que estos actos serán más o menos improvisados, al azar de las ocasiones y bajo el entusiasmo del momento, y que las circunstancias y la misma movilidad del carácter pueden motivar que se abandonen tarde o temprano, el Terciario, por una elección desde tiempo madurada y verdaderamente personal, por una decisión tomada en un día en que él se reconocía a sí mismo, ha hecho profesión de llevar esta norma de vida hasta la muerte.

Yo me guardaré bien de comparar al simple cristiano que tiene el deseo de su perfección a un autodidacto y, permítaseme la palabra, a un picaflor de la vida espiritual. Pero no se puede dudar que el Terciario tiene la ventaja de haber sido admitido a una escuela normal de espiritualidad y que se ha convertido en un profesional de la perfección cristiana. Si tiene plena conciencia de su profesión, si toma en serio la insignia que debe llevar, me refiero al escapulario que lo distingue como tal, se aplicará continuamente, según los principios y las prácticas de su escuela, a buscar la perfección. «Los Hermanos de la Tercera Orden, después de hecha semejante profesión, que es perpetua, están obligados a perseverar en esta Orden, y no pueden pasar a otra Tercera Orden sin causa justa» (5, 27). Con mayor razón está prohibido «volver al siglo», según lo expresa la antigua Regla. «Ordenamos que ningún Hermano o Hermana de esta Orden, hecha ya la profesión,

pueda abandonarla y volverse al siglo. Pero les permitimos que puedan pasar a una de las religiones aprobadas donde se hagan los tres votos.»

En ese caso se pasa a una condición de vida más perfecta y se une a ella de una manera más sólida por el voto religioso de obediencia, que es una promesa hecha a Dios. En la Tercera Orden no hay esta promesa hecha a Dios mismo, pero sí se da una palabra de honor. Y esto ya es mucho. Aun en el mundo se juzga con severidad al que falta a la palabra empeñada. Digamos además que este compromiso es el deseo de cada momento, público, regulado por la Iglesia y aceptado públicamente por ella. Es, pues, grave y nadie debe aceptarlo a la ligera.

«Nadie debe ser admitido a la Tercera Orden a no ser que, previo diligente examen y prueba suficiente según el prudente dictamen del Director..., conste que dé esperanzas de perseverar en su buen propósito, sobre todo si es joven. Además nadie puede inscribir a un candidato a la Orden Tercera si no ha cumplido dieciocho años. Todo lo más, con permiso del Provincial, otorgado por justas razones, se puede recibir a un postulante desde los diecisiete años. En fin, antes de ser admitido a la profesión, los novicios deben durante un año dedicarse al estudio de la Regla bajo la dirección de un Maestro, a fin de que conozcan sus obligaciones y se esfuercen en reproducir en sí mismos el espíritu de Santo Domingo» (V, 21).

Es comprensible la actitud de la Beata Osanna de Mantua, quien, habiendo empezado el noviciado de la Tercera Orden a la edad de catorce años, demoró la profesión hasta los cuarenta. Pero no es excusable la actitud de aquellos que, después de haber adoptado la Orden, acaban un día por no preocuparse más. No se abandona una Orden como se deja de frecuentar un salón. Y porque no esté ya en la comunidad el religioso que ha recibido nuestra profesión, ningún Hermano puede considerarse desligado de la obligación que él mismo aceptó «hasta la muerte».

II

La obligación contraída

El Terciario ha hecho solemnemente «profesión de querer vivir en adelante según la Regla y la forma de vida de los Hermanos y Hermanas de la Orden Tercera de la penitencia de Santo Domingo» (V, 25).

Estas palabras de la profesión señalan el conjunto de observancias que quiere practicar: vivir según la Regla dominicana. Ellas indican también la naturaleza exacta de la obligación contraída.

Pero la Regla de la Orden Tercera de Santo Domingo termina con una observación muy importante: «Las prescripciones de esta Regla, fuera de las que son de ley divina o eclesiástica, no obligan a los Hermanos y Hermanas a culpa delante de Dios, sino tan sólo a la pena fijada por la ley o que fijará el Director al tenor del capítulo XVIII.»

Que en estas palabras nadie quiera ver disminuído el valor de la profesión del Terciario. Lo que se acaba de leer, ¿no se encuentra también en las constituciones de los Hermanos Predicadores y de sus Hermanas de la Segunda Orden? En el Capítulo de Bolonia cuenta el Beato Humberto de Románs que, «para consuelo de los pusilánimes, Santo Domingo declaró que las reglas establecidas no obligaban más que a la pena» (1). Y así, Santo Tomás de Aquino escribe en la *Suma Teológica*: «Hay una religión, la Orden de los Hermanos Predicadores, en la cual la transgresión u omisión no lleva consigo ninguna falta, ni mortal ni venial, y solamente es pasible de una pena establecida. La razón está en que ellos mismos se han obligado de esta manera a la observancia de esta clase de preceptos.» Este régimen que Santo Tomás encontraba muy prudente y que fué creado por Santo Domingo, luego el Derecho eclesiástico lo ha extendido a todas las familias religiosas, aun cuando lo que constituye la materia de los tres votos y lo que se manda bajo precepto formal a un religioso que ha hecho el voto de obediencia, eso sí que obliga bajo pecado.

(1) HUMBERTO DE ROMÁNS, *Opera*, ed. Berthier, t. II, pág. 46.

Pero esto no tiene aplicación para los Terciarios. En cambio, estas otras palabras que siguen en el texto de Santo Tomás, sí que se aplican a los miembros de la Orden Tercera. «Pero pueden pecar, venial o mortalmente, si su conducta procede, ya de la negligencia o de la pasión, ya del desprecio» (1).

Así, los Terciarios en la inobservancia de la Regla, ¿pueden cometer pecado mortal? Ciertamente, en caso de desprecio. No tener la menor consideración para esta Regla, que es una forma auténtica de perfección cristiana, aprobada como tal por la Iglesia y de la cual se ha hecho la promesa de cumplir, es ir directamente contra el deber de aspirar a la perfección, hacer injuria a la Santa Iglesia y conducirse como un apóstata.

Pero Santo Tomás opina que tal desprecio es raro aún en aquel que falta frecuentemente contra la Regla. «Una transgresión u omisión —dice él— supone desprecio cuando la voluntad del que la comete se rebela contra lo prescrito por la ley o por la regla, y cuando esta misma rebeldía es la que lo hace obrar contra la ley o la regla. Por el contrario, cuando es un motivo particular, la concupiscencia, por ejemplo, o la ira la que lo empuja a faltar contra la ley o la regla, entonces no peca por desprecio, sino por otro motivo cualquiera, aun cuando cometa la falta por el mismo motivo o por otro cualquiera.» San Agustín observa también que no todos los pecados tienen por origen el desprecio nacido del orgullo. No obstante, la repetición de una misma falta predispone al desprecio.

Por tanto, si no hay desprecio de la Regla, el pecado no puede ser más que venial y nunca será mortal, y esto debe tranquilizar a las almas delicadas. No obstante, hay que confesar que el pecado venial existe, más o menos importante, pequeñísimo a veces, pero al fin y al cabo existe, desde que voluntariamente y sin causa razonable se omite el cumplimiento de esta Regla cuya profesión se ha hecho.

¿Por qué, pues, la Regla no obliga bajo pecado? Por su naturaleza, ya lo hemos dicho, la Regla no obliga bajo pecado. Pero mi conducta debe estar siempre en armonía

(1) *Ila. Ilae.*, q. 186, a. 9.

con las órdenes de mi razón, reflejo en mí del orden eterno. Yo no debo tomar la responsabilidad de ninguna acción, de ninguna omisión, que mi razón no pueda justificar en vista de mi último fin. Para orientar mejor mi vida hacia el fin supremo, yo hice profesión de esta Regla, y desde entonces estoy obligado a tomarla siempre en consideración. Puede ocurrir, por otra parte, que yo tenga un motivo razonable para no observar actualmente tal práctica, y hago bien en omitirla. Pero si la omito bajo la influencia de una pasión, entonces pecho contra la virtud, que debía haber disciplinado la pasión y hacer reinar en mi conducta el orden racional.

A falta de pasión puede haber una simple negligencia. Si se omite una plegaria prescrita por la Regla o se hace sin la menor atención, también en ese caso soy culpable de no haber orientado mi conducta al orden de mi razón.

Por otra parte, el Terciario deberá cumplir la penitencia que la Regla o el Superior impone por las faltas. Alguien opina que, por lo menos, esto obliga bajo pecado. ¿Por qué razón? ¿No es éste un artículo de la Regla como los demás? No puede admitirse una obligación mayor en este artículo, ya que ninguno se exceptúa en la Regla. Y esta es la opinión del Cardenal Cayetano, que tiene una autoridad particular en esta materia (1). Pero aquí también una omisión voluntaria, causada por la negligencia o la pasión, no está exenta de pecado venial. Y aun puede llegar a pecado mortal a causa del desprecio a que se expone fácilmente el que rehusa cumplir la penitencia que regularmente le es impuesta por sus faltas.

¡Qué bien se comprenden ahora las palabras finales del último artículo de la Regla de la Tercera Orden dominicana! Después de haber dicho que nada de lo prescrito obliga bajo pecado delante de Dios, sino tan sólo a la penitencia fijada por la Regla o por el Director de la Hermandad, añade: «No obstante, acordándose los Hermanos de su profesión, cumplan fielmente todas las ordenanzas de esta Regla con la ayuda de la gracia de Jesucristo, nuestro Señor y Redentor.»

Los terciarios tendrán, pues, el cuidado de leer de

(1) In Ham. Hae., q. 186, a. 9, VI.

cuando en cuando las prescripciones de la Regla para observarlas bien. Tal vez en el día de su profesión oyeron de labios del Director de la Hermandad dominicana estas palabras de una fórmula antigua, las cuales expresan una exacta realidad: «Recibid, Hermano, esta Regla como un recuerdo y un memorial perpetuo de la profesión que habéis hecho hoy. Tened en cuenta que ella os será presentada en el juicio final por los santos ángeles, para vuestra gloria y vuestra seguridad si la habéis cumplido; pero si la habéis despreciado, se encarará contra vos en el mismo juicio para acusaros, y esto será para vuestra desesperación y para vuestra deshonra. Recibidla, pues, en vuestras manos; abrazadla en espíritu, y después de haberla cumplido con vuestras obras, os servirá para la vida eterna.»

III

Peligros y ventajas espirituales

Tal es, pues, el régimen de vida del Terciario, cuyos peligros espirituales a los que se expone quedan reducidos a poca cosa y cuyas ventajas son inmensas.

No se puede negar que ofrece ciertos peligros. Por el hecho de haber elegido un estado en el cual las exigencias espirituales son mayores, hay también una materia más abundante para cometer faltas.

No obstante, las faltas particulares de los Terciarios, como tales, son tan sólo veniales. Todas las veces que la Regla me pide una cosa que Dios o la Iglesia no han mandado, no cometeré más que un pecado venial. Solamente en el caso de desprecio la falta puede ser mortal; pero ya hemos visto que este caso es raro. Y además esta no es una ley particular para el Terciario. El simple cristiano, y aun todo hombre que desprecia formalmente un precepto, coloca a su alma en un estado de anarquía que le es mortal (1).

Sin duda, son más culpables de ingratitud al cometer

(1) Santo Tomás, IIa. IIae., q. 105, a. 1.

este desprecio el cristiano más que el infiel, el Terciario más que el cristiano. Paralelamente, el pecado del Terciario, más que el del simple cristiano, puede dar motivo a escándalo y adquirir una gravedad particular.

He ahí todos los peligros espirituales a los cuales se expone el que hace la profesión. Prácticamente son muy pequeños.

Por el contrario, las ventajas son inmensas y compensan ampliamente los inconvenientes posibles. ¿Quién se atrevería a afirmar que los modernos medios de locomoción rápida son todos malos con el pretexto de que algunas veces provocan accidentes? Para trasladarme a una ciudad lejana hacia la cual tengo que ir, me resulta mejor tomar el tren que viajar a pie. Así, también la Regla de la Tercera Orden me conducirá mejor a mi último fin.

Además ella trae consigo una seguridad contra los accidentes. Al Terciario se le pueden aplicar en gran parte las observaciones que hace Santo Tomás al hablar de los religiosos: «Su pecado, si es leve, queda absorbido, por decirlo así, por las muchas obras buenas que practica, y si es mortal, se levanta más fácilmente de él, primero, a causa de su intención que tiene puesta en Dios; y aunque sea interrumpida por un momento, vuelve con facilidad a lo que era antes... Así hizo aquel que dijo: No conozco a este hombre, y a quien habiendo dirigido una mirada el Señor, derramó abundantes lágrimas... Y en segundo lugar, es ayudado por sus Hermanos, según la palabra de la Escritura: Si alguno cayere le sostendrá el otro. Desgraciado el que está solo, que cuando cayere, no tiene quien le levante» (1).

No seamos almas pusilánimes que no ven más que peligros en todas partes. Santo Tomás nos hablaba hace poco de todas las buenas obras que absorben los pecados a los que uno está expuesto. El que ha hecho la profesión, bien que sea sin votos religiosos, participa, no obstante, en la medida en que la profesión lo estabiliza, de las ventajas que trae consigo la perpetuidad de los votos. Tiene más asegurado y le resulta más meritorio el cumplimiento de las buenas obras.

(1) *Ila. Ilae.*, q. 186, a. 10.

Más asegurado, en efecto, porque él ha aceptado la obligación, y por consiguiente, no faltará con tanta facilidad.

¿Será verdad que es también más meritorio? ¿No tendría más mérito, tal vez, ofrecer a Dios cada obra espontáneamente y conservando entera la libertad? Hagamos una distinción. Cuando se obra en virtud de una promesa libremente aceptada, no es que se obre a la fuerza. Y por el hecho de haber consagrado para siempre a Dios vuestra facultad de obrar, es mayor la sujeción a El que si le ofrecierais actos sucesivos. El que entrega el árbol entero, ¿no es más generoso que el que da el fruto año tras año? Y además cuando, después de una madura reflexión, yo he hecho la profesión de practicar siempre el bien, mi voluntad se ejercita con una adhesión más firme a este Bien, que cuando mis actos son improvisados en un movimiento de fervor pasajero y superficial. Por otro lado, la promesa no impide, si perseveran las buenas disposiciones, que yo me sienta gozoso de obrar de esta manera. Aun en los momentos en que se presenta la tentación y se siente cierta debilidad, se experimenta una satisfacción al sentirse retenido por las promesas hechas el día de la profesión. Tal un enfermo poco seguro de sí mismo, a quien se ata para ser sometido a una operación dolorosa (1).

Finalmente, al mérito de la virtud particular que practico al realizar tal o cual acto —la virtud de la penitencia, por ejemplo, cuando ayuno— se añade el mérito superior de la gran virtud de la obediencia. Y esta es una de las grandes ventajas de la profesión. Si falto contra la Regla, no pecho contra la obediencia; y si observo la Regla, tengo además el mérito de la obediencia. Si el precepto no influye cuando nos pone en peligro de pecar, resulta válido para facilitar y acrecentar el mérito. Como lo enseña Santo Tomás, el mérito de un acto virtuoso consiste en que el hombre desprecia un bien terreno para adherirse a Dios. Y así, después de las virtudes teologales, que precisamente nos hacen adherir a Dios, no hay apenas virtud moral que pueda ser tan meritoria como la obediencia, porque ella, con el solo fin de conseguir nuestra adhesión a Dios, nos

(1) *Ila. Ilae.*, q. 88, a. 6; q. 189, a. 2.

hace menospreciar el mejor entre todos los bienes creados, cual es nuestra propia voluntad (1).

Podemos comparar al Terciario con el hijo de familia que trabaja en casa de su padre. Este no le presiona. ¿Pero se aprovechará el hijo de esta situación para no velar por los intereses de la casa? ¿No tendrá en cuenta la voluntad de su padre, que tiene la responsabilidad de la empresa? Si tal ocurriera, sería mostrarse indigno de su condición de hijo y revelaría tener un alma de mercenario y de esclavo. El hijo trabaja, pues, y muestra mayor interés que cualquiera de los empleados. Y cumple con su trabajo con una gran dosis de buena voluntad. Y esta buena voluntad no quita el mérito de su obediencia. Y esta obediencia es tanto mejor cuanto que ella aparece impregnada de amor, ya que se funda en el cariño que tiene a su padre y en el interés que siente por el bien de su casa.

(1) *Ila. Hae.*, q. 104, a. 3.

ARTICULO III

UN ESTADO RELIGIOSO

Toda profesión nos coloca en un estado. Lo mismo ocurre con la profesión del Terciario. Pero mientras la mayor parte de los hombres, por el hecho de su profesión, quedan constituidos en un estado profano, el Terciario lo es en un estado religioso.

¿Qué se entiende por estado religioso? ¿Hemos de considerar como tales únicamente a los que se obligan a la perfección con los tres votos? Y si ampliamos el sentido de esta palabra, ¿no podrá decirse que todo hombre, por el hecho de ser cristiano, se encuentra en un estado religioso? ¿Qué lugar especial corresponde a los Terciarios entre los simples cristianos y aquellos a quienes se da habitualmente el nombre de religiosos?

He aquí varias preguntas a las cuales trataré de responder no una por una, sino mediante una exposición de los principios que nos den la solución a estos problemas.

En verdad, todo cristiano, desde el día de su bautismo, queda incorporado a un estado religioso. Ha sido hecho miembro de una religión cuyo jefe supremo es Nuestro Señor Jesucristo.

Desde la concepción de su humanidad, Cristo ha sido ordenado sacerdote. Por el hecho mismo de haber asumido la persona del Verbo naturaleza humana, ésta ha adquirido en Él un carácter particular, ha sido consagrada enteramente a Dios por toda la eternidad y ha sido encargada de poderes para hacer subir hacia Él los homenajes del linaje humano y hacer descender sobre nosotros las bendiciones divinas.

La religión de Cristo se expresa plenamente por el sacrificio de la cruz. Así como todos los sacrificios antiguos no eran más que la figura y la preparación de este sublime

Sacrificio, así el sacrificio de la misa no es más que su recuerdo y su expansión a través del mundo hasta el fin de los tiempos. Ahora bien, uno de los fines de la institución de los sacramentos es el de colocar a los cristianos en estado de participar de este culto eucarístico, que constituye, por de pronto, el centro de la verdadera religión. Y los sacramentos que más influyen en ello son los tres que imprimen carácter (1).

I

El carácter sacramental y la virtud de la religión

El carácter sacramental nos da como un reflejo de este sacerdocio que es conferido a Jesús por su unión hipostática. Desde el bautismo y gradualmente hasta el sacramento del Orden, nosotros somos también segregados y consagrados al culto cristiano y provistos de poderes para participar en él.

Así, diferenciado de los demás hombres, el cristiano queda fijado en un estado del cual ya no podrá salir más de él. No se le ha confiado una simple delegación nominal, exterior, revocable. De la misma manera que la carne de los esclavos o de los soldados era marcada en otros tiempos con la efigie del dueño o del jefe, así también el alma del cristiano lleva una señal imborrable. La gracia, que tanto influye en el alma del cristiano, puede perderse por el pecado mortal. Pero ningún pecado, por grave que sea, puede borrar el carácter. Pues mientras la gracia es un bien personal cuya posesión está sometida a las fluctuaciones del libre albedrío o de nuestra libertad, el carácter participa de la inmutabilidad del sacerdocio de nuestro Señor, cuyo sacerdocio se refleja en nosotros. Sacerdote eterno, Cristo nos tiene de su mano como seres puestos a su disposición y habilitados por el carácter para servirle de instrumentos.

Si hay un estado de alma que verdaderamente merezca el nombre de estado es éste. ¿Dónde encontrar semejante estabilidad? Y este estado es religioso. El alma se encuentra verdaderamente consagrada a Dios después de Cristo por

(1) Vid. *Suma Teológica*, IIIa., q. 63.

medio del carácter eterno que le ha sido impreso. Esta alma lleva en su inteligencia un poder de realizaciones semejante al que posee en plenitud el Sacerdote supremo de la Religión Cristiana. En el cenáculo El pronunció la palabra por la que fué anticipado el sacrificio de la cruz que la misa perpetúa. «Esto es mi Cuerpo que se da para vosotros... Esta es mi Sangre derramada para la salvación de los hombres...»

«Haced esto en memoria mía», añadió Cristo. Y los apóstoles designados de esta suerte para continuar su acción repitieron sus palabras y reprodujeron sus gestos. Gracias al carácter sacramental que habían recibido del Señor, ellos quedaron como injertados en su gran actividad sacerdotal, siempre real aunque invisible. De esta manera se les vió reproducir la actitud de Cristo, se les oyó repetir sus palabras y, bajo la influencia del Sumo Sacerdote, realizaban el mismo sacrificio.

Esta función de los apóstoles es continuada por todos los sacerdotes católicos. Además de cumplir el rito esencial de la Religión Cristiana, el sacerdote tiene el poder de ofrecer a Dios los homenajes de los hombres y de distribuir a estos las gracias divinas que se derraman por los sacramentos y por la más sencilla de sus bendiciones.

Si el sacerdote ha recibido la plenitud del carácter sacramental, el bautizado posee también un principio de este poder, que es acrecentado por la Confirmación. Tener la posibilidad de someterse con conocimiento de causa y con provecho a los ritos sagrados que celebra el sacerdote, ¿no es ya una participación del sacerdocio de Cristo? Digamos que los sacerdotes están revestidos de autoridad, habiendo recibido del Señor el derecho de administración para obrar en nombre suyo dentro de la sociedad religiosa; pero también hay que admitir que todo cristiano es miembro de esta sociedad y, como tal, capaz de recibir su parte del bien social atesorado por Jesucristo.

* * *

Lo que importa es que los cristianos, y con mayor razón los sacerdotes segregados de la humanidad, sean apreciados de una manera particular por todos los hombres y es necesario que su alma sea elevada a la altura de la consagración

que han recibido y hagan honor a su título y ejerzan dignamente sus poderes.

El carácter religioso exige la virtud de la religión. Y la reclama con mayor intensidad a medida que, colocados en un plano más elevado de la jerarquía, debemos asemejarnos más a la efigie de Cristo. Pues no se trata solamente de desempeñar una función en la Religión Cristiana. Debemos poseer el alma de esta función. Es necesario que adquiramos una semejanza íntima con Cristo, cuyos gestos realizamos y quien con todos los actos de su vida honraba a su Padre. ¿Acaso no es conveniente que todos nosotros vivamos de tal manera con el pensamiento de que esta mañana hemos celebrado la misa o hemos tomado parte en ella y que volveremos a hacerlo bien pronto?

De ordinario el mundo se sorprende y aún se escandaliza cuando ve a un sacerdote o a un simple cristiano que no muestra la santidad que su carácter exige. Sin duda la gente del mundo se muestra demasiado severa con aquellos que tienen la misma naturaleza viciada y que han de luchar contra los mismos obstáculos fruto del pecado. Estas críticas, ¿no vienen a declarar en el fondo que estos obstáculos no pueden superarse? En eso exageran también y caen en un error. Porque sabemos cierto que con la gracia de Dios podemos salir victoriosos del mal. No ignoramos la fuerza de estas dificultades, pero sabemos también que los sacramentos, que nos consagran al culto cristiano, nos confieren la gracia de las virtudes y de los dones y adaptan esta gracia de una manera tan oportuna a nuestras necesidades que ella resulta un remedio eficaz para todas las miserias nacidas del pecado.

Los maestros de la vida espiritual, siguiendo los consejos del divino Maestro, han tenido en mucha estima la gran virtud de la religión especialmente fortalecida por la gracia sacramental, y han procurado hacer de sus discípulos verdaderos profesionales de esta virtud para despertar en su alma sentimientos conformes a su carácter religioso. Además como esta virtud de la religión, en la economía de la vida espiritual, ocupa un lugar verdaderamente central, y como aprovecha de la radiación inmediata de las tres virtudes teologales y tiene bajo su imperio a todas las virtudes morales, debe ocurrir que, mediante la práctica de esta

virtud, toda la vida del cristiano ha de estar perfectamente organizada.

La historia de las Ordenes religiosas da testimonio de la excelencia y fecundidad de este concepto.

II

La virtud de la religión y las virtudes teologales

La virtud de la religión nos conduce a Dios no para unirnos con El como las virtudes teologales que tienen a Dios mismo por objeto, sino para dirigirle ciertos actos internos y externos que nosotros realizamos por el conocimiento que tenemos de su excelencia incomparable y para adoptar una actitud de servidores frente a su autoridad bienhechora.

Por la fe nos adherimos a la verdad de Dios; por la esperanza nos apoyamos en su poder; por la caridad le amamos en sí mismo y por sí mismo. Así, el ejercicio de las virtudes teologales realiza la unión con Dios, una vida en Dios.

La virtud de la religión busca su materia fuera de El, pero esta materia la dedica a El. Su fin inmediato es ofrecer a Dios un culto, tributarle honor. Por razón de este carácter, que la distingue de todas las demás virtudes morales, ella se aproxima a las virtudes teologales. Al ocuparse de presentar a Dios nuestros homenajes, aprovecha directamente su influencia y ella misma se introduce en estas altas virtudes para colocar la nota religiosa de respeto en los mismos actos de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad.

Desde el primer artículo de su tratado de la religión, Santo Tomás ha tenido el cuidado, como de paso y bajo el pretexto de la etimología, de señalar perfectamente las relaciones de las tres virtudes teologales con la virtud de la religión.

La palabra religión, según Cicerón, viene del verbo latino *relégere*, que significa releer. La religión debe hacernos *releer* asiduamente, como un libro precioso abierto delante los ojos de nuestra alma, al mismo Dios de bondad. «En

todos tus pasos piensa en El», recomienda el Sabio en el libro de los Proverbios. «Yo procuraba que el Señor estuviera siempre delante de mis ojos», decía David. «El Señor estaba allí y yo no lo sabía», exclamaba Jacob en un transporte de sentimiento religioso (1). A fuerza de pensar en Dios por la fe, llegamos a ser como Moisés, de quien la Epístola a los Hebreos ha dicho que parecía ver al Invisible.

Después de Moisés, los hombres han recibido una gracia muy grande. El Verbo se ha hecho carne. El grandioso libro divino ha sido traducido en nuestra lengua humana y ha sido ilustrado con imágenes como era necesario para que pudiéramos comprenderlo y saborearlo. Los hombres hemos recibido la revelación de quien era Dios. «Nosotros hemos visto, oído, tocado, al Verbo de vida», escribe San Juan.

«Yo soy aquel que es... Piensa en mí siempre.» Nuestro Señor, dirigiéndose a Santa Catalina de Sena, podía repetir la misma definición que Dios había dado de sí mismo a Moisés. Pero hoy tenemos la impresión de que una ternura conmovedora, una simpatía estimulante brilla en la mirada divina que se fija en nosotros, y en cuya mirada leemos el pensamiento de nuestro Creador y Redentor, su idea sobre nuestra vida.

A la edad de seis años Santa Catalina vió en el cielo, sobre la iglesia de Santo Domingo, a Jesucristo revestido como el Papa, que la miraba y la bendecía. Durante toda su vida ella conservará en los ojos de su alma esta primera página del libro divino que simbolizaba todo lo que Dios esperaba de ella. Su vocación era de consagrarse al servicio de Jesús, en la persona del Romano Pontífice, por intermedio de la Orden de Predicadores.

En esta mirada hacia Dios, con la cual reconocemos el soberano respeto y la absoluta dependencia que le debemos, la religión obra inmediatamente bajo la influencia de la fe. Pero ahora vamos a ver cómo también está íntimamente relacionada con la caridad.

* * *

San Agustín opina que la palabra religión viene del verbo latino *reeligere*, reelegir. Y como Dios es el objeto

(1) Prov., III, 6; Salm. XV, 8; Gén., XXVIII, 16.

formal de la religión, de ahí que ésta nos hace reelegir continuamente a Dios. Después de haberlo elegido como el ser amable sobre todas las cosas, lo reelige de nuevo cada vez que descubre una nueva y más profunda razón de amarle; y empieza de nuevo a elegirlo en un vivo sentimiento de pesar y de firme propósito, cuando ha sido negligente en buscarlo o cuando por un pecado grave se ha apartado de El. «Yo he pecado contra el cielo y contra vos, Padre; yo no soy digno de ser llamado hijo vuestro, pero admitidme al menos como uno de vuestros criados.» «Tú eres siempre mi hijo», responde el Padre. Pero el hijo se verá afectuosamente empujado a servir a aquel que quiere ser su Padre y su Señor. Y esta solicitud hacia Dios es propia de la devoción, acto fundamental de la virtud de la religión que es vivificado por el fervor de la caridad.

El hijo que se ha apartado de Dios, y mejor aún, el que ha permanecido fiel, a medida que su amor filial vaya creciendo sentirá que su devoción va adquiriendo un crecimiento paralelo.

Bajo el impulso de no sé qué misterioso resorte uno y otra se sienten como empujados a buscar lo que agrada a Dios, se esfuerzan por darle muestras de honor, para estar bajo sus órdenes. «¡Siempre prontos para servirlos, amadísimo Señor!»

Al sentimiento interior, que realiza lo esencial de la religión en espíritu y en verdad, se añadirán en tiempo oportuno distintos gestos con los que el cuerpo traduce las disposiciones del alma y el mismo paga su tributo de adoración. Algunos hombres hacen a Dios la ofrenda de las riquezas cuyo uso habrían podido conservar y sacrifican además seres que les son particularmente queridos. No contentos con entregar cada día sus dones, lo hacen por anticipado por medio de los votos.

He ahí los hermosos actos de la religión inspirados por el amor de Dios, por la caridad.

* * *

Si se adopta otra etimología propuesta también por San Agustín, la palabra *religión* derivaría del verbo *religare*, volver a atar. De hecho, la religión nos ata con Dios todopoderoso. Conociendo nuestra flaqueza y la necesidad

que tenemos de sus auxilios, nos atamos a El, buscamos preferentemente su alianza. Y con sobrada razón, pues El es el principio infalible, el punto de apoyo que no falla, gracias al cual nosotros jamás sucumbiremos. «Mi bien está en apoyarme en Dios y poner en El toda mi esperanza.»

Unirnos de esta manera con Dios es obra de la virtud teologal de la esperanza, como *releer* es obra de la virtud de la fe, y *reelegir* es una función de la virtud de la caridad. Y como una consecuencia lógica de los actos de estas tres virtudes será el florecimiento de la práctica asidua de la oración.

Después de la devoción de la cual hemos hablado, la oración ocupa el primer lugar entre los actos de la religión. Estando ya nuestra voluntad sometida a Dios por la devoción, también nuestra inteligencia se somete a El implorando los auxilios necesarios. La oración es un acto religioso, inspirado directamente por la esperanza.

Igualmente por los sacramentos recibidos con fervor, el alma recurre a la Omnipotencia divina, que es el gran motivo de nuestra esperanza. La frecuencia de los sacramentos ocupa también un lugar principal en la práctica de la Religión Cristiana.

De esta manera la virtud de la religión saca provecho de la proximidad y de la radiación de las virtudes teologales para ejercer perfectamente los actos que son de su incumbencia.

III

La virtud de la religión y las virtudes morales en el estado religioso

La virtud de la religión, que va a la cabeza de las virtudes morales en muchos de los actos que le son propios y característicos y que los produce por sus solos recursos, puede hacer de todas las obras de nuestra vida una liturgia perpetua. «Ya sea que comáis, ya sea que bebáis o cualquier otra cosa que hagáis, hacedlo todo para la gloria de Dios.»

Para ser calificado como hombre religioso sería suficien-

te tributar a Dios un culto de tiempo en tiempo por medio de actos determinados ; por ejemplo, asistir a misa todos los domingos. No obstante, se reserva el nombre de religioso, dice Santo Tomás, a ciertos hombres que consagran su vida entera al culto divino y se desprenden para conseguir este fin de todas las preocupaciones del mundo (1).

A estos hombres, pues, se les da el nombre de religioso en un sentido propio y de una manera excelente ; ellos realizan el tipo del «religioso». Pues no se contentan con tomar parte, aunque sea todos los días, en el sacrificio que nuestro sumo Sacerdote renueva en el altar, ni de hacer un día u otro alguna promesa, o un voto particular. Ellos se ofrecen a sí mismos en holocausto a Dios, sin reservarse nada, ni para el presente, ni para el porvenir. Cualquier bien que puedan adquirir lo inmolán a Dios todopoderoso (2). ¿Qué le queda, en efecto, a aquel que renuncia definitivamente por Dios a toda propiedad terrena, a los goces del cuerpo y aun a su libre voluntad? Ahí está la esencia de los tres votos que constituyen el estado religioso en el sentido estricto de la palabra. Estos votos constituyen por sí mismos, y doblemente, actos insignes de la virtud de la religión, ya que son, a la vez, sacrificio y holocausto, en que la víctima es enteramente consumida, y promesas que obligan toda la vida. Ellos lo ofrecen todo para siempre.

Gracias a esta ofrenda incondicional, a esta promesa que abarca toda la existencia, todos los actos que se realizarán en adelante estarán revestidos de un carácter religioso. Son ya religiosos en su origen, en su fuente, gracias a este acto de voluntad que ha sido refrendado por el voto de obediencia y que impera sobre los demás actos.

Para asegurar la práctica de los votos y para perfeccionarlos en caso de necesidad, a ellos se añade un programa detallado del trabajo diario, todo un sistema organizado de vida regular. Obra lentamente madurada por la tradición monástica, y que cada patriarca adapta al fin de la Orden por él fundada : el hábito, la clausura, el silencio, el oficio coral, el estudio de la ciencia sagrada, las obras penitenciales, el régimen de la comida, de la recreación, del des-

* (1) *Suma Teológica*, IIa. IIae., q. 81, a. 1, ad 5.

(2) IIa. IIae., q. 186, a. 1.

canso. A todo eso se le llama observancias, y conviene anotar que la significación original de esta palabra es la de respeto. No se trata aquí de cumplir, sea como sea, una serie de prescripciones, sino de cumplirlas para honrar a Dios. Conviene además tener en cuenta que la palabra observancia se aplica solamente a las prescripciones de una ley religiosa. Y se observan estas prescripciones por consideración a Dios siempre presente, para testimoniarle nuestro respeto, nuestra reverencia o dependencia. De esta manera todas nuestras acciones, incluso el silencio, según una bella expresión de las Constituciones dominicanas, se convierte en una elocuente ceremonia litúrgica.

* * *

El Terciario dominico «participa de la vida religiosa de la Orden de los Frailes Predicadores». Es la consecuencia de la profesión que ha hecho «a honra de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo». Si esta profesión no expresa ningún voto, sin embargo, coloca al que la ha emitido en «una Orden sagrada». Desde entonces queda sometido a unos superiores y debe observar una regla. Esta regla contiene un conjunto de observancias, elegidas de manera que inyecten a las personas que viven en el siglo el mismo espíritu del estado religioso.

«Deseo y pido que el rosario que llevo siempre conmigo me lo pongan entre las manos para llevarlo a la tumba, lo mismo que un crucifijo y la regla de la Tercera Orden de Penitencia de Santo Domingo, firmada por mis Superiores, todo lo cual se encuentra en mi maleta de viaje.» La duquesa de Alençon, que sucumbió en el incendio del Bazar de la Caridad y que era muy querida entre las Terciarias dominicas por su vida ejemplar, había escrito estas líneas en su testamento. Jamás se separaba de la Regla de la Tercera Orden, ni aun en sus viajes. Esta la había instruído, junto con las explicaciones de sus superiores, y la conservaba desde entonces para amoldar religiosamente a ella su vida.

El Terciario, como el Religioso de la Primera Orden, reza su Oficio divino «siete veces al día» y quizá «se levanta a media noche» para entregarse a la oración.

«Por la creación de la Tercera Orden —dice el P. La-

cordaire— Domingo introdujo la vida religiosa en el seno del hogar y en la cabecera del lecho nupcial.»

«Guardarse del contagio del siglo», forma parte de la virtud de la religión, según la expresión de Santiago. Sin duda esta tarea es propia de la virtud de la templanza o de otras virtudes análogas. Pero la virtud de la religión eleva esta obra a la dignidad que la caracteriza (1). Ella nos impulsa a excluir de nuestra vida todo lo que es indecoroso, frívolo y vano, y buscar, por el contrario, todas las cosas honorables para glorificar a Dios, en cuya presencia estamos (2).

Hay varias virtudes morales para moderar los ímpetus de nuestras malas inclinaciones, para alentarnos en nuestros temores y para regular nuestras relaciones con el prójimo. Pero sobre las virtudes de la templanza, de la fortaleza, de la justicia, reina la prudencia, que determina y gobierna los actos que conviene realizar en toda ocasión. Pero más arriba de esta virtud de gobierno se eleva, para impregnar e influir en todas nuestras virtudes morales, la gran virtud de la religión.

El honor de Dios que ella procura sin cesar y cuyo deseo constante comunica al alma, es un auxiliar poderoso para tomar decisiones razonables y mantener firmemente las resoluciones. El respeto de la presencia de Dios, ¡qué freno para las pasiones! El pensamiento de que Dios puede estar celoso de nosotros, ¡qué estímulo para aspirar a un ideal elevado y procurarlo con todo entusiasmo! Bajo la influencia de la caridad que la vivifica, la virtud de la religión hace oír sin cesar a los oídos del alma esta exclamación de San Pablo: «¡Todo para la gloria de Dios!» Y de esta manera nos empuja continuamente hacia unas alturas que sin ellas jamás vislumbraríamos (3). En una vida así orientada, todas las obras de abnegación o de sacrificio, como reprimir la lengua o cuidar de los huérfanos, de que habla expresamente San Jaime, son, en verdad, «una religión pura y sin mancha delante de nuestro Dios y Padre» (4).

No es suficiente la docilidad a los mandamientos de

(1) *Ila. Ilae.*, q. 81, a. 1, ad 1.

(2) Véase particularmente el cap. IX de la *Regla de la Orden Tercera*.

(3) *Ila. Ilae.*, q. 81, a. 8, c. y ad 1.

(4) Santiago, I, 26-27.

Dios. El alma emprende el camino de los consejos evangélicos. El Terciario que no puede emitir los tres votos se inspira al menos de su espíritu para imponerse algunos sacrificios en esta materia. ¡Dios es preferido a toda riqueza, a todo placer, a toda independencia! Para honrar ampliamente a Dios se acepta el desprendimiento de los bienes terrenos.

¡Cuántas preocupaciones acerca el porvenir que son doblemente excesivas, porque expresan poca confianza en Dios y demasiada en las riquezas! La codicia de los bienes terrenos irá en disminución y no se perderá el tiempo en trabajos inútiles. Conviene tener el sentido y la preocupación del bien común, pensando que la propiedad nos ha sido concedida por Dios para facilitar la explotación de los bienes de la tierra, pero no para reservarnos los frutos con egoísmo. Hay que saber dar lo superfluo. Y si alguna vez falta lo necesario, hay que saber acoger con benevolencia la pobreza que viene a nosotros de una manera providencial.

Por otra parte, conviene habituarse a una vida austera, en la cual la alegría se sorbe con medida, no deseada con apasionamiento ni saboreada holgadamente, sino tan sólo paladeada y cuando Dios la dé, sin pedirla y apenas deseársela.

En fin, debemos tener conciencia de que Dios es nuestro dueño y debemos mantenernos cuidadosamente en la dependencia de este Señor, obedeciendo siempre las órdenes que emanan de su autoridad, que supervigila la de los superiores visibles. Y si alguna vez nos toca mandar, lo haremos con el espíritu de obedecer las órdenes de Dios.

Entendida de esta manera la religión, dice Santo Tomás, se identifica con la santidad, pues aquella no procura solamente el cumplimiento de las funciones propias del culto, sino que abarca toda la vida y la lleva a la perfección, siendo en este sentido el mejor instrumento de la virtud de la caridad (1).

(1) *Ila. Ilae.*, q. 81, c. y ad 1.

CAPÍTULO II

NUESTRA FAMILIA RELIGIOSA

ARTÍCULO PRIMERO

Una verdadera familia

- I. La Orden de Santo Domingo.
- II. La solidaridad dominicana.
- III. La vida en la Hermandad.

ARTÍCULO II

El culto de nuestro Patriarca

- I. Santo Domingo por su grandeza merece el respeto de todos.
- II. Santo Domingo, nuestro legislador, tiene derecho a nuestra sumisión.
- III. Santo Domingo, nuestro Padre, reclama nuestra piedad filial.

ARTÍCULO III

El espíritu de Santo Domingo

- I. ¿Qué es el espíritu de una Orden religiosa?
- II. ¿Dónde se encuentra el verdadero espíritu de nuestra Orden?
- III. ¿En qué consiste el espíritu dominicano?

ARTÍCULO PRIMERO

UNA VERDADERA FAMILIA

I

La Orden de Santo Domingo

El niño que llega a la existencia no ha nacido solamente de la unión de un padre y de una madre, sino que es el fruto de una sociedad desde mucho tiempo formada y extendida en torno de él. Así como ha vivido de la substancia materna, así también continúa viviendo siempre en el seno de la sociedad humana. Pasados algunos años de inconsciencia, en los que permanece confundido con la masa, poco a poco se va formando en él el sentimiento de su individualidad, y esto no precisamente para aislarse de sus semejantes. Ya que en este caso no haría más que vegetar corporal y espiritualmente. Se dedicará, por el contrario, a realizar cada vez mejor esta vida social, cuya necesidad ha comprendido. Para alcanzar su perfecto desarrollo y encontrar al fin la felicidad, el individuo humano tiene necesidad de permanecer unido a sus hermanos. «No es bueno que el hombre esté solo», ha dicho el Creador.

A este hombre, tal como está normalmente constituido, Dios lo ha tomado para elevarlo al estado sobrenatural. En la institución de este nuevo orden, Dios no podía, sin faltar a sus designios, contradecir la aspiración natural puesta en el corazón de su criatura y rehusar de satisfacer esta necesidad que experimenta. También la Iglesia Católica no es otra cosa que una realización social de la religión, expresamente querida y preparada por el divino Fundador del cristianismo. Mal que plazca a los protestantes, todo el Evangelio da testimonio de esta verdad. Y cuando uno lee

los numerosos pasajes de las epístolas en que San Pablo habla del cuerpo místico de Cristo, se comprende fácilmente que él tenía ante sus ojos esta reunión de hombres en una misma corporación bien organizada, dentro de la cual deben ayudarse mutuamente, cumplir cada uno sus funciones particulares según el lugar que ocupa y colaborar todos juntos al bien común. No hay duda de que cada uno en particular vive de la gracia del Jefe. Pero a San Pablo le interesa de una manera especial la comunidad de esta participación, la solidaridad de todos los miembros de Cristo y la ayuda que deben prestarse mutuamente.

Porque la Edad Media era verdaderamente cristiana al mismo tiempo que profundamente humana, cultivó en todos los órdenes este espíritu de asociación. Lo cultivó en el aspecto civil, y por eso estuvieron tan florecientes las corporaciones. Lo cultivó en el campo religioso, y la Orden de Santo Domingo es una de las más bellas realizaciones de este movimiento. En el seno de una misma patria se pertenecía a tal o cual corporación, según el oficio o la profesión que ejercía. Nuestra Orden es una corporación espiritual en la que varios miembros de esta inmensa sociedad que es la Iglesia se agrupan en una comunidad más íntima. No es que tengan la pretensión de superarla. Permanecen en su seno. Y tan sólo forman en la Iglesia un grupo especialmente homogéneo. Podríamos comparar una Orden religiosa con una verdadera familia en medio de una gran ciudad. Y la Iglesia sale gananciosa de estas familias, tanto más llenas de vitalidad cuanto sus miembros están más unidos entre sí.

Cuanto más y mejor están asociados los hombres, tanto más y mejor se encuentran precavidos contra sus debilidades individuales y preservados del desaliento a que los llevaría su aislamiento relativo. En el contacto pasajero con otras almas, lo común es que encuentren en esas las mismas debilidades que ellas padecen. Pero si se encuentran rodeadas de almas enérgicas que les muestran el camino y las alientan a seguir adelante, entonces sus voluntades, unidas en una común simpatía, se sienten fortalecidas y se prestan mutuo apoyo. Instruidas y estimuladas por los superiores, excitadas y sostenidas por una fraternal emulación, entonces rinden todo lo que pueden. ¿Por qué no

haré yo lo que hacen mis Hermanos y Hermanas? Sí, yo puedo hacerlo; mi Superior religioso, mi Director espiritual, me lo aseguran y me indican los medios.

La unión tiene además la ventaja de procurar la distribución del trabajo. Los individuos que se agrupan para realizar cada cual una parte especial de la tarea común, obtienen un resultado muy superior al que obtendrían si cada uno tuviera que realizarlo separadamente. Santo Domingo lo ha tenido en cuenta en la concepción de su Orden, cuyas diferentes ramas se completan, e incluso en la organización de cada uno de sus conventos.

* * *

En los Dominicos no se concibe el aislamiento, ni aun por períodos, como en otros religiosos; por ejemplo, los Franciscanos o los Carmelitas. Domingo se instaló en plena ciudad populosa e hizo de su casa de los Predicadores una verdadera ciudad y no una simple agrupación de individuos. Para él el convento perfecto no es aquel en que cada uno cumple todo lo que manda la Regla. El fin se consigue colectivamente. Hay una división de las tareas prevista por las Constituciones y organizada por el Superior.

Este concede a cada uno las dispensas necesarias en algunas observancias que le permitan dedicarse a tareas especiales y que pueda sacar un mayor provecho y utilidad, como se espera de él.

La misma Orden aparece en el mundo como una gran ciudad. Desde el primer núcleo sembrado en la tierra de Prouille ya aparece bien definida. Bajo el nombre de «santa predicación», incluía un monasterio de monjas contemplativas, cerca del cual los frailes tenían su punto de contacto. Las oraciones prolongadas de estas monjas y su vida de inmolación en el claustro suplían lo que los frailes, con frecuencia arrastrados por el torbellino del mundo, no podían cumplir. Del lado de la contemplación era un contrapeso para equilibrar la vida mixta de los Predicadores.

Del lado de la acción, había otro al cual los frailes no podían entregarse sino con medida, si querían permanecer fieles al conjunto de la vida monástica, canonical y estudiosa fijada por el fundador. Desde 1206 los laicos

se habían reunido, a instancias del Obispo Foulques, amigo de nuestro bienaventurado Padre, bajo el nombre de «Milicia de Jesucristo», verdaderos caballeros que se distinguían ellos también por la túnica blanca y la capa negra y cuya finalidad era la defensa de la fe, de los derechos de la Iglesia y de todos los intereses católicos. Esta Orden de caballería recibió la influencia benéfica de la dirección de Santo Domingo. Introducida en Lombardía, adquirió un gran desarrollo, y el Papa Gregorio IX, en 1235, recomendó al Beato Jordán de Sajonia, primer sucesor de Santo Domingo, de que proveyera a su cuidado espiritual. Con el Beato Raimundo de Capua (en la *Vida de Santa Catalina de Sena*) es fácil ver en esta «Milicia de Jesucristo» la forma primitiva de la Orden Tercera.

Con toda seguridad inauguraron la vida de los Tercerios dominicos estos otros laicos, hombres y mujeres, que aborreciendo el relajamiento de las costumbres cristianas en medio del mundo, se agrupaban bajo el nombre de *penitentes* o de *continentes*, frecuentaban la iglesia de los Dominicos, se edificaban de sus observancias religiosas, les ofrecían su amistad, sus bienes y su influencia personal; y éstos, a su vez, se aprovechaban de sus auxilios espirituales, de sus autorizados consejos, del buen ejemplo de sus virtudes, y de aquí que realizaran en el medio ambiente su acción bienhechora. Cuando la «Milicia de Jesucristo» perdió su razón de ser como Orden militar, fué absorbida por estas otras Hermandades de un tipo diferente para combatir el mal y promover el bien por medio de las armas espirituales.

El Maestro General Munjo de Zamora, sexto sucesor de Santo Domingo, para constituir definitivamente la Orden Tercera no hará más que unificar y poner en orden los reglamentos que desde mucho tiempo se usaban en estas Hermandades de penitencia, atraídas desde un principio por la enorme influencia ejercida por los conventos dominicanos y que se habían puesto bajo el gobierno de los Predicadores.

Una organización semejante se había desarrollado paralelamente bajo la influencia franciscana. En las quejas que el clero de Inglaterra dirigió, en 1255, al rey Enrique III contra los Frailes Predicadores y Menores se encuentra este

reproche: «Han inventado nuevas Hermandades, en las cuales los hombres y las mujeres entran en tan gran número que apenas se encuentra alguno que no forme parte de ellas.»

Sin duda la frase peca de exageración. Se formaron otras Hermandades que quedaron independientes. Y además del provecho espiritual que todos estos penitentes sacaban de agruparse en un determinado territorio, a la sombra de una iglesia, las Hermandades sobre las cuales recaía la crítica mencionada, en especial las Hermandades de Santo Domingo, gozaban de las ventajas que les proporcionaba el ingreso en una Orden tal como la de los Predicadores. Es una «Orden sagrada», animada de un espíritu que la Iglesia siempre ha considerado como una de las mejores, mientras que otras congregaciones, fundadas con la misma buena intención, fueron pronto consideradas como sospechosas de herejía, fueron condenadas por la Iglesia y tuvieron un fin lamentable. ¡Qué beneficio tan grande pertenecer a estas Hermandades dominicanas que han triunfado de la prueba de siete siglos, de sentirse conducido en el camino del cielo por todos los santos que nos han precedido en el fervor de este espíritu, de verse fortalecido por una multitud de Padres, de Hermanos y Hermanas que viven aún en esta tierra!

II

La solidaridad dominicana

Al formar parte de una Orden como la de Santo Domingo, uno recibe las ventajas que produce naturalmente toda asociación en cada uno de sus miembros. No hay por qué insistir en la división y especialización del trabajo que permiten a toda la Orden realizar su obra inmensa y compleja.

Quiero solamente recordar en pocas palabras la fuerza moral que se comunican, por el entusiasmo del buen ejemplo, los Hermanos que viven en comunidad, la luz y el ánimo adquiridos en las enseñanzas de maestros autorizados que dirigen su vida espiritual, el beneficio inmenso que les reporta la rica herencia dejada en esta vida por los venerables antepasados de quienes se consideran como hijos. ¡Qué

patrimonio tan grande ha podido amasar después de tantos siglos la familia dominicana !

Nosotros leemos con gusto y con provecho los libros que exponen los orígenes y la historia de nuestra Orden, la vida de los santos que la han hecho ilustre, el pensamiento de sus doctores. Para alimentar nuestra alma, no tenemos más que comer el buen pan de casa y beber el vino de nuestra viña.

Y estas imágenes tan artísticas que nos ofrecen los rasgos de nuestro Padre y de sus mejores hijos e hijas, ¡qué hermosa colección de retratos, que es bueno y útil admirar y que nos ayudan a conservar la nobleza de nuestros antepasados ! Felices de haber tenido un Fr. Angélico que ha pintado amorosamente estos rostros queridos, y nos los presenta tomando parte en las grandes escenas del Evangelio, que nosotros debemos vivir también y entrar con los ángeles en la gloria del paraíso, donde esperamos reunirnos con ellos.

Pero yo quiero explicar brevemente ciertos efectos maravillosos de orden sobrenatural que no se realizan más que en las Hermandades religiosas como la nuestra. En ella se adquiere verdaderamente un mérito común, se ruega eficazmente los unos por los otros, se satisface rigurosamente por los pecados de todos. Y ni la misma muerte pone término a esta benéfica comunicación que la Iglesia llama la Comunión de los santos.

* * *

Aprovechar los méritos de los demás, más que recibir, a la vista de sus buenos ejemplos, un estímulo psicológico que nos lleva a imitarlos, es obtener a favor nuestro una plusvalía de las buenas obras que ellos realizan.

Sin duda que los méritos para conseguir el aumento de vida sobrenatural son individuales. De esta manera observamos que los frutos corresponden al árbol vivificado por la savia, y la ciencia la adquiere el hombre que se dedica al estudio. El acto ajeno no puede disponer formalmente a mi alma para recibir la infusión de la gracia santificante.

Pero hay un mérito de orden inferior, ciertamente real, que es comunicable. Dios desea naturalmente extender a los amigos de los que le aman la complacencia que tiene para

éstos. Justo es que satisfaga los deseos de los que viven en el cumplimiento de su voluntad. ¿Y acaso no es el deseo de los que cumplen la voluntad de Dios que todos los miembros de su familia espiritual sean santificados? Por esta razón Dios envía a todos los miembros de esta familia espiritual auxilios actuales, que si no son resistidos provocan una conversión, una mayor santificación.

De esta suerte la caridad, a medida que un alma la va practicando, no solamente produce un aumento de vida en esta alma, sino que irradia beneficiosamente en todos los que están cerca de ella. Entre los miembros del cuerpo místico de Cristo, y principalmente entre las células más íntimamente unidas entre sí, hay un intercambio recíproco de nuestras buenas obras. Y no es necesario para esto que hagamos una intención expresa, aun cuando ésta sea útil para estimular nuestros esfuerzos y distribuir el provecho.

La Beata Estefanía era hija de un excelente cristiano, terciario de nuestra Orden, y cuando su padre tenía que pedir algún consejo a su Director espiritual, que era el Beato Mateo Carreri, la llevaba consigo. ¡Cuán provechosos le resultaron los méritos de estas dos almas! El Beato Mateo le dijo un día que ella sería su heredera. Ella heredó, en efecto, su ardiente caridad y su participación en los sufrimientos del Señor. El llevaba en su cuerpo las sagradas llagas y ella participó todos los viernes de la pasión del Señor.

* * *

A la intención del mérito para los demás se puede añadir la oración. Y ésta añade al mérito un valor nuevo. El mérito se apoya en la misma justicia de Dios. La oración hace un llamado a su misericordia para que reparta la limosna de sus gracias.

En sus cartas a la Beata Diana y a sus hijas del Monasterio de Bolonia, el Beato Jordán de Sajonia les recomienda que oren confiadamente por la Orden para que los Hermanos aumenten en número y en virtudes. Algún tiempo después da cuenta de los magníficos resultados de su oración. «Alegraos y dad mil acciones de gracias al Padre de todo bien... Llevado del desaliento al ver que había predicado mucho tiempo en vano a los estudiantes de la Univer-

sidad, me disponía a partir cuando repentinamente Dios se ha dignado mover los corazones de un buen número de ellos y fecundar por la efusión de la gracia el ministerio de mi palabra. Diez han tomado ya el hábito.» Un poco más tarde les escribirá también : «Vuestras plegarias y las de vuestras Hermanas han sido escuchadas, nuestros Hermanos se multiplican en el mundo entero y en todas partes crecen en número y en méritos.»

La Teología nos enseña que la oración es infalible cuando se trata de nosotros mismos. Pues la oración humilde, confiada y perseverante nos coloca a nosotros mismos en estado de recibir los dones de Dios. Pero nuestros Hermanos, en el caso presente, forman un mismo cuerpo, pertenecen a la misma familia espiritual y están vinculados con los mismos sentimientos. Es difícil que pongan obstáculo para recibir estas gracias que pedimos por ellos y también por nosotros.

* * *

En la medida en que nuestras oraciones y nuestras buenas obras nos resulten penosas dan origen a un tercer valor, llamado satisfactorio, y este es aplicable a otros en toda su integridad. Hablando con toda exactitud, nosotros podemos expiar la pena merecida por los pecados ajenos. Nosotros hacemos una sustitución de sus actos por los nuestros, pagamos su deuda y el divino Acreedor queda satisfecho. Santo Tomás ha hecho notar que Dios se muestra menos exigente cuando la pena es satisfecha por otra persona que cuando el culpable la paga por sí mismo, pues la caridad, que comunica el valor a la satisfacción, es de ordinario mayor cuando uno acepta expiar el mal ajeno.

Me place citar aquí una página emotiva del formulario para la profesión que está en uso en algunas Hermandades. En nombre de la Sede Apostólica y del Rmo. Padre General, el Director de la Hermandad afirma solemnemente que el nuevo profeso participará «de las buenas obras que se hacen en honra de Dios, ejercidas y practicadas en nuestra Orden, sean cuales fueren, dónde y por quien sean hechas. Que los sean provechosos, dice él, los sacrificios de todos nuestros sacerdotes, las oraciones de todos nuestros Hermanos que cantan las alabanzas a Dios de día y de noche,

los trabajos de nuestros misioneros que evangelizan dentro y fuera de la cristiandad, entre los herejes y los idólatras: sus sudores, sus largos y penosos viajes, el ardor entusiasta de los jóvenes, los votos de las vírgenes, las lágrimas de los penitentes, los trabajos de nuestros Hermanos en la Orden Tercera...»

* * *

No contento con derramar sobre el nuevo Hermano las bendiciones espirituales que le proporcionan los miembros vivos de la Orden, pide también para su alma las gracias que le procurarán los santos del cielo, a quienes enumera, empezando por nuestro Patriarca, siguiendo por los mártires de la fe, los santos confesores, los grandes obispos, las gloriosas vírgenes y la multitud innumerable de todos aquellos que recordamos en la fiesta dominicana de Todos los Santos. Todos ellos pertenecen a la Orden a la cual nosotros hemos sido incorporados. La muerte sólo separa de la Orden a los miembros a quienes les sorprende en estado de pecado mortal. Pero los santos que Dios ha recibido en la gloria son más que nunca nuestros. Ellos se preocupan de nosotros, interceden y piden por nosotros. Y Dios nos bendice en consideración a sus méritos y a sus plegarias.

Nuestro P. Santo Domingo lo dijo en momentos antes de su muerte: «Yo os seré más útil en el cielo que aquí en la tierra.» *O spem miram quam dedisti!* ¡Qué maravillosa esperanza nos habéis dado! Padre, ayudadnos con vuestras plegarias... *Pie Pater Dominice, tuorum memor operum...* Oh dulce Padre, haced valer vuestros méritos para nosotros delante del soberano Juez.

Es también de mucha utilidad la lectura de la vida de las almas dominicanas que han sido favorecidas con visiones auténticas. Estos favores tienen por finalidad manifestar lo que de una manera invisible pasa en todos nosotros. Santo Domingo, acompañado de alguno de nuestros santos o santas, se les aparece. Con frecuencia las viene a buscar en el momento de su muerte. Las grandes etapas de su vida espiritual también son señaladas con semejantes apariciones. A veces, tal es el caso de las Beatas Catalina de Raconiccio y Lucía de Narni, reciben esta clase de apariciones antes de ingresar en la Orden, en la que estas almas están predes-

tinadas a santificarse. ¿Y cómo no citar el caso tan consolador del Beato Antonio Neyrot? Encontrándose entre los musulmanes, había caído en la apostasía y luego conquistó la palma del martirio gracias a San Antonino, que le había dado el hábito en el convento de San Marcos, de Florencia, y luego se le apareció desde lo alto del cielo para exhortarlo al arrepentimiento.

Cada año, en el oficio de Todos los Santos y especialmente en la fiesta de todos los santos de nuestra Orden, reconociendo nuestras flaquezas rezamos un hermoso responsorio, cuyas palabras finales dicen así: «¡Que los méritos de estos santos nos ayuden a nosotros que estamos oprimidos por nuestros pecados! ¡Que al vernos acusados por nuestras miserables acciones, nos excuse su intercesión! Y vos, Señor, que les habéis otorgado la palma de la victoria, no rehuséis el perdón de nuestras faltas, para que un día podamos vernos reunidos todos allá en la gloria.»

Varias veces durante el año se nos da una absolución general, ya en las reuniones de la Hermandad, ya individualmente en el confesonario, para completar la obra del perdón de nuestros pecados mediante la remisión de la pena que hemos merecido. Esta absolución se la debemos a nuestros santos del cielo. Ellos han adquirido tantos méritos —y tan poco tenían que satisfacer por sus propias culpas— que han dejado amasado un tesoro inagotable, del cual nos aprovechamos en primer término los que somos miembros de la misma familia.

Si al término de nuestra vida terrena tenemos que satisfacer algo en el Purgatorio, nuestros Hermanos del cielo y de la tierra nos ayudarán también, gracias a esta colaboración maravillosa que nos enseña la doctrina de las indulgencias.

En efecto, la Iglesia, contando con el tesoro de los santos, ha otorgado a ciertas oraciones, a ciertas obras, indulgencias plenarias o parciales que pueden aplicarse por los difuntos. Este medio tan rico y de tanta utilidad viene a sumarse a todas las obras satisfactorias que podemos ofrecer tanto por los Hermanos difuntos como por los vivos, y a los sufragios que la Regla prescribe. Démosles esta valiosa limosna. Otros más tarde nos prestarán el mismo servicio.

III

La vida en la Hermandad

Aun cuando hubiera un Terciario que no tuviera contacto con ninguna Hermandad, sin Director elegido entre los Frailes Predicadores, le sería de gran provecho haber entrado en la Orden Tercera de Santo Domingo, ya que podría participar de todos los beneficios sobrenaturales que hemos mencionado más arriba. En el caso de que viviera aislado de todo ambiente dominicano, tendría comunicación con la grandiosa vida invisible de la Orden.

Por eso en la Regla está escrito que uno puede ser admitido en la Orden sin formar parte de ninguna Fraternidad. Aun en ese caso, la recepción del escapulario confiere la facultad de participar de todos los bienes espirituales de los Hermanos y Hermanas de la Orden Tercera (IV, 19).

Una persona que vive en una ciudad en que no está establecida la Hermandad dominicana, podrá aprovechar la presencia en el lugar de un religioso dominico para ingresar en la Orden Tercera. Otra persona que vive en el lugar en que está establecida la Hermandad, por una razón especial puede dejar de inscribirse en ella. Corresponde al Director juzgar el valor de esta razón. La Regla confía a la prudencia del Director la admisión al noviciado y a la profesión de esta persona que no formará parte de la Hermandad (V, 23).

Pero quien pretendiera quedar como Terciario aislado, sin pertenecer a una Hermandad, demostraría que no ha entendido lo que es una Tercera Orden. En el Código de derecho canónico ésta se define: «una asociación de cristianos». Y basta leer la Regla para darse cuenta de lo que pide a este respecto. Los cristianos que se han asociado para mejor aspirar a la perfección se colocan bajo la dirección de la Orden (I, 1), es decir, que normalmente están en relación con el convento de los religiosos dominicos, de quienes reciben la necesaria dirección. Ellos tienen un Director que forma parte del convento. Y hacen la profesión en presencia de este Director, que ocupa el lugar del reverendísimo Maestro General de la Orden.

El Maestro General y el Prior Provincial tienen el derecho de visitar cada Hermandad, por sí mismos o por algún delegado, una vez por año, y aún más si es necesario. Todo lo que ellos juzgaren oportuno para la buena marcha de la Hermandad, ya se trate de algún consejo, de alguna advertencia, de alguna disposición o corrección y aun de destitución de algún miembro del Consejo, toda la Hermandad y cada uno de sus miembros deben recibirlo y aceptarlo con espíritu de agradecimiento y de humildad (XIV).

El Director, nombrado por el Maestro General o por el Prior Provincial, «puede, en virtud de su oficio, hacer todo lo que se refiere a la formación y dirección espiritual de los Hermanos».

Una vez por mes se tiene la reunión mensual para recibir sus instrucciones, las explicaciones o comentarios de la Regla, los avisos, las advertencias, las amonestaciones, incluso los castigos que creyere oportunos, así como las dispensas y, en fin, la absolución de las culpas. Se asiste a la misa en común, se reza el Oficio, se ruega por las intenciones recomendadas y se rezan los sufragios por los difuntos (XVI, XVII-XIX).

El Director está asistido por un Consejo compuesto principalmente por un Prior, un Subprior y un Maestro de novicios, cuya institución y funciones están previstas por la Regla. Todos ellos deben colaborar, cada uno por su parte, en la edificación de los miembros de la Fraternidad (XV-XVI).

La vida solitaria sólo conviene a los perfectos, dice Santo Tomás. Siendo perfectos, pueden bastarse a sí mismos. Pero los demás tienen el mayor interés en asociarse para recibir las enseñanzas, los ejemplos y las correcciones, que son de tanta utilidad a los que desean llegar a la perfección espiritual (1).

¿Es acaso porque han llegado a la perfección que tal o cual Hermano dejan de frecuentar los actos de la Hermandad? ¿No será, tal vez, porque el religioso que está encargado de la Hermandad no es de su simpatía, porque el Padre X no es el Director? ¿Y no es esta conducta una señal de imperfección?

(1) *Sum. Theol.*, IIa. IIae., q. 188, a. 8.

¡ Este Padre ya no es ahora Director ! Pero, «¿ qué importa Pedro, Pablo o Apolo ? », decía San Pablo. No debe importarnos más que Dios, Jesucristo y nuestro P. Santo Domingo ; los demás no son más que unos delegados. Santa Catalina de Sena besaba las huellas de los religiosos dominicos, sin fijarse quiénes eran los que pasaban.

¿ Tal persona os resulta antipática ? Aceptad el sacrificio que en esto, como en todo lo demás, os pide la caridad. Tomad parte en las reuniones, y cuando hayáis asistido a la misa y hayáis rezado en común, no podréis abrigar sentimientos de aversión contra éste o aquella que en el comulgatorio recibe al mismo Cristo, que dirige iguales súplicas al mismo P. Santo Domingo y a quien habéis dado el beso de paz el día de la profesión.

En estas reuniones de familia se aprende la manera de pensar, de orar y de obrar que constituyen el espíritu de nuestra Orden ; se nos instruye de sus recuerdos, de sus tradiciones, de sus costumbres, de todas las cosas venerables que los ancianos transmiten a los jóvenes ; se comunican las noticias interesantes referentes a su vida actual, y se experimenta en realidad lo que expresa el salmo : es bueno y dulce vivir en la Hermandad.

De esta manera se conocen las diversas necesidades de la gran familia dominicana, por cuyas intenciones conviene rogar, y se buscan los medios para proporcionar alguna ayuda. Cada uno ofrece su colaboración, su trabajo, conforme a sus posibilidades. Unos pueden prestar servicios de orden intelectual, tomar parte en el mismo apostolado, como catequizar a un adulto convertido. Las Hermanas pueden trabajar en la ropa de la iglesia, preparar una venta económica y tantas otras cosas. La colaboración es impersonal. No se trabaja para un religioso determinado, sino para el convento, para el noviciado, para la Provincia... Y si el trabajo pasa inadvertido, hay que aceptar con humildad este anonimato, felices de poder testimoniar a Santo Domingo la gratitud que le debemos de nuestra parte.

Si algún día tenéis que alejaros de la Hermandad, si estáis impedidos de asistir a las reuniones, si os véis privados de los consejos del religioso que os dirigía, diréis lo que decía Enrique de Colonia al Beato Jordán de Sajonia, recordando el tiempo en que habían soñado vivir juntos

(*Stemus simul*): «¿Dónde está ahora "el vivamos juntos" ? Vos estáis en Bolonia y yo en Colonia...» A ejemplo de estos dos santos, mantendréis la comunión espiritual con vuestros Hermanos ausentes y esto os dará un gran consuelo.

Procurad imitar a la Beata Villana de Botti, que amaba tanto la iglesia dominicana de Santa María Novella, donde había recibido la profesión y tantas veces había rogado. No pudiendo asistir a la iglesia, subía a lo más alto de la torre de su palacio para ver siquiera el campanario. De esta manera podréis volver con el espíritu a la iglesia del convento, desde donde la vida dominicana ha irradiado y sigue irradiando en vuestra alma.

ARTÍCULO II

EL CULTO DE NUESTRO PATRIARCA

Para ilustrar las consideraciones que hemos hecho hasta ahora he querido elegir algunos ejemplos de nuestra familia religiosa ; estas consideraciones convienen de una manera general a todas las Ordenes Terceras. Pero es hora de que dejemos de lado las generalidades y procuremos señalar lo que caracteriza la familia a la cual pertenecemos y la distingue de las demás. Se trata, pues, de especificar el carácter de la Tercera Orden de Santo Domingo.

Su Patriarca es Santo Domingo. He aquí el principio fundamental. Lo recordaremos con frecuencia para poseionarnos del espíritu que debe animarnos. Sin duda alguna debemos estar animados del espíritu de nuestro P. Domingo. Pero antes debemos contemplar a Santo Domingo en su función de Patriarca y tributarle el honor que este título reclama.

Honora patrem dice el cuarto mandamiento del Decálogo. Este precepto nos intima el respeto que debemos a toda grandeza, sobre todo cuando es santa ; la sumisión debida a todo superior, especialmente cuando uno ha aceptado la obligación solemne de obedecer ; la piedad filial debida a un Padre, sobre todo cuando lo es en el orden espiritual. ¿ Santo Domingo no es todo esto para nosotros ? El brilla con una santidad extraordinaria, es nuestro Superior a quien hemos prometido fidelidad, es también el Padre de nuestra alma. Por razón de estos títulos nosotros le debemos el respeto, la sumisión y la piedad filial. ¡ Que nos sea agradable y dulce, particularmente dulce en el caso presente, la práctica del cuarto mandamiento de la Ley de Dios !

I

Santo Domingo por su grandeza merece el respeto de todos

El fué grande entre los hombres. ¿De qué clase de grandeza? ¿Grandeza del poder temporal? ¿Grandeza de la inteligencia y del genio? ¿Grandeza de la virtud y de la santidad? ¿En cuál de estos tres órdenes de grandeza, que Pascal nos ha enseñado a distinguir, debemos colocar a Santo Domingo? Por derecho de nacimiento le corresponde la grandeza temporal. Su abuelo había levantado en lo más alto de Caleruega un castillo para defender el país contra las incursiones de los moros. A los pies de su castillo, que era una fortaleza, y bajo su autoridad, se agruparon algunas familias y llegaron a formar un pueblo, al frente de cuya administración estaba el señor de Guzmán.

Domingo, como sus antepasados, podía marchar al frente de sus hombres en la cruzada contra los moros que devastaban las regiones meridionales de España, podía imitar a su amigo Simón de Montfort, jefe de la cruzada contra los albigenses que infestaban el sur de Francia. Algunos religiosos, en efecto, compartieron con Simón la dirección de la cruzada. Y se les confirieron mayores poderes que a los obispos. Domingo rehusará enérgicamente estos poderes y semejantes honores a pesar de las muchas solicitudes. Después de fundar su Orden intentará en muchas ocasiones delegar a otro sus funciones de Superior general. Siempre despreció «las grandezas de la carne» y todo lo que podía halagarle en este sentido.

Domingo es grande también con otra grandeza más alta, que es la del espíritu. Antes de su nacimiento Juana de Aza es favorecida con una visión que presagia el porvenir de su hijo: ve un perro que lleva en su boca una tea encendida y que recorre el mundo para inflamarlo. Cuando joven, un día aparecerá ante su madre con una estrella en la frente. Esta estrella otros la verán más tarde, Sor Cecilia en especial. Esta tradición la conservó celosamente Fr. Angélico representándola como el atributo distintivo del rostro luminoso de nuestro Padre.

La historia da testimonio de que Domingo realizó estos

bellos símbolos y de ello se encuentra una afirmación original en el famoso Diccionario de Pedro Larousse, quien ha escrito: «Santo Domingo ha sido en Europa el primer Ministro de Instrucción Pública.» Es del todo cierto que gracias a él y a sus hijos diseminados por toda Europa y otros países fué establecida la instrucción en el mundo.

Pero conviene hacer notar que era principalmente la ciencia de Dios la que quería transmitir a la cristiandad, en una época en que los cristianos vivían en las sombras de la ignorancia y de la herejía. Algunos no veían otra solución que empuñar las armas para hacer volver a los albigenses a la verdad católica. El prefería servirse de la luz de los razonamientos en conferencias públicas y en conversaciones particulares. La primera vez que se enfrentó con la herejía en la persona del hotelero de Tolosa, en cuya casa se hospedó, pasó toda la noche para convencerle de su error. Cuando el sol se levantó una nueva luz había aparecido disipando las tinieblas de aquel hombre. Noche famosa en que se reveló la vocación de Domingo, la vocación de predicador y de fundador de los Predicadores. Sus hijos espirituales que él formará a su imagen serán los «campeones de la fe y las lumbreras del mundo», según la profecía del Papa que aprobó su Orden.

* * *

El elogio más grande que se ha hecho jamás de nuestro Patriarca lo ha escuchado Santa Catalina de Sena del mismo Padre Eterno, como puede leerse en su célebre *Diálogo*. «Domingo —le dijo Dios— ha asumido la misión del Verbo, mi Hijo único... El ha sido una luz que yo envié al mundo por intermedio de María.» «Yo tengo dos hijos —continúa en otro pasaje—; he engendrado al primero por un acto generador de mi naturaleza y al otro por una adopción llena de encanto y de amor.» Y la Santa contemplaba en una visión cómo Domingo salía del corazón del Padre Eterno y el Verbo salía de sus labios... Y la Santa, extasiada, miraba a ambos... La fisonomía de Domingo era parecida a la de Cristo. Sin duda no era el rostro carnal de Domingo, desfigurado por la muerte, lo que veía la Santa, sino el rostro del alma, si puede llamarse así. Por un privilegio divino la fisonomía espiritual del Santo Pa-

triarca se le aparecía excitando vivamente su imaginación. «Mi Hijo, según la naturaleza —decía el Padre Eterno—, ha consagrado toda su vida, todos sus actos, todas sus enseñanzas y todos sus ejemplos a la salvación de las almas. Domingo, mi hijo adoptivo, ha puesto todas sus energías, todos sus esfuerzos para librar a las almas de los lazos del error y del vicio. La salvación de las almas, tal ha sido el fin principal por el cual ha plantado y ha regado su Orden. Ves ahora por qué te digo que en todos sus actos puede ser comparado a mi Hijo por naturaleza.»

Y en verdad yo no sé de ningún hombre que se haya aproximado tanto a la grandeza que brilla en la vida de Cristo como Santo Domingo. No hay más que leer los testimonios prestados bajo juramento en el proceso de su canonización. Voy a transcribir algunos literalmente.

Zelator animarum, zelator maximus animarum, así califican a nuestro Padre los testigos uno tras otro. *Zelator salutis generis humani*, dice Guillermo de Montferrato, uno de los que más penetró en su intimidad. Su celo vehementemente se aplicaba a la salvación de todo el género humano. A todos los fieles, a los incrédulos y a los mismos condenados extendía su caridad, dice Fr. Ventura. Le torturaban todos los pecados que llegaban a su conocimiento, *peccata aliorum cruciabant eum*. Pasaba casi toda la noche en oración en la iglesia, *pernoctans in oratione*, y se oían sus gritos de angustia que recordaban los de Getsemaní. «Señor, tened piedad de vuestro pueblo. ¿Qué será de tantos pecadores?» Por ellos se flagelaba hasta derramar sangre después de haberse disciplinado por sus propios pecados; y luego comenzaba de nuevo para expiar por las almas del purgatorio. Después se entregaba otra vez a la oración, y cuando se sentía vencido por el sueño apoyaba su frente sobre el altar.

Todos los días en el convento exhortaba a sus Hermanos dirigiéndoles una emotiva plática. Todas las almas atormentadas por alguna tentación encontraban en él su consolador. Estuviese de huésped en una casa, con el hotelero y sus familiares, o entre grandes personajes, príncipes o prelados, siempre aprovechaba la ocasión para predicar con la palabra y el ejemplo, que provocaban el desprecio del mundo y el amor a Dios. A lo largo de los caminos por donde anduvo él, siempre que encontraba a alguien se pre-

ocupaba de anunciarle la palabra evangélica. Un día se encontró con varios compañeros de viaje cuya lengua le era desconocida, y su celo ardiente obtuvo del cielo un milagro para hacerse comprender. En las horas libres estudiaba los libros santos que llevaba en su alforja y meditaba haciendo gestos como si hablara con alguien, y sobre todo, pensaba en nuestro Salvador, cuya misión redentora continuaba él. «Id delante —decía a sus Hermanos— y pensemos en el Salvador.» De esta suerte no hablaba más que de Dios o con Dios, a ejemplo de Jesús, y quiso que esta regla de vida estuviera inscrita en las Constituciones de su Orden.

He ahí como vivía Santo Domingo, identificado en cierta manera con Cristo, a quien el Evangelio nos muestra unido en todo momento en la intimidad con su Padre; unido a Cristo, a quien no abandona un instante la inquietud por la salvación de la humanidad entera. Como el gran apóstol, también él podía decir: «No soy yo quien vivo; es Cristo quien vive en mí.» El nombre de Domingo le cuadra perfectamente; es decir, el hombre del Señor. Como el domingo entre los días de la semana es el día del Señor, así también Domingo es entre todos los hombres el hombre del Señor Jesús. De esta suerte todo cristiano debe tener para Santo Domingo un gran respeto, algo de este respeto religioso con que se venera a Cristo, ya que este gran Santo es su imagen viviente.

II

Santo Domingo, nuestro legislador, tiene derecho a nuestra sumisión

Entre todos los cristianos me dirijo con preferencia a las almas dominicanas, porque son ellas las que en especial deben sentir un verdadero culto por Santo Domingo.

Doce años después de la muerte de nuestro Padre, el Papa Gregorio IX, que lo había tratado muchas veces, sabiendo que habían enterrado su cuerpo en una tumba muy humilde reprochó severamente a los Frailes Predicadores no haber dado a su Padre los honores que merecía. «He

conocido a este varón apostólico y no tengo la menor duda de que está en el cielo asociado a la gloria de los santos apóstoles... No dudo de su santidad, como tampoco dudo de la de los apóstoles San Pedro y San Pablo», dirá en el momento de la canonización.

Si nuestros primeros Hermanos tenían la excusa de haberse dejado guiar por la humildad de nuestro Padre, por otra parte, ellos procuraban someter su alma a todas las directivas que él les había impreso. Y esta era una manera más elocuente de tributarle un verdadero culto. En cierta manera continuaban haciendo profesión de obediencia entre sus manos.

Como ellos, nosotros decimos también: «Yo hago profesión y prometo obediencia a Dios, a la Virgen María y a nuestro bienaventurado P. Santo Domingo...» Todos los que emitimos los votos religiosos en la Orden de Predicadores hablamos así. Después de nombrar a Santo Domingo designamos al Superior visible que lo representa actualmente. Otros sucederán al que tiene nuestras manos entre las suyas mientras pronunciamos los votos. Pero por encima de estos Superiores que pasan está el que permanece siempre. Los Superiores que se suceden unos a otros nos mandarán según la Regla y las Constituciones. Pero Santo Domingo es quien ha escogido la Regla y es el primero que ha buscado las fórmulas de las Constituciones. Si con el tiempo han sido ampliadas y han sufrido alguna adaptación, el fondo y el espíritu permanecen intactos.

El Concilio de Letrán acababa de prohibir la fundación de nuevas Ordenes religiosas cuando Santo Domingo llegaba al Languedoc para someter al Papa sus proyectos. El Soberano Pontífice le autorizó la nueva fundación y propuso a nuestro Padre que eligiera alguna de las Reglas ya existentes. El antiguo canónigo de Osma eligió la de San Agustín, que le concedía cierta amplitud para añadir las Constituciones que él concebía.

¡Y con qué cuidado las redactó! La concepción de las mismas fué tan clara y precisa que sus hijos jamás han tenido discusiones serias sobre la verdadera idea del fundador. Algunas Ordenes se han dividido en varias ramas juzgando interpretar cada cual la idea del Padre común. Nuestra Orden, que lleva más de setecientos años de exis-

tencia, jamás ha conocido tales escisiones. Ha habido ciertamente períodos de fervor y períodos de decadencia. Pero a la manera que un alma se renueva en el curso de un retiro espiritual, también nuestra Orden ha avivado su fervor primitivo, penetrándose de nuevo de la concepción religiosa de su legislador, sometiéndose a este Superior mayor que Dios le ha dado para siempre.

La misma Regla de la Orden Tercera, en su espíritu al menos, es también obra de Santo Domingo. Pues la actual Regla, aparecida en 1923 con la aprobación del Papa Pío XI, no es más que una adaptación a las necesidades de nuestro tiempo del texto que el Maestro General Munio de Zamora publicó en 1285 bajo la aprobación de Honorio IV; y Munio de Zamora no hizo más que codificar las costumbres que se practicaban en tiempo de Santo Domingo.

* * *

Santo Domingo, pues, es el fundador tanto de la Primera Orden como de la Tercera. Recordemos la historia que cuenta Raimundo de Capua en la vida de Santa Catalina de Sena. Algo parecido encontramos también en la vida de la Beata Columba y de la Beata Estefanía. La joven Catalina tuvo un sueño durante el cual le pareció ver a varios fundadores de Ordenes, y entre ellos a Santo Domingo. Todos estos fundadores la instaban a elegir, para aumentar sus méritos, una de sus religiones, en donde ella pudiera prestar al Señor un servicio más favorable. Dirigiendo entonces sus miradas y sus pasos hacia Santo Domingo vió que el Santo Patriarca le salía al encuentro llevando en sus manos el hábito de las Hermanas llamadas de la Penitencia de Santo Domingo, que eran bastante numerosas en Sena. Se acercó a ella y la consoló diciéndole: «Mi dulce hija, ten buen ánimo y no tengas temor ante ningún obstáculo, pues con toda seguridad vestirás este hábito que tú deseas.»

Como ella lo hizo más adelante, también nosotros hemos hecho «la profesión de querer vivir según la Regla y la forma de vida de los Hermanos y Hermanas de la Orden de Penitencia de Santo Domingo hasta la muerte». Sin que esta profesión incluya un voto, este compromiso es de una

importancia capital y nos ofrece, como lo decía el Beato Raimundo de Capua, un aumento de méritos y la oportunidad de ofrecer un mejor servicio al Señor.

¿Por qué motivo? Porque nosotros quedamos constituídos bajo la autoridad de Santo Domingo para vivir según su Regla, y desde entonces el valor de nuestra vida se acrecienta ante los ojos de Dios con el mérito de la virtud de la obediencia e incluso de la obediencia religiosa.

Santo Tomás ha expuesto en un artículo de la *Suma* los grandes principios de la virtud de la obediencia. En él expone y hace notar cómo los seres de la naturaleza se someten en todos sus movimientos a las misteriosas fuerzas cósmicas que los rigen y les comunican la fuerza y la fecundidad. De hecho sabemos que la tierra, por ejemplo, gira alrededor del sol, y según el grado de proximidad recibe con mayor o menor intensidad el calor que da vida a todas las plantas, que las hace florecer y fructificar. También los hombres deben someterse a las autoridades constituídas, penetrar en su espíritu, ejecutar su voluntad. Gracias a esta sumisión, su vida adquiere la fecundidad para producir lo que Dios espera de ella. «Me parece estar oyendo una celeste armonía —decía un sabio de Grecia— que producen los astros en el silencio de la noche mientras siguen dócilmente sus leyes.» Más viva resulta la armonía espiritual de una sociedad humana, donde cada miembro se somete voluntariamente a la autoridad que le gobierna. En ella el orden divino resplandece en toda su belleza.

La Regla dominicana procura a nuestras almas la conformidad tan perfecta como es posible a este orden divino que se extiende a todos los seres. Ella nos reúne, en medio del orden general creado por la Providencia, en una Orden sagrada. *Ordo sacer Praedicatorum*. Es una Orden sagrada porque en ella la obediencia está realzada y revestida por la virtud de la religión. Es al mismo Dios a quien se obedece directamente y bajo el gobierno divino, y el administrador perpetuo de esta Orden sagrada es siempre Santo Domingo, por intermedio de los Superiores visibles que no hacen más que repetir y aplicarnos sus preceptos y sus consejos.

Es cosa sabida que entre las diversas Ordenes sagradas aprobadas por la Iglesia la de Santo Domingo se caracterizó desde sus orígenes por una amplitud de criterio

que las demás han copiado después. Si se exige una obediencia religiosa delicada y estricta no es con un espíritu de temor servil, sino por un sentimiento de amor. Santa Catalina, en una página muy conocida de su *Didlogo*, ha elogiado la prudencia de nuestro Padre manifestada en la redacción de las Constituciones de su Orden. Dios mismo habla en estos términos a Santa Catalina, que lo escuchaba arrobada: «Domingo, tu Padre, ha dispuesto la barquilla de una manera admirable. La ordenó toda ella con realeza, no obligando a sus hijos con culpa de pecado mortal. Iluminado por Mí, que soy verdadera luz, proveyó a los menos perfectos; pues aunque los que observan los estatutos de su Orden sean perfectos, sin embargo, uno es más perfecto que otro, y tanto los perfectos como los imperfectos están bien en esta nave. El se unió a mi Verdad encarnada, dando a entender que no quería la muerte del pecador, sino que se convirtiese y viviese. Su Religión es toda benigna, toda suave, y que despide de sí fragancia; es un amenísimo jardín de delicias.»

Siguiendo la expresión de la Santa, no vayamos a convertir este jardín de delicias en un erial, desdeñando seguir esta Regla o deformándola a gusto de nuestras apreciaciones personales. La fidelidad a las Constituciones dominicanas, mediante la virtud de la obediencia, en un sentido religioso y bajo la inspiración del amor, he aquí la mejor manera de honrar a tan gran Santo que ha fundado nuestra Orden y preside sus destinos.

III

Santo Domingo, nuestro Padre, reclama nuestra piedad filial

El día que fuimos admitidos a la Orden hicimos profesión de obediencia a Santo Domingo. Y en ese día él hubiera podido decirnos como Jesús a sus apóstoles: «No sois vosotros los que me habéis elegido a mí, soy yo, que desde ahora no sólo soy vuestro Superior, sino también vuestro Padre, quien os ha elegido a vosotros.» Podemos tener varios Superiores, y esto resulta una ventaja para nosotros. Pero «aun cuando tuvierais por millares a los

dueños —escribía San Pablo a los Corintios— no tenéis muchos padres. Soy yo, que os he engendrado en Cristo Jesús al traerlos su Evangelio».

En la vida dominicana, que es nuestra forma personal de vida cristiana, hemos sido engendrados por Santo Domingo. Gracias a su intervención secreta ha nacido nuestra vocación.

Jordán de Sajonia hacía diez años que estudiaba en París cuando llegó allí Santo Domingo. El joven estudiante conoció al fundador de los Predicadores y le causó una impresión imborrable. Más tarde recibió el hábito de manos del Beato Reginaldo de Orleáns y una sola vez volvió a ver, y por poco rato, a Santo Domingo. Sin embargo, lo llamará con emoción: «el Padre de su alma».

Santo Domingo no es ya de este mundo. Pero sigue obrando siempre para comunicar a los demás, en virtud de una misteriosa paternidad, la forma de vida que le es característica. Esto nos lo revela un hecho que se cuenta en la vida del Beato Jaime de Bevagna. Siendo éste todavía joven, se le apareció Santo Domingo y le dijo: «Ejecuta, hijo mío, el designio que has concebido en tu espíritu, pues yo te he elegido por orden del Señor y yo estaré siempre contigo.»

Y lo mismo ha ocurrido a cada uno de nosotros. Cuando aun no teníamos clara conciencia de la aspiración que se iba formando en nuestro corazón y que nos orientaba hacia la Orden de los Predicadores, Santo Domingo estaba presente para fomentarla.

El niño tarda en reconocer a su padre. Un día su mirada se fija en un rostro amable hacia el cual la madre, que lo lleva en brazos, lo presenta con insistencia. Y entonces acaba por reconocerlo y lo llama papá. El día que hemos hecho nuestra profesión dominicana hemos reconocido también a nuestro P. Santo Domingo.

Y puede afirmarse que la paternidad de Santo Domingo acerca de nosotros es mayor que la de nuestros padres que nos han engendrado corporalmente, porque la paternidad espiritual es superior a la natural.

En realidad, aun en cuanto al cuerpo, no es mucha la dependencia en que estamos respecto a nuestros padres. Nuestra existencia depende de muchas otras causas, fuera

de nuestros padres. Incluso ellos pueden morir sin que nuestra energía vital se vea seriamente comprometida. En definitiva, nosotros no tenemos más que un verdadero padre, en toda la extensión de la palabra, nuestro Padre que está en los cielos. Si El desapareciese, no podríamos subsistir un solo minuto. Nuestra existencia está pendiente absolutamente de la suya.

Esta paternidad inmensa que nos alimenta a todos infatigable y generosamente —fuera de la cual no hay más que la nada— se asocia a algunos hombres elegidos, privilegiados que sirven de intermediarios entre ella y las diferentes familias religiosas. Y así, en la inmensa ciudad de los hijos de Dios, hay grupos de almas que tienen un parentesco especial y son regidas por patriarcas a quienes Dios confía la misión de formarlas. Sobre la única vid están adheridas algunas ramas principales que producen los pequeños sarmientos, y de una rama a otra las flores y los frutos pueden variar en calidad.

Nosotros somos pequeños sarmientos injertados en Cristo por medio de esta rama principal que es Santo Domingo, y nuestra vida representa una variedad de la vida cristiana tan compleja que nadie la puede realizar por sí solo en todo su esplendor. Somos los hijos del Patriarca Domingo a quien Dios le ha confiado la misión magnífica de formar para El una familia particular en la gran ciudad cristiana.

Si toda gracia concedida a los hombres es cristiana, para nosotros es además dominicana. Ella nos forma según el espíritu de esta Orden que Santo Domingo ha concebido con la asistencia del espíritu de Cristo. Esta gracia la recibimos de Santo Domingo al mismo tiempo que de Cristo, uno y otro inclinados hacia nosotros con una atención y un desinterés continuos, en un mismo sentimiento de paternidad.

Esta gracia nos es comunicada abundantemente en el seno de la Iglesia Católica y en este ambiente dominicano que encontramos en los conventos y en las Hermandades de nuestra Orden, como el niño recibe la vida y la educación de sus padres en el ambiente social que llamamos patria y familia.

¡Desgraciado el niño que sale de su medio vital antes de haberse formado, que quiere emanciparse de los padres

que Dios le ha dado para sustentar y desarrollar su vida! ¡Pobrecita la flor y el fruto que apenas de nacer caen de la rama de la cual recibían la savia del tronco vigoroso! Alguien puede sentir la tentación de que puede mejorar su vida espiritual, de que puede vivir más cerca de Cristo abandonando la Orden Dominicana. Como se marchita la flor y se seca la fruta verde caída del árbol, así también ocurre al alma que por la vocación estaba injertada en la rama dominicana y luego es desgajada.

Feliz, mil veces feliz, el que permanece unido a esta fuente de vida en la que han saciado su sed tantos santos y santas. «¡Padre, qué bien estoy contigo!», decía un niño sorprendido por una tempestad en pleno campo y que se había refugiado bajo la manta de su padre. También nosotros sabemos apreciar, en medio de las dificultades de las tempestades de la vida, este refugio para nuestras almas, esta seguridad que nos ofrece la Orden de Santo Domingo, y sabemos gustar el vigor de la vida espiritual, la dulzura de este jardín de delicias de que nos ha hablado Santa Catalina de Sena, al punto que en ciertos días nos da la impresión de encontrarnos en un paraíso terrenal. Sea como sea, en los días de angustia como en los días de bonanza, estemos convencidos de que estamos bien donde nos encontramos.

Y tengamos la certeza de que pasado el tiempo de prueba encontraremos la bienaventuranza del cielo. «Hijos de Santo Domingo, ¿cuál será nuestro lugar en la mansión de los santos? En Dios sin duda, en Cristo, que lo será todo en todas las cosas; en María, siempre Madre, allá en el cielo como lo ha sido en la tierra, y luego, no dudo en afirmarlo, en Santo Domingo, en el corazón mismo del glorioso Patriarca. Los dones de Dios son de una generosidad extrema. Las leyes que El ha puesto se desarrollan en una armonía y una fidelidad garantizadas por su infinita sabiduría. Nuestra gloria en el cielo será el coronamiento de la misma gracia en que hemos sido predestinados y concebidos. Predestinados en Santo Domingo, seremos también glorificados en Santo Domingo. La familia dominicana, desde toda la eternidad querida y organizada por Dios para un fin especial en el seno de la inmensa familia cristiana, después de haber cumplido en el tiempo su misión

providencial se encontrará en el cielo en la integridad de su primera predestinación, es decir, en Santo Domingo, vivificada por su gracia patriarcal, transformada en los esplendores de su gloria, amparada todavía en su corazón, en el cual Dios sembró la semilla de la Orden, y después de haber empleado su vida en el tiempo debe saborear el descanso eterno, y en él y con él, cantar sin fin la gloria de Dios.»

Así pensaba ya Fr. Everard, que había sido arcediano de Langres. Acababa de ser admitido en la Orden por el Beato Jordán cuando éste debió partir para Lombardía. Y llevó consigo a este novicio, quien tenía muchos deseos de conocer a Santo Domingo. Pero durante el camino Fr. Everard cayó gravemente enfermo, y viendo próxima la muerte exclamó: «A quienes la muerte es amarga es natural que no se les hable de ella; pero yo no siento temor de verme despojado de esta envoltura terrestre, pues me anima la esperanza de ir al cielo. No tenía otro deseo más que ver a mi P. Santo Domingo, pero me doy cuenta de que Dios me llama; voy allá donde el Padre y los hijos se encuentran en presencia del Eterno.»

En la esperanza de que también se realice en nosotros esta gran esperanza, cultivemos en nuestro corazón una verdadera piedad filial hacia nuestro Padre. Además del acto de sumisión que hemos prometido y que debemos observar con respecto a él y a todos los que tienen autoridad sobre nosotros, debemos cultivar también un profundo sentimiento de amor, de veneración, de reverencia. La piedad filial supone todo esto.

La reverencia es un gran respeto mezclado con una especie de temor. Nuestro temor reverencial será de no llegar a ser dignos de nuestro bienaventurado Padre, como aquellos religiosos de Bolonia que se habían relajado y a quienes se les apareció un día Santo Domingo en el momento en que cantaban: *Ora pro nobis, beate Pater Dominice!* «No me llaméis Padre, pues yo no os reconozco más por hijos.»

La veneración es un gran respeto matizado de afecto. Este hermoso sentimiento lo hemos visto bien vivo en el alma de Fr. Everard, cuyas palabras hemos citado más arriba, como también en la del Beato Jordán y en las de los hijos de Santo Domingo, cuyo testimonio en el proceso de canonización hemos citado.

A más de esta veneración y de esta reverencia, es necesario que demos a aquel que es nuestro Padre en Dios una parte especial de la caridad que debemos al mismo Dios, el Padre celestial.

Reverenciamos, pues ; veneremos profundamente y amemos con un amor vivo a nuestro Bienaventurado P. Santo Domingo.

ARTÍCULO III

EL ESPÍRITU DE SANTO DOMINGO

¿Qué es el espíritu de una Orden religiosa?

Si hay Congregaciones religiosas que sólo se distinguen por el lugar en que han nacido o por una devoción particular cuyo nombre han adoptado y que practican con un cuidado especial, la Orden de Santo Domingo es de aquellas que desde su aparición en la Iglesia han formado una verdadera especie nueva. Es una Orden bien particular. Sin duda que los elementos que integran su composición no son todos originales, pero su organización, al menos, ha tenido una concepción original.

Esta organización se manifiesta plenamente en la Primera Orden, la de los Frailes Predicadores. Su fin está claramente determinado, aunque complejo, y los medios se hallan perfectamente jerarquizados en vista a este fin. Como toda Orden religiosa, tiende a realizar en cada uno de sus miembros la perfección de la caridad. Y esta caridad toma en la Orden la forma de la contemplación. El amor de Dios conduce al alma dominicana a fijar en El la mirada de su inteligencia. El fraile predicador no se dedica a esta contemplación con el objeto de aprovisionarse de elementos para su predicación. Para él la contemplación es un verdadero fin, el más elevado de los fines: la iniciación aquí abajo de la vida eterna.

Pero si la contemplación no es un simple medio de apostolado, si la vida de unión con Dios señala la cumbre de la vida dominicana, sin embargo, el apostolado se nutre de ella. Nuestra contemplación debe ser desbordante y transformarse en acción apostólica.

Haremos participantes a los demás de los frutos de

nuestra contemplación. Esta comunicación revestirá muchas formas, y entre ellas cabe destacar la enseñanza de la ciencia sagrada, la predicación doctrinal y la dirección espiritual.

Así, en nosotros contemplación y apostolado son realmente dos fines, no paralelos o fortuitamente unidos, ni menos subordinados entre sí, de manera que la contemplación sea hecha para el apostolado, sino dos fines de los cuales el segundo deriva de la abundancia del primero, de suerte que de una manera natural la contemplación dominicana se convierte en apostolado.

Todo debe estar subordinado a este fin complejo. La pobreza, la castidad, la obediencia, estos tres grandes medios fundamentales, a los cuales se añaden diversas observancias de la vida monástica y canonical, toman un matiz propio en vista a este fin, al cual es necesario adaptarse tan perfectamente como sea posible, y para ello se pueden acortar o ampliar según los casos.

Por muy útiles que sean, los votos y las observancias no son más que medios negativos. Ellos nos separan del mundo y nos libran de sus halagos y de sus cuidados. Pero el fraile predicador, así desligado y protegido, se aplicará a los grandes medios positivos por los cuales debe conseguir su fin. Estos medios son la oración coral y, por encima de todo, el estudio religioso. Por medio de ellos conseguiremos inmediatamente la contemplación y el apostolado, a los cuales nos hemos consagrado.

Tal es en síntesis la vida dominicana en toda su perfección.

* * *

De la misma manera que en cada hombre hay un espíritu que es la forma substancial del compuesto humano y que ha presidido a su organización, paralelamente existe un espíritu dominicano que ha formado este conjunto, complejo y armonioso, que mantiene las buenas relaciones entre sus diversos elementos y anima toda nuestra vida. Procuraremos destacar bien este espíritu.

Con esto prestaremos un servicio especial a nuestros Terciarios, que deben empapar toda su conducta de este espíritu a fin de ser fieles a la Orden de que forman parte.

Ellos tal vez se lamenten de no encontrar en su Regla la mayor parte de los elementos que acabamos de enumerar y señalar como fines y medios de la vida de los Predicadores. Al contrario, las diversas prescripciones de esta Regla, tomadas en su contenido material, apenas si se diferencian de las de otra Tercera Orden o de ciertas asociaciones piadosas. Que no se extrañen de ninguna de estas observaciones. Ellos deben distinguirse de otras asociaciones y adaptarse a la Primera Orden de Santo Domingo por el espíritu que anima a todas las observancias.

La Iglesia así lo entiende y por eso considera incompatibles las diversas Ordenes Terceras, de la misma manera que entre la profesión religiosa en una Orden y el estado de terciario en otra. Un religioso franciscano no puede ser Terciario dominico, así como una misma persona no puede pertenecer, a la vez, a la Tercera Orden de San Francisco y a la de Santo Domingo.

El espíritu de estas diversas familias no es el mismo, bien que ambas tengan paralelamente el espíritu cristiano. En nuestro Señor el espíritu cristiano aparece en toda su plenitud. Las diferentes Ordenes religiosas han asimilado de una manera más particular tal o cual rasgo del modelo divino. Cada una presenta su nota característica. Del conjunto de estas notas la Iglesia saca una fecunda armonía que se esfuerza por reproducir la belleza perfecta de Cristo Jesús, a quien nadie puede representar enteramente por sí solo.

Que nadie sea tan fatuo, ni necio, que tenga en menosprecio la misión confiada a los demás. (¿ Acaso el ojo desprecia al oído? ¿ Acaso la boca se burla del pie que se maltrata en las piedras del camino?) Lo que importa es que cada uno sea fiel a su vocación, y para realizarla necesario es que se penetre de su espíritu.

El espíritu dominicano está hecho de principios, de máximas, de motivos, de tendencias, de sentimientos, de gustos, hacia los cuales uno debe dirigirse habitualmente en la Orden Dominicana, sea cual fuere la rama de esta Orden a que pertenece y aunque sean muy diversas las condiciones de vida en que se encuentre.

¡ Cuán variadas son las ocupaciones de las diversas Congregaciones de nuestra Tercera Orden regular! ¡ Y cuán

diferentes son también los estados de familia y las profesiones civiles de nuestros Terciarios!

Pero «porque todo espíritu posee las prerrogativas de la naturaleza espiritual, que son la simplicidad y la libertad (es decir, la posibilidad de actualizarse de maneras infinitamente variadas), todo aquel que participe de un espíritu puede aspirar a la plenitud y a la perfección total de este espíritu, sea cual fuere el género de vida a que está llamado. Por el contrario, nosotros podemos cumplir todas las actividades externas que exige nuestra Orden sin vivir de su espíritu, o podemos pensar que éste se limita a ciertas formas, con exclusión de otras, que, no obstante, son igualmente dominicanas».

Corresponde al novicio que ha sido admitido en la Orden de Santo Domingo la asimilación del espíritu de la familia que lo ha adoptado.

II

¿Dónde se encuentra el verdadero espíritu de nuestra Orden?

Nadie mejor que Dios para revelarnos el espíritu que debe animar nuestra conducta. Y así, nada es comparable a la oración humilde, confiada y perseverante para abastecer a nuestra alma. Las tres Personas que han dicho: «Hagamos al hombre a nuestra imagen» también han deliberado para concebir el espíritu especial que debe encarnarse en todos los miembros de nuestra Orden, sin fijarlo ni entorpecerlo en ninguno. Tan sólo en el pensamiento de Dios el espíritu dominicano es realizado en toda su pureza. El Padre lo expresa en su Verbo y ambos lo aman en su Espíritu de amor. Esta visión celestial nos proporcionará el gozo de saber que Dios ha sentido esta preocupación, lo que ha de ser motivo de complacencia para nosotros.

Acá en la tierra podemos contemplar la realización de esta idea concebida por Dios en la persona de nuestros santos. Y en primer término, en nuestro P. Santo Domingo.

Su Santidad el Papa Pío XI, el 19 de marzo de 1924,

escribía a los Superiores de las Ordenes regulares: «Ante todo, exhortamos a los religiosos que consideren como modelo a su fundador particular, a su Padre legislador, si quieren participar cierta y abundantemente de las gracias que les procura su vocación. En efecto, cuando estos hombres eminentes han creado sus institutos, ¿qué otra cosa han hecho sino obedecer a las inspiraciones divinas? Por consiguiente, el carácter que cada uno de ellos ha querido imprimir a su sociedad deben reproducirlo todos los miembros que pertenecen a ella para guardar la fidelidad a este carácter inicial. Como verdaderos hijos, deben poner todos sus cuidados, todos sus pensamientos, en honrar a su Padre legislador, en observar sus prescripciones y sus consejos, en asimilar su espíritu.»

Es necesario, pues, penetrarse del espíritu de Santo Domingo, tal como nuestro Padre lo fué poco a poco conociendo y lo fué desarrollando. Hasta los últimos años de su vida, cuando ya estaba bien posesionado de su idea, no se ve a Santo Domingo concebir claramente su Orden. Hasta entonces no era más que una inspiración divina, ya dominante e inalterable sin duda, pero misteriosamente oculta en el fondo del alma del hijo de Juana de Aza, del estudiante de Palencia, del canónigo de Osma, del embajador del Rey de España. El resultado a que llegó, por fin, por su docilidad a la influencia divina, coincide con la idea que Dios se había formado de él desde el principio.

* * *

Así como el Padre celestial tiene su manifestación en su Verbo eterno, Domingo tuvo un hijo que formuló su pensamiento con una precisión y una fuerza que jamás serán sobrepujadas. Me refiero a Santo Tomás de Aquino, el verbo de nuestro Padre. De Santo Domingo no poseemos ningún escrito. Los testigos de su vida en el proceso de canonización nos han hablado de las notas con que marginaba sus libros, de las tesis que escribía contra los herejes, de las preciosas cartas que escribía a sus Hermanos para encaminarlos según sus principios... Todo se ha perdido desgraciadamente. Pero para nuestro consuelo tenemos las obras de Santo Tomás.

El ardor invencible que el hijo de los condes de Aquino,

recibido primero en una abadía benedictina, desplegó al ingresar en la Orden de Santo Domingo, donde pudo realizar el ideal conforme a sus gustos, lo volvió a manifestar para defender triunfalmente este ideal amenazado por los ataques de Guillermo del Santo Amor y de otros maestros de la Universidad de París, y lo conservó hasta la muerte para vivirlo a la perfección. Nadie mejor preparado que él, poseedor de una inteligencia magnífica, para expresar lo que debe ser nuestro espíritu. Tomad la *Suma Teológica*, estudiad la parte moral, más nueva, más pujante y más perfecta que la parte dogmática, todo conduce a definir la Orden concebida por Santo Domingo y a la cual Santo Tomás coloca en la cumbre en la jerarquía de las Ordenes religiosas (1).

El mismo, por otra parte, gracias a su enseñanza teológica, ha marcado el espíritu dominicano con un sello imborrable. Aquel a quien el Beato Enrique Suson llamaba «el querido Santo Tomás, el Maestro, la clara luz» ha ejercido una influencia profunda sobre toda la espiritualidad de los Predicadores. Desde entonces puede afirmarse que el espíritu dominicano y el espíritu tomista son una misma cosa, y eso tanto para el más humilde Terciario como para el Maestro de Teología. Léase la vida de esta *mantellata senense* del siglo XIV, «una de las almas más extrañamente sencillas que más se han acercado a Dios». A pesar de su ignorancia, Santa Catalina de Sena está penetrada del mismo espíritu de Santo Tomás. Bajo su lenguaje ingenio, que se parece al de Román de la Rosa, el pensamiento devoto que ella inculca exhala el perfume del tomismo más puro.

* * *

Después de Santo Domingo y de Santo Tomás, ella es la figura más grande de nuestra Orden. Venida al mundo en una época en que la familia dominicana, al igual que toda la cristiandad, atravesaba un período de crisis en su vida religiosa, ejerció una profunda influencia sobre un grupo de religiosos Predicadores, que fueron entre sus Hermanos los promotores de un movimiento de reforma. Des-

(1) *¶Ia IIae*, q. 188, a. 6.

pués de su muerte, a la edad de treinta y tres años (1380), su hijo espiritual y su confesor Raimundo de Capua, que llegó a ser Maestro General, trabajó por restablecer la antigua disciplina. A imitación de Raimundo de Capua y de sus colaboradores, nosotros llamamos siempre a Santa Catalina con el nombre de nuestra madre.

Ya que hemos comparado a nuestro Fundador y a nuestro gran Doctor con el Padre y el Verbo, podemos afirmar de ella que en la trinidad dominicana desempeña la función del Espíritu Santo. Podía abusarse del intelectualismo tomista considerándolo como un hermoso sistema de abstracciones filosóficas y teológicas, construido con una lógica admirable. Esta humilde mujer de gran corazón que el Espíritu Santo colma de favores místicos, nos ayuda a mantener en el espíritu de nuestra Orden el fuego del amor que se asocia a la realidad divina. Y es precisamente esta realidad divina lo que debemos concebir; a ella debemos consagrarnos, y de ella debemos dar testimonio delante del mundo. Pero nadie, al mismo tiempo, debe considerar a Santa Catalina que haya colocado en segundo plano el ansia de verdad que Santo Domingo y, después de él Santo Tomás, colocaron en el primer plano. Como ellos, Catalina es soberanamente intelectual y razonable.

Muchos otros santos, beatos y venerables han definido y vivido el ideal dominicano desde el siglo XIII hasta nuestros días. En el curso de estas páginas citaremos a varios. Pero para conocer las notas características de nuestra vida, los principios y los sentimientos que deben dirigir nuestra conducta; en una palabra, lo que hemos llamado nuestro espíritu, hay que recurrir principalmente a estas tres grandes almas.

III

¿En qué consiste el espíritu dominicano?

Hay una palabra que resume nuestro espíritu; es este «santo y seña» que está sobre el escudo formado por la cruz blanca y negra. *Veritas!* Nosotros somos los caballeros de la verdad.

Para otros es *Pax*, es *Caritas*, es *Gloria Dei*. Nada de

todo esto debe ser ajeno a un alma dominicana, pero ella debe llegar a su perfección por el camino de la verdad. La verdad adorna y vivifica los elementos que son comunes a otros métodos de espiritualidad cristiana. El gusto de la verdad será el sentimiento principal de nuestra alma.

Cuando todas las tardes cantamos, en una suntuosa letanía, las alabanzas a nuestro Padre, después de la procesión que hacemos en el altar de nuestra Reina la Virgen María llamamos a Santo Domingo luz de la Iglesia, doctor de la verdad; decimos que él ha desparramado la sabiduría y que su predicación ha sembrado la gracia. Y si añadimos que fué una rosa de paciencia, un lirio de castidad, eso no significa más que un anexo a su vocación fundamental de hombre consagrado a la verdad. El se desposó con la fe, como San Francisco lo hizo con la pobreza (1). Mientras que San Benito quería que «nada fuera preferido a la alabanza divina», Santo Domingo dió preferencia al estudio en su vida y en la nuestra. San Bruno deja la escuela para buscar y refugiarse en la soledad más salvaje; Santo Domingo funda sus conventos en plena ciudad y especialmente en los centros universitarios para estudiar y enseñar en ellos. San Bernardo, de acuerdo con San Agustín, quiere que el monje se dedique, durante algunas horas en el día, al santo trabajo manual; Santo Domingo no tendrá reparos en suprimir por completo esta clase de trabajo para que sus hijos puedan consagrarse de lleno al trabajo del espíritu.

Todo lo que conserva de las antiguas observancias está dominado y regulado por la preocupación de la verdad. Francisco de Asís, al adoptar la pobreza por encima de todo, reprendía a un joven discípulo que quería estudiar Teología, porque con ello necesitaría libros y con eso faltaría a la pobreza. Por el contrario, Domingo concibió la pobreza como una liberación de las preocupaciones terrenas para que el espíritu pudiera dedicarse más fácilmente al estudio, y autoriza a los suyos, como a sí mismo, poseer los libros, que son como instrumentos de la ciencia. Domingo, el antiguo canónigo de Osma, tan amante del rezo coral, reduce el tiempo consagrado al Oficio divino en provecho del estudio.

(1) DANTE, *Paraiso*, XII, 61.

Fray Juan de Navarra, que había conocido íntimamente a nuestro Padre, atestiguó solemnemente en el proceso de canonización que *con frecuencia* recomendaba a sus Hermanos, de viva voz y por carta, el *estudio constante* de la Teología y de la Sagrada Escritura. Santa Catalina de Sena, en su *Diálogo*, escuchará complacida al Padre Eterno elogiar este amor a la ciencia que caracteriza la barca de Santo Domingo. Nuestra Orden es la primera, hacía notar Humberto de Románs, que ha juntado el estudio a la vida religiosa, *prius habuit studium cum religione conjunctum* (1).

* * *

Pero no ha de ser el placer de cultivar nuestro espíritu lo que ha de inspirar nuestro trabajo intelectual, sino el amor de Aquel que es la misma Verdad, el amor de Dios. Domingo busca a Dios en los libros sagrados en los cuales se nos ha revelado. Domingo, siempre por los caminos que llevan a Roma, busca a Dios cerca del Maestro infalible de la doctrina sagrada.

¿Quién es Dios?, pregunta con frecuencia aquel niño en quien se despertaba la vocación dominicana y que después trabajará hasta el fin de su vida en construir la *Suma* del conocimiento humano referente al objeto divino. «Nuestro espíritu —decía Santo Tomás— debe sentir la inquietud de conocer cada vez más a Dios.»

Santa Catalina de Sena recomienda que tengamos bien abiertos, para mirar a Dios, los ojos de nuestra inteligencia, donde se encuentra a modo de pupila la santa fe. Nuestros Hermanos Terciarios, guardadas las proporciones, deben ser más instruídos, más intelectuales que los simples cristianos, y sobre todo, ninguna alma dominicana digna de este nombre preferirá las veleidades sentimentales a las verdades de la fe.

El estudio, pues, debe elevarnos a Dios y conducirnos a la contemplación de sus perfecciones, de su gobierno, de su actividad en nosotros. Esta contemplación será la suprema expansión del gusto de la verdad que caracteriza al alma dominicana. Aun aquellos que no pueden entregarse a largas y profundas meditaciones, deben procurar en alguna forma

(1) HUMBERTO, *Opera*, t. II, pág. 29.

la práctica de la meditación. Para auxiliar a estas almas Santo Domingo ha compuesto el Rosario, con la contemplación de los misterios cristianos, al alcance de todos. El P. Lemonnyer ha hecho notar que los restauradores y propagadores de esta admirable devoción en el siglo xv han sido los maestros en Teología (1).

* * *

Si Santo Domingo ha colocado el estudio de la ciencia sagrada por encima de todo otro medio de santificación, de ninguna manera ha tenido en menos la oración litúrgica. En ésta veía, con razón, el mejor método auténticamente señalado por la Iglesia de Cristo para elevar nuestra alma hacia Dios. Y si se entregaba ardientemente a la oración era precisamente por el ansia de la verdad. El Oficio coral, con la misa solemne como acto central, lo consideraba como un conjunto de ritos y de fórmulas muy favorables para las intuiciones contemplativas que el estudio ha ayudado a preparar y que luego pueden continuarse en la oración particular. Esta materia la trataremos en las páginas siguientes.

De esta manera se comprende cómo esta verdad tan apreciada, una vez conocida y amorosamente contemplada, debe encaminar toda nuestra conducta. Vivir la verdad, propagar y defender la verdad, debe ser nuestra preocupación, azuzada por un celo ardiente.

Enteramente ocupada de Dios y de su absoluta primacía en el orden de la acción como en el orden de la contemplación, el alma dominicana debe procurar mantener una estricta fidelidad a la gracia, que ha recibido de Dios por Jesucristo nuestro Señor y la Santísima Virgen María, para realizar los designios de su Creador. La virtud intelectual de la prudencia, de la cual Santo Domingo nos ha dado un hermoso ejemplo en toda su existencia y en la organización de su Orden, y a la cual Santo Tomás, en la *Suma*, ha consagrado un extenso tratado que contrasta con las pocas páginas que otros moralistas le han dedicado; esta virtud que Santa Catalina, digna hermana de Santo Tomás, ha recomendado de una manera especial llamándola «la santa

(1) «*Mens humana debet semper moveri ad cognoscendum de Deo plus et plus secundum suum modum.*» (De Trinitate, q. 2, a. 1, ad 7.)

virtud de la discreción», la prudencia, es decir, la justa apreciación de lo que debe hacerse para obrar bien, desempeña un papel principal en la vida de un alma dominicana. «Vivir la verdad en la caridad», estas palabras de San Pablo podrían ser su divisa.

Siguiendo las huellas de Santo Domingo, quien siempre estaba dispuesto a predicar la verdad o a defenderla, afiliada a esta Orden de Predicadores a quien el Papa, al aprobar la Orden, los llamaba «campeones de la fe y lumbreras del mundo», toda alma dominicana, incluso los Terciarios dominicos, sentirá la preocupación de ilustrar a aquellos que están privados de la verdad, o defender esta verdad cuando es atacada.

Por lo demás, nadie puede ser admitido a la Orden Tercera sino después de una exacta información de sus sentimientos ortodoxos y que dé muestras de que es un celoso defensor de la fe católica. Sin estas disposiciones no puede asegurarse que un cristiano tenga vocación dominicana. Y luego, fomentando y desarrollando estas buenas disposiciones, demostrará ser un verdadero hijo de Santo Domingo.

En la hora de su muerte Santo Domingo rogaba por sus hijos, a ejemplo de nuestro Señor en la última noche, y les prometía también seguir ayudándolos con sus plegarias. Esta plegaria de nuestro Patriarca podría resumirse en las palabras de la última oración de Cristo: «*Sanctifica eos in veritate*: «Santifícalos en la verdad».

CAPÍTULO III

LAS ALTAS FUENTES DE NUESTRA VIDA

ARTÍCULO PRIMERO

La Virgen María, Patrona de los Predicadores

- I. — La intervención de María en favor de nuestra Orden.
- II. — La devoción de nuestra Orden a María.

ARTÍCULO II

Jesús Salvador, nuestro Jefe vivificante

- I. — Nuestro Señor en su realidad histórica.
- II. — Nuestro Señor en su realidad mística.
- III. — Nuestro Señor en su realidad eucarística.

ARTÍCULO III

La Santísima Trinidad

ARTICULO PRIMERO

LA VIRGEN MARÍA, PATRONA DE LOS FRAILES PREDICADORES

«Toda obra buena viene de Dios, todo don perfecto tiene su origen allá arriba, en el Padre de las luces, este sol supremo que brilla inmutable en su esplendor. Libremente Dios nos ha engendrado por la palabra de verdad.» He aquí la más alta fuente de nuestra vida dominicana. Lo que el apóstol San Jaime dice de los cristianos en general, con mayor razón puede aplicarse de una manera especial a la Orden Dominicana. Una Orden cuya vocación es desparramar la luz de la verdad y que, teniendo la antorcha luminosa de Santo Tomás, se ha agrupado en torno de él desde hace siete siglos para ilustrarse con su doctrina e iluminar al mundo, tal Orden, no cabe duda, desciende del Padre de las luces cuyos resplandores no conocen, ni la noche, ni los eclipses. Ha sido engendrada y es conservada por su palabra de verdad. Nuestra vida, en la medida en que participa del dominicanismo, es una emanación perpetua de la vida divina.

Pero todos sabemos que habiendo el pecado abierto un verdadero abismo entre Dios y la humanidad, hubo necesidad de levantar un puente sobre este abismo —Santa Catalina de Sena gustaba de usar esta imagen— para volver a unir la humanidad con la divinidad, construir un acueducto por el cual el hombre recibiera la comunicación de la vida de Dios. Nuestro Señor Jesucristo, que reúne en su persona a Dios y al hombre, es el único mediador. No hay salvación fuera de El. Por esto Santo Tomás, al escribir la *Suma Teológica*, después de haber demostrado en la primera parte que todo procede de Dios y en la segunda cómo todo debe volver a El, ha consagrado una tercera parte para tratar de Aquel que es nuestro camino.

Pero al lado de Jesús e inseparable de El encontramos a la Virgen María. Ella se reconoce a sí misma como la esclava del Señor: *Ecce ancilla Domini*, dijo Ella. En realidad es la hija predilecta del Padre Eterno. El Hijo de Dios la ha tomado por Madre cuando quiso revestirse de nuestra naturaleza humana. Y el nuevo Adán ve en Ella a la nueva Eva cuando da su vida por la salvación de todos los hombres.

La esposa mística del Redentor está allá, bajo el árbol de la vida. *Amissus uno funere, Sponsus, Parens et Filius*, canta un himno de la Iglesia. «El crucificado es su Padre, es su Hijo y es también su Esposo.» La sangre divina corre y se esparce como semilla de todos los cristianos que Ella llevará en su seno maternal hasta que nazcan a la vida celestial. Entre Dios y nosotros, pobres pecadores, Ella duplica suavemente la mediación de Jesús, de quien ha recibido la plenitud de la gracia. Ella hace suyos todos los designios de Cristo en favor de la humanidad desde que conscientemente ha aceptado ser la Madre del Salvador. Asociada de una manera especial a los planes de la misericordia en calidad de mujer y de madre, colabora con El en la obra de nuestra salvación. Su Asunción a los cielos y su coronamiento de gloria, lejos de limitar su actividad y su valimiento, han proporcionado a su intercesión medios maravillosos de que no podía disponer aquí en la tierra. Nada de lo que se cuenta acerca de su intervención en la fundación y propagación de nuestra Orden debe extrañarnos. Y a ejemplo de todos nuestros santos, podremos vivir plenamente nuestra vida dominicana respondiendo a sus solicitudes con una devoción filial.

I

La intervención de María en favor de nuestra Orden

En las primeras páginas de nuestras *Vidas de los Hermanos*, que son nuestras *Floreillas*, recogidas a pedido del Beato Humberto de Románs, cuarto sucesor de Santo Domingo, Gerardo de Frachet cuenta cómo la misma San-

tísima Virgen obtuvo de su divino Hijo la fundación de la Orden de los Frailes Predicadores.

Estas escenas pueden hacer sonreír a los historiadores. Ellos no se preocupan más que de relatar los fenómenos que se van sucediendo y los hechos visibles, pero desconocen las causas ocultas que han intervenido en su producción. Los teólogos, iluminados con las luces de la fe, pueden evocar las influencias secretas de un mundo invisible que han actuado en nuestra historia. También a veces Dios ha revelado la visión de estos misterios a algunas almas santas.

Humberto de Románs y Gerardo de Frachet, contemporáneos de Santo Tomás, fueron también excelentes teólogos y habían recibido además las confidencias de almas santas... Y he aquí las dos razones que explican el principio de las *Vidas de los Hermanos*: «Si reparamos con diligente indagación los misterios de las divinas Escrituras, veremos claramente que Nuestra Señora, la Bienaventurada Virgen María, es una solícita intercesora ante su Hijo y piadosísima mediadora del género humano, por cuyos ruegos se reprime la severidad de la justicia divina para que no desaparezcan de la mirada de Dios los pecadores, y por cuyas súplicas se conceden al mundo muchos favores.

»Entre todas estas gracias fué muy principal que consiguiera, según se ha revelado manifiestamente a algunos, de la misericordia de Dios con sus ruegos tan egregia Orden para la salvación del género humano.»

Poco después de la fundación de la Orden de los Frailes Predicadores, cierto monje de virtuosa vida contó que, estando arrebatado en éxtasis, vió a la Madre misericordiosa rogando a su Hijo por el género humano para que esperase aún su conversión. El cual, desoyendo muchas veces las súplicas de la piadosa Madre, al fin contestó a sus instancias de este modo: «Madre mía, ¿qué puedo o qué más debo hacer por el mundo? Envié profetas y patriarcas para su salvación, y poco se enmendaron; fuí Yo y mandé apóstoles, y a Mí y a éstos mataron inicualemente; envié muchos mártires, doctores y confesores, y tampoco les hicieron caso; mas, como no es justo que te niegue algo, les daré mis Predicadores, por los cuales se iluminen y se enmienden.» Una visión análoga le había contado a

Humberto de Románs un cisterciense de avanzada edad y de gran virtud, quien terminaba así su relato: «La creación de vuestra Orden se debe a las oraciones de la gloriosa Virgen.»

Santo Domingo en persona, cuando se encontraba en Roma gestionando la fundación de nuestra Orden, vió como la Virgen lo presentaba a su Hijo airado: «Es mi fiel servidor —decía Ella— que anunciará al mundo la palabra de salvación.»

Alguien dirá que esto son puras leyendas. Puede ser; pero también es cierto que muchas veces las leyendas transcriben en símbolos profundas realidades, como ocurre con estas visiones con que Dios favoreció a Domingo y a estos dos monjes. Preocupándose la Santísima Virgen de todas las necesidades del mundo y especialmente de destruir las herejías, ¿por qué poner en duda su intervención en una época crítica en que el cristianismo se encontraba en gran peligro y que haya favorecido la institución de esta Orden para salvar la fe?

¡Con qué solicitud maternal la Virgen María cuida de la Orden recién nacida! Ella no cesa de sostener a Domingo en su obra, como lo cantamos en el prefacio de la misa de nuestro Padre: «*Ipse enim Genitricis Filii tui ope suffultus*. Sostenido siempre por la Madre de Dios, con su predicación ha destruído las herejías, ha instituído campeones de la fe para salvar a los pueblos y ha conquistado para Cristo muchísimas almas.»

A estos caballeros de la verdad la misma Virgen María les ha entregado las armas. Les ha dado el escudo que debe protegerlos eficazmente y les ha entregado la espada que llevan al costado como el principal instrumento de sus conquistas. Me refiero al escapulario y al rosario. Es digno de mencionarse el beneficio inmenso que hizo a la Orden en la persona del Beato Reginaldo. Jordán de Sajonia, que nos ha transmitido el dato, lo oyó contar al mismo Santo Domingo. Reginaldo, que era una esperanza para la Orden que acababa de ser fundada, cayó gravemente enfermo antes de ingresar a la Orden. Domingo se puso a orar. Y vió como la Virgen se apareció al enfermo, y habiéndolo ungido, recobró la salud y «le presentó el hábito completo de la Orden». A partir de aquel momento nuestro escapu-

lario reemplazó al sobrepelliz de los canónigos regulares y nuestro hábito fué adoptado tal como es ahora. *Ordinis vestiaría*, la modista de nuestra Orden, es el nombre que se ha dado a la Virgen en recuerdo de este gran acontecimiento.

Si hemos de dar fe a una tradición antigua y respetable, hubo también una semejante aparición de la Virgen a Santo Domingo, en la cual Ella le dijo: «Ve y predica mi Rosario.» En muchas ocasiones León XIII ha repetido en sus encíclicas que Santo Domingo recibió de Dios la misión de propagar en todo el mundo esta devoción, por excelencia mariana, que llamamos el Rosario. En todo caso dos hechos son ciertos. Por una parte, la Virgen María se apareció en la gruta de Lourdes llevando en sus manos el rosario, recomendando a todos los cristianos esta devoción. Y lo mismo se ha répetido en las apariciones de la Virgen en Fátima. Por otra parte, recordando las afirmaciones de otros muchos Papas, dice que esta devoción es un patrimonio de la familia dominicana. La misión de difundirla por el mundo católico ha sido confiada a los Frailes Predicadores. El sucesor de Santo Domingo es el único que tiene el derecho de establecer las Cofradías del Rosario. Juntando estos dos hechos, hay que reconocer que nada los expresa mejor que el cuadro reproducido millares de veces y que representa a la Santísima Virgen entregando el rosario a Santo Domingo.

* * *

Estos son los grandes beneficios generales que dan testimonio del patrocinio que la Virgen ejerce sobre nuestra Orden. Pero nuestras antiguas crónicas cuentan muchos favores particulares, favores que no son más que muestras de otros muchos que han quedado en el secreto.

Ella suscita las vocaciones dominicanas. «Ven a mi Orden», le dice a Tancredo, caballero de la corte de Federico II. Se cree que Humberto de Románs le pidió que le condujera a la Orden que fuera más agradable a Ella; y su vocación se encamina a la de los Frailes Predicadores.

En todas las etapas de la vida el religioso recibe de Ella su protección. Un joven religioso, en quien reconocemos a Alberto Magno, se siente tentado de abandonar la Orden.

Ella lo retiene. Tomás de Aquino tenía la costumbre de invocarla con frecuencia. Y confió un día a su Hermano de hábito Reginaldo que la Virgen se le había aparecido y le había asegurado que su vida y su doctrina tenían la bendición de Dios. Pedro de Verona, disputando con un hereje, sintió que su fe desfallecía. Espantado, recurrió a la Santísima Virgen: «Pedro —le dijo Ella—, yo he rogado por ti para que te mantengas firme en la fe.» Leemos en el breviario unas palabras que consolaron a San Jacinto en medio de sus inmensos trabajos apostólicos: «Alégrate, hijo mío Jacinto, pues tus plegarias son agradables a mi Hijo y por mi intercesión te será concedido todo cuanto pidas.» Gerardo de Frachet cuenta la historia de un religioso que se desalentaba la víspera de partir para misionar entre los cumanos. Un virtuoso anacoreta lo animó diciéndole «que le pareció ver un gran río, sobre el que había colocado un puente, por el que pasaban de uno en uno hombres de diversas Ordenes religiosas. Y los Frailes Predicadores pasaban no por el puente, sino nadando sobre las aguas del río, cada uno de los cuales arrastraba una barca llena de hombres. Y como alguno de ellos desfalleciese en el empeño por la gran fatiga del trabajo, alentaba a los desmayados y con mano amorosa los levantaba, y así, con su ayuda, lograban dar alcance a la otra orilla, donde los veía gozar con inefable deleite».

Varios frailes en distintas ocasiones, y Santo Domingo principalmente, vieron a la Santísima Virgen recorrer de noche el dormitorio y bendecir uno por uno a todos los frailes entregados al descanso.

Arrebatado en espíritu delante de Dios, nuestro P. Santo Domingo vió una vez a Jesús sentado y a su derecha a la Virgen, vestida con un manto color de zafiro. En torno de ellos vió en el cielo una multitud innumerable de religiosos, pero no vió a ninguno de sus hijos. Y tuvo gran pena. Y Jesús le consoló diciéndole: «Yo he confiado tu Orden a mi Madre.» Y María, abriendo su amplio manto, mostró a su fiel servidor una inmensa multitud de Frailes Predicadores puestos bajo su protección especial.

Cierto es que todos los religiosos, como los simples cristianos,* desde el momento que han sido incorporados a Cristo, son hijos de Aquella que nos ha dado a nuestro

jefe. Habiendo colaborado por la gracia de Dios en la encarnación de Aquel que es la Cabeza, prosigue su obra concurriendo con la misma gracia a la santificación de todos los miembros sin excepción. A todos se extienden los méritos adquiridos durante su vida. En el cielo, adonde fué llevada por manos angélicas, está dotada de una ciencia que le permite abarcar todo el mundo con una sola mirada maternal y su corazón es tan grande que puede interesarse por todos y por cada uno de nosotros. En verdad puede afirmarse del amor de esta Madre:

Cada uno recibe su parte y todos lo tienen entero.

Pero si nadie es excluido de su solicitud maternal, nosotros hemos recibido de parte de Ella una seguridad especial. Esto es lo que debemos deducir, para que nos sirva de edificación, de todos estos ejemplos que acabamos de recordar y que constituyen la parte más emotiva de nuestro evangelio dominicano.

La fiesta del Patrocinio de la Santísima Virgen, que nuestra Orden celebra el 22 de diciembre, recuerda todos estos insignes favores, y la oración de la misa de la fiesta de este día dice así: «Oh Dios, que quisiste que la Orden de Predicadores fuese instituída para la salvación de las almas bajo el singular patrocinio de la Santísima Virgen María y fuera colmada de sus continuos beneficios, concede a los que te suplican que, protegidos por los auxilios de Aquella cuyo recuerdo hoy celebramos, lleguemos a la gloria celestial.»

Santo Domingo, después de la visión que tuvo del celestial destino de su Orden, dice Thierry de Apolda «que recapacitó y tocó la campana para los Maitines. Los frailes se levantaron en seguida. Y una vez terminados los Maitines convocó a los frailes al Capítulo y les predicó un largo y hermoso sermón para exhortarlos al amor de la Virgen Madre».

¡Qué amor y qué alabanzas debemos siempre tributar a esta Virgen tan excelente, la dignísima Madre de Jesucristo y Madre nuestra benignísima! A Ella hemos sido confiados por la divina Majestad, estamos protegidos bajo sus alas, somos bendecidos de su mano; nos inunda con el rocío de sus gracias, Ella nos conforta, nos conserva y nos salva por su intercesión.

II

La devoción de nuestra Orden a María

Rodrigo de Cerrato, un cronista del primer siglo de la Orden, cuenta que Santo Domingo confió el cuidado de su Orden a la Virgen y la eligió por Patrona. Los hechos de que acabamos de hablar han afirmado cada vez más esta idea y esta confianza.

Cuando Santo Domingo, después de muchos trabajos, pudo reunir en el convento de San Sixto-lás monjas que estaban dispersas en Roma, y para darles la reforma que necesitaban las convenció de que adoptaran la disciplina dominicana, les llevó la imagen de la Virgen que habían venerado al otro lado del Tíber, la antigua Virgen de San Lucas, la milagrosa imagen, que sacada en procesión por las calles de Roma en tiempo de epidemia, había hecho cesar la peste. Una noche, pues, acompañado de dos cardenales, fué a buscar la imagen. Como el pueblo de Roma era contrario a este traslado, iban protegidos por guardias armados, llevando antorchas en la mano. «Maravilloso espectáculo —dice el P. Petitot— el de esta procesión nocturna iluminada con antorchas, sobre todo en el momento en que cruzaba el Tíber; Domingo, con el hábito blanco y capa negra, llevando la santa imagen acompañado de los dos cardenales con hábitos rojos, los tres con los pies descalzos, reflejándose en las aguas del río el fulgor de las antorchas que los alumbraban; Santo Domingo, el apóstol del *Ave María*, llevando a Roma sobre sus espaldas la Virgen de los Apóstoles Nuestra Señora del Rosario» (1).

«Jordán de Sajonia, que sucedió a Santo Domingo, conociendo —dice Gerardo de Frachet— la solicitud que tenía la Virgen María del progreso y mantenimiento de la Orden, se sentía asistido por Ella en su gobierno.»

La historia nos ha conservado algunos rasgos de su devoción hacia la Virgen: «Le gustaba rezar de noche delante de su altar, pronunciando frecuente y lentamente el *Ave María*», nos dice el mismo cronista. Fr. Bertoldo

(1) R. P. PETITOT, *Vie de saint Dominique*, pág. 381.

tuvo la curiosidad de saber cuál era su manera de rezar. Y el Maestro le explicó, entre otras cosas, el método que él tenía de honrar a la Virgen, y que consistía en rezar cinco salmos que empezaban con las letras de su nombre. «Es un ejemplo, hijo mío», le dijo. Lástima que no nos haya dado otros ejemplos, con los cuales tal vez hubiéramos sabido con exactitud cómo era el Rosario en esa época.

Jordán de Sajonia es también el que instituyó la solemne procesión que hacemos todas las tardes al altar de la Virgen cantando la *Salve Regina*. Conocidas son las vejaciones que sufrían en ese tiempo los frailes, principalmente en París y en Bolonia, las cuales cesaron gracias a esa plegaria común dirigida a la que aplastó la cabeza de la serpiente. A las maquinaciones diabólicas sucedieron radiantes manifestaciones de la Santísima Virgen para que quedara consagrado el uso que se acababa de establecer en su honor.

«¡Cuántas lágrimas de devoción no arrancó esta santa alabanza de la Santísima Madre de Cristo! —escribe el mismo Jordán de Sajonia—. ¡Cuántos afectos conmovió al cantarla o al escucharla, qué dureza no ablandó y a quiénes no excitó piadosos deseos en sus corazones! ¿O no creemos que la Madre de nuestro Redentor gusta de tales alabanzas y se recrea con estos elogios? Contóme un varón religioso y fidedigno haber visto con frecuencia en espíritu, mientras los frailes cantaban: "Ea, pues, Abogada nuestra", que la Madre de Dios se postraba ante la presencia de su Hijo rogándole por la conservación de toda la Orden.

»He querido recordar esto para excitar más en adelante hacia la Virgen la devoción de los frailes que esto lean.»

A Ella fué enteramente consagrado el sábado. Salvo alguna excepción, también se le dedicaba todo el Oficio. Y Humberto de Románs nos da de ello múltiples razones. Una hermosa secuencia, que se cantaba en la iglesia ese día, la resume perfectamente:

*Jubilemus in hac die
Quam Reginae Coeli piae
Dicavit Ecclesia.*

El sábado es el día en que el Señor descansó y la Virgen es el tabernáculo donde El tomó su descanso.

En ese día se terminó la obra de la creación natural; en María se completó la obra de la renovación de la naturaleza por la gracia.

Por el sábado hay que pasar para ir del viernes, día de penitencia, al domingo, día de gloria. De la misma manera no se puede pasar de las penas de esta vida a los gozos del cielo sin la Medianera.

Acordémonos de aquel sábado memorable en que, cuando los discípulos de Cristo habían perdido la fe y la esperanza, éstas se habían refugiado en el corazón de María.

En fin, es un hecho que el sábado Ella atiende especialmente nuestras plegarias y con frecuencia obra sus milagros (1).

* * *

Si el sábado era el gran día de la Virgen, todos los días los frailes vivían en una devoción hacia Ella, devoción que los primeros cronistas se complacen en describir y elogiar. Tan pronto se habían levantado para Maitines, empezaban por rezar, de pie en el dormitorio, los Maitines del Oficio de la Virgen. Después iban a postrarse ante su altar para rezar individualmente, como una preparación para el Oficio solemne. Terminados los Maitines, visitaban de nuevo su altar esperando que amaneciera. Por la tarde, después de las Completas, que terminaban también con las de la Virgen, se les veía agruparse en torno al altar de Nuestra Señora. A veces formaban una triple hilera, y su plegaria consistía en rezar lentamente el *Ave*, acompañándola de genuflexiones. De esta manera el día comenzaba y terminaba a los pies de la Virgen.

En sus celdas tenían su imagen y un crucifijo, para mirarla con frecuencia y reavivar así su devoción hacia Ella. Santo Tomás de Aquino, escribiendo sus obras, en el margen escribía a veces: *Ave María*, como puede verse en el precioso manuscrito de la *Summa contra Gentiles* que salió de las manos del gran Doctor. «Nuestros Predicadores —observa Humberto de Románs— no cesan de alabarla, de bendecirla y de predicar de Ella, al mismo tiempo

(1) HUMBERTO DE ROMÁNS, *Opera*, t. II, págs. 72-74.

que de su Hijo» (1). Basta leer tan sólo las lecciones del breviario en la fiesta de nuestros santos y beatos para darse cuenta de la devoción que todos ellos profesaban a la Virgen María. Algunos de ellos, San Jacinto, por ejemplo, y el Beato Aymón, obtuvieron la gracia que ardientemente deseaba el gran teólogo Cayetano de morir el día de la Asunción.

La Santísima Virgen era la dama de sus pensamientos. Estos caballeros de un nuevo estilo habían ingresado en la Orden de Santo Domingo con el objeto de conseguir los favores de esta dama incomparable. «Únicamente en la Orden de Predicadores —escribía Bernardo Gui— se hace voto de obediencia a la Virgen María.» Esta profesión era la consagración del caballero a su dama. El entusiasmo, el ardor combativo, la dedicación a las grandes y nobles empresas que los caballeros sacaban del pensamiento de su dama, el fraile predicador encontraba estos mismos sentimientos en la consagración que había hecho a nuestra Señora la Virgen María. El amor mundano que había despreciado era reemplazado con ventaja por este fervor más elevado, que lo emocionaba sin trastornarlo ni enervarlo. El hombre de estudio, inclinado sobre sus libros todo el día, no corría el peligro de secar los sentimientos de su alma, ni el apóstol tenía el riesgo de mostrarse rudo, interesado o violento en su acción, pues la devoción a la Virgen, que se mantenía muy viva en su corazón, hacía brotar una fuente de ternura que no cesaba de manar. De esta manera se formaba para su vida espiritual un clima saludable en el cual sus sentimientos se purificaban y se manifestaban como impregnados de esta devoción.

También las santas de nuestra Orden rivalizan con nuestros santos en la devoción hacia la Madre celestial. La pequeña Catalina de Sena, a la edad de cinco años, comenzó sus prácticas piadosas con el rezo frecuente del *Ave María*; cuando contaba siete años se dirigió a la Madre de Cristo para que le diera a Jesús por esposo, y más tarde María se le aparece con su Hijo y pide a Este que despose en la fe a Catalina, al mismo tiempo que le presenta la mano de la joven. En la vida de Santa Rosa de Lima, de Santa

(1) *Ibid.*, pág. 71.

Catalina de Ricci, de la Beata Bienvenida Bojani, de la Beata Catalina de Racconigio y de tantas otras, se encuentran hechos parecidos. Para todas, María es la dulce y tierna Madre a quien ellas no cesan de venerar afectuosamente y a quien se someten de todo corazón.

La venerable Isabel del Niño Jesús, que ejerció una gran influencia espiritual en el siglo xvii, habiendo sido nombrada Priora de las Hijas de Santo Tomás, en París, proclamó a la Santísima Virgen como verdadera Priora del Monasterio. En señal de homenaje colocó entre las manos de esta augusta Soberana dos llaves de plata y un corazón, en cuyo interior estaban los nombres de todas las monjas de la comunidad. Una devota imagen de la Virgen ocupó, en todos los lugares regulares, el sitio reservado a la Priora, pues la M. Isabel no quiso ser más que la Subpriora de María, a quien quiso subordinar enteramente su autoridad. *L'Année Dominicaine* afirma que esta costumbre se ha conservado en el Monasterio hasta nuestros días.

Poco importa la expresión exterior de esta sumisión, pero en el alma de los Superiores de nuestra Orden debe existir un sentimiento igual. Sin duda lo poseía Santo Domingo cuando trasladó solemnemente a San Sixto la imagen de la Virgen. Y el P. Lacordaire también estaba poseído de este sentimiento cuando, después de haberse ejercitado en las observancias de la vida dominicana bajo la dulce mirada de Nuestra Señora de la Quercia, y habiendo pronunciado los votos religiosos delante de Ella, pidió al P. Besson que reprodujera su imagen: «La nombraremos Patrona nuestra y la llevaremos siempre con nosotros hasta el día en que podamos instalarla en nuestro primer convento de Francia.» Por esta razón Nuestra Señora de la Encina es la Patrona del convento de Nancy.

¿Quién es capaz de enumerar las *Avemarias* que nuestra Orden ha hecho subir hasta el trono de María? Nuestra Orden las ha unido en series de 150, para igualar el número de los salmos y formar de esta manera el salterio de María que es nuestro Rosario. Este salterio constituye como el acompañamiento de la contemplación de los grandes misterios de nuestra redención, en los cuales la Virgen ha ocupado un lugar muy importante al lado de su Hijo.

Nuestra Orden ha agrupado a los fieles en Cofradías para asegurar en el mundo entero el rezo del Rosario en público y en privado, en las iglesias y en los hogares. Ha organizado además una guardia perpetua de día y de noche, en la cual las almas se van relevando de hora en hora para suplicar y alabar a María por medio del Rosario.

* * *

¿Cómo podemos caracterizar esta devoción a Nuestra Señora, cuyas múltiples manifestaciones acabamos de señalar? Era un culto religioso del cual solamente era digno esta criatura incomparable, de quien nuestro Cayetano ha podido decir que «toca los confines de la divinidad». ¿No es acaso Ella la Madre del mismo Dios, asociada al plan de la Encarnación y colocada, dice León XIII, «por encima de todo lo que hay de más bello en los tres órdenes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria?» (1).

La reverencia profunda por esta dignidad única de la Virgen María se traducía en todos estos *Ave*, acompañados de genuflexiones, que nuestros primeros Hermanos tanto gustaban de rezar.

El *Ave* no era entonces más que una manifestación de profunda reverencia, pues no contaban aún con la segunda parte, que fué añadida más tarde.

Pero a ese amor reverencial se juntaba naturalmente la sumisión total a Aquella que reunía en sí una sublime majestad y una autoridad soberana en las almas. Al decir «Nuestra Señora», nuestros Padres reconocían que eran sus verdaderos vasallos, que eran caballeros al servicio de su Señoría. ¿No se consagraban a Ella en el día de su profesión? ¿Y los Superiores de la Orden no gobernaban en su nombre?

Yo estoy totalmente bajo su dependencia
para depender mejor de mi Salvador,

cantaba nuestro San Luis María de Montfort, que practicaba y predicaba la Santa Esclavitud de María. Por la segunda parte del *Ave* de nuestro Rosario no hacemos más que someternos continuamente a la Soberana de cielos y

(1) LEÓN XIII, Encíclica del 12 de septiembre de 1897.

tierra, cuyo poder de intercesión delante de su Hijo Jesús es todopoderoso, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Además de esta reverencia tan profunda y de esta confiada sumisión, había también en la devoción de nuestros santos hacia la Virgen María una piedad filial y una exquisita intimidad.

Sí, había una piedad filial, pues la Madre de Cristo es también Madre nuestra, ya que somos miembros de Cristo. San Luis María de Montfort ha escrito unas páginas brillantes, en las que parece colocarse a la altura del apóstol San Pablo, y que le hacen merecedor del título de Doctor de la maternidad de la gracia. Por lo mismo que Ella ha concebido voluntariamente a nuestro Salvador, continúa engendrando a toda la humanidad, incorporada al Jefe divino.

Una exquisita intimidad se unía a esta piedad filial. Si una madre, aunque sea muy respetada y muy querida, no se considera por eso como una amiga para sus hijos, la Madre celestial era verdaderamente la amiga elegida por sus hijos, que vivían con ella en comunión de ideas, de amor, de vida, y que por la contemplación de los misterios del Rosario nos han enseñado la manera de imitarlos.

El amor de esta amistad entre Dios y nosotros, que es la caridad, no tiene, después de El y nosotros, otro objeto más querido que esta mujer bendita entre todas las mujeres, la criatura más allegada a Dios, a quien va dirigido primeramente nuestro amor de caridad, y la más allegada también a nuestro ser de gracia, a quien amamos también con el amor de caridad. Bajo todos los aspectos Ella es la primera que se ofrece así a nuestra amistad sobrenatural. *Santa Mamma Regina!*, decía cariñosamente Savonarola, y con frecuencia más brevemente: *Mamma mia!*

Y he aquí la razón profunda de todos estos *Ave María*, multiplicados durante todo el día. El P. Lacordaire lo ha comprendido admirablemente. «El amor no tiene más que una palabra, que no se repite, aunque se diga siempre.»

Por esta devoción compleja, a imitación de nuestros santos* y santas, nos pondremos en situación de aprovechar el patrocinio que la Virgen María ejerce sobre nuestra Orden.

ARTÍCULO II

JESÚS SALVADOR NUESTRO JEFE VIVIFICADOR

La devoción a la Virgen María en ninguna forma debe debilitar la que estamos obligados a tributar a nuestro Señor. El sólo es el fundamento de nuestra vida. Sólo El es el camino, y nadie puede ir al Padre si no es por El; después de El y solamente en El la Virgen María es la Medianera; su mediación procede de la de Jesús, que asocia a su Madre como auxiliar en la obra de nuestra santificación después de haberla elegido por Madre. Esta primera elección contenía, en los designios eternos, todas las demás prerrogativas. María colabora, pues, con nuestro Jefe para realizar en toda su extensión este cuerpo místico, compuesto de todos los miembros que viven de la gracia capital de Cristo. Pero Ella es la primera en participar de esta gracia y su influencia tiende a hacernos adherir a nuestro Jefe. Si atraídos por su bondad acudimos a Ella —y también impulsados por Jesús que nos dice: «He ahí a tu Madre»—, es, en definitiva, para oír lo que nos repite siempre: «Haced lo que El os dice.»

Vamos a considerar a nuestro Señor sucesivamente en su realidad histórica, en su realidad mística y, finalmente, en su realidad eucarística, y veremos lo que debe ser nuestra devoción hacia El bajo este triple punto de vista.

I

Nuestro Señor en su realidad histórica

Ante todo un alma dominicana debe conocer a Cristo Jesús tal como se ha manifestado al mundo. Nada de sueños, de fantasías ni de leyendas en la vida de Cristo; debe

tratar de descubrir el Cristo de la historia, en la verdad de su vida, de sus palabras y de sus obras.

Las almas verdaderamente dominicanas deben tener el culto del libro santo del Evangelio, que deben estudiar y meditar con diligencia.

Nuestros maestros, con Santo Tomás a la cabeza, han escrito comentarios que nos ayudan a descubrir los tesoros ocultos en estas páginas y a penetrar el secreto de muchas palabras.

Para formarse una representación, no ficticia, sino lo más real posible, de la existencia histórica del Salvador, y para situarla en su ambiente, con el fin de evocar mejor el objeto de su fe y, por consiguiente, avivar más su caridad, muchos de nuestros beatos han podido realizar el deseo, común a todos, de visitar en peregrinación los Santos Lugares. Ver aquellos horizontes de bellas líneas inmutables sobre los cuales Jesús ha posado su mirada, aquel lago que con su barca ha cruzado en todas direcciones, aquellos campos que El ha atravesado en conversación con sus discípulos, aquellos pozos en cuyo brocal se ha sentado para descansar, aquellas flores, aquellos árboles, aquellos pájaros de que hablaba en sus parábolas, besar con una santa unción aquella tierra de Getsemaní donde sudó sangre, aquella roca donde su Cruz fué levantada sobre el mundo, la piedra de la tumba donde fué depositado su cuerpo... Sin duda que son muchos los cristianos que han tenido tales deseos y que han podido realizarlos. Pero es interesante hacer notar lo que los dominicos franceses de nuestro tiempo han hecho en este aspecto.

En 1882, el P. Mateo Lecomte hizo un viaje a Palestina y concibió la idea de fundar en Jerusalén un convento en el cual pudieran ir a recogerse los Padres de edad imposibilitados para ejercer el apostolado. Una serie de circunstancias providenciales y la voluntad del Soberano Pontífice León XIII, inclinaron a los Padres, reunidos en el lugar del martirio de San Esteban, a dar un nuevo destino al convento que el fundador no había pensado. El convento de San Esteban se convirtió bien pronto, gracias al P. Lagrange, en la célebre Escuela bíblica, donde los Padres dominicos daban a conocer la fisonomía auténtica del Salvador por el estudio convergente de los documentos

y de los monumentos. El P. Lecomte no había llevado más que su biblia en un solo tomo. El primer dinero de que se dispuso se empleó en comprar las obras de San Jerónimo en ocho tomos. Había el intenso deseo de trabajar y continuar sus investigaciones bíblicas. Y poco a poco la biblioteca se enriqueció de todos los libros necesarios.

La ciencia protestante y racionalista se servían de las cuestiones bíblicas para atacar a la Iglesia.

El P. Lagrange y sus colaboradores hicieron con la crítica histórica lo que Santo Tomás había hecho en su tiempo con la filosofía de Aristóteles. Ellos demostraron que utilizada con discreción, lejos de destruir lo que hay en nuestros dogmas, puede resultar un instrumento admirable para justificarlos. Y todos los espíritus independientes tuvieron que rendir homenaje a su desinteresada búsqueda de la verdad.

Bien pronto se tuvo el convencimiento de que un contacto prolongado con la tierra, con los vestigios de las ciudades y de los monumentos antiguos, con los habitantes; en fin, con todo el viejo Oriente, podría proporcionar una nueva luz para la interpretación de los libros sagrados. Y no es uno de los menores encantos del *Evangelio de Jesucristo*, del P. Lagrange, la impresión que da el autor del libro de haber estado en unión prolongada e íntima con el país de Jesús.

Cuando en 1933 la *Revue Biblique* (1) publicó el resultado de los pergaminos encontrados en la torre Antonia, «el Santo Padre no disimuló el gozo inmenso que había experimentado su corazón, en ese año jubilar de la Redención, por el hallazgo de estos documentos tan importantes impregnados de los recuerdos más emocionantes de la Pasión» (2).

Puede afirmarse que nuestra Orden ha tenido siempre el ansia de la verdad histórica en la contemplación de nuestro Señor. Y por eso las escenas que meditamos en el Santo Rosario todas son estrictamente auténticas. Y cuando nuestro Beato Alvaro de Córdoba, después de haber visitado Tierra Santa, construyó uno de los primeros Vía

(1) R. P. M. L. DUMESTE, «Le Père Lagrange et l'Ecole biblique et archéologique de Jérusalem», en *La Vie dominicaine*, pág. 124, Saint Maximin, 1935.

(2) *Ibid.*, pág. 218.

Crucis (a principios del siglo xv), tuvo ese mismo cuidado al establecer las diferentes estaciones. En efecto, éstas fueron: 1.^a, la Agonía; 2.^a, el Prendimiento de Jesús; 3.^a, su Flagelación; 4.^a, la Coronación de espinas; 5.^a, la Escena del *Ecce Homo*; 6.^a, la Cruz a cuestas; 7.^a, la Crucifixión y Muerte; 8.^a y última, el Descendimiento de la cruz.

Todas estas investigaciones modernas de que acabamos de hablar satisfacen ampliamente nuestra ansia de verdad. Si no podemos dedicarnos al estudio directo de estas grandes obras, no olvidemos que es de gran provecho espiritual todo comentario serio de nuestros libros santos.

* * *

Aun en el caso de un estudio serio de la historia de Jesús, sería de escaso valor para nuestra vida espiritual si en nuestras lecturas y en nuestra meditación de la Sagrada Escritura no utilizáramos lo que nos enseñan la fe y el estudio de Santo Tomás respecto a la personalidad y a la psicología de nuestro Señor.

Este hombre, que era el Hijo de Dios, ha tenido en su alma humana desde el primer instante la visión de la esencia divina. Y como en las realizaciones de la actividad creadora que se van actualizando a través de la historia nada hay que no tenga relación con el Salvador del mundo y con el Juez universal, como no hay criatura alguna que no esté sometida al Hombre-Dios, de ahí se sigue que Dios le ha dado el poder de percibir en sí todos los seres que han existido, que existen o que existirán. No hay por qué insistir sobre esta verdad incontestable. También es cosa cierta que el alma de Jesús recibió de Dios las ideas infusas para conocer en conjunto y en detalle todos los seres de su reino. Es un hecho que el divino Maestro, cuya vida y hechos nos han transmitido San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan y que gracias a ellos podemos seguir toda su trayectoria, desde la casa de Nazareth hasta el monte de la Ascensión, tenía ya fijado amorosamente su pensamiento en cada uno de nosotros.

El nos aguardaba en el regazo de su Madre, en su establo de Belén, adonde fueron a adorarlo primero los pastores y luego los Reyes Magos. El veía venir a los

pastores que descansaban en los campos vecinos y distinguía claramente en su país lejano a los magos que se pondrían en camino unos días más tarde. Mucho más tarde y mucho más lejos, pero siempre bajo la mirada de su alma, también nosotros nos hemos puesto en camino con el rosario en la mano. «Los piadosos Reyes Magos —decía Santo Domingo a sus Hermanos— al entrar en la casa encontraron al Niño con María, su Madre. También nosotros tenemos la seguridad de encontrar al Hombre-Dios con María, su esclava. Venid, pues, adorémosle e hinquémonos en su presencia» (1).

¡Con qué devoción nuestro P. Santo Domingo leía todas las palabras de nuestro Señor recogidas por San Mateo! Jamás se separaba de este evangelio. De viaje lo llevaba en sus alforjas y lo leía piadosamente. Lo meditaba en su celda. Besaba sus páginas que conmovían su corazón, como si se tratara de una carta que le hubiera escrito el amigo más tiernamente amado.

Cuando Fr. Angélico ha representado a nuestro Padre sentado, con el evangelio en la mano, cerca de Cristo ultrajado, o bien arrodillado a los pies de la cruz con sus ojos fijos en Cristo que lo mira, no ha hecho más que sensibilizar una realidad espiritual: la fusión del pensamiento de Cristo viviendo en la tierra con el pensamiento de Santo Domingo.

«Yo converso con Jesús sirviéndome de las palabras del Santo Evangelio —escribía en el siglo xvii la M. Francisca de los Serafines—, conforme estas palabras se aparecen en mi espíritu, y hago mis actos interiores y mis súplicas según la inspiración que recibo de ellas... Mi manera de obrar con el Hijo de Dios es hablarle como si lo tuviera presente, y el objeto de mis conversaciones con El son las palabras del Evangelio, que me proporcionan abundante materia para prolongar mi oración.»

Léanse los gruesos volúmenes de *L'Année Dominicaine* y se podrá ver, casi en cada página, cómo las almas piadosas de nuestra Orden reviven, en los diversos tiempos litúrgicos, toda la vida de nuestro Señor. Conscientes del

(1) THIERRY DE APOLDA, *Libro sobre la vida y la muerte de Santo Domingo*, 8.ª parte, cap. 24.

amor que Jesús les ha testimoniado al realizar estos misterios, parece que ellas asisten a su realización. En 1232, en la víspera de Navidad, el Beato Jordán de Sajonia escribía a su hija espiritual: «Querida Diana, animaos y consolaos en el Señor y en el Niño Jesús que ha nacido para vos.» Y San Luis Bertrán, en igual fecha, habiendo ido a una parroquia para predicar al día siguiente, no quiso acostarse en la cama esa noche. Se fué a la caballeriza, e hincado sobre la paja, pasó la noche en contemplación.

El tiempo de Cuaresma y de Pasión les causaba una emoción mayor todavía. La M. Catalina de la Pasión, de las Hijas de Santo Tomás, del Monasterio de París, hace constar en sus escritos los sentimientos profundamente realistas que la embargaban, y que también han experimentado todos nuestros santos y santas estigmatizadas: «Yo no quiero mirar más que a Jesús crucificado. Jesucristo dobla la cabeza para darme un beso de amor; está clavado en la cruz en espera de mi arrepentimiento; su pecho ha sido traspasado para abrirme el camino de su corazón.»

Varias veces, en beneficio de nuestros santos, nuestro Señor ha obrado milagros en confirmación de esta verdad. Parece que no hay distancia de tiempo entre este Cristo que nace, muere y resucita y sus discípulos del siglo XIII o del XX.

La Beata Bienvenida, la noche de Navidad, recibe al Niño Jesús en sus brazos. El Beato Jaime de Bevagna que, hincado a los pies del crucifijo, gemía temiendo por la salvación de su alma, recibió una oleada de sangre que brotaba del costado de Jesús. A la Beata Gertrudis de Herckenheim, que el día de Pascua todavía lloraba recordando la pasión dolorosa de Cristo, se le apareció el Señor y le dijo: «¿Por qué lloras en el día de mi Resurrección y de mi triunfo? Hoy he salido verdaderamente del sepulcro, y no sólo Yo, sino también tú has resucitado para vivir eternamente conmigo en la gloria.» Y es bien conocido el hecho de que en el día de la Ascensión Jesús, accediendo al gran deseo de la pequeña Imelda, vino a tomar y llevar su alma en una milagrosa comunión.

II

Jesucristo en su realidad mística

Los hechos admirables que acabamos de recordar muestran claramente que Cristo Jesús no es para nuestros santos un simple personaje de otro tiempo, que ha desaparecido después de proyectar su resplandor en la historia. Permanece siempre vivo en su formidable personalidad que domina a todo el linaje humano y reina en el mundo entero.

«La divisa de nuestra devoción a la humanidad de Cristo —decía el P. Clérissac— podría ser ésta: "El ha subido al cielo para dominar sobre todas las cosas." La atracción y la gravitación de los astros, el conjunto de las fuerzas cósmicas que en nuestro sistema solar obran sobre nuestro pequeño planeta, no tienen una realidad más viva que la que tiene la energía divina, que por las llagas abiertas de Cristo llega hasta nosotros incesantemente.»

Pocos cristianos tienen conciencia del gran dominio que nuestro Señor ejerce sobre nosotros y de nuestra dependencia respecto a El. No nos damos cuenta hasta qué punto nosotros vivimos en El, *in Christo Iesu*. Es el misterio que San Pablo no ha cesado de predicar al mundo y que nuestro P. Santo Domingo meditó durante toda su vida, no desprendiéndose jamás de las Epístolas del gran Apóstol y del Evangelio de San Mateo.

Hay dos maneras de comprender esta vida nuestra en Cristo: una *débil*, que esfuma y disminuye las enseñanzas de San Pablo, y otra *fuerte*, la que nos evoca el párrafo del P. Clérissac que acabamos de leer. No tengamos miedo de sobrepasar la verdad. Con frecuencia nos quedamos muy por debajo.

Sí, ocurre que nos quedamos por debajo de la verdad cuando no vemos en nuestro Señor más que a un Maestro a quien debemos escuchar y un Modelo a quien debemos imitar. «Por su doble grandeza —dice con mucho acierto el P. Bernard— Cristo nos junta a El. El es un ser único. Domina y vivifica a todos los suyos. Por la grandeza de su ser, que es el mismo ser del Hijo de Dios, asume en Sí a todos los de su raza. Por su riqueza de vida espiritual

está en condiciones de comunicar a todos su gracia en esta vida y su gloria en la otra. De suerte que El está realmente todo en todos y nosotros estamos todos injertados en El. Dios, que ya lo había compuesto todo en su Verbo eterno, Cristo preexistente, lo ha recompuesto todo en su Verbo encarnado, Cristo mortal primero y Cristo inmortal después. En El se ha hecho la unión de todo lo divino y de todo lo humano. El es como un Ser inmensamente soberano y un enorme recipiente espiritual. Toda plenitud habita en El y nosotros estamos comprendidos en esta plenitud... Sin El nuestra existencia no es posible, de tal manera ha reconstituido nuestro destino y merecido nuestra gracia. Pero, por otra parte, El sin nosotros no es completo, y si nos substraemos a su influencia destruimos una parte de Sí mismo, ya que nosotros somos su complemento, como dice San Pablo, y El se completa en todos de todas maneras.»

«Tener esta persuasión y este profundo sentimiento de que Jesús se continúa en cada uno de nosotros, he ahí la manera *fuerte*, y en realidad la única exacta, de adherir a Cristo. El Apóstol me enseña que yo formo un cuerpo con mi Salvador a la manera de un cuerpo vivo, natural y físico. Imaginémos un cuerpo lleno de miembros que piensan. Jesús es la Cabeza, pero una Cabeza presente a todos los miembros de su cuerpo por el pensamiento muy preciso que ha tenido antes y que conserva hoy de cada uno de ellos, por la acción que ejerce sobre él con o sin intermediarios y por los cuidados que le prodiga. Una Cabeza extendida en cierto modo en todo el cuerpo no tan sólo por la presencia divina que se insinúa, sino también por esa presencia humana de que hemos hablado. Y en este gran Cuerpo místico, que forma al Cristo total, yo, cristiano, soy un miembro, que no tiene vida, ser, ni movimiento si no es en el cuerpo, por el principio que lo anima y por los fines que se propone conseguir.»

* * *

Esta doctrina, resumida en estos términos tan sugestivos por uno de nuestros teólogos contemporáneos, ha sido sostenida por todos nuestros teólogos desde el principio de nuestra Orden. En tiempo del Beato Jordán, cuando el

demonio atormentaba a los frailes, clamó un día por boca de un fraile poseso: «He aquí que los encapuchados discuten sobre la cuestión de saber si Cristo es el Jefe de la Iglesia.» Pedro Lombardo, en sus *Sentencias*, trata muy brevemente esta cuestión. Pero San Alberto Magno, en sus comentarios, trata la cuestión con una insistencia que manifiesta la gran importancia que le concede: «Nosotros recibimos la gracia de Cristo no por imitación y semejanza, ya que de esta manera podríamos recibir también la gracia de Pedro o de Pablo, sino por la influencia que Cristo ejerce sobre nosotros, parecida a la que el alma ejerce sobre el cuerpo.» «En fin, Santo Tomás da a esta cuestión su forma definitiva —escribe el R. P. Mersch, S. J.—. Sus sucesores, sus comentaristas añadirán poca cosa. Los tomistas, digámoslo de una manera general, tendrán particular interés en tratar de la gracia de Cristo. Los escolistas, siguiendo al doctor sutil, apenas hablarán de ella. Los autores de la Compañía de Jesús, que aparecerán más tarde, también serán breves en esta materia, por lo menos los anteriores al siglo XIX.» Cómo no estar orgullosos, nosotros tomistas y dominicos, cuando en la obra mencionada leemos las líneas que siguen: «Los autores que han hecho las afirmaciones más enérgicas sobre el Cuerpo místico son: Santo Tomás, Cayetano, Medina y Nazario.» Los cuatro pertenecen a nuestra Orden.

Lo que a este respecto han enseñado los teólogos lo han vivido todas las almas de nuestra Orden. Toda la vida de Santa Catalina es una ilustración de esta doctrina. Cuando Jesús toma el corazón de Santa Catalina y lo reemplaza por el suyo; cuando se apodera de la voluntad de nuestra Santa para darle la suya propia, sin duda son fenómenos extraordinarios, pero que manifiestan lo que continuamente ocurre en ella, y más o menos en todo «el Cuerpo místico de la Santa Iglesia», para emplear los términos que usaba ella. Cuando asiste a la muerte de Nicolás Tuldo y la cabeza de este joven es cortada, considera que es la sangre de Cristo que sigue brotando, y contempla religiosamente las gotas que han salpicado su hábito blanco.

Ahora que en todas partes se nota un movimiento de retorno a este realismo cristiano, nosotros los hijos de una

Orden que lo ha mantenido en toda su integridad no debemos quedarnos en un lugar secundario.

Con la ayuda de nuestro Rosario, todos los días, y todo el año al recorrer el ciclo litúrgico, cuando recordamos los grandes hechos de la vida de Cristo elevémonos por encima del plano en que se colocan los historiadores, aun los más respetuosos de la divinidad de Cristo. Y sepamos ver lo que hay en realidad, una serie de misterios donde todo ha sido previsto y querido. Todo tiene un significado simbólico, que es necesario saber penetrar para orientar nuestra vida. Todo lo que ha precedido al último suspiro de Jesús tiene para nosotros un valor meritorio (1). En fin, todo es para nosotros causa eficiente de vida, aun lo que ha seguido a su muerte. Estamos sepultados con El; nuestra resurrección procede de la suya; estamos ya en el cielo en El, y por El llegaremos allí definitivamente. Al hablar de esta suerte no hago más que resumir las enseñanzas de Santo Tomás en la tercera parte de la *Suma*.

* * *

Procuramos estar unidos a Cristo, siempre vivo, actualmente presente a la diestra del Padre, donde pide por nosotros, desde donde obra en nosotros con una eficacia cuyos rayos, desconocidos hasta ahora y que la ciencia moderna ha llegado a captar, nos ofrecen un pálido reflejo. Procuramos vivir en el recogimiento para ser organismos perfectamente receptores de todas estas ondas que difunden su pensamiento, a imitación de nuestro venerable Esprite de Jesús, que oía continuamente a Jesús que le decía: «Yo te miro.» Esforcémonos por obedecer dócilmente todas las inspiraciones que su corazón nos comunica, para realizar, cada uno en su estado, su idea en nosotros y trabajar de esta manera por parte nuestra a la perfección de su cuerpo místico.

Al método que consiste en buscar la perfección por nuestra propia iniciativa y según un plan personal, buscando imitar a Jesús virtud tras virtud, hemos de preferir aquel en que se basa el plan divino y su gracia, según el cual nos esforzamos por atender todos sus llamados y obe-

(1) Vid. *Suma Teológica*, IIIa, q. 49, a. 1.

decer todas sus exigencias. Pero esto supone un gran esfuerzo. Es necesario hacer un examen frecuente y profundo. ¿Dónde me encuentro yo? ¿Cuál es mi preocupación dominante? ¿La acción de Jesús sobre mí me encuentra atento, dispuesto, obediente? ¿No he rehusado formalmente sus santas sugerencias o, por lo menos, no he mostrado cierta apatía? Entonces debo estimularme, rectificar mi intención, adaptarme a la acción actual de la gracia en mí. Y este examen no debe hacerse una o dos veces al día, sino que debe practicarse muchas veces. Cada vez que salimos del automatismo para tomar conciencia de nuestra vida es de desear que lo hagamos de esta manera (1).

III

Jesucristo en su realidad eucarística

La acción de Jesús de que hemos hablado se nos hace sensible por momentos, llegando a nosotros por medio de ciertos signos sagrados, que Cristo utiliza para tocar nuestro cuerpo y, a través de él, marcar nuestra alma y santificarla. Quiero hablar de los sacramentos, por medio de los cuales somos visiblemente incorporados a nuestro Jefe.

Fieles también en esta materia a toda nuestra tradición dominicana, vemos en estos sacramentos algo más que simples signos evocadores de los méritos de nuestro Señor. Son los canales por los que nos llega su gracia. Son instrumentos de que se sirve para asemejarnos y parecernos a El. Uno de los maestros de los últimos tiempos, el P. Gardeil, después de recibir la Extremaunción, manifestaba su gozo al ver cómo terminaba de esta suerte su incorporación a Cristo.

Sobre todo, en los sacramentos que son de uso frecuente y diario importa mucho no olvidar la presencia de Cristo. Esta presencia en el sacramento de la Penitencia es tan sólo virtual. Jesús, sin embargo, hace sentir su influencia real no sólo en el sacerdote que absuelve y aconseja, sino también en el penitente mismo.

(1) Estos pensamientos se encuentran más desarrollados en nuestra obra *Par Jésus-Christ Notre-Seigneur* (Desclée de Broywer), lib. III, c. 2.

Examinemos, pues, nuestros pecados con el espíritu de que hemos hablado antes, bajo la mirada que recibió Pedro el renegado en la corte del pretorio. Para que nuestra contrición sea perfecta aborrezcamos con el mismo odio que sentía Jesús por todo pecado, viendo en él una ofensa a Dios. Unámonos, en fin, a su voluntad de tomar sobre sí toda la pena merecida por estos pecados con el fin de expiarla. Animados de estos sentimientos, cuántos Hermanos nuestros, sobre todo en los primeros tiempos, acudían diariamente al sacramento de la Penitencia. A nosotros la Regla nos pide ahora que nos confesemos, por lo menos, dos veces al mes.

Cada quince días debemos penetrar en nuestro interior para hacer salir a la superficie nuestros deseos de honra, de placer, de comodidad, de pereza, que buscan una sombra propicia para desarrollarse desordenadamente. Examinemos nuestras faltas positivas, como también los pecados de omisión y sus causas. Es necesario que lo veamos todo con claridad porque hemos de dar cuenta de ello al confesor. El que nos escucha no tiene interés en engañarse, juzga sin prejuicio de ninguna clase. Siendo además competente, nos ayuda a discernir mejor el mal y a buscar el remedio adecuado. ¡Qué ejercicio tan saludable! En estas condiciones es imposible caer insensiblemente en pecados mortales, imposible, al menos, de aletargarnos en ellos. Por el contrario, comprendemos la necesidad de sacudir nuestra tibieza, de adelantar en la perfección. Periódicamente, a cortos intervalos, la fuerza de la inercia que se opone a nuestro progreso es vencida. Para practicar las virtudes nos mantenemos en tensión.

Este esfuerzo psicológico, que todo educador tendría a bien en recomendar, está reforzado —no hay que olvidarlo— por la gracia de Cristo, que sobreviene automáticamente en la recepción del sacramento de la Penitencia. Ella nos invade con tanta mayor vehemencia cuanto mayor es el sentimiento de la presencia de nuestro Salvador y cuanto mayor es nuestra unión con El para mejor conocer nuestras faltas, arrepentirnos de ellas, expiarlas y tomar firmes resoluciones. Todo ello estará penetrado de su inspiración divina.

Hay otro sacramento al cual podemos acercarnos, gracias a Dios, con más facilidad y con mayor frecuencia que nuestros antiguos Hermanos. La Regla nos exhorta a recibir todos los días la Sagrada Eucaristía: En ella Cristo Jesús está realmente presente. Cristo entra en contacto sensible con nosotros por su misma substancia. Ya no es la influencia lejana de cada momento, semejante a la luz y al calor que nos envía el sol. «Cuando comulgo —decía Santa Rosa de Lima— me parece que un sol desciende a mi pecho.»

Oculto bajo las apariencias de pan, Jesús se hace nuestro alimento. «Todo lo que el alimento produce en la vida corporal —dice Santo Tomás— la Eucaristía lo confiere a nuestra vida espiritual.» Nos conserva esta vida, preservándonos del pecado mortal. La aumenta, y este crecimiento puede verificarse sin limitación hasta llegar a la perfección de la unión eterna con Dios. La restaura, reparando la pérdida de energía que causan diariamente los pecados veniales. En fin, da a nuestra alma un bienestar espiritual que no puede compararse con la satisfacción corporal que puede proporcionar una buena comida. Y todas estas frases no son simples metáforas, ya que la Eucaristía estimula en nosotros el fervor de la caridad. Jesús, por su contacto con nuestro corazón, es como una hoguera que produce un incendio. Y de esta suerte, día tras día, nuestras Comuniones fomentan el progreso de nuestra ascensión espiritual, empezando por la lucha contra el pecado para poder subsistir hasta la unión transformadora, en la que, así como Jesús vive por el Padre y para el Padre que lo envió, así el que come a Cristo no vive más que por Él y para Él.

¿Bajo qué condiciones podemos llegar a obtener estos maravillosos resultados? En la medida en que nos acerquemos dignamente a la Eucaristía, decían unos. En la medida en que la recibamos con frecuencia, dicen otros. Los primeros hacen hincapié en las disposiciones que nos permiten comulgar dignamente, y los segundos conceden una mayor importancia a la eficacia automática de la Eucaristía, que aumenta la gracia a cada Comunión; de ahí que se formaron como dos tendencias en la Iglesia. La primera pareció triunfar en un principio, mucho antes de los jansenistas. Desde el siglo IX al siglo XIII, en que apa-

reció nuestra Orden, las Comuniones eran cada vez más raras. Los teólogos insistían sobre la pureza y las virtudes que se requerían para la Comunión. «Se experimenta una especie de estupor —dice el P. Vernet— al leer en la Regla de Santa Clara, aprobada por el Papa Inocencio IV (1253), que las Clarisas no tienen más que siete Comuniones al año.»

Según la observación del mismo autor, las Constituciones de las Dominicas señalan que pueden comulgar quince veces al año. En realidad es bien poca cosa. Pero he aquí que Santo Tomás habla elogiosamente en favor de la Comunión diaria. Enseña que es útil a todos aquellos a quienes aumenta el fervor de la caridad, sin disminuir el respeto. «El amor y el temor —dice él— se refieren igualmente al respeto; el amor empuja a la Comunión diaria, y el temor invita a abstenerse alguna vez; pero debe preferirse el amor y la confianza al temor, ya que la Sagrada Escritura no cesa de invitarnos» (III, q. 80, a. 10).

Cuando en el siglo siguiente Santa Catalina de Sena pide a su confesor, el Beato Raimundo de Capua, poder comulgar con frecuencia, éste accede a sus deseos, y como esta actitud fuera criticada, hace constar que la Santa sigue puntualmente la doctrina de Santo Tomás al comulgar casi todos los días y absteniéndose algunas veces para acercarse de nuevo al sacramento con mayor reverencia y devoción.

La invitación de los místicos, que en nuestra Orden imitan a Santa Catalina de Sena, y la autoridad de nuestros teólogos, fieles a la doctrina de Santo Tomás, ejercen una gran influencia para volver a la Comunión frecuente. «Taulero, haciendo alusión a las antiguas dominicas, decía que si la Comunión bimensual podía bastarles, los tiempos actuales, no tan buenos, y las almas de hoy, menos valientes, necesitaban más Comuniones.»

Este movimiento, como es sabido, llegó a su culminación a principios del siglo xx, cuando el Papa Pío X recomendó encarecidamente a todos los fieles acercarse diariamente a la sagrada Mesa.

La segunda de las dos corrientes que hemos mencionado triunfa, pues, hoy. Y ¿por qué los resultados no son más manifiestos? Una vez más nos dará una explicación satisfactoria Santo Tomás. Nadie mejor que él ha sabido resolver esta cuestión en todos sus matices.

Si es suficiente el carácter bautismal y el estado de gracia para que la Comunión sea válida y no sacrílega y para que automáticamente recibamos cierto aumento de vida sobrenatural, ésta es muy pequeña y se concreta a nuestras aptitudes, sin llegar a actualizarse, si recibimos la Comunión con distracciones. Y con mayor motivo si estas distracciones son voluntarias, ya que entonces se comete una falta, y esta falta puede tener consecuencias desastrosas para nuestra alma, que no compensa el pequeño aumento de vida sobrenatural de que hemos hablado. Tal pecado, ¿no aumenta en nosotros las malas disposiciones naturales que pueden un día llegar a hacernos perder la gracia? Cometemos también una falta de respeto religioso. El temor de Dios disminuye poco a poco en nuestra alma. Casi fatalmente llegaremos a una caída que nos hará perder el capital sobrenatural inútilmente ahorrado y que lo hemos dejado casi improductivo. Nos encontraremos entonces despojados de todo auxilio y a merced de nuestros malos pensamientos. He aquí a qué resultado pueden conducirnos varios años de Comuniones tibias recibidas diariamente. En ese caso nos pareceríamos a un jardinero que injerta un arbusto y que descuida arrancar el rebrote de la parte silvestre.

¿Qué debemos hacer entonces? ¿Será preciso abstenerse de la Comunión hasta que hayamos adquirido la virtud necesaria? De ninguna manera. Ya sabemos que solamente se nos exige el estado de gracia. No se requiere, como se había enseñado tiempo atrás, estar libre de todo pecado venial deliberado. Esta purificación la obtendremos con la Comunión frecuente, dice Pío X: «Es imposible que comulgando diariamente no nos veamos libres poco a poco de los pecados veniales y de nuestras malas inclinaciones.» Pero Santo Tomás enseña que esto lo conseguiremos siempre que comulgemos con devoción, es decir, que nos acerquemos a la sagrada Mesa con una fe atenta y con un verdadero amor, y que nos pongamos respetuosamente a

disposición de nuestro Señor para cumplir su voluntad. En la medida en que tengamos estos sentimientos en el momento de comulgar, la Comunión será para nosotros una verdadera refección espiritual y así poco a poco irá produciendo en nosotros los admirables frutos que Cristo y la Iglesia esperan de ella.

Si no comprobáis estos resultados; si, por ejemplo, no llegáis a suprimir tal afecto desordenado, pensad que la causa de ello se debe a que vuestras Comuniones son rutinarias y distraídas. Dedicad entonces a excitar la devoción en vuestro corazón. Y nada mejor para ello que la meditación de la bondad y de los beneficios de Dios en vista de nuestra miseria y de la necesidad que tenemos de someternos a El. Prácticamente bastará seguir devotamente la misa, ya sirviéndose del misal diario, ya uniéndose de una manera general a nuestro Jefe adorado que en el altar rinde sus homenajes a su Padre y que nos convida a la consagración de nosotros mismos a Dios por El, con El y en El.

Para evitar la rutina y excitar nuestra alma tal vez convenga abstenerse de comulgar algunos días. Todo lo que estimula el santo deseo y dilata el corazón sirve para recibir con provecho la Comunión. «Para tener luz —dice Santa Catalina de Sena— cada uno lleva su vela, más o menos grande. Gracias al santo deseo nuestra vela aumenta de volumen y despide más luz.» «Cuanto mayor sea el vaso con que vayamos al mar —advierte el Venerable Luis de Granada— tanta mayor cantidad de agua podremos sacar.» El océano es inagotable; lo que es limitado es el recipiente de nuestra alma, y por desgracia, por culpa nuestra muchas veces, demasiado limitada.

Para honrar a este océano de gracias y a esta fuente de luz, que es Cristo Jesús realmente presente en la Eucaristía, algunas Congregaciones de nuestras Hermanas han organizado en sus conventos la Adoración Perpetua. El P. Tomás Stella fundó, en 1538, en nuestra iglesia de Santa María de la Minerva, la Cofradía del Santísimo Sacramento, extendida hoy día en el mundo entero. Pero sobre todo debemos recordar que Santo Tomás compuso el Oficio del *Corpus Christi*, que es una obra maestra universalmente admirada, especialmente los himnos que el Papa Bene-

dicto XIII consideraba «incomparables y casi divinos». Cuando los cantamos en coro, en las procesiones solemnes o en la ceremonia más íntima de una bendición; cuando meditamos en silencio el *Adoro te* en el curso de una visita solitaria al Huésped del tabernáculo, tengamos el gozo de pensar que para excitar nuestra devoción a Jesús sacramentado, para avivarla y acrecentarla continuamente, nos servimos de un bien que pertenece a nuestra familia.

ARTÍCULO III

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Jesús es el camino. Nadie se queda definitivamente en el camino. El camino nos conduce al fin. El fin supremo al cual nos conduce se identifica con el primer principio del cual ha partido en busca nuestra: es la Santísima Trinidad. De la Santísima Trinidad a la Eucaristía, por la cual Jesucristo, realmente presente en la tierra, hace participar de su vida a los hombres, tal es el camino por el cual desciende hasta nosotros el Amor divino. De la Eucaristía a la Trinidad, tal es el camino ascendente por el cual el Amor divino nos lleva, de Comunión en Comunión, hasta hacernos participar de la vida de los Tres en la eterna bienaventuranza (1).

Siendo esto así, el alma cristiana debe sentir en su corazón como una nostalgia y una gran esperanza. A semejanza del hijo que no ha visto jamás a sus padres que le han dado la vida, pero que abriga la firme confianza de encontrarlos, así el alma se preocupará y recogerá con diligencia todo lo que puede proporcionarle una idea de este Dios en tres Personas, que es el principio de su existencia y el término de su destino.

Desgraciadamente, muchas almas, aun las bien intencionadas, se contentan con cumplir por temor la Ley divina que se nos impone como una condición necesaria para nuestra salvación, y no se complacen en meditar la vida íntima de Dios. Hablan de El como podrían hacerlo los judíos antes de la venida de Cristo o como los filósofos de nuestros tiempos. Para éstos, Dios es una especie de abstracción. Para aquéllos, Dios era una sola persona aislada en el trono de su eternidad. Pero nosotros sabemos

(1) R. P. BERNADOT, *De l'Eucharistie à la Trinité*.

que en la naturaleza divina hay tres Personas, que son : el Padre, el Hijo y el Espíritu de Amor, y no es admisible que nuestra conducta no se amolde a estas sublimes verdades.

El Venerable Cardenal Mercier, dirigiéndose a sus sacerdotes en unos ejercicios espirituales, les reprochaba de no hacer de este misterio de la Trinidad «...el objeto preferido de su oración, el fondo de su vida, la preocupación dominante de sus enseñanzas» (1). No conviene que los sacerdotes pertenecientes a nuestra Orden incurran en los mismos reproches y que nuestros Terciarios se muestren despreocupados de estos objetos de alta meditación. Santa Catalina de Sena, lo mismo que Santo Tomás de Aquino, no los reconocerían como Hermanos suyos.

* * *

A imitación de los primeros discípulos, sigamos también nosotros al divino Maestro. Observemos su vida y escuchémosle. De una manera progresiva nos manifiesta a su Padre que está en los cielos. El mismo se revela el Hijo de Dios, el único engendrado a quien el Padre comunica toda su esencia. Finalmente, al término de su vida nos habla del Espíritu consolador, a quien, de acuerdo con el Padre, enviará para recordar a los discípulos sus enseñanzas y conducirlos en la verdad. «Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.»

Santo Tomás nos ayudará, a su vez, a conocer algo de la vida íntima de este Ser, Espíritu purísimo, que tiene conciencia de sí mismo y se ama. Y lo hace con una plenitud tal que este conocimiento y este amor producen en El personas semejantes e iguales en todo a la fuente de que dimanan. Desde toda la eternidad, Dios se conoce y se expresa en una sola idea, que es su Verbo, su imagen perfecta, su Hijo. Y luego el Padre y el Hijo, contemplando el uno en el otro su indivisible perfección, se aman con un amor infinito y a este amor comunican toda su substancia. Nuestro gran Doctor, al expresar su pensamiento sobre

(1) CARDENAL MERCIER, *La vie intérieure*, pág. 309.

esta materia, se extasiaba y no se daba cuenta de que la vela que tenía en la mano le estaba quemando los dedos.

Santa Catalina, la humilde Terciaria que apenas sabía leer y escribir, no ha dictado nada más claro y más fervoroso que sus alabanzas a la Santísima Trinidad. «¡Oh Trinidad eterna, única Deidad! ¡Esencia única en tres Personas! Tú eres una Vid de tres ramas, si me es permitido hablar así. Tú has hecho al hombre a tu imagen y semejanza para que por las tres potencias que posee en su alma llevara el sello de tu Trinidad y de tu Unidad. Por estas tres facultades no sólo se asemeja, sino que se une a Ti. Por la memoria, se asemeja y se une al Padre, a quien se atribuye el Poder. Por la inteligencia, se asemeja y se une al Hijo, a quien se atribuye la Sabiduría. Por la voluntad, se asemeja y se une al Espíritu Santo, a quien se atribuye la Clemencia, y que es el Amor del Padre y del Hijo.»

En el secreto de la vida de la Trinidad hemos sido concebidos de antemano y predestinados. San Pablo lo ha escrito en el principio de su Carta a los Efesios. Santa Catalina lo ha expresado en otros términos. En el día de la Anunciación, nuestra Santa se expresa así: «Oh Trinidad incomprendible, en el gran consejo eterno tu sabiduría ha visto todo lo que era necesario para la salvación del hombre, tu clemencia la ha querido y hoy tu poder la ha realizado. Así, pues, en este consejo, el Poder, la Sabiduría, la Clemencia han estado de acuerdo para salvarnos.»

En el misterio de la Santísima Trinidad somos llamados a vivir eternamente para gozar de la misma felicidad de Dios, asociándonos por nuestra inteligencia a la generación del Verbo y por nuestro amor a la procesión del Espíritu Santo. Después del gran éxtasis que tuvo Catalina en octubre de 1378, durante el cual recibió tantas luces que en cinco días dictó el *Diálogo*, exclamaba: «Oh Trinidad eterna; oh Deidad, naturaleza divina; Deidad que has dado un precio tan grande a la sangre de tu Hijo; Trinidad eterna, Tú eres un océano sin fondo en el cual cuanto más me sumerjo más te encuentro y más deseos de buscarte tengo. Jamás se siente hartura de Ti. Mi alma se llena de Ti en tus profundidades, pero jamás sacia su sed, pues ella continúa deseándote, oh Trinidad eterna, y

quiere verte en tu luz. Como el ciervo sediento suspira por el agua viva de la fuente, así mi alma desea salir de la cárcel tenebrosa del cuerpo para verte en verdad. ¡Oh! ¿Por cuánto tiempo todavía tu rostro estará oculto a mis ojos, Trinidad eterna?»

Los predestinados se encaminan hacia su glorificación, participando desde ahora de la vida de la Trinidad, que habita personalmente en ellos para justificarlos. Comprobando en sí misma el sentimiento de la presencia vivificadora de las tres divinas Personas, Santa Teresa nos dice que no tenía reposo en su espíritu desde el día en que un teólogo de la Orden de Santo Domingo le explicó que verdaderamente la misma Santísima Trinidad habita en el alma que está en gracia (1). Nuestra Orden ha tenido siempre teólogos eminentes que han expuesto con claridad esta doctrina a las almas fervorosas, comentando los artículos de Santo Tomás que tratan de las Misiones divinas.

¡Procuremos también nosotros asimilar esta doctrina y, a ejemplo de nuestra M. Santa Catalina, traducirla en los actos de nuestra piedad privada como en los ejercicios de nuestro Oficio litúrgico!

* * *

En nuestro Oficio litúrgico reina la Santísima Trinidad. El Adviento está especialmente consagrado al Padre que envía a su Hijo para salvarnos. De Navidad a la Ascensión, seguimos al Hijo a través de sus diferentes misterios. Luego viene Pentecostés, la misión del Espíritu Santo. Y como fiesta culminante, llega, por fin, el domingo de Trinidad. Y así como la primera parte del año nos lleva poco a poco a esta fiesta, toda la segunda parte en nuestra liturgia dominicana la llamamos el tiempo después de Trinidad.

En la vida de nuestro Venerable Bartolomé de los Mártires se cuenta que después del rezo de los Maitines de la fiesta de la Santísima Trinidad estuvo tan absorto en la contemplación de este misterio que no acertaba a encontrar su celda. Caminaba como un ciego, y al entrar en el dormitorio repetía con una unción admirable la última antífona de Laudes: *Ex quo omnia, per quem omnia, in*

(1) SANTA TERESA, *Su vida*, c. XVIII, al final.

quo omnia, ipsi gloria in saecula!: ¡De El todo procede; por El nos llega todo; en El está contenido todo. A El se dé la gloria por los siglos de los siglos!

En particular dos prácticas son recomendables, y al observarlas con fervor en el Oficio divino, sentiremos gusto de repetir las por devoción en nuestra vida privada: la señal de la cruz y el *Gloria Patri*.

Por la señal de la cruz hacemos profesión de pertenecer a Cristo, mediador universal, y nos configuramos a El en su misma actitud de Redentor, pero para obrar con El en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Qué hermoso gesto inaugural antes de emprender cualquier acción de importancia! Nos entregamos resueltamente a ella en la misma intención de estas tres Personas que nos han predestinado, y que, presentes en nuestra alma, alientan nuestro esfuerzo.

¡Y qué más bella fórmula para poner punto final a nuestras obras que el «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo». Con esta fórmula nos asociamos no solamente a todos aquellos que en la tierra alaban a la Santísima Trinidad, sino también a la gloria que la Trinidad encontraba en sí misma antes del origen de los seres y a la que seguirá encontrando cuando haya terminado el tiempo. Abrigamos la esperanza de poder participar de esta gloria en el cielo.

Santo Domingo se complacía en hacer la señal de la cruz. Cuando iba de viaje, de lejos se le veía persignarse piadosamente. Asimismo, escribe Thierry de Apolda, «recomendaba a los Hermanos que se humillasen delante de la Santísima Trinidad cuando se decía solemnemente: Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Y esta manera de inclinarse profundamente (que hemos conservado en nuestra liturgia) era la primera de sus devociones».

CAPÍTULO IV

NUESTRO OFICIO CANONICAL

ARTÍCULO PRIMERO

La Liturgia dominicana

ARTÍCULO II

La misa y el Oficio

- I. El Santo Sacrificio.
- II. El Oficio originario de la misa.
- III. Excelencia de nuestro Oficio.

ARTÍCULO III

Las horas canónicas

- I. El Oficio nocturno.
- II. Los Laudes matutinos.
- III. Las horas menores diurnas.
- IV. Las alabanzas de Vísperas.
- V. Las Completas.

ARTÍCULO IV

La plegaria por nuestros difuntos

ARTÍCULO PRIMERO

LA LITURGIA DOMINICANA

La Regla de la Orden Tercera señala como medio principal para conseguir nuestro fin de santificación personal y de actividad apostólica «la oración continua y, a ser posible, litúrgica». Y más adelante, en el capítulo que trata del rezo del Oficio, determina que debe rezarse el Oficio de la Virgen María «según el rito de la Orden».

¿La Orden tiene, pues, un rito litúrgico particular? Efectivamente. Y basta comparar nuestros libros del Oficio con los del rito romano para darse cuenta de que no siempre coinciden. De igual modo, cuando se asiste al Santo Sacrificio de la Misa, fácilmente se nota que nosotros los dominicos no lo celebramos igual que los demás sacerdotes.

Hay quien se extraña de ello. Y algunos, que no tienen, como tenemos nosotros, una razón particular para acoger con simpatía las costumbres de nuestra Orden, se escandalizan incluso de ver cómo nos singularizamos. ¿Por qué no aceptar completamente la unidad?

¿Se trata de la unidad? Nuestra Orden ha sido la primera que ha experimentado la necesidad de ella. Y por eso ha sido la primera en realizarla, y he ahí la razón por la cual hoy se distingue de las demás. Además la Iglesia romana no quiere desprenderse de estas riquezas que le proporcionan las diversas liturgias que florecen en el mismo Occidente, y entre las cuales la liturgia dominicana ocupa un lugar preferente.

«Al principio de la Orden —dice Humberto de Románs— hubo mucha diversidad en el Oficio.» Los frailes que Santo Domingo había dispersado tan rápidamente, en agosto de 1217, a través de todos los países de la cristiandad,

debieron acomodarse a las liturgias de los lugares donde se establecieron y que variaban notablemente de un país a otro.

La Orden sintió bien pronto los inconvenientes de esta diversidad. Los religiosos, por razones de estudio, de predicación o de gobierno iban con frecuencia de un convento a otro, de una nación a otra. Y de ahí surgían graves dificultades para adaptarse cada vez a una liturgia nueva. Los frailes que se reunían para un Capítulo General practicaban todos las mismas inclinaciones que Santo Domingo les había enseñado, pero en el rezo de los salmos, de las lecciones, de las antífonas y responsorios del Oficio había gran diversidad. Y en la celebración de la misa las divergencias eran aún mayores.

Para obviar este inconveniente se resolvió proceder a la unificación. Los mismos fieles, los que frecuentaban nuestras iglesias, en sus viajes, sentirían una verdadera satisfacción al encontrar en todas partes, en las iglesias de los Predicadores, las mismas ceremonias que ya conocían y que seguían con gusto. Símbolo viviente de la fraternidad católica, que resultaba más íntima entre los que formaban parte de la familia dominicana.

La unificación no era fácil, y se tardó veinticinco años para llevarla a cabo. Según el P. Mandonnet, «el primer ensayo fué con seguridad anterior al 1235 y probablemente posterior a 1230. Esta primera constitución de la liturgia dominicana ha servido de base para reformas posteriores que parece que no han introducido modificaciones esenciales» (1).

Sin embargo, la reforma tal como se realizó no satisfizo a todos. Y no es de extrañar... El Capítulo de 1245 designó a cuatro religiosos de las Provincias de Francia, de Inglaterra, de Lombardía y de Alemania para corregir y redactar definitivamente una liturgia común. Los cuatro religiosos se reunieron en Angers, y los tres Capítulos Generales de 1246 a 1248 aprobaron su redacción. Pero como todavía se levantaron muchas protestas en la Orden, el Capítulo de Londres de 1250 encargó a los cuatro correc-

(1) R. P. MANDONNET, *Les Frères Prêcheurs et le premier siècle de leur histoire*, lección 12. 1918.

tores que se reunieran de nuevo en Metz para que revisaran su obra:

Humberto de Románs, Provincial de Francia, que había intervenido en la revisión de la liturgia en su Provincia, fué elegido, en 1254, General de la Orden, y le fué confiada por el Capítulo General la unificación del Oficio eclesiástico. En el Capítulo de París, celebrado en 1256, Humberto escribió a la Orden su encíclica anual en la que anunciaba la terminación de la reforma litúrgica. Fué escrito un volumen monumental, verdadera obra maestra del arte del libro, a mediados del siglo XIII, para que sirviera de modelo y para que todas las copias estuvieran concordantes. Este volumen fué depositado en el convento de San Jaime, de París, que era entonces el convento más importante de la Orden, y ahora se conserva en Roma, en los archivos generales de los Frailes Predicadores.

En 1267 el Papa Clemente IV aprobó nuestra liturgia. Desde entonces no ha sufrido modificaciones de importancia. Cuando San Pío V, en 1570, impuso a toda la Iglesia el Breviario y el Misal romanos, exceptuó las liturgias que contaban dos siglos de existencia. La liturgia dominicana se encontraba en ese caso.

* * *

Se ha dicho que nuestra liturgia está inspirada en el Oficio galicano, y más concretamente del de París. Habiéndose hecho la unificación en Francia y bajo la influencia del francés Humberto de Románs, no es de extrañar. Pero algunas de nuestras rúbricas que se encuentran en la liturgia galicana pueden haber llegado a ésta de la antigua liturgia romana. Sea lo que fuere, después de las investigaciones llevadas a cabo por el P. Laporte y el P. Rousseau, resulta comprobado que la liturgia dominicana es esencialmente romana. Las particularidades que se encuentran en ella son costumbres que se practicaban desde antiguo en las basílicas romanas, y que no han sido retenidas en el breviario y misal propios de la curia pontifical, del cual procede el rito romano de hoy.

Los Frailes Menores, deseando también unificar su liturgia, adoptaron el Misal y el Breviario de la curia romana.

Y no contentos de haberlos aceptado, las adaptaron a su género de vida y las popularizaron a través del mundo. Los libros redactados por los Franciscanos fueron impuestos por el Papa Nicolás III a las iglesias de Roma en 1277, con la esperanza de que llegaran a ser obligatorios en la Iglesia universal bajo el pontificado de San Pío V. De esta suerte muchas costumbres genuinamente romanas desaparecieron de Roma, pero subsistieron en nuestra liturgia.

Particularmente los ritos de la misa solemne dominicana «se mantuvieron muy parecidos a los antiguos ritos basilicales y han conservado su majestuosa sencillez». El Introito es, en verdad, el canto de entrada. El celebrante y los ministros no salen al altar hasta que el coro no repite el Introito. El celebrante permanece sentado en el banco después de las oraciones hasta el canto del Evangelio. Después de la epístola, el subdiácono va a preparar el cáliz en el lugar en que está sentado el celebrante. En la misa privada, esta operación la hace el sacerdote en el momento en que llega al altar, antes de empezar la misa por el *Confiteor*. El sacerdote ofrece simultáneamente el pan y el vino. Después de la consagración, ora con los brazos extendidos, casi en forma de cruz. Muchas otras diferencias pueden apreciarse siguiendo la misa con el misal.

El Oficio también tiene sus particularidades: por ejemplo, los cinco salmos *Laudate* para las primeras vísperas de las fiestas todo dobles, un responsorio después de la capitula, muchos himnos y antífonas, especialmente las de las Completas de Cuaresma, «que la Orden de los Frailes Predicadores ha sabido conservar como tantas otras cosas bellas», escribe un liturgista. Terminados los Laudes del Oficio de Tinieblas, cantamos en el coro algunas invocaciones a Cristo que son bien dramáticas y emocionantes. Nuestro *Libera* tiene también algunos versículos altamente expresivos.

Ambos coros, durante la salmodia, se paran y se sientan alternativamente, para recordar que nuestra Orden es, a la vez, activa y contemplativa. La manera de salmodiar no debe resultar pesada. Breve, sucinta, viril, tal es la manera que eligió Domingo para alabar a Dios. Son frecuentes las inclinaciones profundas, especialmente en cada *Gloria*.

Patri, para someter todo nuestro ser a Dios y comunicarnos el sentimiento religioso de su soberana excelencia y de nuestra total sujeción.

Para terminar este artículo vayan dos pequeñas anécdotas. La Beata Catalina de Raconicchio, que tenía una pena muy grande por no saber leer, obtuvo del cielo la gracia de poder leer el Oficio litúrgico dominicano, pero ninguna cosa más. «Nuestro Señor —dice Juan de Rechac— quiso testimoniar por esta restricción que ya que ella era hija de la Orden, no debía servirse de otras plegarias y de otros Oficios que los de la Orden.»

El Beato Juan Dominici, que tanto trabajó en la terminación del gran Cisma de Occidente, no creyó perjudicar la unidad de la Iglesia manteniendo nuestro rito particular. Y cuando le fué ofrecido el cardenalato lo aceptó con la condición de poder conservar la liturgia de la Orden.

ARTICULO II

LA MISA Y EL OFICIO

I

El Santo Sacrificio

«Los Terciarios harán todo lo posible por asistir todos los días al Santo Sacrificio de la Misa y seguir con atención y piedad al sacerdote celebrante.» Así se expresa la Regla. Y de nuevo insiste a propósito de la reunión mensual de la Fraternidad, prescribiendo que se aproveche esta oportunidad para oír juntos la misa. Preciosas recomendaciones cuya brevedad no debe aminorar su importancia.

El sacrificio es el acto más importante de la religión. Y la misa es el Santo Sacrificio de nuestra religión cristiana, la prolongación y la expansión a través del tiempo, a través del mundo, del Sacrificio que nuestro Soberano Sacerdote ofreció a su Padre al morir en la Cruz.

Como lo hicieron los primeros hijos de Adán, según el relato bíblico; como lo hacen también los pueblos más primitivos, y como debe hacerlo toda alma religiosa a cualquier grado de civilización que haya llegado, también nosotros nos servimos de una ceremonia simbólica para expresar a Dios nuestra religión.

Para ello elegimos lo más representativo de nuestra existencia: el pan con un poco de vino. ¿No es esto el producto de nuestro trabajo de cada día? ¿No es, acaso, nuestro alimento diario? Sí; nosotros trabajamos todos los días para ganarnos el pan y con este pan alimentamos continuamente nuestra vida. Y luego vamos a los templos que hemos levantado a nuestro Creador. Y substrayendo de nuestro uso profano un poco de este alimento humano,

se lo consagramos a El en un hermoso gesto de ofrenda. En vasos de oro el sacerdote eleva al cielo el pan y el vino. Y esto significa que toda nuestra existencia depende solamente de Dios y que nos complacemos en reconocerlo.

Cuando los pueblos pastoriles, animados de estos mismos sentimientos, ofrecían un cordero de su rebaño, lo inmolaban y lo reducían a cenizas. Este holocausto expresaba de una manera elocuente nuestra nada delante de Dios. Toda vida es un don de su bondad. Habiendo abusado de este don por nuestros pecados, somos indignos de que nos lo siga otorgando. Sí; Dios podía pedir a Abrahán el sacrificio de su propio hijo y de sí mismo. Pero se contentó con un holocausto simbólico.

* * *

Un día, no obstante, un niño, a quien su madre llevaba en sus manos extendidas como un altar, entró en el Templo de Jerusalén y se ofreció a Dios su Padre para ser inmolado realmente en sustitución de todas las víctimas. Juan el Bautista dirá más tarde, mostrándolo a la muchedumbre: «He aquí al Cordero de Dios que borra los pecados del mundo.» Constituido Jefe de la humanidad entera, como lo había sido Adán, Jesús, queriendo salvar lo que aquél había perdido, se ofreció a todos en nombre nuestro y derramó toda su sangre en el altar de la Cruz.

El desarrolló este drama grandioso como una liturgia santa. «He aquí mi hora... Lo que has de hacer, hazlo pronto... Vosotros buscáis a Jesús de Nazareth, soy Yo, dejad ir a los demás... No tendrías ningún poder sobre Mí, tú que me condenas a muerte, si no hubieras recibido este poder de lo alto.» Se entrega en las manos de sus verdugos, que son los instrumentos inconscientes de sus designios, y El mismo entrega su alma a Dios profiriendo un grito tan fuerte que apagó los gritos de los corderos de la Pascua que a la misma hora eran inmolados en el templo judío.

Oh el grito de esta sangre derramada que sube hasta el cielo, ¿cómo podremos expresar su sentido profundo? «Padre, he aquí que soy en verdad el Rey de todo este pueblo, como está escrito en lo alto de mi cruz; reconozco que sólo Tú posees el ser, y que siendo pecadores no tene-

mos el derecho de existir; así, tomando a mi cuenta todos los pecados, desde el de Adán hasta el último pecado del mundo, acepto la muerte para expiarlos todos.» Tal fué el acto de amor religioso y satisfactorio que, elevándose por encima de los crímenes de los verdugos y de los sufrimientos de Jesús, fué agradable al Padre celestial. Y porque todo esto lo había previsto desde la creación del mundo, por eso miraba complacido a este pequeño globo terrestre, rodando en la inmensidad del espacio, y desde el cual subía hasta El el perfume de semejante incienso. Todos los demás planetas y todos los demás soles le interesaban muy poco en comparación con nuestra humilde tierra.

En previsión de este Sacrificio, Dios acogía favorablemente los de la antigua Ley; y a partir del día en que se consumó ya no quiso otros sacrificios más que para recordar, perpetuar y extender su sacrificio.

El mismo Jesucristo lo proveyó; «En la misma noche en que fué entregado», dice San Pablo, instituyó la Eucaristía. Su muerte estaba en su pensamiento, inspiraba todas sus palabras y sus menores gestos. «He deseado ardientemente celebrar la Pascua con vosotros antes de sufrir mi Pasión», dijo al principiar la Cena, y en el momento en que Judas salió para consumir su crimen, exclama: «Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en El.» Y entonces, tomando un pedazo de pan en sus santas y venerables manos y levantando los ojos al cielo, dió gracias y dijo: «Esto es mi cuerpo, que será entregado para vosotros.» Después tomó el cáliz de vino y dijo: «Esta es mi sangre, que será derramada en remisión de los pecados de muchos.» Analicemos estas palabras que realizan lo que dicen y constatemos que Jesús se presenta a sus discípulos en la misma actitud de su Sacrificio de la Cruz. Bajo las apariencias del pan y del vino, su cuerpo, por una parte, está como exangüe, y, por otra, su sangre es repartida. El Santo Sacrificio se encuentra ya realizado por una misteriosa anticipación.

* * *

Ahora bien, lo que la Cena anticipó, la misa lo perpetuará, esta misa que los apóstoles y sus sucesores celebrarán cumpliendo la orden que Cristo les dió ese día: «Haced

esto en memoria mía...» «Todas las veces anunciaréis la muerte del Señor», escribió unos quince años más tarde San Pablo a los Corintios.

Así como Jesús, en la última tarde de su vida, había puesto a los discípulos en presencia del sacrificio redentor que debía consumarse al día siguiente, así también la consagración eucarística colocaba a los Corintios en presencia del mismo sacrificio y reúne a los cristianos de todos los tiempos.

La misa, como la Cena, nos lleva a la cima del Calvario. El sacerdote en la Cena, en la Cruz y en nuestras iglesias es el mismo. Al que vemos en el altar no es más que un ministro suyo. Consagrado por el carácter del orden para servir a Cristo, Este le presta su espíritu, su voz, sus manos. Todo se desarrolla como en la Cena. *Gratias agamus Domino Deo nostro*. Y esta plegaria de acción de gracias, que ha dado su nombre a la Eucaristía, se prolonga. Sobre el pan y el vino que hemos llevado al altar se pronuncian palabras trascendentales. ¿Quién es el que las pronuncia? ¿El hombre que encontramos por la calle, aquel a quien llamamos el P. X o el P. Y? Sí, pero principalmente es Jesús el que se expresa por su boca y que de nuestro pan hace su propio cuerpo y del vino su propia sangre.

Nuestro Señor, realmente presente en nuestros altares bajo las apariencias de víctima inmolada, continúa el mismo acto de amor que su muerte en la Cruz expresaba de una manera tan elocuente. Dios, desde las alturas de su eternidad, ve con una sola mirada y de una sola vez el humilde sacrificio de la misa a la cual asistimos y aquél en que su Hijo murió en verdad, y aplica a nuestras almas los méritos que Jesús adquirió de una vez para toda la humanidad.

Pero la aplicación de estos méritos es a condición de que asistamos con el espíritu y no con el cuerpo solamente a esta misa, que la oigamos con atención y que sigamos devotamente al sacerdote que sube al altar en nombre nuestro. Cuando ofrece el pan y el vino no olvidemos que en ellos está representada nuestra vida, y procuremos que en este ofertorio estén presentes nuestras almas; y Jesús, participando de nuestra oblación simbólica, ofrecerá por El, con El y en El nuestras almas y todos juntos forma-

remos un solo homenaje magnífico, espléndido, agradable y digno de Dios.

Nuestros santos tenían bien arraigado el sentimiento de estos misterios. El Beato Marcolino, cuya vida era una oración continua y que siempre estaba absorbido en Dios, no recobraba el uso de sus sentidos sino cuando sonaba la campanilla en el momento de la elevación. Entonces, vuelto en sí mismo, corría a hincarse delante del Santísimo Sacramento. Nuestro P. Santo Domingo derramaba abundantes lágrimas desde la consagración hasta la Comunión. «Una detrás de otra.» No menos viriles que él, Santo Tomás y San Vicente Ferrer lloraban también al celebrar la misa.

En una época en la que «los sacerdotes y los religiosos no celebraban misa todos los días, Santo Domingo, por devoción, había adoptado ya la práctica de celebrarla diariamente. Y en los viajes procuraba decirla también, y sabemos que exhortaba a sus Hermanos para que adoptaran esta santa costumbre, pues el 6 de mayo de 1221 obtuvo del Papa la autorización para que sus frailes pudieran celebrar en un altar portátil. El fundador de los Predicadores contribuyó, pues, de una manera eficaz, a introducir en la Iglesia la costumbre de la misa diaria» (1).

* * *

Si nuestra salud o nuestros deberes de estado nos impiden asistir todos los días a misa, por lo menos hagámonos presentes espiritualmente en el momento en que la campana advierta a los vecinos la celebración del divino misterio. Pero si podemos, aún cuando tengamos que levantarnos una media hora antes, no dejemos de asistir al Santo Sacrificio, que dará una orientación religiosa a toda nuestra jornada.

Y si nos es permitido, imitemos la solicitud de nuestros primeros Hermanos en ayudar la misa. «Consideraban un gran honor poder asistir al celebrante», dice Gerardo de Frachet. El mismo Santo Tomás se complacía en hacer su acción de gracias ayudando otra misa.

Cuando asistimos corporativamente a la misa, el día de la reunión mensual, conviene que todos participemos de la

(1) R. P. PETITOT, *Vie de saint Dominique*, pág. 461.

sagrada liturgia. No hay que hacer el papel de simples espectadores, cuando en realidad somos los actores de este gran drama. Este sacrificio no lo ofrece solamente el sacerdote, sino que también lo ofrecemos nosotros. *Orate, fratres, ut meum ac vestrum sacrificium...* No somos tampoco catecúmenos. Nuestro carácter bautismal nos autoriza para unirnos al celebrante a fin de ser ofrecidos por él y ofrecerlos a nosotros mismos. Sería de desear que en prueba de esta participación tomáramos parte efectiva en el diálogo que se establece durante el curso de la misa y que rezáramos con el sacerdote el *Gloria*, el *Credo*, el *Sanctus* y el *Agnus*. Todos juntos los miembros de la Fraternidad, en unión con la Santísima Virgen, con Santo Domingo y con todos nuestros santos, y especialmente con aquellos cuyo recuerdo hacemos ese día, *communicantes et memoriam venerantes*, nos dejemos conducir por nuestro Señor, en El y con El, en el más hermoso movimiento de religión y de amor que se puede concebir.

Finalmente, después que la Comunión eucarística habrá puesto su sello a esta santa liturgia, iremos a cumplir con nuestros deberes, que serán la continuación de nuestra misa. «Yo, que he tomado parte en el sacrificio divino, ¿puedo permitirme esto? De ninguna manera. Luego debo excluirlo de mi vida. Por el contrario, ¿debo aceptar esto otro? Sí, pues es un sacrificio que Cristo Jesús quiere unir al suyo y transformarlo como la gota de agua mezclada con el vino, y como el vino se ha transformado en la sangre de Cristo.»

Si no nos es dado, como a muchos de los nuestros, derramar toda nuestra sangre por Cristo, ofrezcámosle al menos hacerlo día a día y gota a gota. Gerardo de Frachet cuenta que un Hermano que acompañaba a San Pedro de Verona en sus predicaciones, le pidió que le enseñara una oración. «He aquí —le respondió— la que más me encanta y más me emociona: cuando elevo el cuerpo de Cristo o lo contemplo elevado por otros sacerdotes, suplico al Señor que me conceda la gracia de morir en defensa de la fe. Todos los días hago esta oración.»

II

El Oficio originario de la misa

La misa es el centro del culto católico. En otro tiempo ella lo englobaba todo. Aun hoy la misa domina y organiza en torno de sí el conjunto de nuestro Oficio.

Sería interesante seguir durante los primeros siglos el movimiento de concentración de la liturgia que se condensa en la misa, y después ver cómo a lo largo de los siglos se van formando las horas canónicas, que se separan de la misa sin dejar de gravitar en torno a ella. Creemos que no será un trabajo inútil evocar en algunas páginas toda esta historia para ayudar a nuestros Terciarios a comprender nuestro Oficio y a que participen de él.

* * *

Los primeros cristianos de Jerusalén continuaron frecuentando el templo durante las horas oficiales de la oración: por la mañana (a la hora tercia), al medio día (a la hora sexta) y por la tarde (a la hora nona). También los piadosos israelitas alejados de la Ciudad Santa, como Daniel, por ejemplo, desterrado en Babilonia, subían a la habitación más alta para orar en las mismas horas. Así sabemos que Pedro, encontrándose en Jope, estaba rezando en la terraza de la casa de Simón el curtidor. Nuevos pensamientos debían ocupar su alma. ¿No era esa la hora en que Jesús había sido crucificado, como la hora de nona era la de su muerte, y la hora de tercia la de la venida del Espíritu Santo? Muy pronto la *Didaché* recomendará rezar el *Pater* tres veces al día.

Los judíos dispersos en el mundo se reunían también en las sinagogas, especialmente el día sábado. Tenían una reunión de mañana y otra de tarde. La de la mañana era mucho más importante. No había sacrificio ni oblación como en el templo de Jerusalén, pero sí había canto de salmos, lectura de la Sagrada Escritura seguida de un comentario y al fin rezo de oraciones. Jesús había tomado parte en semejantes reuniones en Nazareth. San Pablo asistió también a ellas para anunciar el Evangelio. La obs-

tinación de la mayoría de los judíos le obligó a renunciar a ellas.

Entonces los cristianos se reunían en la casa de alguno de ellos para celebrar su liturgia. Esta liturgia era muy semejante a la de los judíos: salmos, lecturas comentadas y oraciones. Los salmos que se cantaban eran con preferencia los que se referían al Salvador y se compusieron nuevos himnos. A los libros del Antiguo Testamento se añadieron poco a poco los escritos recientes de los apóstoles, que eran leídos religiosamente. Los comentarios se inspiraban del espíritu del Señor. El *Pater* era la plegaria habitual.

Pero había un rito que distinguía de una manera especial a los cristianos, un rito que iba a convertirse en el centro de toda su liturgia. Consistía éste en reproducir los gestos sagrados que el Salvador había realizado en la Cena: tomar el pan, bendecirlo y repartirlo diciendo las mismas palabras de Jesús. Los primeros capítulos de las Actas cuentan que en Jerusalén se practicaba por la tarde en las casas particulares esta *fracción del pan*.

Esta fué, entre los adeptos del cristianismo a través del mundo, la gran ceremonia del sábado. Mientras que en los judíos la reunión de la mañana había sido siempre la principal, entre los cristianos la más frecuentada fué la reunión de la tarde, que era la del rito eucarístico. Y muy pronto, por diversas razones, fué la única que subsistió.

¿Iba a desaparecer la otra reunión u oficio? No, porque se juntó con la Cena eucarística, que necesariamente exigía una preparación. En cambio, la comida, que daba lugar a ciertos abusos ya señalados por San Pablo, fué suprimida. La mesa quedó convertida en un altar. Reunidos los fieles en torno a él, rezaban los salmos y otras oraciones, esperando el Ofertorio. Y de esta manera se formó la antemisa, que en nuestro rito dominicano, mediante la presentación del pan y del vino desde el principio, ha quedado unida más completamente con lo restante, pero que, sin embargo, aparece bien distinta del Santo Sacrificio. Por lo demás, la reunión se prolongaba hasta altas horas de la noche para conmemorar la resurrección del Salvador, y así el rito eucarístico pasó del sábado al día siguiente, que se llamó el día del Señor o domingo. Si en algunos

aniversarios había la costumbre de reunirse toda la noche, muy pronto se estableció que semejante reunión se tuviera antes de la aurora.

Así, la antemisa no es otra cosa que el Oficio en común que se impone a todo cristiano todos los domingos de mañana. Si es pecado mortal faltar al Santo Sacrificio llegando a la iglesia después del Ofertorio, el pecado será venial si no se llega a tiempo para tomar parte en las lecturas y oraciones preparatorias.

* * *

Vamos a ver cómo el Oficio se fué ampliando en torno a la misa. Después de las persecuciones romanas, cuando se edificaron las magníficas basílicas, se formaron grupos de almas fervorosas para asistir con mayor frecuencia a la vigilia dominical. En muchas iglesias, seculares de buena voluntad, los «ascetas», las «vírgenes», se reunían durante la noche y los clérigos presidían la salmodia. Desde el siglo v se estableció repartir el rezo de todo el Salterio durante la semana. Día vendrá —notémoslo de paso— en que se procurará repartir a lo largo de la semana, para los cofrades del Rosario, todo el Salterio de la Santísima Virgen, es decir, las 150 *Avemarias* agrupadas en decenas.

Después de Maitines, cuya señal anunciaba el primer canto del gallo, se entonaban a la aurora las alabanzas divinas (Laudes). A la caída de la tarde, cuando Venus empieza a brillar y se prendía la lámpara, se rezaba un nuevo oficio (Vísperas). Los monjes en su convento se reunían también en terciá, sexta y nona. Es en las comunidades monacales donde nacieron los ejercicios de Prima y Completas, que eran la oración que se hacía al levantarse y de la distribución del trabajo y la recomendación del alma a Dios antes del descanso de la noche. De esta manera se llegó a realizar en la iglesia las palabras del salmista: «Siete veces al día yo os alabo, Señor.»

Durante la segunda mitad del siglo vii empezó a propagarse la costumbre de añadir al Oficio ordinario el de la Virgen, que estaba compuesto sobre el mismo modelo, y muy semejante a la antemisa, en sus diferentes horas.

Los Maitines, en especial, constan de los mismos elementos que la antigua vigilia del servicio eucarístico cuya

antemisa es el resumen. Así, encontramos en ellos la salmodia, las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento, la homilía, los responsorios y, para terminar, el *Te Deum*, un canto de acción de gracias como el prefacio y el canon de la misa. No falta más que la consagración. La oración con que se termina cada una de las horas nos conduce también hacia la plegaria eucarística, pues como ella es ofrecida al Padre por Nuestro Señor Jesucristo en la unidad del Espíritu Santo.

Los dominicos y dominicas, levantados para el rezo de Maitines, empezaban primero el Oficio de la Virgen, y con este mismo Oficio terminaban por la tarde las Completas, cantando al final la *Salve Regina*. Los domingos y días de fiesta, y aun todos los días durante el Adviento y la Cuaresma, los Terciarios solían acudir a nuestras iglesias para tomar parte en este Oficio. Pero su Oficio propio consistía en rezar diariamente algunos *Pater* y *Ave* correspondientes a las diferentes horas canónicas. Como la mayoría desconocía el latín, les resultaba mejor el rezo del *Pater*.

Para no perder el tiempo precioso que reclama el estudio, Santo Domingo, según el Beato Humberto de Románs, quería que se empezara a rezar el Oficio de la Virgen mientras los frailes se vestían. Las necesidades del estudio han aumentado hoy día y la actividad exterior nos absorbe más por cuanto son más escasos los obreros dedicados al apostolado. Por esta razón Pío X suprimió también para nosotros la obligación de rezar el Oficio diario de la Santísima Virgen, cuyo rezo los sacerdotes seculares ya habían dejado desde varios siglos.

Un pensamiento debe darnos un gran consuelo, y es que, al mismo tiempo que el nivel de instrucción religiosa ha aumentado en nuestros Terciarios, la mayor parte de ellos prefieren hoy rezar en lugar de los *Pater noster* el Oficio de la Virgen. Y en muchas congregaciones de la Tercera Orden este Oficio es de regla. Y es conveniente que nuestros Terciarios se apliquen a este rezo pensando que así suplen en esta función a los Padres. De esta suerte, gracias a nuestros Terciarios, la Orden conserva la costumbre de añadir al Oficio grande el pequeño Oficio de la Santísima Virgen, nuestra augusta Patrona. Es exac-

tamente el que han rezado los Frailes Predicadores. Un detalle nos lo atestigua. El *Avemaria* del principio y del fin de cada hora no se termina con el *Sancta Maria*, que fué introducido más tarde y que se encuentra en el rito romano.

Ojalá que nuestros Terciarios, como también nosotros, quieran mantener su Oficio en relación íntima con la misa. Que hagan de él el marco del Santo Sacrificio. Las diversas horas canónicas se reparten el día. Maitines, Laudes, Prima y Tercia preparan, disponen poco a poco al alma para la misa. Sexta, Nona, Vísperas y Completas son como la prolongación de la misma. En nuestros conventos el Oficio es salmodiado en torno al altar. Cuando no podamos hacerlo, por lo menos nuestro pensamiento y nuestro corazón deben orientarse hacia el tabernáculo, y todo el rezo de las Horas debe ayudarnos a participar de las disposiciones del Verbo encarnado, nuestro Sacerdote supremo, nuestra hostia saludable, que se inmola delante de nosotros en el Santo Sacrificio y se nos comunica para arrastrarnos totalmente a su religión.

Para recompensar a Santa Catalina de Sena, que estaba penetrada de estos sentimientos y para avivarlos más, Jesús se le aparecía a veces visiblemente y rezaba con ella las horas canónicas...

III

Excelencia de nuestro Oficio

«Nuestro Oficio», decimos nosotros, para dar a entender que ésta es la más importante de todas nuestras ocupaciones. Es nuestro Oficio por excelencia.

También se le llama «el santo Oficio», pues nuestras ocupaciones, por importantes que sean, son más o menos profanas, aun cuando las hagamos todas para la gloria de Dios; pero ésta es esencialmente una alabanza divina.

También se suele decir «el Oficio divino». De hecho, nuestro Oficio es divino. Dios es entonces el objeto que ocupa nuestro espíritu y nuestro corazón. Ocupación verdaderamente divina. Dios mismo no hace nada más grande que contemplarse y amarse. Crear y gobernar el mundo

es algo secundario en comparación de este acto que desde toda la eternidad constituye su vida íntima. Paralelamente hay que decir que la realización de la más bella obra de arte humano o consagrarse a la civilización del mundo es poca cosa comparado con este magnífico empleo de nuestras facultades. No podemos aspirar a otra cosa más perfecta que unirnos a Dios por el pensamiento y el amor.

Cierto que podemos conseguir esta unión con otras ocupaciones. Pero en ninguna lo conseguiremos mejor que dedicándonos a nuestro Oficio. Pues en ese momento no estamos abandonados a nuestras facultades personales, a nuestros pobres discursos humanos. Es el mismo Espíritu de Dios que se insinúa en nuestra alma y la utiliza como un instrumento bien habilitado mediante el bautismo para el culto divino, es el mismo Espíritu de Dios que pasa por nuestros labios para celebrar las alabanzas divinas.

El Espíritu de Dios ha encontrado en medio de los tiempos, en la humanidad de Jesús Salvador, el instrumento perfecto de la alabanza divina. David, a quien nuestros santos han tenido en gran estima y que con frecuencia interviene con nuestro Señor en los desposorios espirituales u otras gracias concedidas a nuestras santas, David era una figura de Cristo cuando expresaba en sus salmos los diferentes sentimientos de su alma. También Jesús los rezaba en su infancia en la sinagoga de Nazareth. En el templo de Jerusalén sentía verdadero placer al escucharlos cuando los sacerdotes y levitas los rezaban devotamente. En la última Cena cantó los salmos del Hallel. Y sus últimas palabras en la cruz fueron para entonar el salmo *Deus, Deus meus*, que su alma debió continuar en voz baja y que su condición de crucificado realizaba exactamente, como si David lo hubiese visto con sus ojos morir en medio de estos tormentos.

Incorporados a Cristo por el carácter sacramental que nos da la oportunidad de participar en el culto que El tributa a Dios, en la Comunión eucarística encontramos la gracia de poder hacerlo con más dignidad. Agrupémosnos, si no corpóralmente en la iglesia conventual como nuestros Hermanos y Hermanas, por lo menos espiritualmente en torno al altar donde todas las mañanas se renueva el Sacrificio del Calvario, y en unión con nuestro jefe de

coro, con la misma intención suya, cantemos las divinas alabanzas.

Hay salmos que sólo convienen a El; pero nosotros los rezamos como prestándole nuestra voz, como lo hace el sacerdote en la consagración eucarística. Hay otros, en cambio, que se refieren a nosotros, pero El los reza con nosotros, El que es nuestro Jefe común, El que reparte su espíritu a través de todos sus miembros y se los identifica.

Un sacerdote que fué el honor de nuestra Tercera Orden, el hijo espiritual de la M. Inés de Langeac, M. Olier, ha escrito para el Oficio divino diversos actos espléndidos, de los cuales extraigo este pasaje: «Dios mío, que tenéis puestas vuestras delicias y vuestras complacencias en Nuestro Señor Jesucristo, quien os rinde El solo, por la virtud de vuestro divino Espíritu, cuya plenitud ha recibido todo honor y toda alabanza que os han tributado los santos profetas y patriarcas, los apóstoles y sus discípulos, los ángeles del cielo y los santos de la tierra, reproducid en nuestra alma y en toda la Iglesia lo que El solo os tributa en el cielo. Que la Iglesia, oh mi Señor Jesús, ensanche lo que tenéis encerrado en vuestra alma y que propague y dilate cada vez más la religión divina hacia vuestro Padre que guardáis en el secreto de vuestro corazón, en el cielo y sobre nuestros altares.»

* * *

Toda la Iglesia es deudora a Dios de un tributo de alabanzas y tiene necesidad de dirigirle sus súplicas. ¡Pero qué pocos son los fieles que toman parte en el cumplimiento de este deber! A muchos, aunque quisieran, no les alcanza el tiempo. De entre la multitud algunos somos los elegidos, libres de los cuidados humanos y consagrados a esta función. Nosotros los miembros de la Orden de Santo Domingo nos encontramos en esta situación. Nuestras monjas viven también como nosotros bajo la Regla canónica de San Agustín. «Nuestras monjas, que son verdaderas canonesas—escribía el P. Lemonnyer—, están especialmente dedicadas por la Iglesia a la celebración del Oficio divino en el coro.» Pero, ¿y los Terciarios? Nuestros Terciarios deben participar en lo posible del espíritu de la Orden. Santa Catalina de Sena, como es sabido, sentía un gran atractivo

por el rezo de las horas canónicas. Antiguamente el Oficio propio para los Terciarios consistía en el rezo de un número determinado de *Pater noster*. Luego sabemos que fué adoptado el Oficio de la Virgen como una parte verdadera del Oficio litúrgico. La Primera y Segunda Orden estaban antes obligados a este Oficio de la Virgen; hoy los Terciarios lo han adoptado. Santa Catalina gustaba unirse al rezo de los frailes de Santo Domingo y se levantaba también de noche y empezaba sus oraciones particulares cuando los frailes terminaban el rezo coral y se retiraban a descansar.

Virum canonicum auget in apostolicum, así dice la Iglesia hablando de nuestro P. Santo Domingo. Sin dejar de ser canónigo, se convirtió en apóstol. Y éste es el espíritu complejo de su Orden. El apostolado al cual se consagran los Frailes Predicadores es una razón más para tomar parte en la oración común de la Iglesia. Cuando se ha adquirido el convencimiento de que la oración es absolutamente necesaria para el buen éxito de la predicación, se comprende por qué Santo Domingo, a pesar de las dificultades que pueda presentar el Oficio coral para los Predicadores, ha querido mantener absolutamente esta obligación, y ha encargado a las monjas que colaboraran a este apostolado con el rezo en coro del mismo Oficio. Y es precisamente el carácter apostólico de su plegaria lo que da a nuestras monjas el título de Hermanas Predicadoras. También los Terciarios que tienen derecho a este título deben prestar su concurso a la santa predicación con el apoyo del rezo de su Oficio parvo.

Aun cuando tengamos que hacer en particular el rezo de nuestro Oficio, éste tiene una utilidad pública. La Orden, la Iglesia entera, rezan y alaban por nuestra boca. «Señor —podemos decir como el sacerdote en el altar—, no miréis mis pecados, sino la fe de vuestra Iglesia de la cual soy intérprete.»

* * *

Dediquémonos a cumplir con el rezo del Oficio de una manera digna, atenta y devota, según las tres palabras de la oración que se nos aconseja decir al empezar, *digne, attente ac devote*.

Dignamente, es decir, con una actitud respetuosa delante de la majestad de Dios. ¡Con qué cuidado está regulada esta actitud por el ceremonial dominicano! Está prescrito cuándo hay que arrodillarse, cuándo hay que estar de pie o sentado, cuándo hay que levantarse, las inclinaciones más o menos profundas que deben hacerse al pronunciar los nombres de la Santísima Trinidad, de Jesús, de María, de Domingo, y las pausas que hay que observar a mitad de los versículos. Estas reglas deben observarse al rezar el Oficio en el coro. Pero es recomendable que se sigan estas normas aun en el rezo en particular, a ejemplo de San Raimundo.

Atentamente; atendamos lo más posible al sentido de las palabras que pronunciamos. «Meditad en vuestros corazones lo que vuestros labios pronuncian», recomienda San Agustín en su Regla. «Por encima de todo —recomienda Santo Tomás— estemos atentos a Dios, a quien va dirigida nuestra salmodia» (1). Evitemos absolutamente parecernos a esos sacristanes de quienes hablaba el Beato Jordán de Sajonia, que acostumbrados a pasar muchas veces delante del altar, apenas hacen la inclinación debida. Excitemos nuestra atención en ciertas partes del Oficio, especialmente en el *Gloria Patri* y en algunos versículos que nos inspiren más devoción. La Beata Osanna de Mantua, que en sus cartas manifiesta un conocimiento amplio de la Sagrada Escritura, lo había adquirido principalmente en el Oficio litúrgico, del cual nutría su espíritu. Notemos a este propósito que para el rezo privado del Oficio de la Santísima Virgen puede utilizarse una traducción en lengua vulgar aprobada por la autoridad legítima.

Devotamente; más que la atención del entendimiento, hay que asistir al Oficio con un corazón ferviente, con una voluntad resuelta a rendir homenaje a Dios. En la *Vida de los Hermanos* se cuenta que uno de ellos vió aparecerse un día a la Santísima Virgen y reprochar a algunos que rezaban con negligencia los Maitines: «*Fortiter!, Fortiter!*», decía Ella. ¡Más fuerte! ¡Con más entusiasmo! La Venerable María Antonietta de la Santa Cruz (1619), religiosa del Monasterio de Santa Catalina, fundado en Toulouse por el P. Michaelis, fué tan entusiasta de cantar las alabanzas

(1) *Ila Ilae*, q. 83, a. 13.

a Dios en el coro que varios años después de su muerte no causó sorpresa encontrar su lengua fresca, como si acabase de morir. Seguramente Dios quiso demostrar con este milagro cuán grata le había sido la devoción de esta religiosa.

Si rezamos así bien nuestro Oficio, él nos proporciona un medio excelente de progreso moral. Para demostrarlo bastará poner de manifiesto su gran valor meritorio. ¿No es acaso un excelente ejercicio de amor a Dios, y por eso mismo, una fuente de vida para todas las virtudes morales animadas por la caridad? Podemos también recordar su eficacia de impetración para obtener cada día las gracias actuales que estimulan, sostienen y premian nuestros esfuerzos hacia el bien. No quiero destacar más que una ayuda muy concreta que el Oficio, junto con la Santa Misa, nos proporciona naturalmente. Con Jesús en la misa, con María durante el Oficio, con los santos cuya memoria hacemos a diario en el Oficio y en la misa, nos mantenemos en una sociedad edificante que nos hace aborrecer el pecado y que nos facilita la práctica de la virtud.

Carlos Péguy había preparado un hermoso poema que no tuvo tiempo de terminar: un hombre, tentado de cometer un gran pecado, se pone a escribir una carta con esa intención, pero en el momento de poner la fecha consulta el calendario y, viendo que es el día consagrado a tal santo, siente vergüenza de su acción y desiste. Al día siguiente era otra fiesta igualmente prohibitiva. Y así sucesivamente... Sin apartarnos de nuestro calendario dominicano tenemos nosotros casi todos los días santos y santas que nos ejemplarizan con sus virtudes, por poco que conozcamos su vida y que escuchemos con atención la lectura de las lecciones del breviario.

«¿Qué libro es éste que no abandonas nunca? —preguntaba al Beato Francisco de Capillas el mandarín que iba a presidir su martirio y que quería averiguar la causa de la fortaleza que demostraba aquel confesor de la fe—. Léenos algún pasaje.» Francisco lo abrió al azar y empezó a leer el martirio de Santa Catalina de Alejandría, protectora de nuestra Orden. Poco después él mismo debía escribir con su sangre una nueva página de nuestro breviario y la primera del martirologio de la China.

La moral que nos predica cada día nuestro Oficio no tiene nada de enojoso. Para el que sabe comprenderlo encontrará en él una belleza incomparable en la elección de estos poemas religiosos, en esta serie de alabanzas y de súplicas que evocan los sublimes coloquios entre Dios, Jesús o María y las almas grandes que son la honra de la humanidad.

El lirismo de los salmos no ha sido superado, y a pesar de la traducción latina, a veces defectuosa, conservan todavía su valor esencial, su mismo ritmo, pues éste se manifiesta principalmente en las ideas, los sentimientos, las imágenes que se corresponden en expresiones paralelas, que forman como un eco traducido en versos rimados; y de ordinario, la salmodia coral acentúa más y multiplica el encanto de este paralelismo.

En fin, aunque los himnos del Oficio de la Virgen no señalan las diversas horas con la misma exactitud que los del Oficio mayor, las partes sucesivas de este Oficio parvo corresponden paralelamente a las diversas horas del día y de la noche, y cuando se rezan a su debido tiempo y con exactitud, se puede aplicar la frase de la Sabiduría: «Una palabra dicha en buen momento es como una fruta dorada presentada en una bandeja de plata.»

ARTICULO III

LAS HORAS CANÓNICAS

I

El Oficio nocturno

Ha llegado la noche. Es la hora del descanso después de las tareas del día. Los fieles que han asistido a Completas en las iglesias conventuales o que en sus casas se han unido a esta plegaria coral mediante su oración de la tarde, pueden decir a quienes la Iglesia encarga oficialmente el rezo canónico el último salmo de la liturgia del día: «*Ecce nunc benedicite Dominum*, continuad vosotros bendiciendo al Señor. Vosotros que vivís en la casa de nuestro Dios, por la noche levantad vuestras manos hacia el santuario y bendecid al Señor.»

Los religiosos y religiosas van, pues, a rogar en lugar de aquellos que aprovechan la noche para descansar en la inconsciencia y el olvido de Dios, sin hablar de los que abusan de la noche para ofenderle.

En algunos de nuestros conventos la comunidad se levanta a media noche, realizando al pie de la letra la palabra del salmista: «*Media nocte surgebam ad confitendum nomini tuo*: a la media noche me levantaba para alabar tu nombre, ¡oh Señor!» En otros empieza el coro a las dos o a las tres de la madrugada. Es sabido que el P. Lacordaire se había impuesto la obligación de rezarlo a las cuatro y terminar Laudes al amanecer, lo cual estaba muy de acuerdo con una antigua tradición cristiana. En muchos conventos, al contrario, se rezan Maitines y Laudes en las primeras horas de la noche.

Los Terciarios pueden también unirse con sus Herma-

nos y Hermanas que rezan en una u otra hora de la noche.

Las tinieblas cubren la tierra. El hombre se siente naturalmente invadido por un secreto terror. Experimenta el sentimiento de su debilidad. En su soledad, se ve rodeado de potencias misteriosas que le pueden aplastar silenciosamente. Por instinto se refugia en el pensamiento del Creador, que tiene en sus manos todas las fuerzas de la naturaleza. El salmo *Venite exultemus* nos invita a confiar en este Dios todopoderoso e infinitamente bueno que sostiene nuestra vida, al mismo tiempo que nos prohíbe severamente toda desconfianza de El. Si nos dejáramos abatir por la desconfianza seríamos castigados como aquellos judíos que no pudieron entrar en la tierra prometida, comprometeríamos nuestro eterno destino.

La elevación de nuestra alma a Dios se facilita en esa hora en que las sombras y el silencio parecen borrar la realidad de todas estas pequeñas cosas demasiado chillonas y ruidosas que forman el estrecho horizonte del día. En esa hora, levantando nuestra mirada hacia los cielos infinitos, nos colocamos en presencia de Aquel, el único que existe verdaderamente. «Los cielos cantan la gloria de Dios», dice uno de los salmos que vamos a rezar. La proclaman de día por las mil voces que retumban en ellos. Y de noche la repiten confidencialmente. Noche que gustan las almas contemplativas. Noche propicia a las confidencias divinas murmuradas al oído del corazón.

Otro de los salmos de nuestros Maitines es el salmo por excelencia de la noche. David, que fué pastor y que con frecuencia había velado de noche en medio de su rebaño, exclamaba :

«Cuando contemplo los cielos, obra de tus manos ;
la luna y las estrellas que Tú has establecido,
¿qué es el hombre para que de él te acuerdes,
ni el hijo del hombre para que Tú cuides de él?»

Nuestro Señor también apreciaba la atmósfera religiosa de la noche. Al atardecer subía a algún monte, como para estar más cerca de su Padre celestial. Ascensión simbólica. Subamos a la cumbre espiritual de nuestra alma, unámonos a este Cristo transfigurado en el monte Tabor en medio

de su plegaria, o desfigurado en el monte de los Olivos, entregado también a la oración. Unámonos a su intención de glorificar al Padre infinitamente santo, clamando misericordia para el mundo pecador. *Domine, in unione illius divinae intentionis qua Ipse in terris laudes Deo persolvisti, has tibi horas persolve.*

* * *

Después de los versículos de introducción al Oficio, nos inclinamos profundamente para decir: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*. He aquí indicada al principio la finalidad de nuestro Oficio, puesta ante los ojos de nuestra alma. Para que no perdamos la perspectiva de esta finalidad, el *Gloria* se repetirá periódicamente y en particular al fin de cada salmo. Estos serán los momentos oportunos para orientar de nuevo nuestra intención y para alentar a nuestra alma.

Se cuenta en la vida del Beato Bartolomé de los Mártires que cuando decía el *Gloria* sentía en su alma un ardor tan grande y experimentaba un gozo tan vivo que llegaba a transformar la expresión de su rostro.

Luego, el invitatorio señala el objeto de nuestra adoración y de nuestras alabanzas. *Regem Virginis Filium...* Venid a adorar al Rey, Hijo de la Virgen. Aun cuando estemos solos en nuestra habitación, formamos parte de un coro invisible compuesto por todos nuestros Hermanos y Hermanas, y unos a otros nos exhortamos a tributar nuestros homenajes al Verbo encarnado en el seno de la Virgen María.

El salmo *Venite exultemus* ha sido elegido para el desarrollo del invitatorio. Pero este invitatorio, que se repite como un refrán después de cada estrofa, da al salmo nuevas determinaciones aplicables a nuestro Oficio. La finalidad concreta que se le ha asignado nos inspirará, en su primera parte, un gran deseo de alabar a Dios como lo merece, y en la segunda parte, un santo temor de abusar de las gracias divinas si nos dedicamos a cumplir esta santa función con negligencia. Las almas disipadas no entrarán en el lugar del reposo divino de que habla el salmo. No se verán recompensadas con la unión mística que es aquí en la tierra un preludio de la gloria.

El himno de ordinario expone el misterio que se celebra

y que el invitatorio ha resumido en una breve fórmula. Nuestro himno, en una serie de antítesis, fija la atención de nuestro espíritu y los afectos de nuestro corazón sobre la encarnación de Dios todopoderoso en el seno virginal de la Virgen María :

Dichosa Madre en su empleo,
que en la cavidad estrecha
del vientre encerrado tuvo
al gran Dios que en su puño el mundo encierra.»

* * *

Los tres salmos que forman el cuerpo de nuestros Maitines están tomados del primer nocturno del Oficio mayor de la Virgen. En el rito romano se utilizan paralelamente los del segundo y del tercer nocturno. Así se combina la semana, utilizando cada día un grupo de tres salmos. Si en nuestro Oficio parvo dominicano debemos lamentar la ausencia del salmo *Eructavit*, que se adapta de manera perfecta a la Virgen, tenemos la ventaja de repetir cada día esos tres salmos, que son de los más hermosos del Salterio.

El primero canta a Dios todopoderoso que ha hecho al hombre rey de la creación. El siguiente alaba también al Señor por haber creado el sol, que ilumina la naturaleza material, y por haber dado al hombre su ley santa, que ilumina a las almas. El último salmo contiene un doble tema : expone las cualidades que se requieren para ser admitido a la recepción que Dios da en su templo a los hijos de Israel, y evoca también la entrada triunfal de Dios en este templo. En Jerusalén este salmo se cantaba en la procesión. Dos coros iban alternando, primeramente al subir la cuesta del Moriah y luego desde el exterior y del interior del templo, como se hace actualmente en nuestras iglesias el Domingo de Ramos.

Además de este sentido literal, estos tres salmos contienen un sentido espiritual. Es decir, que las realidades expresadas por la letra contienen realidades más altas que el Espíritu Santo tenía en vista al inspirar al escritor sagrado. El mismo nos lo asegura en otras páginas de la Sagrada Escritura o por la voz de la Iglesia.

El hombre, a quien Dios había establecido rey del mun-

do, ha tenido un fracaso. Pero un nuevo Adán ha venido a levantarlo. Es Jesucristo. Como leemos en la Carta a los Hebreos, Cristo se hizo inferior por algún tiempo a los ángeles. En el huerto de los Olivos, en la misma hora en que estamos rezando, un ángel lo vino a confortar. Pero terminada su Pasión, es coronado de gloria y de honor, y todo está sometido eternamente a su imperio. Y mediante El, a pesar de nuestra caída, somos capaces de gobernar el mundo. Todo es para nosotros, y lo será de una manera más completa si permanecemos unidos a Cristo. Digamos, pues, con todo el afecto de nuestro corazón el estribillo de este canto magnífico: «Señor, Dueño nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!»

En el salmo siguiente, según la interpretación de la Iglesia en la liturgia de Navidad, Jesús simboliza al sol. Sale como un novio de su casa, el seno de la Virgen, donde se ha desposado con nuestra naturaleza, y todo el género humano sale beneficioso de los rayos de su luz y de su fuerza.

El último salmo posee también un sentido místico. Celebra la entrada triunfal de nuestro Señor al cielo, y como un anticipo, en nuestro mismo corazón, en donde, por la gracia, se inaugura la gloria celeste. Las puertas que le dan acceso son la inteligencia y la voluntad. ¡Que ellas se abran en la fe, en la confianza y en el amor delante del Rey de la gloria que ha vencido las potencias del mal! Busquemos desde ahora la faz de Dios cuya visión nos estabilizará un día en la felicidad eterna. Procuremos conservar la pureza a la cual Dios condiciona la dádiva de sus favores espirituales.

* * *

Terminados los salmos, se vuelve la atención hacia la Virgen María. Siendo Madre del Salvador, es también, por este mismo hecho, Madre de la gracia: *Maria, Mater gratiae*. Ella es, pues, también nuestra Madre en cuanto a la vida sobrenatural. Ella continúa en nosotros, que somos miembros de Cristo, colaborando en el desarrollo de la vida que comenzó en su seno maternal el día de la Anunciación.

El Oficio es un encadenamiento de alabanzas y de plegarias a la Madre de Dios. Es sencillo, filial y emocionante

para nuestro corazón y para el suyo. Las lecciones son especialmente dulces y agradables a su corazón maternal y nuestro corazón de hijos de María encuentra deliciosos estos pequeños poemas asonantados.

Los Maitines terminan con el *Te Deum*, que probablemente en un principio fué una fórmula de acción de gracias que acompañaba la consagración de la Eucaristía, algo parecido a lo que hoy llamamos el prefacio o el canon de la misa. Es sabido que el canon no fué compuesto de una manera fija desde el principio. Este *Te Deum* nos traslada a los primeros siglos de la Iglesia, cuando los cristianos clausuraban con la fracción del pan la velada liturgia con que se empezaba nuestro Oficio nocturno. Por esa razón se les acusó de ser una raza que odiaba la luz. Pero nosotros, como ellos, sabemos que en la noche, propicia al recogimiento, brilla en nuestras almas una luz superior.

Los Maitines deben ser para nosotros como una misa espiritual, una misa de la tarde, donde se esboza, como una preparación para nuestra alma, la misa matinal.

II

Los Laudes matutinos

Es una costumbre bastante generalizada unir Maitines y Laudes, que juntos forman el Oficio nocturno, y la Regla de nuestra Tercera Orden dice que se puede rezar este Oficio por la noche o por la mañana. Si se atiende a los Maitines, conviene más rezarlos de noche; pero si se mira a los Laudes, entonces es más indicado rezarlos de mañana. Según, pues, que se considere la primera o la segunda parte de este Oficio, se dará preferencia a la noche o a la mañana. También pueden rezarse separadamente estas dos partes, y así pueden rezarse los Maitines antes de acostarse y dejar los Laudes para las primeras horas de la mañana. Pío X, que autorizó esta separación, hizo notar, en la reforma del breviario, que en ese caso al final de Maitines debe rezarse la oración de Laudes.

Antiguamente, cuando por una o por otra razón los Maitines se terminaban antes del amanecer, se esperaba la

salida del sol para empezar Laudes. Esto constituye un punto de la Regla de San Benito que tenía su aplicación, sobre todo, en las largas noches del invierno. Ya San Juan Crisóstomo había hecho el elogio de los ascetas y de las vírgenes que, permaneciendo en el mundo, se reunían en la iglesia para la santa vigilia al primer canto del gallo. «Alaban a Dios con los ángeles, mientras que nosotros, hombres del siglo, todavía estamos descansando o semidespiertos nos entretenemos en nuestros miserables negocios. Al apuntar el día toman un poco de descanso, y apenas se ha levantado el sol vuelven a sus plegarias y rezan sus Laudes matutinos» (1).

Una palabra con que empieza uno de los salmos, por lo menos en el texto latino, da el tono a todo el Oficio: *Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo*: Oh Dios, Dios mío, yo me dirijo a Vos desde la aurora. Estas palabras deberíamos decirlas como una jaculatoria al despertarnos. Así, saboreadas de antemano, dedicaremos toda nuestra alma a Dios en el momento de la salmodia.

* * *

En el Oficio mayor, después de la reforma introducida por Pío X, los salmos de Laudes varían todos los días. En el Oficio parvo de la Virgen rezamos todos los días los salmos, que prácticamente se usaban diariamente en el Oficio mayor y que son casi los salmos de los Laudes del domingo, como se usaba antiguamente. Si por una parte es ventajoso variar todos los días los salmos, por otra parte es difícil poder encontrar para cada día salmos tan excelentes, tan apropiados como los del día domingo. Fácilmente podemos darnos cuenta.

La noche ha terminado. El alma piadosa se despierta a los primeros rayos del día. Y recobra la conciencia de los seres que lo rodean, como también del Creador que las ha producido y las renueva continuamente. Ella misma se siente vivificada de nuevo por Aquel que nunca descansa. Durante toda la noche Dios ha velado sobre ella y en cierta manera la ha vuelto a crear.

Un alma humana, mejor que ninguna otra, ha tenido

(1) San Juan Crisóstomo, Hom. XIV in I Tim., 4.

un día la intuición de esta obra grandiosa ; ha sido el alma de Cristo al entrar en el mundo, *ingrediens mundum*, según la frase de San Pablo. El decía a su Padre : «Me habéis dado un cuerpo humano ; vedme dispuesto para cumplir vuestra voluntad.»

Es necesario que nos unamos a las disposiciones de nuestro Jefe, dejar que nuestra alma reciba la influencia benéfica que emana de la suya y glorificar a Dios que reina sobre todas las criaturas en su soberana belleza. *Dominus regnavit, decorem indutus est.*

La estabilidad y la firmeza de la tierra nos dan una idea de su absoluta inmovilidad, así como los vaivenes grandiosos y regulares de las olas del mar nos indican su incesante y nunca monótona actividad.

La Iglesia, que El ha fundado y que ninguna tempestad podrá hundir, nos da a entrever mejor aún su poder y su santidad.

El segundo salmo es un canto de júbilo. El alma, que se despierta limpia, fresca y, sobre todo, feliz de sentirse en la presencia de Dios, lanza un grito de alegría. Se dirige a toda la tierra. *Jubilate Deo omnis terra.* Tres llamados al gozo, motivados por otras tantas razones, seguidas de una triple invitación a alabar a Dios, tal es el contenido de este salmo. Se parece al *Venite exultemus* del principio de Maitines y desempeña el mismo papel.

Por estos dos primeros salmos nos colocamos, pues, en presencia de Dios y somos invitados a bendecirlo.

En el tercer salmo nosotros tenemos la expresión perfecta de nuestra plegaria de la mañana. ¡Oh Dios, Dios por quien yo he sido creado y a quien puedo llamar mío, Dios mío, cómo os desea mi alma ! ¡ Cuánta sed tiene de Vos ! Este deseo ardiente debe estar al principio de toda verdadera oración ; este deseo debe conducirnos, por la mañana, al recogimiento del santuario para contemplar a Dios e implorar su misericordia, y por este mismo deseo nuestra oración debe continuar durante todas nuestras actividades de la vida diaria hasta la hora del descanso nocturno.

Adhaesit anima mea post te. Mi alma se ha unido a Ti. Gracias a Vos, nada teme mi alma.

El alma humana no está solitaria. Ella llama a todas las criaturas para que junto con ella alaben y bendigan al Señor. En este salmo encontramos la justificación del título que damos a esta parte del Oficio. Son verdaderamente los Laudes. *Laudes* significa alabanzas.

Un alma dominicana recordará con emoción a Santa Rosa de Lima, que muy de madrugada abría la puerta de su casa paterna y se dirigía a su pequeña ermita. Apenas llega al jardín, ella exclama: «Arboles, plantas, hierbas y flores, bendecid a vuestro Creador.» Este celo agrada al Señor, quien manifiesta su complacencia con un prodigio insigne. De repente todas estas criaturas insensibles se agitan y con sus movimientos suplen la voz que no poseen. Los árboles entrechocan sus ramas; los arbustos inclinan sus tallos hasta tocar la tierra en actitud de adorar a su Creador.

¡Si también nosotros procuráramos rezar el *Benedicite* con el mismo fervor de Santa Rosa!

Las criaturas celestes y terrenas son sucesivamente convocadas para participar en la alabanza divina. Nosotros les prestamos un alma, o mejor dicho, nos hacemos intérpretes de los seres inanimados para dar gracias al Creador, a quien ellos nos ayudan a conocer mejor. Pero entre los seres creados, los hay que son inteligentes como nosotros, y algunos están mejor dotados de diversas cualidades que los hacen más aptos para este oficio. A los ángeles del cielo, a los sacerdotes de la tierra, a todas las almas santas del cielo y de la tierra pedimos que nos ayuden para dirigir al Señor dignas acciones de gracias.

En el *Benedicite* no se habla de flores ni de frutos. Pero en la capitula la Virgen es presentada bajo la imagen de la vid que da un olor penetrante y da el mejor de los frutos. Y es un digno complemento del *Laudate* y del *Benedicite*.

Después del himno a la celestial Medianera, el *Benedictus* de Zacarías vuelve a expresar los mismos sentimientos. Este cántico que la Santísima Virgen ha podido oír cantar de labios del padre del precursor, agradece al Dios de Israel haber cumplido sus grandes promesas. El ha enviado desde lo alto su divina luz, una luz que deja en tinieblas la luz del sol naciente. El Mesías vino a iluminar a los hombres sentados hasta entonces en las tinieblas y en

las sombras de la muerte. Y los conduce por la senda de la paz.

Notemos también que en el himno a la Virgen se habla de Ella comparándola a la aurora que abre la puerta al sol. Todo tiene el encanto de las dulces y suaves mañanas en los Maitines.

«Y tú, hijo mío —continuó Zacarías contemplando al pequeño Juan Bautista—, tú irás delante de la faz del Señor para preparar sus caminos, para dar a conocer a todos la salvación que nos trae el corazón sagrado de nuestro Dios.»

Santo Domingo ha sido otro gran precursor. Nuestro Señor le confió la misión de preparar su venida en medio del mundo. Y por este sentimiento hacemos memoria de él y de sus hijos todos los santos Predicadores. Luego rogamos para que los apóstoles sean siempre muchos y muy celosos en nuestra Orden y que nosotros seamos los primeros en seguir sus enseñanzas. También se acostumbra hacer, entre Santo Domingo y todos los demás santos, la memoria especial del santo de nuestra Orden cuya festividad se celebra en ese día.

* * *

Con los Laudes se termina la parte de nuestro Oficio nocturno, y que es particularmente contemplativa. Ha llegado el día con todas las tareas que cada uno debe cumplir. ¡Dichosos los Predicadores cuya actividad es una continuación de su contemplación, y que tienen por vocación revelar a Dios a las almas para que éstas puedan también fácilmente contemplarlo! Felices igualmente los Terciarios, si, fieles al espíritu de la Orden, tratan de conservar, en medio de sus ocupaciones, el recuerdo y la necesidad de la contemplación divina. Recordando los Laudes matutinos, se esmeren en usar bien de todos los bienes creados para continuar en sus diversas ocupaciones el *Benedicite* que han pronunciado sus labios. De lo contrario, las gozosas alabanzas cederían su lugar a los gemidos de una naturaleza violentada por los pecadores, los gemidos que percibía el alma de San Pablo.

Para proponer modelos y ejemplares a nuestra actividad, en el Oficio mayor de los Predicadores, después de

los Laudes se lee el Martirologio, donde nuestros santos y beatos son citados a la orden del día. Añádese también un pasaje del Evangelio o de la Regla que deben regir nuestra vida como ha regido la suya. En la fiesta de Navidad, un Padre pronuncia una homilía. Es lo único que resta de una costumbre que se practicaba al principio de la Orden en muchas fiestas del año (1). En los antiguos monjes, el abad daba entonces sus piadosas recomendaciones y distribuía a cada uno el trabajo del día.

Todos los santos que enumera el Martirologio han llevado una vida cristiana perfecta, o también la dominicana, y la han terminado con una muerte preciosa a los ojos de Dios. Nosotros los invocamos para que nos ayuden a imitar su fortaleza, su paciencia, su constancia, y sostenidos por ellos, llamamos con insistencia a Dios implorando su socorro, y le pedimos que desde el cielo ordene y dirija nuestras actividades durante las horas del día.

Estas dos ideas de la invocación y de la imitación se mezclan en esta prolongación del Oficio que empieza por *Pretiosa*. En el rito romano se dice después de prima, como antiguamente lo hacían los monjes. Nosotros la rezamos inmediatamente después de Laudes.

Si menciono la *Pretiosa*, aun cuando este apéndice no existe en el Oficio de la Virgen, es porque, como es sabido, nuestros antiguos Padres, después de estas lecciones y oraciones públicas, gustaban quedarse en la iglesia en silencio, y que también nuestros Terciarios pueden recogerse en su espíritu inspirándose en las palabras de la *Pretiosa* para la oración mental de la mañana.

III

Las horas menores diurnas

Cuando ha salido el sol, el hombre se entrega a sus tareas para trabajar hasta la noche

Así canta un salmo. Y el mismo Jesús ha citado este proverbio: «Hay que trabajar mientras es de día.» Tanto

(1) HUMBERTO DE ROMÁNS, *Opera*, t. II, pág. 258.

en invierno como en verano, los antiguos dividían la jornada en doce partes, que eran más o menos largas según la estación. «¿Acaso el día no tiene doce horas?», ha dicho también Jesucristo. La única que no variaba era la sexta, que coincidía con el medio día. La tercia era más o menos las nueve de la mañana, y la nona, aproximadamente las tres de la tarde.

Para santificar estas doce horas y para alternar nuestra labor con breves oraciones, cada tres horas somos invitados a rezar nuestro Oficio divino. Estos momentos sagrados son la primera hora del día, la tercera, la sexta y la nona. Se rezan tres salmos cada vez, como para santificar cada una de las tres horas que suponen esta porción de nuestro Oficio. Y a todos estos salmos se les llama «graduales», es decir, los salmos de las subidas, breves y deliciosas cantinelas que cantaban los peregrinos bíblicos que recorrían los caminos que subían a Jerusalén.

Todos los que vivimos aquí en la tierra somos también peregrinos que vamos caminando hacia la Jerusalén celestial. Nuestros antiguos Padres tenían en gran aprecio a estos salmos graduales y solían rezarlos en aquellos días en que estaba suprimido el Oficio parvo de la Virgen. En nuestro rito dominicano los rezamos todos y los empezamos desde la hora de prima, a diferencia del rito romano, que no los empieza hasta tercia y, por consiguiente, omite tres de estos salmos.

Naturalmente, es muy difícil poder salmodiar este Oficio de tres en tres horas. La mayoría se verán obligados a rezar de una sola vez estas cuatro partes del Oficio diurno. Pero en cuanto sea posible, procurad separarlos para conformarse mejor al espíritu de la Iglesia. Mirad a todas estas personas que encontráis en la casa, en la calle, en las salas de espera, en el ómnibus, en la oficina o en el taller, cómo leen afanosamente el diario que trae las últimas noticias. Hechos diversos tan monótonos que casi se reproducen exactamente todos los días. Mientras ellos se disipan en leer la crónica del tiempo que pasa, vosotros recogeos en los sublimes pensamientos de la eternidad. Leed estos tres pequeños salmos que renovarán la orientación de vuestra alma hacia su último fin, y llamad a vuestra Madre celestial en vuestro auxilio al principio y al fin.

Tenemos necesidad urgente y continua de recibir este auxilio y de controlar nuestra orientación. Si nuestra tarea se desarrollara en un ambiente recogido... Pero son los negocios, el tráfico, las preocupaciones, las distracciones de toda clase. En medio de estas horas ruidosas, expuestos a ser arrastrados por las ambiciones, por la codicia, por la frialdad, por el nerviosismo, por las inquietudes, es necesario refugiarse un poco en el silencio y en la oración. Ya no conservamos el alma pura y libre de los Laudes, sino un alma a quien las preocupaciones del día han atado a su engranaje y que se siente arrastrada en el movimiento de una vida trepidante, un alma agitada y disipada, fatigada y tentada. Sepamos reservarnos, al menos algunos momentos, para volverla a la presencia de Dios y pedir la gracia necesaria.

Deus in adiutorium meum intende! ¡Oh Dios, venid en mi ayuda!

* * *

Desde la primera hora el cristiano ha debido ponerse en oposición con el mundo, y por esta razón puede apropiarse los sentimientos del salmista: «En todas partes de la tierra soy un desterrado, entre personas que no hablan mi lengua y que no tienen mi espíritu, en todas partes tengo que sufrir y luchar» (Sal. 119). «Pero mientras voy camino de la eternidad, pongo mi confianza en Dios todopoderoso, que vela continuamente sobre mí y guardará mi alma de todo mal» (Sal. 120). «Y me regocijo con el pensamiento de la Jerusalén celestial, donde encontraré por fin la felicidad al término de mi peregrinación» (Sal. 121). Tales son en resumen los salmos de prima.

La hora de tercia nos encuentra ya metidos en las muchas dificultades que se nos presentan a diario. Y entonces los tres salmos de tercia nos enseñan la actitud que debemos adoptar en medio de la lucha: debemos levantar con fe los ojos al Padre celestial (Sal. 122), darle gracias por librarnos del mal que nos podría abatir (Sal. 123) y abrigar la confianza, pensando que su protección levanta en torno a nosotros una muralla inexpugnable (Sal. 124).

Saboreemos las palabras de la capitula y del responso: la Santísima Virgen, que está inundada de dicha en

el cielo, en la ciudad santa, goza de un poder maravilloso que ejerce en favor nuestro rogando por nosotros que la invocamos.

Al medio día todos los miembros de la familia entran en la casa y se reúnen en torno a la mesa familiar. Amable coincidencia: es la hora de sexta. El salmo 125, una de las joyas del Salterio, recuerda la vuelta del destierro. El salmo 126 empieza así: «Si el Señor no levanta la casa, en vano trabajan los que la edifican.» Y el salmo 127: «¡ Dichoso el que honra al Señor y que anda en sus caminos! Del trabajo de tus manos te alimentarás. Tu mujer será como una viña fecunda en el seno de tu hogar. Tus hijos, como los retoños del olivo en torno a la mesa.»

Sabido es que estos salmos tienen también un sentido espiritual en el que se deleitarán los corazones consagrados a la virginidad, las almas que luchan solitarias con la esperanza de cosechar la felicidad eterna. En la obediencia a la voluntad divina encuentran la fecundidad de sus esfuerzos diarios y aspiran a llegar a esta casa del Padre, en la que serán reunidos en torno a la Madre que Dios nos ha dado. La capitula y el responsorio hacen alusión a esta celestial Madre y a su numerosa familia espiritual: «Dios la hizo habitar en su tabernáculo... Continuamente, dice María, estoy en medio de la asamblea de los santos.»

Finalmente viene nona. Es la hora pesada en que se soporta la fatiga del día y del calor. Es la hora peligrosa en que viene a tentar a las almas aquel a quien los Padres del desierto llamaban el demonio del medio día. Y nos invade la desgana de nuestra vocación, de nuestro deber de estado. Sentimos el aguijón de otras cosas, tal vez de placeres bajos, quizá también —sutil tentación— el deseo de realizar grandes obras que no están a nuestro alcance.

«*Saepe expugnaverunt me a juventute mea!*: ¡ Ah sí, estos demonios me han combatido desde mi juventud! » (Sal. 129). «*De profundis*, desde las profundidades de mi miseria, clamó a Vos, Señor... Si guardas los delitos, ¿quién, oh Señor, podrá subsistir?» (Sal. 129). No se ensoberbece, oh Señor, mi corazón, ni son altaneros mis ojos; no corro detrás de grandezas, ni tras de cosas demasiado altas para mí. Antes he reprimido mis deseos, como niño destetado de la madre» (Sal. 130). Estas pequeñas muestras

bastan para comprender la exquisita belleza de los salmos de estas horas menores. Una buena traducción ayudará a saborearlos mejor. Si el tiempo nos escasea, vale más omitir el rezo de alguna de estas horas que ya no se pueden rezar a su debido tiempo, que no rezarlas todas apresuradamente fuera de tiempo sin que nuestra alma se alimente del rezo de estas horas.

* * *

En todas las horas del día lo esencial es que permanezcamos unidos a nuestro Señor. Al final del Evangelio de San Marcos leemos que los discípulos se dispersaron y se fueron a través del mundo y que el Señor continuó trabajando con ellos. Todos tenemos también nuestra misión que cumplir. Lo importante es que nos entreguemos a ella con la ayuda de Cristo, realizando con su gracia lo que espera de nosotros para la realización de la gran obra cristiana. Seamos sus testigos en todas partes, «en Jerusalén, en Judea, en la misma Samaria y en todas las extremidades de la tierra».

Una mañana, a la hora de prima, el Señor, resucitado, apareció a la orilla del lago y dijo a sus discípulos, que habían estado pescando varias horas inútilmente: «Echad la red a la derecha de la barca.» Y la red se llenó de peces. Gracias al auxilio de Cristo, que atenderá nuestras súplicas, nuestro trabajo será fecundo y producirá frutos de vida eterna.

También Jesús trabajó durante su vida, durante los treinta años de su vida oculta, los tres años de su predicación evangélica, los tres días de su Pasión. En la hora de tercia el divino Obrero de Nazareth estaba siempre en pleno trabajo en su taller o con los clientes. A la hora de sexta, fatigado de un viaje apostólico, se sentó un día en el brocal de un pozo de Samaria y conversaba de cosas celestiales, mientras que sus discípulos habían ido en busca de algo para comer. En la hora de nona terminó dolorosamente su inmensa labor: habiendo visto que su misión había terminado, entregó su alma en las manos de su Padre.

Sea cual fuere la condición de nuestro deber de estado, apliquémonos con toda el alma al cumplimiento de nuestro deber para terminar en esa forma el día y nuestra vida.

IV

Las alabanzas de Vísperas

Primitivamente el Oficio dominical empezaba el sábado por la tarde y se prolongaba hasta el día siguiente por la mañana en una santa vigilia, y esta costumbre se conservó durante mucho tiempo para las grandes festividades, especialmente la de Pascua. En nuestro Oficio del Sábado Santo se empieza por bendecir el fuego y encender el cirio paschal para alumbrar a los fieles reunidos, y esto es un vestigio de la antigua costumbre. Pero muy pronto para las vigiliias ordinarias del domingo y, con mayor razón, para las vigiliias ordinarias, el Oficio nocturno se empezó a rezar al primer canto del gallo.

Por esta razón se introdujo el rezo de un Oficio por la tarde a la hora en que empieza a brillar la estrella *Vesper* y hay necesidad de prender la lámpara (*lucerna*). Vísperas o lucernaria era el nombre que se dió a este Oficio.

Más adelante San Benito adelantó la hora de Vísperas. Porque quería que la comida, que de ordinario se tomaba a continuación de las Vísperas, se tuviera cuando todavía había luz solar. Entonces los monjes tuvieron necesidad de añadir otra oración inmediatamente antes de acostarse. Y así fué como nacieron las Completas, último Oficio que rezuma contrición por las faltas cometidas durante el día. La función de las Vísperas era más bien para dar gracias a Dios por los beneficios recibidos. Era el Oficio correlativo a los Laudes de la mañana, en los cuales agradecemos a Dios los beneficios recibidos durante la noche. Así como en los Laudes San Benito introdujo el cántico *Benedictus*, también añadió a los salmos de Vísperas el *Magnificat*.

El deseo de unirnos a nuestro Señor debe acompañarnos durante el rezo de todas las horas del Oficio. ¿Cómo procuraremos hacerlo en esta hora? Una palabra del Evangelio se presenta espontáneamente a nuestra mente, una palabra muy propia de las circunstancias, *advesperascit*. «*Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit*: El día está declinando, estamos en la hora de Vísperas; quédate,

Señor, con nosotros.» Así hablaban a Cristo resucitado los dos discípulos que iban de Jerusalén a su pueblo de Emaús cuando llegaron juntos a la puerta de su casa.

La jornada de trabajo ha terminado, esta jornada que representa toda la vida laboriosa. Le pedimos a nuestro Jefe, que terminó su obra en la cruz y que nos ha precedido en el descanso eterno, que permanezca con nosotros, o mejor, que nos dediquemos a permanecer con El. Preferimos estar donde El está a permanecer donde estamos. El resucitó y entró en la casa de su Padre para gozar de su gloria y prepararnos allí un lugar. Y mantenemos viva la esperanza en nuestros corazones para unirnos con El al término de nuestros trabajos. Y desde ahora, con el pensamiento y con el deseo, estamos ya con El, como lo están todos los santos cuya actitud magnífica evoca nuestra liturgia dominicana en el tercer responsorio de Maitines del común de Confesores. Que también nuestra alma los imite, sobre todo, en esta hora de Vísperas.

* * *

El primer salmo que se reza es el *Dixit Dominus*, que nos es tan familiar y con el cual comienzan las Vísperas del domingo y de casi todas las fiestas. Muchas veces es citado en el Nuevo Testamento y Jesucristo mismo se lo aplica. Cristo es el hijo de David, pero tan superior a David, que éste lo llama «mi Señor» (el Señor ha dicho a mi Señor). Pues es el Hijo de Dios que lo ha engendrado antes de amanecer el primer día del mundo.

Hecho hijo de David por la Encarnación, Dios lo invita, en su calidad de hombre, a sentarse a su derecha. *Sede a dextris meis*. Desde allá ejerce su reinado en toda la tierra, sosteniendo el valor de los que le son fieles y desbaratando los planes de sus enemigos. El es, por lo tanto, Rey, Rey de toda la creación, como lo manifestará gloriosamente en el juicio final, en el cual serán abatidas las cabezas de aquellos que se habían levantado contra su Jefe supremo.

Pero al mismo tiempo que es Rey, es también Sacerdote, como Melquisedec, rey de Jerusalén, era también sacerdote del Altísimo. Melquisedec ofreció el pan y el vino en sacrificio. Bajo tales apariencias, Cristo ofreció su sa-

crificio en la Cena y lo sigue ofreciendo por las manos de sus ministros.

Así, el primer salmo de Vísperas, como el de Laudes, nos coloca en presencia del Señor establecido eternamente en su trono celestial. A nosotros corresponde tributarle las alabanzas. *Laudate pueri Dominum*; alabad al Señor, vosotros que sois sus servidores. ¡Desde la salida hasta la puesta del sol, en las Vísperas como en los Laudes de la mañana, alabado sea el nombre del Señor! Los motivos para esta alabanza son su grandeza y su misericordia.

Recordando que Jesús cantó este salmo antes de la Cena, nos será más fácil rezarlo en unión con El. Dios se inclina hacia los humildes para elevarlos hasta su gloria. Esto es lo que ha hecho con Jesús: *exinanivit seipsum, propter quod Deus exaltavit illum*. Y también lo ha hecho con María, como lo canta Ella misma en su *Magnificat*. E igualmente lo hará con nosotros.

Laetatus sum. Este salmo, que ya rezamos por la mañana para orientar hacia Dios toda nuestra actividad, lo repetimos de nuevo por la tarde, como gustando de antemano la gloria eterna. ¡Qué gozo tan grande pensar que entraremos en la casa del Señor! En torno a Jesús, en torno a María, se forma la ciudad de los elegidos.

Nisi Dominus. Se repite también este salmo, que forma parte de las horas menores. «Sin Mí, nada podéis hacer», ha dicho nuestro Señor. Únicamente con la ayuda de Dios podremos lograr vivir cristianamente. ¡Pero qué fecundidad tan grande posee la vida de aquel que sigue fielmente las inspiraciones de la gracia!

Para terminar rezamos un nuevo salmo de alabanza: *Lauda, Jerusalem, Dominum*. En la prosperidad no nos olvidamos que es El quien nos la da. Glorificamos al Señor. El es quien desde ahora nos mantiene en la seguridad y la paz, El es quien nos proporciona la flor del trigo para la Comunión. El muestra su poder en el orden físico por medio de tantos fenómenos maravillosos que se cumplen siguiendo sus órdenes. Lo muestra aún más en el orden moral por los mandamientos que ha dado a su pueblo para que los observe con el auxilio de su gracia.

En el himno, después de haber saludado y alabado a la nueva Eva, que con el nuevo Adán colabora en la obra de nuestra salvación, repetimos las palabras de su *Magnificat* para terminar las alabanzas de Vísperas. Procuremos asimilar el sentido y el espíritu con que fué compuesto. Estas palabras, según la opinión de algunos autores, son reminiscencias de algunos salmos que la Santísima Virgen acostumbraba a cantar. Pero al reconstruirlos, la que ya era Madre de Cristo les ha infundido un alma nueva. Ella se abisma en su humildad para proclamar que sólo el Omnipotente ha hecho en Ella las cosas extraordinarias que, a partir de su prima Isabel, todas las generaciones la llamarán feliz y dichosa. Sólo Dios es grande. *Magnificat anima mea Dominum.*

«Lo que Dios ha hecho para mí —añade María— lo hace para todos. Sí; despide con las manos vacías a los orgullosos que se creen ricos y llena de beneficios a los humildes que confiesan su miseria.»

Al fin de nuestra jornada, si constatamos que hemos realizado algún progreso, que hemos hecho algún bien, situemos a nuestra alma en esta humildad y expresemos a Dios nuestra gratitud. Señor, ¡sois Vos el que habéis hecho el bien!

V

Las Completas

Con frecuencia se rezan las Completas a continuación de Vísperas, dejando el rezo de Maitines para antes de acostarnos.

Ya sabemos que San Benito, habiendo adelantado la hora de las Vísperas, tuvo que inventar las Completas. Cuando llegaba la hora de retirarse a dormir, los monjes se reunían en una amplia sala para tener en común un rato de lectura espiritual. Con frecuencia se leían las Conferencias de Casiano (*Collationes*). La escasa bebida que tomaban durante la lectura los que sentían necesidad, es lo que dió origen al nombre de *collation* en los días de ayuno, así como la breve lección de Completas en el Oficio mayor es un resto de esta lectura espiritual.

Tu autem, Domine, miserere nostri. Con estas palabras terminaba el lector cuando el abad daba la señal para levantarse. *Adjutorium nostrum in nomine Domini*, decía éste, e inmediatamente seguían las Completas, empezando por el *Pater* y el *Confiteor*.

Así termina ahora en nuestros conventos dominicanos la colación que va acompañada de una lectura espiritual, y así empiezan también las Completas del Oficio mayor. Las del Oficio parvo de la Virgen se rezan sin interrupción después de Vísperas y es debido a que no tienen la breve lectura ni el resto del preámbulo que tienen las del Oficio mayor. Me ha parecido oportuno recordar todos estos datos, que pueden interesar a nuestros Terciarios, ya que algunos, cuando pueden, procuran asistir a nuestras Completas, y han puesto empeño en rezar esta parte del Oficio, las Completas de la Virgen, cuyo rezo ya no es obligatorio para nosotros.

¡Que ellos comprendan la utilidad de procurar a su alma, no menos que a su cuerpo, el alimento necesario por medio de una lectura espiritual! El mismo Santo Tomás se deleitaba en la lectura de las Conferencias de Casiano que hemos mencionado más arriba. Con mayor razón, los que no poseemos su ciencia de las cosas divinas debemos recurrir a los libros de espiritualidad.

Las Completas del Oficio parvo tampoco tienen el *Confiteor*. Sin embargo, es conveniente que nuestros Terciarios se pongan en el mismo estado de ánimo que el *Confiteor* expresa y requiere. El *Converte nos, Deus*, por el que comienza esta última parte de su Oficio, evidentemente supone este estado de ánimo.

¡Solamente Dios al final de los días de la creación ha podido constatar que todo cuanto había hecho estaba bien! El gozo que experimenta el artista al dar el último retoque a su obra de arte, la satisfacción que experimenta el cristiano al comprobar que durante el día ha cumplido con la voluntad de Dios, ¡qué pocas veces la experimentamos nosotros! ¡Cuántos pecados cometidos de pensamiento, de palabra, de acción! ¡Y cuántas omisiones! Debemos en verdad reconocerlos y confesarlos a quienes, por nuestra profesión, debemos honrar a nuestro P. Santo Domingo, a la Bienaventurada Virgen María y a Dios particularmente.

«*Converte nos, Deus...* ¡Vuélvenos hacia Ti, oh Dios, Salvador nuestro. Y aparta de nosotros tu rostro airado!»

Como cada día tiene su atardecer, también nuestra vida entera tendrá el suyo, precursor de las tinieblas de la tumba. También hoy hemos podido darnos cuenta de lo rápido que ha transcurrido el tiempo de los Laudes del amanecer hasta la hora sexta, que marca el apogeo de la luz, y a la de nona, en la que ya declina sensiblemente. Muy pronto después vienen las Completas, que rezamos en la oscuridad y que preludian el sueño. Paralelamente de la infancia a la edad madura, y luego a la decrepitud y a la muerte, ¡qué breve es nuestra vida! Cada uno de nosotros puede decirse a sí mismo que la muerte está cerca y con ella este juicio terrible que decidirá repentinamente la suerte de nuestra vida futura. Nuestro San Luis Bertrán temblaba siempre ante este recuerdo. A ejemplo suyo, todas las noches procuremos sentir el dolor por nuestros pecados, pero tengamos también una confianza amplia en la misericordia de Dios, que quiere nuestra salvación. *Deus salutaris noster*. En fin, que nuestra alma se ponga en las condiciones en que quisiera estar en su última hora. Hagamos de nuestras Completas diarias una preparación no sólo para el sueño de una noche, sino también para nuestro descanso eterno.

* * *

En las Completas de la Virgen no está la antifona *Miserere mei, Domine*, de tono quejumbroso y doliente, saturado de compunción, ni tampoco este hermoso acto de abandono a la Providencia, el salmo *Qui habitat*, que San Basilio escogió para la oración de la tarde de sus monjes y que fué el que dió origen a las Completas. Se acostumbra rezarlo en el Oficio mayor los domingos y días festivos. Pero el Oficio parvo, en el rito dominicano, está formado por los tres últimos salmos graduales.

El primer salmo recordaba a los peregrinos de Jerusalén el voto y la oración de David respecto al templo que deseaba edificar en el monte Sión, y luego la contestación de Dios que bendijo este voto y aceptó maravillosamente su oración renovando la promesa del Mesías. Muchas son las adaptaciones que pueden hacerse de este salmo al san-

tuario de nuestra alma, a nuestras iglesias donde se guarda el tabernáculo de la Eucaristía, a la Iglesia Católica, formada de piedras vivas y cuya construcción se terminará magníficamente en el cielo. También podemos acomodarlo a la Orden fundada por Santo Domingo y que podemos considerar como nuestra capilla familiar dentro de la gran Iglesia de las almas. En ésta se rinde a Dios un culto perpetuo. ¡Quieran los sacerdotes revestirse de santidad y todos los fieles sientan el gozo de vivir en esta única verdadera Iglesia!

El segundo salmo expresa el gozo de la fraternidad dominicana, manifestación de la magnífica fraternidad cristiana, pálidamente figurada por la comunidad judía.

En el tercero, nuestros Terciarios se dirigen a sus Hermanos y Hermanas de la Primera y Segunda Orden, confiando en ellos para que continúen durante la noche las alabanzas divinas, ya que ellos se ven impedidos por las obligaciones de sus deberes de estado y por la necesidad de descansar. Se dirigen también a nuestros santos del cielo, que no sienten la necesidad del descanso y que jamás interrumpen los *Alleluia* de que habla San Juan en el Apocalipsis.

* * *

Sería de desear que nuestros Terciarios conociesen también este conjunto de trozos selectos formados por las antífonas, capítulos, versículos y oraciones que forman la belleza incomparable de las Completas del Oficio mayor y especialmente las antífonas y los himnos que solamente nuestra Orden ha conservado para el tiempo de Cuaresma y el tiempo pascual. Santo Tomás no podía menos de derramar lágrimas cuando cantaba el *Media vita*: A mitad de la vida nos encontramos próximos a la muerte. ¿A quién recurrir sino a Vos, Señor, que os habéis irritado con razón contra nosotros?

Cuando nuestros primeros Padres prolongaban las Completas con oraciones particulares, las palabras del *Media vita* les proporcionaban una fecunda inspiración. Y también el pequeño himno a la Virgen *Virgo singularis*, y la antífona *Sub tuum praesidium*, con su oración, que antiguamente añadían a sus Completas y que ahora se ha

reservado exclusivamente para los Terciarios. Finalmente, el hermoso cántico de Simeón, que pertenece a los dos Oficios y que inspira las más saludables reflexiones.

Nunc dimittis servum tuum, Domine, suspiraba el santo anciano. Iba a morir en paz porque sus ojos habían visto brillar, en medio de las sombras que envuelven al mundo, Aquel que es la luz verdadera. Este cántico de la tarde, por su brevedad, es como un resplandor. Cuando se recuerda lo que hemos rezado durante el día, imagen de la vida, y del sueño, que hace pensar en la muerte, ¡nada más emocionante que estas pequeñas estrofas en la hora de las Completas!

Al encender la luz para alumbrar a la comunidad en el coro fácil es ver en ella el símbolo de Cristo, «nuestra luz y nuestro verdadero día, que suprime las tinieblas de la tierra y presagia ya en la fe la radiante luz de la eternidad». Estas palabras forman parte del himno de Completas de Cuaresma. Los griegos entonan todas las tardes un himno en honor de «la gozosa luz de la santa gloria del Padre inmortal, del celestial, santo y bendito Jesucristo». El triunfal *Exultet* de la víspera pascual se expresa en el mismo sentido. Y esta misma idea la expresa todos los días y a todas horas el último verso del *Nunc dimittis*.

* * *

Finalmente, la *Salve Regina* viene a terminar las Completas. En nuestros conventos es un rito obligatorio. Nuestros Terciarios gustan también de añadirla a su Oficio de la Virgen. La costumbre de cantar esta antífona remonta a la fundación de la Orden, como ya lo hemos indicado. Una verdadera persecución religiosa se ensañaba contra los frailes, principalmente en Bolonia y en París. El Beato Jordán de Sajonia, sucesor de Santo Domingo, ordenó que se cantara la *Salve* todas las tardes al final de las Completas. Y la persecución cesó. Pero se continuó esta práctica tan piadosa. El pueblo, y particularmente los Terciarios, acudían a las iglesias de los Predicadores para ver a los frailes salir del coro y dirigirse al altar de la Virgen cantando la *Salve Regina*. Canto melancólico, como una queja, pero sin ningún amaneramiento. Una solemne pro-

cesión de almas que viven gimiendo en este valle de lágrimas, pero consoladas y reconfortadas por una celestial esperanza. ¿No es la Reina del cielo una Madre de misericordia? Ella mira desde lo alto a sus hijos desterrados; Ella es su abogada delante de Dios. Ella les mostrará un día su Hijo. Y el pensamiento de esta visión, que un día constituirá su felicidad eterna, les inunda ya de una exquisita dulzura.

Llegados delante del altar de la Virgen, los frailes se arrodillan en el momento en que cantan *Eia ergo, advocata nostra*. Entonces uno de ellos se levanta y rocía a todos con agua bendita, uno por uno, como lo hizo la Santísima Virgen bajo la mirada de Santo Domingo, rociando por la noche cada una de las celdas en que descansaban los frailes. *O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria!* Al pronunciar este nombre bendito los frailes se inclinan profundamente como si un gran soplo de amor filial los inclinara todos a la vez.

Los Terciarios que no tienen la oportunidad ni el gozo de participar de esta ceremonia conventual harán bien en unirse espiritualmente a ella, ya rezando la *Salve*, ya moviendo sus dedos con agua bendita para persignarse antes del sueño.

ARTÍCULO IV

LA PLEGARIA POR NUESTROS DIFUNTOS

Queridos Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden, habéis entrado en una Orden que tiene el culto de los difuntos. Y un día aprovecharéis este culto, pero entre tanto la Regla os pide que contribuíais de vuestra parte. Por eso quiero haceros asistir a las ceremonias que preceden, acompañan y siguen a la muerte de algún religioso en uno de nuestros conventos normales.

Un antiguo procesionario del siglo XIII contiene una prosa, acompañada de una hermosa melodía, compuesta para cuando alguno de los frailes estaba gravemente enfermo. En ella se invita al enfermo a mirar el último trance con serenidad y aun con alegría:

«Oh dulce Hermano, si te vas — que tu corazón no sufra más.»

Y la prosa continúa. Hay que alegrarse, dice ella, si puede salvarse de un naufragio y si puede llegar al puerto asido a la tabla de salvación; todos nuestros Hermanos que rodean a Santo Domingo se alegrarán allá arriba y recibirán en medio de ellos al nuevo elegido. Los ángeles acudirán para animarlo en la hora del trance supremo. El buen Dios enjugará sus lágrimas y, entre las almas santas, lo admitirá en el paraíso, donde florecerá una eterna primavera...

Fray Angélico ha representado todo esto en uno de sus cuadros más suaves. Los ángeles de la guarda aparecen a los nuevos elegidos, que están maravillados, los abrazan fraternalmente y en una ronda maravillosa los conducen al medio de unos jardines llenos de flores. Santo Domingo camina sobre el césped y se eleva con una actitud llena de nobleza, introduciendo en la luz divina a uno de sus frailes.

«No te preocupes más de la ciencia — ni te inquiete

dejar el estudio, — pues pronto sabrás todas las cosas — considerándolas en la causa primera.

»Quizá para la gloria de Dios — esperabas hacer grandes cosas, — pero a su Providencia — no hay que hacer advertencia alguna.

»Jesús, que sabe mejor — lo que conviene a los elegidos, — hará de ti en su clemencia — lo que para ti es más útil.»

Sería una lástima que ahora no supiéramos apreciar estos bellos sentimientos, estas deliciosas evocaciones y encontrar en ellas un cordial cuando llegue la hora de la muerte. Sin embargo, esta hora es tremenda, tremenda para el cuerpo que se debate en la lucha suprema; tremenda también para el alma, pues tiene otros destinos posibles después de la muerte. Nadie puede abrigar la seguridad absoluta de alcanzar el cielo. Existe también el Purgatorio y sus purificaciones terribles. En 1921 se imprimió en nuestro misal una misa para los agonizantes. Está inspirada en otros conceptos. Sus expresiones son clamores dirigidos a la misericordia divina en favor de un pobre ser que sufre en el cuerpo y en el alma. «Señor Jesucristo, que habéis procurado al género humano los remedios de la salud y los dones de la vida eterna, mirad favorablemente a vuestro siervo cuyo cuerpo está enfermo y reanimad el alma que habéis creado, para que, por la intercesión de San José, esposo de vuestra Santísima Madre, pueda ser presentada, a la hora de la muerte, sin la mancha del pecado, a Vos, su Creador, por los santos ángeles...»

Tendido sobre su lecho, he aquí que el enfermo entra en agonía. En seguida se da la señal en el claustro y por todo el convento con las tablas que se usan en Semana Santa, y acuden de todas partes los frailes rezando el *Credo*, acto de fe a la vida eterna y a todos los misterios que nos conducen a ella. Los primeros en entrar comienzan a rezar las letanías de los santos, y los que van llegando se unen a sus invocaciones. Nuestros santos canonizados son invocados expresamente unos a continuación de otros para librar el alma de nuestro Hermano de las supremas angustias. Luego, si todavía hay tiempo, el sacerdote que preside puede rezar en nombre del moribundo las hermosas profestas de fe, de esperanza, de contrición que están

en nuestro procesionario y las admirables oraciones a Cristo agonizante sobre la cruz y a la Virgen María que compartió sus dolores. Puede leer también la Pasión, para que el agonizante pueda unir su sacrificio al del Salvador. Cuando llega el último momento, pronuncia el sacerdote: *Proficiscere anima mea...*, y hace la recomendación del alma a Dios.

Nuestras rúbricas no mencionan la costumbre, venerable y muy común entre nosotros, de cantar la *Salve Regina* en torno al lecho del moribundo. No obstante, nuestro breviario lo menciona en la fiesta del Beato Sadoc y sus compañeros. Cuando todos los frailes del convento de Sandomir fueron martirizados por los tártaros; cuando al terminar las Completas empezaban el canto de la *Salve*, esta costumbre fué de antemano consagrada. Esta *Salve Regina*, la santa canción que acuna nuestras almas antes del sueño de cada noche, la cantamos para nuestros Hermanos en la hora del último sueño. Sueño aparente, que en realidad es el gran despertar. Con más ardor que nunca suplicamos a la Madre de misericordia, en estas últimas Completas, que nos muestre al término de nuestro destierro a Jesús, el fruto bendito de sus entrañas.

En fin, el alma abandona a su cuerpo. El sacerdote dice: «*Subvenite*. Venid a socorrerla, santos de Dios; venid a su encuentro, ángeles del Señor; recibid su alma y presentadla al Altísimo...»

El difunto es sepultado con su hábito de coro, y si es sacerdote se le coloca una estola. El Oficio de la recomendación del alma ha terminado. Luego los frailes empiezan a rezar el Salterio y lo salmodian junto al cadáver hasta el momento en que es trasladado a la iglesia. Entre tanto la campana dobla a muertos. La comunidad, formada en procesión, precede al difunto, que es conducido al medio del coro. Allí queda depositado, frente al altar. Los frailes continúan rezando alternativamente los salmos, que sólo se interrumpen durante el tiempo del rezo de las Horas canónicas.

* * *

Cuanto antes, *quantocius*, dicen las Constituciones, hay que avisar a todos los que deben aplicar sufragios por el

difunto. Pues éste no sólo tiene derecho al funeral solemne de cuerpo presente que se celebra en la iglesia, a todas las hermosas oraciones propias de nuestra Orden que se rezan luego sobre su tumba, al *Libera* que durante ocho días, después del almuerzo, hay que cantar en sufragio de su alma. Cada sacerdote de su convento debe aplicar por él tres misas, y todos los de su Provincia, una misa. A eso hay que añadir las oraciones de los Hermanos coadjutores y de los clérigos que no son todavía sacerdotes: todo el Salterio por un difunto del convento, o los siete salmos penitenciales si pertenece solamente a la Provincia.

Con el mismo espíritu de asistencia espiritual, la Regla de la Tercera Orden pide que, durante los ocho días que siguen a la noticia del fallecimiento de algún miembro de la Hermandad, cada Hermano o Hermana rece una tercera parte del Rosario, oiga una misa y ofrezca una Comunión (XIII, 46).

¿Eso es todo? De ninguna manera. El difunto, a cualquier rama de nuestra familia que pertenezca, desde entonces forma parte del número de los muertos de nuestra Orden, y ésta no cesa de rogar por su alma y de aplicarle Oficios y misas.

Todos los años cada convento aplica veinte misas, cada sacerdote ofrece treinta y cada clérigo reza treinta veces los salmos penitenciales. Nuestras Hermanas de clausura y las de la Tercera Orden regular aplican también una buena parte de misas y de sufragios para socorrer a los difuntos de toda la familia dominicana. En cuanto a los Terciarios seculares, deben por su parte ofrecer tres misas durante el año (XIII, 48).

Todas las semanas, excepto cuatro durante el año, en todos nuestros conventos se celebra una misa conventual, seguida de una procesión, en sufragio de nuestros difuntos. A esta misa conventual se añade el rezo del Oficio de difuntos, y en el procesionario se ruega a los Superiores que fijen para ello una hora conveniente para que puedan asistir aún aquellos que están exentos del Oficio coral. Los que están impedidos para asistir lo rezan en particular durante la semana.

Además todas las tardes, a la puesta del sol, la campana conventual toca durante un rato invitando a orar por los

difuntos. También los Terciarios deben rezar todos los días un *Pater* y un *Ave* seguidos de un *Requiem* (XIII, 47).

Cuando se acerca noviembre con la conmemoración de todos los difuntos, los que pertenecemos a la Primera Orden de Santo Domingo tenemos la obligación de recordar a nuestros Hermanos y Hermanas, como también a los familiares a quienes se les hace participantes de los beneficios de la Orden. Cada sacerdote debe celebrar por ellos tres misas, y cada clérigo debe rezar el Salterio, entre la fiesta de San Dionisio y el Adviento.

Acabo de nombrar a los familiares. También nuestros bienhechores aprovechan estos sufragios, como puede verse por las oraciones del Oficio y de la misa. Además todos los días, antes del almuerzo y de la comida, recordando que, gracias a su generosidad, podemos comer la comida que vamos a tomar, rezamos por ellos el *De profundis*.

Nuestros padres y madres, para quienes hay una oración propia en la misa y en el Oficio, también participan de estos favores especiales. Parece como si, una vez fallecidos, se les considerara un poco como de nuestra Orden. De la misma manera que la madre de Santo Domingo es tratada litúrgicamente como las beatas de la Orden, ya que le dirigimos el versículo *Ora pro nobis, Beata Joanna*, nuestros padres se comparan un poco a los miembros difuntos de la familia dominicana.

Finalmente, todos los que están sepultados en nuestras iglesias —privilegio muy codiciado antiguamente— se benefician de nuestros sufragios y en particular del *De profundis*, que las Constituciones piden que se rece cuando se pasa por el claustro de los difuntos.

Cada uno de estos grupos de difuntos tiene además su aniversario todos los años en todos nuestros conventos. Se celebra por ellos una misa con su Oficio que obliga gravemente a todos los frailes que ya rezan el breviario. El aniversario de nuestros padres se celebra tres días después de la Purificación; para los bienhechores y familiares se celebra el día siguiente a la octava de San Agustín; para nuestros Hermanos y Hermanas, el 10 de noviembre, y para todos los que están sepultados en nuestras iglesias, el 12 de julio.

Y estos sufragios se continúan todos los días y todos los años. Repetimos estas oraciones y estas misas no tan sólo por el hecho de que la muerte vaya aumentando sin cesar el número de víctimas. Mientras no tenemos la seguridad de que nuestros difuntos han salido del Purgatorio, les seguimos ofreciendo los sufragios. Todas las mañanas, en el coro, el lector nombra a aquellos que, fallecidos en esa fecha, son inscritos en el martirologio. Luego, después de hacer mención de todos nuestros santos desconocidos (*alibi aliorum plurimorum*), celebramos su preciosa muerte a los ojos de Dios. En seguida se hace otra conmemoración, la de todos los demás difuntos, a la cabeza de los cuales nombramos a los Maestros Generales de la Orden cuyo aniversario recordamos, y suplicamos a Dios que los introduzca por fin al descanso eterno con los santos del cielo. Para el que no ha sido beatificado por la Iglesia, para Humberto de Románs, por ejemplo, fallecido en el año 1263, a pesar del título de Beato que comúnmente se le da, se reza aún el *De profundis*.

Ciertamente es una ventaja morir dentro de la familia dominicana, aun cuando sólo se pertenezca a la Tercera Orden, y es muy cierto aquel adagio, muy común entre las personas religiosas de otro tiempo: «¡Es conveniente morir en los Frailes Predicadores!»

Era un deseo para quien creía en la felicidad eterna y en las condiciones que ella supone y exige.

CAPÍTULO V

LA ORACIÓN DOMINICANA

ARTÍCULO PRIMERO

La tradición de nuestra Orden

ARTÍCULO II

Las bases de nuestra oración

- I. Un fondo doctrinal.
- II. Las inspiraciones litúrgicas.

ARTÍCULO III

Las diversas formas de la oración dominicana

- I. Las oraciones secretas.
- II. Las santas meditaciones.
- III. La meditación religiosa.
- IV. La meditación contemplativa.
- V. La contemplación mística.
- VI. Las oraciones jaculatorias.
- VII. El Santo Rosario, método de oración.

ARTÍCULO IV

Hacia la contemplación perfecta

ARTÍCULO PRIMERO

LA TRADICIÓN DE NUESTRA ORDEN

Desde el principio de la Orden nuestros Padres tomaron la costumbre de añadir a la oración coral salmodiada en común «oraciones secretas» y «santas meditaciones», con las cuales cada uno libremente elevaba su alma a Dios.

El ejemplo lo había dado ya nuestro Padre, y una antigua crónica, que Thierry de Apolda añadió como apéndice a su vida de Santo Domingo, nos describe su manera de orar, tal como la pudieron observar algunos frailes que se quedaron de noche en un rincón de la iglesia para verlo, o los que viajaron con él y fácilmente pudieron comprobar por los caminos o en las casas donde se hospedaron.

Su modo de orar era muy humano. Dios nos ha dado un cuerpo y un alma. Santo Domingo no creía, como opinan algunos, que la oración no puede ser perfecta si el alma no se aplica toda entera haciendo total abstracción del cuerpo. Por el contrario, el alma de Domingo se servía de los miembros del cuerpo para entregarse con mayor devoción a Dios. Las miradas, una lectura, ciertas actitudes son útiles para excitar el pensamiento y mover el corazón. Su P. San Agustín así lo había enseñado (1). El alma, en cambio, reacciona sobre el cuerpo, y rebosando de sus sentimientos se difunde y se traduce en palabras y gestos. Además el cuerpo, como el alma, debe rendir homenaje a Dios y unirse a ella para satisfacer la pena por los pecados en los cuales ha tomado parte. Tales son las razones que desarrollará Santo Tomás (2) y a las que Santo Domingo ya había aceptado de antemano. Por lo demás su temperamento castellano explica, en parte, la extraordinaria vehe-

(1) Carta a Proba, cap. 8.

(2) IIa IIae., q. 80, a. 12.

mencia con que se entregó a su oración especialmente en la soledad y en el silencio de la noche.

Uno de sus modos de orar consistía en estar de pie delante del altar, inclinando profundamente la cabeza y las espaldas delante de su Jefe nuestro Señor. Consideraba su condición de esclavo y la excelencia de Jesucristo, y tributaba por medio de su cuerpo el respeto que le es debido. Con frecuencia rezaba también tumbado en el suelo, y en esta actitud decía muchas veces: «Dios mío, sédme propicio, a mí que soy un miserable pecador», o alguno de los versículos de los salmos, como éste, por ejemplo: «No soy digno de levantar mis ojos al cielo. Mi alma está humillada en el polvo.» Esta postración, como también la inclinación profunda en que los codos bajan hasta las rodillas, ya se sabe que forman parte de la liturgia dominicana.

Otras veces Santo Domingo, volviendo su vista al crucifijo, lo miraba fijamente, doblando las rodillas hasta unas cien veces. Después de Completas, hasta la media noche, solía a veces ocupar el tiempo hincándose y levantándose alternativamente. Imploraba la misericordia divina para él y para los pecadores, derramando copiosas lágrimas. De repente se quedaba quieto, como sorprendido y extasiado, radiante de felicidad. Y sus genuflexiones exteriorizaban el ardor de su alma.

También a veces estaba de pie delante del altar con las manos extendidas delante del pecho en forma de libro abierto, como si estuviera leyendo piadosamente. Entonces parecía que meditaba en su oración los oráculos de la Sagrada Escritura.

Otras veces juntaba las manos y las tenía bien cerradas delante de sus ojos. O bien las extendía y las levantaba a la altura de los hombros, como lo hacemos en la misa. En ciertas circunstancias abría bien los brazos y los mantenía en forma de cruz, como Cristo en el Calvario. Con frecuencia se le veía ponerse bien derecho, con las manos levantadas sobre la cabeza, semejante a una flecha lanzada hacia el cielo por un arco en tensión. Terminada esta manera de rezar, si tenía que predicar o corregir algo, daba la impresión de que se estaba escuchando a un profeta.

Hemos visto cómo Santo Domingo unía a sus plegarias algunas meditaciones. Y con frecuencia la meditación se

apoderaba de su alma. Y tan santa era su meditación que merecía el nombre de plegaria. Por esta razón la antigua crónica continúa: «Nuestro P. Santo Domingo tenía otra manera de rezar, bella, devota y graciosa. Terminadas las Horas canónicas y después de la acción de gracias que se hace después de las comidas, nuestro Padre, sobrio en la comida, pero saciado del espíritu de devoción con que se había alimentado por medio de las palabras divinas cantadas en el coro o en la mesa, se retiraba a un lugar solitario, a su celda o a otro lugar, con el objeto de leer y orar tranquilamente sólo consigo mismo y con Dios. Se sentaba modestamente y abría un libro haciendo la señal de la cruz. Luego empezaba la lectura y su alma se embriagaba de una dulce emoción, como si estuviera escuchando al mismo Cristo... Se elevaba de la lectura a la meditación y de ésta a la contemplación...

»Este mismo método observaba cuando, yendo de viaje, atravesaba alguna región solitaria... Adelantándose a sus frailes, o más frecuentemente yendo detrás de ellos, hacía su oración a lo largo de los caminos y su corazón ardía en santas meditaciones. De esta manera había adquirido la plenitud del conocimiento de las Sagradas Escrituras, que muchos admiraban y que daba valor y fuerza a su predicación.»

* * *

Ya estuvieran de viaje, cuando Santo Domingo les decía: «Adelantaos y pensemos en nuestro Señor», ya en el convento, después de Maitines y más aún después de Completas, esperando la hora de ir a descansar, los frailes oraban también y meditaban a ejemplo de su bienaventurado Padre.

Cada cual elegía en la iglesia el lugar que era de su agrado. Este se quedaba a rezar a la sombra de una columna, con los ojos bajos; otro se arrodillaba delante de una imagen hacia la cual dirigía sus miradas. Algunos se quedaban en pie; otros se quedaban de rodillas y multiplicaban las genuflexiones. Había quienes hacían la visita a los diversos altares. Los gemidos de muchos cortaban el silencio... Las ocupaciones habituales de la mañana ponían fin a estas oraciones. De noche nuestro Padre obligaba a

todos que fueran a descansar. El solo se quedaba prolongando su oración.

«Estas oraciones privadas y las santas meditaciones son prácticas de devoción —dirá el Beato Humberto de Románs—. Y lo son por un doble título. Primero, porque no son impuestas por la Regla, sino que provienen de la libre voluntad de cada uno. En segundo lugar, porque ellas producen en nuestra alma santos afectos... Es muy conveniente aplicarse con fervor a las oraciones privadas, porque son una señal manifiesta de santidad y es muy difícil que el que ha adquirido tal costumbre se pierda o no haga progresos en la religión (1).

Efectivamente, ahí estaba una de las fuentes de la devoción viva. Por eso nuestros primeros Padres se entregaban asiduamente a ellas y su ejemplo era imitado por los que se iniciaban en la vida religiosa. La costumbre de rezar a continuación de Completas era semioficial en tiempo del Beato Humberto. Una de las principales razones que él da para que se asista a las Completas es «por razón del provecho que se saca de las oraciones secretas que, según nuestra costumbre, les son anejas» (2). El mismo indica al sacristán el tiempo que debe dejar transcurrir antes de dar la señal de retirarse, más o menos el tiempo que se emplea en rezar los siete salmos penitenciales y las letanías.

Dos siglos más tarde los Capítulos generales reglamentaron la práctica de la oración mental. Una tendencia en este sentido se insinuaba en esta época en diversos países, especialmente en los Países Bajos y, sobre todo, en España. Y he aquí el resultado a que se llegó. Se estableció un nuevo ejercicio de comunidad, hecho en silencio, en el coro, dos veces al día, de media hora de duración. La media hora de la tarde fué la preferida, y hasta 1868 obligatoriamente debía hacerse después de cantar las Completas. Y nadie estaba exento de una manera regular. Si alguien, por una u otra razón, no asistía, estaba obligado a suplirla en particular, bajo la pena de no participar aquel día de los méritos y de las buenas obras de la Orden. Sólo estaban dispensados los enfermos y los que estaban de viaje. Ulti-

(1) HUMBERTO, *Opera*, t. II, págs. 86-91.

(2) *Ibid.*, pág. 248.

mamente también se extendió la dispensa a los que están legítimamente impedidos, y en cualquier caso se ha dejado sin efecto la especie de excomunión que acabamos de mencionar. Pero, en general, se ha mantenido en vigor esta costumbre que ya tiene varios siglos de existencia. Hay que hacer notar que el rezo del Rosario en común se computa como la mitad de la oración de la tarde.

Las diversas Constituciones de las religiosas dominicas son más o menos semejantes a las nuestras en este punto. A los Terciarios que viven en el mundo, la Regla les pide simplemente que se dediquen a la oración mental conforme a sus posibilidades (VII, 33).

Entre los religiosos y las religiosas, a pesar de las reglamentaciones mencionadas, la oración dominicana conserva siempre una gran libertad de forma. Cada uno ocupa esta media hora a su manera, que varía según los individuos y de un día para otro. Jamás ha habido la recomendación oficial de un método determinado. Solamente se indican algunos principios generales, de los cuales puede inspirarse según los diversos fines que cada uno se proponga, y luego se recomiendan algunos consejos dictados por la experiencia, algunos avisos particulares tocante a algunos errores que deben evitarse, y se señalan algunos medios indicados para ocupar provechosamente este tiempo de silencio. Santo Tomás es siempre el maestro indiscutible y es él el que ha formulado y ha puesto en plena luz el pensamiento dominicano. Siempre será una ventaja poder consultarlo directamente en sus obras.

Para ocupar provechosamente esta media hora existen, por lo menos, cuatro ejercicios recomendables cuyas reglas o normas se han establecido con claridad, cuatro ejercicios muy distintos que ponen en actividad diversas funciones de nuestro organismo sobrenatural y tienden a fines diferentes, aun cuando en realidad están relacionados entre sí y uno engendra al otro. Helos aquí en su orden progresivo: la oración secreta, la meditación religiosa, la meditación contemplativa y la contemplación mística.

La oración secreta es una elevación de nuestra alma hacia Dios para pedirle su ayuda, en un pequeño coloquio más o menos improvisado.

La meditación religiosa —distinta de la meditación mo-

ral, de la cual hablaremos también— nos introduce en estas oraciones secretas a base de prolongadas reflexiones sobre Dios y sobre nosotros mismos, para persuadirnos de la necesidad que tenemos de recurrir a Dios, para adquirir el convencimiento de que debemos estar sometidos a su autoridad y para conceder un mayor valor religioso a nuestra demanda del auxilio divino.

Esta meditación, que en un principio tiene por finalidad someternos a Dios religiosamente, tendrá luego como objetivo mirarlo amorosamente, con la confianza de que lo demás se nos dará por añadidura, o sea se convertirá en contemplación.

Los favores místicos pueden prolongar y acentuar esta contemplación, a la que aspiraba nuestra meditación y que sólo realizaba por actos muy breves.

Hablaremos luego de las oraciones jaculatorias que difunden la oración a través de toda nuestra vida.

Veremos, en fin, cómo el Santo Rosario que nos dió la Virgen María resume todas estas formas de oración y, por consiguiente, conviene a todas las almas, sea cual fuere su estado.

Pero bajo las distintas formas que ella puede revestir, nuestra oración será auténticamente cristiana si se alimenta, por una parte, de una doctrina sólida, y por otra parte, de la liturgia de la Iglesia.

ARTÍCULO II

LAS BASES DE NUESTRA ORACIÓN

I

Un fondo doctrinal

Para reservarnos cada día el tiempo necesario para la oración, a pesar de las dificultades que podemos encontrar en torno nuestro y en nosotros mismos, a pesar de los cuidados que nos preocupan y de las distracciones que nos asaltan, a pesar de nuestra pereza y de nuestra negligencia, es necesaria una fuerte dosis de voluntad. Se precisa también esta voluntad para fijar, durante un tiempo más o menos largo, nuestra atención sobre objetos sobrenaturales: es a veces un verdadero combate espiritual que ha sido comparado justamente al de Jacob con el ángel.

Pero esta buena voluntad no es suficiente. Para conseguir que nuestra oración sea provechosa, en vano recurriría a hábiles métodos, se propondría diversos preludios, nos conduciría de un punto a otro, aplicaría a su debido tiempo nuestros cinco sentidos y nuestras diversas potencias; todas estas divisiones, todas estas ingeniosidades, todas estas recetas, no conducirían a nada positivo si el espíritu no estuviese abastecido de antemano de un fondo de doctrina capaz de nutrir la oración.

Nuestras mismas oraciones jaculatorias no serían más que palabras más o menos ingeniosas, y nuestros ramilletes espirituales serían como hojas secas encontradas por la mañana en un libro de meditaciones, artificialmente cambiadas de un día a otro y sin influencia en nuestra vida... Es necesario que todo ello sea la expresión viva y personal de un sentimiento profundo, provocado por un gran pen-

samiento dominante, que permanece en nosotros por mucho tiempo, quizá para siempre, y que sea un foco de luz y un estímulo de toda nuestra vida.

El alma dominicana, más que la de un simple cristiano, debe aprovisionarse de estas grandes ideas. Apenas nuestro P. Santo Domingo reunió a sus primeros hijos, los puso bajo la dirección de un maestro en sagrada Teología. Y nadie ignora la importancia que se da en nuestras Constituciones al estudio, colocándolo desde un principio entre los principales medios de nuestra vida religiosa. Antes de ser un medio necesario para el apostolado, se considera como un medio necesario para la contemplación. Nuestro apostolado consiste primordialmente en comunicar un objeto de contemplación a nuestro prójimo. Lo hacemos participante de lo que hemos contemplado para que, a su vez, él lo contemple. *Contemplata aliis tradere contemplanda.*

Veritas! Es necesario discernir y profundizar la gran verdad divina. Dios, a quien amo y a quien debo amar cada día más, quiero conocerlo en su belleza para amarlo mejor. ¿Quién es Dios?, preguntaba siendo niño aquel que debía llegar a ser el más grande y el más perfecto de los hijos de Santo Domingo. Y durante toda su vida trabajó en formular la respuesta. Nadie lo ha superado después. Debemos extraer de sus obras, directa o indirectamente, el objeto amado de nuestra contemplación para conocerlo bien.

Recordemos el cuadro de la Crucifixión existente en San Marcos, de Florencia. Fr. Angélico ha representado en este cuadro, entre varios santos, detrás de San Francisco que está de rodillas y con los ojos bañados en lágrimas, a Santo Tomás de Aquino, de pie, con el rostro contraído por el esfuerzo de un pensamiento que le absorbe. A más de la emoción sensible que experimenta ante las llagas sangrientas del crucificado, penetra en el misterio del Hijo de Dios encarnado para expiar nuestras faltas sobre la cruz y reconciliarnos con su Padre. En esta pintura se transluce su profunda emoción, traducida por la expresión punzante de sus rasgos. He aquí el tipo de nuestra contemplación dominicana.

La excelencia de la oración no consiste en remover muchas ideas. Es preferible que sean pocas, pero bien elegidas

y perfectamente asimiladas por una larga rumia, aun cuando se presenten a nuestro espíritu de una manera simple.

* * *

¿De qué se trata en realidad? (Se trata de ponerse en la presencia del mismo Dios, de tomar contacto con El, y esto para dirigirle primeramente la palabra y orar y en definitiva para unirnos a El afectuosamente. Todas las ideas fecundas cuya necesidad hemos ponderado pueden ser relacionadas con la triple presencia divina. Dios está presente de tres maneras: presencia de inmensidad en todos los seres, presencia de intimidad en nuestra alma en estado de gracia y presencia de unidad en Nuestro Señor Jesucristo.

Presencia de inmensidad. Se ha comparado a Dios con una esfera espiritual cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna. ¡

Dios está en todas partes por su poder, como un rey cuyo poder absoluto llega a todas las extremidades de su reino. Dios está en todas partes por su presencia, como el rey en su sala de recepciones, donde se entera de todo lo que ocurre en su reino. Dios está en todas partes por su esencia, como el rey sobre el trono en que está sentado.

Esto no son más que pobres comparaciones. Dios está más íntimamente presente a todos los seres que el rey a su mismo trono. Pues en Dios no se trata de una simple juxtaposición. [Dios es espíritu, y como tal está todo entero presente en todo lo que hace, de la misma manera que nuestra alma está presente en todo el cuerpo que anima. Y ya que El es quien ha creado y conserva continuamente el ser mismo, es decir, todo lo que hay de más profundo en toda cosa, de ahí que Dios está presente todo entero en todos los seres de la manera más íntima posible.

Y lo está con la plenitud de todas sus perfecciones, las que más o menos se manifiestan por algún reflejo. Y así, un alma instruída y habituada a la meditación encuentra ocasión de meditar en todas las cosas los diversos atributos de Dios, su sabiduría, su amor, su justicia, su misericordia, su providencia, su poder infinito.]

[Presente en todos los seres por su inmensidad, Dios reserva a algunas almas el goce de su presencia, de inti-

inidad. Es el privilegio de las almas en estado de gracia, y se realiza gradualmente desde la condición de pequeño hijo que adquiere en las fuentes del bautismo y que ha recibido en su alma adormecida la capacidad de unirse a Dios, hasta la etapa del bienaventurado que ha llegado al término de este destino maravilloso, en la que ve a Dios como El se ve y lo ama como se ama El.)

Por la actividad de la gracia se participa de la misma vida de la Santísima Trinidad. «Es mi Padre que te ha revelado todo esto, oh Simón Pedro que acabas de confesar tu fe.» Sí; Dios Padre hace llegar a nuestro entendimiento el conocimiento que El tiene de Sí mismo en su Verbo eterno, y luego nosotros por la caridad participamos del amor mutuo que se tienen el Padre y el Hijo, cuyo amor es el Espíritu Santo en persona.

Oh Santa y adorable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Vos fabricáis en mí vuestro cielo y bastará que yo os descubra en él en una clara visión para entrar yo también en vuestra beatitud y encontrar mi cielo en mí mismo. Atraedme cada día más en vuestra intimidad. Concedme que viva con mayor intensidad de vuestra vida.

La tercera presencia divina es la presencia de unidad con la que fué adornado un solo hombre: Nuestro Señor Jesucristo. En El la naturaleza humana se unió en persona a la naturaleza divina. Dios se une a todos los seres por su poder creador; el justo de la tierra y el bienaventurado en el cielo se unen a Dios y lo abrazan en cierto modo, pero solamente Jesús forma un solo ser con Dios; es el mismo Dios en persona.

Si el Hijo de Dios se ha encarnado ha sido para incorporarnos a El como a un Jefe, y es por eso que esta presencia divina nos interesa a todos mientras vivimos. Recordemos las explicaciones dadas más arriba sobre este tema.

Jesús, que ha dejado en la historia la huella de treinta años vividos en Palestina, desde entonces pensaba en mí, predicaba para mí y por mí murió en la cruz. Es necesario que lea y medite su Evangelio con amor como si se tratara de una carta que me escribió y que ahora llega a su destino.

Jesús, que ha dejado la tierra para habitar en un lugar adaptado a su glorioso cuerpo, al cual han podido ver y

tocar los apóstoles durante los cuarenta días que precedieron a su ascensión, continúa ocupándose de mí como de todos los miembros suyos que permanecemos en este mundo. Vivo bajo su mirada amorosa. Puedo decir que la pulsación del Sagrado Corazón envía continuamente la vida espiritual a mi alma. Y su Madre, unida a El en el misterio de su vida terrestre, continúa colaborando con El para mi salvación en el cielo. El Rosario supone esta doctrina.

La sagrada Eucaristía recuerda y prolonga entre nosotros la vida de Jesús sobre la tierra y nos ofrece el medio seguro de unirnos a su vida celestial. En el tabernáculo y en la Comunión gozamos particularmente de esta tercera presencia divina, verdaderamente única y singular.

En realidad todos los dogmas que engendran la vida cristiana se resumen en esta triple presencia divina.

Dadme un alma que por medio del estudio y de la reflexión se ha familiarizado con estas verdades. Cuando ella se pone simplemente en la presencia de Dios capta con frecuencia la quintaesencia de todas estas verdades en la vaga intuición que tiene del ser divino, gracias principalmente a los dones del Espíritu Santo, y su corazón se une a Dios en toda su misteriosa realidad, prolongando y reteniendo lo más posible su contacto.

Por simple que sea, esta oración es la expansión de un fecundo fondo doctrinal que hemos asimilado. En nosotros, igual que en la Trinidad que nos transforma a su imagen, el amor procede del Verbo, *Verbum spirans amorem*.

II

Las inspiraciones litúrgicas de la oración

Si nadie duda de la conveniencia de añadir la oración mental al culto público que rendimos a Dios cuando tomamos parte en la misa y en los demás Oficios que constituyen la liturgia de la Iglesia, no conviene distinguirlos de manera que se establezca entre ellos una oposición. Las dos formas de oración, por el contrario, deben unirse y compenetrarse.

El sacerdote que reza distraídamente su breviario sin dirigir su alma a Dios y sin fijar la atención en el sentido de las palabras, cumple en rigor con el precepto eclesiástico. En cierta manera presta sus labios a la Iglesia que reza por él, pero su vida sobrenatural no saca ningún provecho por no haber sabido unir a la oración vocal la oración mental. Es una pérdida que todos los días va en aumento y que al fin es incalculable.

Quizá se apura en rezar su breviario para dedicar un rato a una oración mental que es de su agrado, pensando equivocadamente que sólo ella le puede ofrecer una fuente de vida. Ya que una oración mental que se aísla o prescinde de la liturgia corre el peligro de perder en gran parte su valor vivificante. El sujeto y las fórmulas que la Iglesia nos ofrece, con una garantía absoluta de ortodoxia y con tantas riquezas espirituales, son ordinariamente preferibles a las que nosotros podemos elegir personalmente.

Además del ciclo litúrgico, ¿qué motivos podemos elegir para nuestras meditaciones? Si algún día hemos tenido la oportunidad de hacer un estudio teológico, de leer algún libro útil para nuestra piedad; si algunos acontecimientos providenciales provocan en nosotros saludables reflexiones, es muy probable que todo ello ofrezca a nuestro espíritu un motivo excelente de meditación. Pero de esta manera, de ordinario nos entregaríamos a nuestro capricho o echaríamos mano de cualquier manual para nuestras meditaciones diarias. Mientras que siguiendo el ciclo litúrgico nuestra madre la Iglesia presenta a nuestra contemplación las grandes verdades cristianas en un orden perfecto y nos señala, a través de las estaciones, el itinerario seguro de nuestra renovación espiritual.

Y además nuestra piedad debe mantenerse homogénea. Las direcciones divergentes serían funestas a su vitalidad. Si hay algunos días en el curso del año que no tienen un carácter litúrgico bien definido y en los cuales nuestra alma tiene cierta libertad en la oración, la mayor parte del tiempo este carácter litúrgico está claramente señalado. En estos casos para ser fieles a la inspiración de la Iglesia, para participar en sus oficios con el espíritu y con el corazón como conviene, para celebrar dignamente los santos misterios, nuestro primer deber ha de ser el de excitar en nos-

otros los pensamientos y los afectos que nos inspiran las lecturas, las oraciones, los actos que realizamos.

Además envueltos en la atmósfera del ciclo litúrgico, las ceremonias, el color de los ornamentos, el adorno del altar, los cánticos, todo contribuye a producir tales estados interiores. Y en ese caso, ¿para qué poner en circulación en nuestra alma una corriente distinta de reflexiones y de sentimientos? Eso sería introducir una división en nosotros mismos. Semejante dualismo perjudicaría tanto a nuestra vida de oración como a nuestra vida litúrgica. Una y otras se verían atacadas por la anemia, a menos que se sacrificara una de las dos. Así es fácil ver cómo almas sacerdotales que hacen la oración mental de su libre elección, en cuanto a la liturgia caen en la rutina y en el formulismo. Para evitar este peligro hemos de procurar apoyar nuestra vida de oración sobre la que oficialmente tiene la Iglesia. Según la expresión de Pío X, «la liturgia es la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano».

* * *

La Iglesia no solamente nos ha procurado motivos de meditación, sino que también nos ha preparado excelentes fórmulas. Muchas almas se lamentan ante la enorme dificultad que tienen de hablar con Dios como se habla a una persona querida del mundo. Sienten la imposibilidad de improvisar discursos para dirigirse a este interlocutor invisible y mudo. Para ayudar a estas personas se han multiplicado los libros desde que la media hora de meditación se ha hecho una costumbre general en las almas devotas, presentándoles fórmulas ya preparadas y piadosos coloquios que no tienen más que apropiarse.

Pero antes había y siempre hay dos libros de meditación oficiales en la Iglesia de Dios, que son el breviario y el misal. No hay otro que los aventaje. El mejor es el misal, que ha sido traducido a todos los idiomas y que está al alcance de todas las almas cristianas. En él se encuentran las expresiones más perfectas que el Espíritu Santo haya inspirado. La Iglesia las ha seleccionado con el mayor esmero y diligencia y las ha ordenado armoniosamente para despertar en nosotros emociones saludables que mu-

chos santos han experimentado al correr de los años. En el misal se sugieren a nuestra alma las actitudes de perfecta corrección y los sentimientos afectuosos que Dios se complace en encontrar en sus siervos y en sus hijos. Es «el único método auténticamente instituido por la Iglesia para hacer nuestras almas semejantes a la de Cristo».

* * *

Prácticamente conviene que nuestra oración preceda, acompañe y siga a la plegaria litúrgica, ya sea que abarque ésta todas las horas metódicamente distribuidas durante el día desde Maitines hasta Completas, ya sea que se reduzca a oír la misa, que constituye la parte esencial de la oración.

Conviene prepararse antes, por medio de alguna lectura o meditación, para comprender la importancia de los actos que se van a realizar para asimilar el espíritu del tiempo litúrgico o de la fiesta que se celebra, para comprender el sentido de las palabras y de las ceremonias litúrgicas. Esta preparación se hará mediante la lectura de algunos comentarios a veces necesarios, viendo por sí mismo cómo las diversas partes de la misa se aclaran mutuamente, y buscando la clave de estas diversas enseñanzas en la *colecta*, que aplica de una manera especial estas mismas enseñanzas a nuestras almas.

Durante el Oficio y la misa procuraremos saborear y contemplar, elevar nuestras almas hacia Dios conforme se presente la ocasión, que nos la proporcionarán las fórmulas y los gestos litúrgicos. ¿No constituye acaso todo ello un excelente sacramental por el cual la Iglesia provoca en nosotros las disposiciones que ella posee del Espíritu de Jesús? San Agustín nos habla de las fervorosas oraciones que le inspiraba la liturgia: «¡Cuántas veces he llorado, Dios mío, de tus himnos y de tus cánticos, melodiosa voz de tu Iglesia! Estos sonidos resonaban en mis oídos y por ellos la verdad penetraba en mi corazón y hacían nacer sentimientos de ardiente piedad, y las lágrimas brotaban de mis ojos y estas lágrimas me causaban un dulce gozo» (1).

(1) SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, lib. IX, c. VI.

Antiguamente, al final de cada salmo se hacía una pequeña interrupción para dar libre curso a la meditación personal o a la oración privada. El *Gloria Patri* y las antífonas han venido a sustituir estos silencios. Cuando el sacerdote cantaba el *Oremus* era para invitar también a la oración silenciosa. *Flectamus genua*, decía el diácono, y todos los fieles, puestos de rodillas, oraban mentalmente. Después el sacerdote pronunciaba en alta voz una breve fórmula que resumía y concluía las oraciones de todos los fieles. El *Pater noster*, recitado en silencio y con una inclinación que rezamos al final de cada hora, es una reminiscencia de estas antiguas prácticas.

Que nadie se imagine que no pueda practicarse hoy la oración mental durante el Oficio litúrgico. No me refiero, naturalmente, a ciertos razonamientos más o menos trabajosos de algunas meditaciones, sino a esas intuiciones vivas y rápidas, a esas miradas afectuosas de la fe, a esos actos de amor y de religión que constituyen lo mejor de nuestras oraciones. Cuando el Oficio es rezado a dos coros uno queda con bastante libertad para entregarse a esa tarea. Lo mismo ocurre en la misa cantada, ya que la melodía y los silencios facilitan las efusiones de nuestra alma. ¿Quién no ha vibrado a las súplicas del *Kyrie* repetido con insistencia, a las aclamaciones del *Gloria* y del *Sanctus* asistiendo a una misa conventual? Y si rezamos el Oficio en privado o asistimos a una misa rezada, ¿quién nos impide que hagamos algunas pausas para saborear un pensamiento o expansionar nuestra alma en un sentimiento de devoción?

En fin, después del Oficio, cuyas diferentes horas dividirán nuestra jornada y la santificarán, y principalmente después de la misa, nuestra alma procurará conservar algunas impresiones de que se alimentará la contemplación. Los textos que se han ido multiplicando a lo largo del Oficio, los de la misa en particular, se reducen a algunos pensamientos básicos que se repiten bajo diversas formas y que un espíritu atento sabe retener. Un versículo esencial se gravará tal vez en nuestra memoria y procuraremos repetirlo conscientemente y se convertirá en una oración jaculatoria. Hemos dicho ya que en el primer siglo de nuestra Orden los frailes sentían gusto en prolongar en forma privada y libre, mediante ardientes coloquios con

Dios, el Oficio litúrgico que había encendido el fervor de su caridad.

Luis de Granada, en su tratado de la oración, aconseja prepararse a ella mediante el rezo de alguna oración vocal, y hace notar que estas oraciones vocales son más útiles cuando están en verso. Se las puede modular con la imaginación, y nuestra alma sentirá mayor gusto de las cosas de Dios gracias a esta especie de encanto. Y en eso mismo encontramos un resto o una imitación de la hermosa liturgia, cuya benéfica influencia sobre la vida de oración nos complacemos en señalar una vez más.

ARTICULO III

LAS DIVERSAS FORMAS DE NUESTRA ORACIÓN

I

Las oraciones secretas

La oración mental, literalmente considerada, es sinónima de oración secreta. Y de hecho la oración mental prescrita por las Constituciones dominicanas y recomendada por la Regla de la Orden Tercera seguramente equivale a las oraciones secretas que las *Vidas de los Hermanos* elogian y cuya práctica es intensamente recomendada por Humberto de Románs; oraciones sin precisar la palabra, es decir, aspiraciones dirigidas a Dios e improvisadas con cierta libertad, aun cuando sirva de tema alguna fórmula conocida.

«La divina alabanza, a la que está principalmente consagrado el Oficio coral —dice el Beato Humberto—, se impone como un deber ineludible que continuaremos en la eternidad, pero acá en la tierra necesitamos de la meditación, a la cual debemos aplicarnos principalmente por las oraciones secretas.

»Durante el Oficio divino ciertamente también pedimos favores, pero son principalmente por las necesidades de la Iglesia Católica. En las oraciones secretas pedimos particularmente por nuestras propias necesidades.

»La salmodia coral no nos permite detenernos a lo que se refiere a nosotros; en cambio, las oraciones secretas nos dan esa oportunidad. Además abrimos más efusivamente nuestra alma y nos comunicamos más a gusto en la intimidad que no estando muchos reunidos.

»Para el rezo del Oficio se necesitan libros y con frecuencia se precisa la luz. Nada de esto hace falta para la oración secreta. Podemos dedicarnos a ella siempre y en todas partes, conforme al consejo del Maestro: *Oportet semper orare*» (1).

La oración, dice Santo Tomás (2), es un acto de la razón práctica por la cual organizamos nuestra existencia y ordenamos todo lo que nos concierne. Nuestra razón por sí sola no es suficiente para realizar este orden. Es necesario llamar en ayuda a otras facultades, a otros seres. El orden que realizamos toma la forma de un verdadero mandato cuando va dirigido a alguien que está sujeto a nosotros, pero queda completamente en el plano de oración o de súplica cuando nos dirigimos a personas que no deben recibir ningún mandato nuestro. Tal es el caso de Dios, el soberano Maestro.

Fijémonos en la diferencia que hay entre la petición dirigida a un hombre y la oración hecha a Dios. Mi petición influye sobre el hombre disponiéndolo en venir en mi ayuda, mientras que mi oración dirigida a Dios, que es inmutable, me pone en disposición de recibir sus beneficios. Y he aquí la razón por la cual Dios ha querido que rezáramos.

La oración a Dios es un acto de la virtud de la religión, la más noble de las virtudes morales, la que nos inclina a cumplir nuestros deberes con el Creador y especialmente nuestro respeto y nuestra sumisión. Todo cuanto hay en nosotros debe estar en presencia de Dios, en estado de reverencia y de dependencia. Y en la oración es precisamente el espíritu la parte más noble de nuestro ser, que lo reconoce por soberano Dueño y atestigua que tiene necesidad de El.

Otras virtudes intervienen también en la oración, y en primer lugar las grandes virtudes teologales, de las que procede en definitiva toda la vida cristiana. Por la fe conocemos a Dios y su misericordia infinita, a la cual nos dirigimos. La caridad regula nuestros deseos y pone orden en nuestras peticiones. La esperanza transforma estos simples

(1) HUBERTO DE ROMÁNS, *Opera*, t. II, págs. 91-93.

(2) *Ila. Ilae*, q. 80.

deseos y los impregna de una saludable confianza de que seremos atendidos, y por esta razón exponemos a Dios nuestras necesidades. La virtud de la humildad y de la penitencia acompañan también a la virtud de la religión para reforzar nuestros sentimientos de respeto y de sumisión a la vista de Dios.

* * *

¿Qué actitudes debemos tomar para hacer bien estas oraciones nacidas de la improvisación?

En primer lugar es necesario que me coloque en la presencia de Dios a quien pienso hablar, que yo me eleve hacia El y que lo llame empleando los títulos que más convengan al fin que me propongo. Estos títulos me son sugeridos por las diversas virtudes cristianas más arriba mencionadas y es fácil encontrar bellas expresiones de las mismas en las fórmulas que el mismo Cristo o la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, han enseñado al pueblo cristiano: las invocaciones de las letanías, el principio de las oraciones litúrgicas, las primeras palabras de la oración dominical: «Padre nuestro que estás en los cielos.»

El exordio de una petición tiene por objeto disponer la voluntad de aquel a quien va dirigida la petición. La voluntad de Dios está siempre bien dispuesta. «El nos ha amado primero», dice San Juan. Debemos más bien excitar la confianza de nuestro corazón en su coloquio con Dios. Y esto lo haremos considerando su bondad y su poder. ¡Cuán bueno sois, oh Padre, mi verdadero Padre, cuyo hijo soy! ¡Vos sois todopoderoso, Vos que estáis en los cielos y dirigís las evoluciones del universo material y de todas las fuerzas espirituales!...

Este primer punto de nuestra oración secreta, que es la elevación de nuestro espíritu a Dios, tiene una importancia decisiva para toda nuestra oración. Es necesario hacerlo lo mejor posible y repetirlo de cuando en cuando para no perder el contacto con Dios. Las letanías son muy eficaces para esto.

A continuación expondremos nuestras peticiones. Y hemos de cuidar que ellas sean conformes a los deseos que son regulados por la caridad. En la más perfecta fórmula de oración que nuestro Señor nos ha enseñado, los bienes

que podemos pedir son enumerados según el orden más conveniente. En primer lugar, la gloria que las criaturas deben dar a Dios: «santificado sea tu nombre». Luego nuestra feliz participación a esta gloria: «venga a nos el tu reino». Después de haber expresado el fin, mirado bajo este doble aspecto, se nos indica el camino que conduce a él, que es el cumplimiento de la voluntad divina; es preciso que nos abandonemos de buen grado a la Providencia en todas las circunstancias en que ella nos coloque, y en estas circunstancias hacer todos los días lo que nos indica por medio de sus mandamientos y de sus consejos. Necesitamos también del alimento para seguir marchando por este camino: pan para el cuerpo y pan para el alma; por eso pedimos al Padre celestial que nos lo dé todos los días. De manera que el alma pide a Dios todos los bienes según el orden de valores. Finalmente, pedimos a Dios que nos libre de los males que se oponen a los bienes que acabamos de mencionar. Y también en aquellos la oración dominical establece un orden de valores. Quede, pues, establecido que ella nos ofrece un modelo perfecto para nuestras oraciones. Y así fácilmente podemos acomodarlas a nuestras propias necesidades.

A veces nuestra oración puede reducirse a una simple súplica, haciendo un llamado al buen Dios para todas nuestras miserias sin determinar ninguna. ¡Tened piedad de nosotros! ¡Tened piedad de nosotros!, decimos en las letanías. De una manera parecida podemos repetir varias veces: *Deus in adiutorium meum intende*, como lo hacemos en la *Pretiosa*. Así lo hacía Santa Catalina de Sena.

También podemos adoptar la actitud de insinuar solamente nuestro deseo poniendo de manifiesto ante la mirada divina nuestra indigencia. Así era la delicada plegaria de las hermanas de Lázaro: «Señor, aquel a quien amáis está enfermo.»

A estas peticiones más o menos expresamente formuladas y que constituyen la parte esencial de la oración, pueden incorporarse otros actos que vienen a ser como partes integrantes de la misma, tales como las acciones de gracias y las conjuraciones que San Pablo recomienda también en su primera carta a Timoteo.

Nada mueve más a un bienhechor continuar prodigando

sus favores como demostrarle nuestra gratitud por los que ya hemos recibido de sus manos. «Yo os dirijo esta súplica, Señor, que os habéis preocupado de mí desde toda la eternidad, que me habéis sacado de la nada y me habéis dado vuestra vida para rescatarme, a Vos que me dáis todavía hoy tantas gracias a las que soy particularmente sensible...»

Si se tienen además algunos títulos para ser atendido conviene apoyarse en ellos para obtener más seguramente la intervención de Dios. Nuestro título más honorífico, el único en definitiva, es la redención llevada a cabo por nuestro Señor y toda la serie de misterios que son una consecuencia de la misma. «Por vuestra Natividad, ¡líbranos, Señor Jesús! Por vuestra infancia..., por vuestros trabajos y sudores..., por vuestra agonía y vuestra Pasión..., por vuestra cruz y por el abandono en que os encontrasteis..., ¡líbranos, Jesús!», etc.

Estas acciones de gracias y estas conjuraciones añadidas a nuestras plegarias influirán eficazmente para que Dios nos otorgue sus dones, o mejor dicho —y conviene que se diga una vez más—, pondrán nuestra alma en las mejores disposiciones para que Dios nos otorgue sus beneficios.

Santo Tomás hace notar que en la mayor parte de las oraciones litúrgicas se pueden distinguir las cuatro partes sobredichas. Toma como ejemplo la colecta de la fiesta de la Trinidad: «Dios todopoderoso y eterno (elevación de nuestra alma hacia Dios), que habéis dado a vuestros siervos en la confesión de la verdadera fe reconocer la gloria de la Trinidad y en el poder de Su Majestad adorar la divina Unidad (acción de gracias), os suplicamos que por la firmeza de esta misma fe nos veamos libres de toda adversidad (petición); por Nuestro Señor Jesucristo... (conjuración).» Así vemos que a falta de libros la colecta de todas las fiestas, y sobre todo la de los días domingos, nos ofrece un tema de oración muy apropiado.

Estas oraciones secretas, añadidas a la oración coral, tienen la ventaja de hacernos comprender y saborear las partes más significativas, los temas más substanciosos del Oficio rezado en común, en cuya consideración no podemos detenernos; así ocurre, por ejemplo, con el *Pater* o el *Ave* que rezamos rápidamente haciendo inclinación profunda, al principio y al fin de cada hora canónica, o con

tal colecta, tan substancial que se ha oído o se ha tenido que pronunciar siguiendo los movimientos rituales.

Resulta, pues, esta oración mental muy fácil y asequible a todos nuestros Terciarios. Luis de Granada daba este consejo, adornándolo con una de sus comparaciones pintorescas de las que es maestro: «Quienes a falta de devoción difícilmente pueden dedicarse a la meditación, harán bien de recurrir a estas sentencias o palabras sagradas que elevarán y guiarán su espíritu, y como niños encerrados en un carrito de ruedas que les facilita el andar, así también encontrarán en estas fórmulas la espontaneidad, que no encontrarían en sí mismos.»

II

Las santas meditaciones

Las santas meditaciones de que ha hablado Humberto de Románs como de oraciones secretas y que pueden incorporarse a estas, son, sin embargo, esencialmente distintas (1). Hemos podido constatarlo al ver a Santo Domingo dedicarse a unas y a otras.

Veamos, con relación a la oración mental, cuáles son sus diferencias más notables. Las santas meditaciones son más rigurosamente *mentales* que las oraciones secretas. Las oraciones secretas son más principalmente *oraciones* en el sentido antiguo de la palabra, ya que son peticiones religiosas dirigidas a Dios. Las santas meditaciones, sin embargo, merecen con más propiedad el nombre de *oración* si se entiende por ella, como se entiende ordinariamente hoy día, una elevación de nuestra alma hacia Dios para contemplarlo.

Aun cuando fueran primordialmente mentales, las oraciones de nuestros primeros Hermanos se expresaban a veces por medio de palabras que salían de su corazón, y se exteriorizaban en inclinaciones, genuflexiones, postraciones. Recibían una influencia del Oficio divino y en cierta manera lo prolongaban. Las santas meditaciones hechas

(1) HUMBERTO, *Opera*, t. II, pág. 231.

con la lectura de un libro o sin ella, se prosiguen mejor en silencio y en la inmovilidad. Se asemejan al estudio religioso.

Las oraciones secretas son principalmente requerimientos dirigidos a Dios con todo el respeto y la sujeción religiosa que puede poner un alma que se siente pequeña y necesitada en presencia del soberano Maestro. Las meditaciones pueden ser también un ejercicio de la virtud de la religión, pero de una manera distinta y que nos dispone a la oración aplicando nuestro espíritu a reflexionar sobre las perfecciones divinas y sobre nuestra miseria personal para adquirir el convencimiento de la necesidad que tenemos de acudir a El.

Pueden también relacionarse con la virtud de la prudencia, que examina con diligencia lo que nos conviene obrar para encaminar nuestra vida. Y en realidad la oración mental de las almas piadosas, en la vida religiosa o en el mundo, se concreta hoy casi siempre a una meditación puramente moral. Las almas dominicanas que no conocen esta clase de meditación prefieren, sin embargo, la meditación contemplativa, en la cual ejercitan su virtud de la fe reflexionando sobre la verdad divina para llegar a contemplarla en una simple y pasiva mirada de amor. Ya vimos como Santo Domingo se elevaba de la meditación a la contemplación.

Vamos ahora a consultar a Santo Tomás para conocer los principios que deben orientar estas diversas meditaciones. Vamos a empezar hablando de la más humilde: la meditación moral. A continuación hablaremos de la meditación religiosa y luego de la contemplativa.

* * *

La meditación moral en sí misma es muy útil para la vida contemplativa. Si consultamos el tratado que Santo Tomás consagra a ésta, al final de la segunda parte de la *Suma* (1) vemos que, después del primer artículo sobre la función primordial del amor divino en la contemplación de Dios, se pregunta si las virtudes morales son necesarias tam-

(1) *Ila. Ilae*, q. 180, a. 2.

bién para esta contemplación. Y contesta afirmativamente, en cuanto disponen nuestra alma a la misma. «Son aquellas que dan la pureza y la paz necesarias. Sin ellas, turbada el alma por sus pasiones internas y por las preocupaciones externas, es incapaz de concentrarse en el pensamiento de Dios. Por tanto, las virtudes morales, al mismo tiempo que perfeccionan al alma en el terreno de la vida activa, la colocan en disposición de entregarse a la contemplación.»

«Que los directores espirituales tengan muy en cuenta —observa Cayetano en su *Comentario*— y cuiden con diligencia que sus discípulos se ejerciten primeramente en la vida activa antes de proponerles las elevadas cumbres de la contemplación. En efecto, hay que dominar las pasiones por hábitos de dulzura, de paciencia, etc., de liberalidad, de humildad, etc., para que, una vez dominadas, puedan elevarse a la vida contemplativa. A falta de esta ascética preliminar, muchos que en lugar de caminar van saltando en los caminos de Dios, después de haber consagrado un largo tiempo de su vida a la contemplación se encuentran vacíos de toda virtud, impacientes, coléricos, orgullosos, por poco que se los pruebe. Tales personas no han tenido, ni la vida activa, ni la vida contemplativa, ni la mixta, pues han edificado sobre arena. Y pluguiese a Dios que este defecto fuese raro» (1).

Hay una meditación que naturalmente forma parte de esta preparación ascética, y es la meditación moral. No se trata en ella de hacer consideraciones teóricas ni de elevarse a altas contemplaciones. Hay que poner en actividad nuestra razón práctica y la virtud sobrenatural de la prudencia para examinar cuidadosamente «lo que hay que hacer, las razones por qué debemos hacerlo y los medios para hacerlo». Estas palabras, que son de Santo Tomás (2), definen muy bien lo que debe ser esta forma de meditación que hoy se lleva las preferencias de muchos autores espirituales. Su objetivo propio es la resolución práctica, bien concretada e inmediatamente realizable. Esta forma de meditación tiende, pues, a la realización inmediata, procurando conseguir primeramente una firme convicción de la

(1) Cayetano, in *Ham Hae*, q. 182, a. 1, § VII.

(2) De *Veritate*, q. 14, a. 4.

necesidad indispensable de tal disposición sobrenatural y una íntima persuasión de la necesidad que tenemos de ella.

A fin de conseguir esta firme convicción, debemos considerar los motivos que nos muestran la excelencia de esta virtud y la obligación que tenemos de practicarla.

Para persuadirnos más y más de lo necesario que es ella en nuestra vida reflexionemos seriamente sobre nuestros sentimientos, nuestras palabras, nuestras acciones. Esta reflexión bien hecha hará que aborrezcamos el pasado y que sintamos un deseo ardiente de salir de él.

Para la práctica de esta reflexión existen fórmulas excelentes. Este método será muy útil al practicar ciertos ejercicios espirituales muy indicados para tomar resoluciones que pueden ser definitivas; también podemos inspirarnos en él al hacer todos los días el examen particular sobre tal o cual virtud.

No obstante, se impone aquí una pregunta. ¿Esta meditación merece el nombre de oración? Más de uno puede formular esta pregunta. Le conviene el nombre de oración en la medida en que empieza por la adoración de Dios o de Cristo, modelo y predicador de la perfección cristiana, y también en la medida en que se recurre a la oración para obtener de Dios, por Jesucristo nuestro Señor, la gracia de participar a esta perfección. Por estos dos motivos se diferencia también del esfuerzo de los moralistas estoicos del pasado y de hoy. Considerada en sí misma esta meditación, no es propiamente una oración. Y no conviene sacrificar continuamente a ella la mayor parte del tiempo que debemos reservar para la oración mental.

Será preferible, por tanto, aceptar lo que esta meditación tiene de útil para cada día y unirlo a la meditación religiosa, de la que nos vamos a ocupar.

III

La meditación religiosa

Hay una meditación religiosa a la que puede consagrarse el tiempo de la oración mental. Santo Tomás la recomienda expresamente y nos ha formulado sus princi-

pios (1). Pertenece a la virtud de la religión. Ella no nos pide, como lo hace la meditación moral prolongada y repetida continuamente, que nos ocupemos de nosotros. Pues la virtud de la religión, que ostenta la preeminencia entre las virtudes morales, tiene la particularidad de dirigirse al mismo Dios. Con ella no nos ocupamos de nosotros, sino para dirigirnos hacia Dios, para reverenciarle y someternos a El. Todo lo pone a su servicio, nuestros bienes exteriores y los miembros de nuestro cuerpo, pero principalmente nuestros bienes del alma, nuestra razón y nuestra voluntad. Cuando rezamos, lo hemos dicho, nuestra razón es la que rinde homenaje al soberano Maestro. Y nuestra voluntad, en lo que tiene de más profundamente personal, se somete a El generosamente por el acto de devoción. Este es el acto religioso más noble que impulsará todos los otros, la plegaria misma, la adoración corporal y los sacrificios. La devoción puede abarcar la vida entera. No satisfecha con cumplir en tales días y en tales horas tal o cual ejercicio religioso, la devoción convertirá en homenaje todos los actos de una existencia, aun los más comunes. Es este el ideal de aquellos que han hecho la profesión religiosa.

¿Qué es lo que estimulará esta devoción tan importante? La causa principal de la devoción, responde Santo Tomás, es Dios, que la da a quien le place. Se comprende que es necesario para ello recurrir a la oración. Pero Santo Tomás habla primeramente de la meditación religiosa, necesaria, dice él, para que hagamos de nuestra parte lo posible para excitar nuestra devoción y finalmente para pedirla a Dios y colocarnos así en disposición de recibirla de El por la oración.

Nuestro Doctor, en una obra anterior, había hablado ya de esta meditación como intermedia entre la lectura de la Sagrada Escritura, en la que escuchamos la palabra de Dios, y la oración, en la que somos nosotros los que dirigimos la palabra a El. ¡Pero para cuántas almas su intervención es como si no existiera! Así, bien colocados en la presencia de Dios, podemos dirigirnos a El mejor (2). Sé

(1) IIa. IIae, q. 82, a. 3.

(2) IV Sent., d. 15, q. 4, a. 1.

comprende entonces que semejante meditación encuentra su ambiente natural en las oraciones secretas con el objeto de inspirarlas y aumentar su fervor.

* * *

¿En qué consiste prácticamente esta meditación religiosa? En que hagamos algunas consideraciones útiles para convencernos personalmente de la necesidad de recurrir a Dios y ponernos bajo su dependencia. De la misma manera que el alimento no produce su efecto hasta cuando no ha sufrido una acción enérgica en la boca y en el estómago, las grandes verdades cristianas no nos aprovecharán hasta que no hayan sido objeto de una meditación, que Santo Tomás en alguna parte la llama una ruminación intelectual.

Dos clases de reflexiones se imponen: unas que se refieren al mismo Dios; las otras se refieren a nosotros. Tales son los dos puntos, inseparables por otra parte, a los que se reduce siempre esta meditación. Nuestro Señor ha proporcionado un modelo a Santa Catalina de Sena cuando le dijo: «¿Sabes tú, hija mía, quién eres tú y quién soy Yo? Si llegas a conseguir este doble conocimiento serás feliz. Tú eres la que no eres; Yo soy el que soy.»

Primeramente, pues, se debe reflexionar sobre la plenitud del ser y de la bondad, que es Dios, sobre todos los beneficios generales y particulares con que nos ha obsequiado. Conviene evitar toda clase de consideraciones sutiles, que encuadran muy bien en un curso de alta teología, y dedicarse solamente a aquellas que pueden excitar la devoción. El pensamiento de las perfecciones divinas es muy indicado en principio para ello. Pero nuestro pobre espíritu humano tiene necesidad de algo sensible para empezar, y por esta razón la consideración de la humanidad de nuestro Señor es el medio práctico para elevarnos a un conocimiento emotivo del ser divino. Procuremos representarnos tal como aparece en uno u otro de los episodios del Evangelio o bajo el aspecto en que se presenta en alguna de las parábolas. Unas veces será el padre del hijo pródigo, el Buen Pastor o el sembrador; o bien el Maestro incomparable que recibe a sus primeros discípulos a orillas del Jordán y empieza su educación, que continuará

por espacio de tres años; el gran Director espiritual que conversa con la Samaritana junto al pozo de Jacob; el Médico divino que acoge y cura los cuerpos y las almas; el ejemplar perfecto de todas las virtudes, tan religioso, tan puro, humilde, dulce, paciente, misericordioso, consagrado completamente al bien del prójimo.

Después de haber tenido estos pensamientos acerca de Dios y sin que los olvidemos, reflexionaremos luego sobre todas nuestras miserias, sobre la nada de nuestro ser, sobre la necesidad que tenemos de nuestro Creador y Salvador en todo y para todo. ¡Ah!, ciertamente somos absolutamente incapaces para cualquier obra buena.

Esta meditación sobre nuestras miserias puestas en presencia de la bondad divina debe terminar con un anonadamiento de nuestra parte delante de Dios, en la admiración y alabanza de sus perfecciones infinitas y finalmente en la oración pidiéndole que nos conceda sus saludables dones. Oración que implora los bienes verdaderos; oración muy humilde, muy confiada, que insiste con perseverancia; oración que normalmente será mucho más eficaz que la que no ha sido preparada por una meditación religiosa como la que acabamos de describir. Podemos decir con M. Olier que es una comunión espiritual.

* * *

Luego, y esto es muy importante, es necesario corresponder, cooperar, a la gracia recibida. Bajo la influencia de esta gracia hay que formar un buen propósito muy superior a la resolución que podría tomarse al término de una meditación de la virtud de la prudencia.

¿En qué consistirá este propósito? ¿Tendrá por objeto una práctica determinada? Primeramente conviene que sea general, que se extienda a toda la vida para hacer de ella un homenaje total a Dios, y luego conviene fijarse en seguida, según las propias necesidades, a poner en los detalles la moralidad suficiente para que sean dignos de ser presentados al divino Maestro. Y es aquí que deben intervenir, siempre bajo la influencia de la religión, el gobierno de la prudencia y la contribución de las diversas virtudes morales que más nos convengan, según los casos.

La meditación que haga por la mañana un alma ocupada en las tareas de la vida activa insistirá particularmente sobre este punto y cuidará de tomar las resoluciones cuya necesidad prevé y sobre la cual se examinará alguna vez durante el día.

Siendo la meditación religiosa de tanta utilidad para toda nuestra vida religiosa, si la hacemos antes de los ejercicios del culto propiamente dicho, por ejemplo, antes del rezo del Oficio, ya en común, ya en privado, nos ayudará a rezarlo *digne, attente ac devote*. Y si, como ocurre de ordinario, la hacemos antes del acto religioso por excelencia, el Santo Sacrificio de la Misa, en el que viene el mismo Cristo en medio de nosotros y para nosotros para reconocer al inmolarse la soberanía del único ser que Es, entonces despertará nuestra alma, que corre el peligro de abandonarse a la rutina de las fórmulas y de los gestos habituales, y gracias a ella tendremos mayor conciencia de este augusto misterio y nos asociaremos a él plenamente.

IV

La meditación contemplativa

Hemos ya recomendado dos medios de ocupar el alma durante el tiempo de la oración: las oraciones secretas y la meditación religiosa. Hay otras dos a las cuales les conviene con mayor propiedad el nombre de oración mental, ya que son elevaciones más nobles del alma hacia Dios.

El manantial de donde proceden éstas como aquéllas es la caridad. Primeramente ella da impulso a la virtud de la religión para orar o meditar con el objeto de servir a Dios. Pero luego nuestra caridad toma mayor conciencia de sí misma y nos advierte que somos siervos a quienes Dios ha convertido en amigos. Oración mucho más simple, pero también mucho más elevada, que merece el nombre de oración teologal a causa de las virtudes que entran en juego. Si he dado a esta forma de meditación el nombre de contemplativa es porque estas dos palabras indican de una manera precisa la transición entre la meditación religiosa y la contemplación mística. Este nombre resume

además con exactitud el artículo en que Santo Tomás nos da los principios de este ejercicio de vida contemplativa (1).

En la plegaria de petición, en la meditación religiosa, se persigue un fin práctico; en cierta manera me dedicaba a una obra de vida activa, hacia algo. Improvisaba mis pequeños discursos en que formulaba a Dios mis pedidos, hacía mis reflexiones para decidirme a consagrar a Dios toda mi actividad y tomar mis resoluciones encaminadas a este fin. Ciertamente es una digna ocupación. Pero es el momento de no hacer nada más. Es la hora del descanso sagrado... *Vacate et videte...* «Descansad —dice el Señor— y miradme.» La hora de la oración es un momento de privilegio para la contemplación de Dios. El alma dominicana, hija de una Orden primordialmente contemplativa, debe entregarse a ella sin reservas. Y ejercitando de esta suerte la gran virtud de la caridad toda la vida religiosa y moral será radicalmente mejorada por una lógica consecuencia.

Después de la aparición que tuvo Santa Catalina de Sena, en la que nuestro Señor le daba a entender lo que era ella y lo que es El, tuvo otra en la que le dió una nueva enseñanza: «Hija mía, piensa en Mí; si tú lo haces, Yo pensaré siempre en ti.» «Hablándome en secreto de esta revelación —dice el Beato Raimundo de Capua—, me decía la Santa que el Señor le había ordenado de conservar y ejercitar únicamente el querer que la encaminaba hacia El, de excluir de su corazón toda otra preocupación, pues cualquier cuidado de sí misma, aun el de su salud espiritual, hubiera podido obstaculizar el descanso continuo en el pensamiento de Dios. El Maestro había añadido: "Y Yo pensaré en ti", como si claramente le dijera: "No te inquietes, hija mía, de la salud del cuerpo ni del alma; Yo, que sé y puedo, pensaré en ti y me preocuparé de ti cuidadosamente; dedícate solamente a pensar en Mí en tus meditaciones; en eso está tu perfección y tu fin último."»

Ya no se trata de una simple elevación de nuestra alma a Dios, condición indispensable en toda oración digna de este nombre, sino que es una dedicación de nuestro espíritu a Dios, una dedicación reiterada y penetrante. Aquí no

(1) *Ila. Ilae*, q. 180, a. 3.

me pongo simplemente en la presencia de Dios para convencerme, mediante la consideración de su naturaleza y de la mía, de la necesidad que tengo de someterme a El, como lo hacemos en la meditación religiosa. Ahora ya no me ocupo más de mí, sino solamente de El. Todo mi objetivo es mirarle, mirarle porque me ama, y mirarle para amarlo más y mejor.

* * *

Si pienso en las criaturas, si observo las maravillas del universo material, si mi espíritu se deleita en penetrar en el mundo de las ideas, si admiro los resplandores más luminosos que veo en las almas santas de la tierra o del cielo, si yo tengo conciencia de lo que ha podido hacer en mi corazón la gracia divina, todas estas cosas no son más que distintos peldaños para elevarme hasta la causa divina que se manifiesta en sus obras. El objeto final al que en último término sube mi pensamiento es Dios, tal como se nos ha mostrado en Jesucristo y por medio de Jesucristo.

Es, pues, a Jesucristo a quien considero, nuestro Dios hecho hombre, a Jesús vivo otra vez en la tierra, a Jesús vivo en el cielo y vivificando a su Iglesia, compuesta de todos sus miembros que están extendidos por todo el mundo, y a la Santísima Trinidad con las relaciones de las tres Personas y las perfecciones de su naturaleza única, tal como nos la ha revelado Cristo.

Cuando seamos como los ángeles en el cielo, esta contemplación será para nosotros muy simple y será continua en la eterna visión de la esencia divina. Aquí en la tierra ocurre de muy diferente manera. Nuestro espíritu debe hacer muchas investigaciones, tiene que observar, reflexionar, tiene que unir y distinguir las ideas, hacer raciocinios más o menos largos para poder llegar a una breve y oscura meditación. Todos estos esfuerzos deben haber ido precedidos de algunos estudios o de una lectura bien escogida y también de la plegaria, todo lo cual se resume en la palabra meditación.

Pero a fuerza de meditar se llega progresivamente a simplificar las etapas de nuestro espíritu para elevarse rápidamente a una visión contemplativa. Entonces no conviene

perder el tiempo en todas esas consideraciones previas que nos fueron muy útiles, pero que ahora ya han dejado de serlo. Esforcémonos más bien en reiterar esta mirada de amor y prolongarla con un coloquio filial en el cual nuestra alma expresará libremente a Dios sus sentimientos, los afectos que nacen de su caridad. Por eso muchos autores dan a esta oración el nombre de afectiva. Elevémonos hasta este acto supremo del cual no hablamos al tratar de las oraciones precedentes, porque él no puede constituir el objeto de un deseo ni, por consiguiente, de una petición. Consiste este acto supremo en alegrarse de que Dios sea infinitamente perfecto e infinitamente feliz. Nuestra amistad divina nos proporciona con ello la más pura felicidad.

Esta especie de oración en sus principios merece más bien el nombre de meditación que el de contemplación, ya que las reflexiones previas exigen esfuerzo y tiempo. Llegará a ser una contemplación cuando baste un poco de recogimiento para ver a Dios en un misterio determinado con el cual se haya familiarizado nuestro espíritu.

* * *

Estas vivas miradas de la fe, estimuladas y robustecidas por la caridad, pueden repetirse muchas veces durante la celebración de los santos misterios, a los que llama Santo Tomás «la obra principal de la vida contemplativa» (1). Todo el Oficio litúrgico, junto con la misa que es su centro, sobre todo cuando es salmodiado y cantado en el coro, constituye el medio más favorable para la oración que acabamos de describir, y por eso no hay que extrañarse de que durante los primeros siglos de nuestra Orden no se haya sentido la necesidad de señalar para toda la comunidad un tiempo fijo de oración.

Se prefería, por el contrario, prolongar libremente el culto litúrgico mediante oraciones individuales. La caridad, reavivada por la celebración del Oficio, proporcionaba esta inspiración a nuestros primeros Padres. Algunos escogían como momento más propicio para esta oración el tiempo inmediato después de la misa, a la que habían participado

(1) *Ila. Ilae*, q. 189, a. 8, ad 2.

de todo corazón y en la que habían comulgado, y tomaban por tema el *Adoro te*, de Santo Tomás, que les resultaba como hecho a propósito para su espíritu.

Si nuestro bienaventurado Padre ha querido que el rezo coral sea breve en beneficio del estudio, ya que en las casas de estudio es obligatoria media hora de oración mental, es porque el estudio, tal como deben practicarlo los dominicos, tiende, bajo el impulso de la caridad, a conocer más y más a Dios. De esta manera el estudio resulta una preparación excelente para la meditación contemplativa y la reemplaza a veces, pues de ordinario puede llegar fácilmente a excitar afectuosas intuiciones que son el fin del mismo.

Al anochecer, cuando el fin de la jornada nos evoca el fin de la vida; cuando el descanso de la noche nos anuncia el del cielo, es, sin duda, cuando mejor podemos entregarnos a esta meditación contemplativa más o menos simplificada, que prepara, abre e inaugura nuestra ocupación eterna. Que sean principalmente estos grandes pensamientos de la eternidad los que nos ocupen cuando venga el sueño. Nuestra Orden, sobre todo en sus ramas contemplativas, siempre ha tenido una predilección por esta oración de la tarde y en la forma en que hemos indicado.

V

La contemplación mística

El pensamiento amoroso de Dios, la aplicación de nuestro espíritu y de nuestro corazón a uno u otro de los misterios de Jesús, debe ser una preocupación constante de toda alma dominicana y procurará hacer converger a este fin todos los medios que se le ofrezcan: estudios teológicos, oficios litúrgicos, lecturas espirituales, meditaciones propiamente dichas.

Pero a medida que ella se va esforzando experimenta con dolor el escaso resultado que obtiene. ¡Cuán pobre y oscuro resulta este pensamiento que nuestra fe se esfuerza en fijar en Dios, y con cuánta frecuencia nuestro espíritu se

distrae y se encuentra arrastrado por las preocupaciones exteriores!

No nos extrañemos de ello. Elevarse del mundo sensible al de las ideas ya es algo difícil, y pocos son los hombres que encuentran a estas alturas un aire respirable que les permita quedarse en ellas. Y es natural que el tránsito de los conocimientos filosóficos a las verdades sobrenaturales exija un mayor esfuerzo aún y que el resultado sea mínimo. Pero conseguir una pequeña luz sobre tales objetos vale mucho más que estar enterado de las noticias del diario y conocer a todo el mundo que circula por la calle.

No nos desalentemos, continuemos en el esfuerzo con la esperanza de que el Espíritu Santo nos lo recompensará otorgándonos una contemplación superior a la que podemos conseguir por nuestras propias fuerzas.

Abrigar tales esperanzas no es una presunción. Lo que podemos contando con el apoyo de nuestros amigos, decía el filósofo griego a quien cita Santo Tomás a este propósito, es como si lo pudiéramos por nosotros mismos. Ahora bien; Dios habita en nuestra alma precisamente en calidad de amigo. *Tu in nobis es Domine...* Vos estáis en nosotros, Señor, Vos, a quien San Pablo dirigía su plegaria por todos sus fieles de Corinto, «pidiendo que les concedáis un espíritu de sabiduría y de revelación en el perfecto conocimiento de Vos mismo y que iluminéis los ojos de su corazón».

El corazón del cristiano, ¿tiene, pues, ojos para ver a Dios? Sí; además de la fe, que San Pablo relaciona con el oído, *fides ex auditu*, la fe que se funda en la palabra salida de la boca divina para darnos la convicción de la realidad del mundo invisible, hay en nuestro corazón una cierta posibilidad de visión, gracias a los dones intelectuales del Espíritu Santo que nos fueron otorgados en el santo bautismo.

Hay que tener en cuenta que esta *capacidad* no la podemos ejercitar a nuestra voluntad, como cuando abrimos los ojos para ver el mundo sensible o como cuando aplicamos el esfuerzo de nuestra inteligencia sobrenaturalizada por la virtud de la fe. Sin duda la gracia concurre con nosotros, pero la iniciativa no nos pertenece. Para el desarrollo de los dones del Espíritu Santo, especialmente de

aquellos que nos permiten contemplar a Dios, la iniciativa pertenece absolutamente al mismo Espíritu Santo. Su intervención depende de su voluntad.

No obstante, si El ha depositado en nosotros órganos que esperan esta intervención, ¿no es natural que El los utilice cuando la ocasión es propicia? ¿Y no podemos afirmar que la ocasión es ya propicia cuando de nuestra parte, según nuestra manera humana, hemos hecho todo lo posible? Si hemos puesto de nuestra parte todo el cuidado posible para practicar bien las virtudes morales con el fin de dedicarnos provechosamente a la contemplación; si hemos puesto de nuestra parte todo el esfuerzo para la meditación contemplativa, el Espíritu Santo vendrá a continuar nuestro esfuerzo y abrirá los ojos de nuestro corazón para que veamos a Dios en un conocimiento que será como una revelación íntima y personal.

* * *

Si no podemos merecer, propiamente hablando, esta iluminación del Espíritu Santo, es seguro que merecemos al menos el perfeccionamiento de esos órganos que lo llaman y lo acogen en nosotros.

Pues ellos se desarrollan y se adaptan cada vez más a su función a medida que vamos progresando en el estado de gracia. A nosotros corresponde, por lo demás, añadir a nuestro mérito insuficiente la eficacia que posee la oración para apresurar el advenimiento en nosotros de la contemplación infusa. Santo Tomás recomienda al que se dedica a la meditación contemplativa que ore para obtener el espíritu de sabiduría, y cita las palabras de la Escritura: «Yo he orado y el espíritu de sabiduría ha venido a mí» (1). San Pablo, como hemos visto, hacía la misma oración para los corintios.

Roguemos humildemente, confiadamente y con perseverancia, continuando sin descanso los esfuerzos que dependen de nosotros. Practiquemos los renunciamientos que son necesarios para que nuestro espíritu, dominando todas nuestras pasiones, se desarrolle en toda su amplitud. Sepamos encontrar en nuestra vida excesivamente agitada algunos

(1) IIa. IIae, q. 180, a. 3, ad 4.

silencios para que nuestro espíritu pueda recogerse y fijar en Dios una mirada apacible. Y además no nos formemos una idea falsa y excesiva de la contemplación infusa. Empezar en pequeñas dosis y no es fácil determinar el límite entre la intuición, a la que se llega poco a poco por una meditación bien hecha, y la que procede de la iniciativa del Espíritu Santo. Esta tiende a crecer, pero no nos disipa las sombras de la fe, permanece siempre oscura, misteriosa, y por eso se la llama mística. Procede del amor de Dios, como la misma contemplación activa. Pero el procedimiento es totalmente distinto. Pues así como antes en una resolución amorosa nos imponíamos pensar en Dios, ahora en una emoción de amor es Dios quien se impone a nuestro pensamiento. El amor no es ya el fruto de un esfuerzo nuestro, no lo excitamos en nuestro corazón por un acto deliberado. Nos parece que le recibimos ya preparado, se diría que brota de sí mismo en nosotros como un murmullo que sale de las profundidades en que habita el Espíritu Santo. Este amor infuso es el principio de la contemplación mística y constituye su fondo permanente a las diferentes fases de su evolución. Sea que, sobre todo al principio, tengamos la impresión de buscar ansiosamente a Dios que se oculta, o que al fin experimentemos la impresión de gozar de su presencia, en medio de este entusiasmo de amor espontáneo tenemos siempre una viva conciencia de que Dios es la gran realidad.

«En las cosas espirituales —dice Santo Tomás a propósito de las palabras del salmo *gustate et videte*— se empieza por gustar y luego se ve.» Bajo la influencia del Espíritu Santo emanan, pues, luces de este gusto de amor que está en la base de la sabiduría mística. Al principio esta experiencia así saboreada viene a completar nuestro conocimiento especulativo del misterio divino. Y más adelante pueden sernos concedidas ciertas luces positivas sobre Dios y sobre las verdades que El nos ha enseñado. Alcanzaremos sobre todo la viva intuición de su trascendencia absoluta. Ciertamente El sobrepasa todo cuanto podemos imaginar, todas las pobres ideas que podemos formarnos representan muy imperfectamente a este Dios vivo de quien se siente poderosamente atraído nuestro corazón, al cual El procura estrechar con todas las fuerzas de su amor.

VI

Las oraciones jaculatorias

El divino Maestro ha dicho que es necesario orar siempre, y San Pablo ha repetido: «Orad sin cesar, *sine intermissione orate.*»

Sin duda resulta imposible hacer una oración propiamente dicha, absolutamente continuada. Si algunas almas privilegiadas pueden levantar casi sin interrupción su pensamiento y su corazón a Dios, la mayoría tienen sus inquietudes que les preocupan y no les dejan la libertad de espíritu necesaria para esta oración constante. Por lo menos es necesario que mantengamos la disposición fundamental de la oración, el estado de ánimo de donde procede esta elevación espiritual que llamamos oración. Esta disposición fundamental, este estado de ánimo, consiste en el amor de Dios. Sea cual fuere nuestra ocupación es necesario que el amor divino se encuentre en el principio de nuestra actividad. Muy difícil es que pensemos en todo momento en Dios, pero es necesario que la influencia de la caridad persevere, al menos virtualmente, a través de todos nuestros actos, de suerte que éstos conserven la orientación que han recibido de ella. Esto se verifica mientras no hayamos renunciado a la primera intención que nos inspiró obrar por Dios. El hombre que va a su trabajo para ganar el sustento de su familia, aun cuando no piensa en los suyos, trabaja para ellos y en ese mismo trabajo demuestra el amor que les tiene. Cuando tiene momentos de descanso con facilidad se acuerda de ellos, y este recuerdo le impulsa a trabajar con más ardor. Paralelamente, si nuestro amor a Dios es real, se dilatará de tiempo en tiempo en la oración propiamente dicha. Esta oración, una vez hecha, tendrá como resultado consagrarnos más devotamente al servicio de Dios, y por consiguiente nuestro trabajo, sobrenaturalizado de esta manera, prolongará más o menos nuestra oración. Y en este sentido cabe decir: quien trabaja, ora.

Por este efecto que proviene de ella, como también por

el amor del cual procede, podemos decir en cierta manera que la oración es continua.

¿Es esto suficiente para satisfacer al precepto del divino Maestro?

No bastándoles esta forma de oración, los primeros ascetas cristianos, los santos Padres del desierto, han recurrido a las oraciones jaculatorias, que han sido elogiadas por San Agustín y por Santo Tomás y que son dignas de toda estima (1).

En la hermosa carta sobre la perfección religiosa que el Rmo. P. Ridolfi dirigía a la Congregación de San Luis, en Francia (1630), recomendaba añadir a las dos medias horas de oración mental que tenían por regla frecuentes oraciones jaculatorias durante el día y la noche. Y en esta materia aducía la autoridad del Beato Humberto de Románs.

* * *

¿En qué consisten estas oraciones jaculatorias? En algunas palabras o algunos pensamientos que parten rápidamente de nuestro corazón, y parten disparados como un dardo a herir el corazón de Dios.

Estas oraciones son breves, muy breves, y por eso mismo no hace falta disponer de tiempo para rezarlas. Son tan breves que no interrumpen en manera alguna nuestras ocupaciones ordinarias. Incluso pueden pronunciarse mentalmente en el curso de una conversación sin que nuestros interlocutores se den cuenta.

Si tenemos el espíritu naturalmente distraído e inconstante, nos es difícil dedicarnos a largas oraciones mentales; pero las jaculatorias no pueden resultarnos pesadas. Como se pronuncian en un momento, no dan lugar al fastidio. Basta un simple movimiento del corazón, que no exige en manera alguna ni el más pequeño esfuerzo.

¿Amamos de veras a Dios? Todo consiste en esto. Si es verdad que le amamos, estas oraciones fluyen espontáneamente. La boca habla de la abundancia del corazón. Al mismo tiempo que estas jaculatorias expresan nuestro

(1) *Ila. Ilae*, q. 83, a. 14, con las citas de San Agustín.

amor servirán también para fomentar y mantener la buena orientación de nuestra vida cristiana.

Unas palabras siempre repetidas pueden servir para componer estas jaculatorias: el nombre de Dios, el de Jesús, el de María, nombres que se matizan según los diversos sentimientos de nuestra alma, que expresan, según los casos, nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor, nuestra devoción, nuestra oración, nuestra gratitud, nuestra humildad, nuestra contrición, etc. *Jesu, spes mea*, suspiraba la Beata Catalina de Raconigio mientras trabajaba en su telar. Y Santa Catalina de Sena se complacía en pronunciar estas palabras con que solía terminar sus cartas: ¡Dulce Jesús! ¡Jesús amor!

Otras veces será una frase formulada por nosotros mismos o sacada de alguna fuente pura del espíritu cristiano. La Sagrada Escritura, y particularmente los salmos, las oraciones litúrgicas, las vidas de los santos, los nuestros preferentemente, nos las proporcionan en abundancia y las podemos rezar habitualmente. Hemos visto como Santo Domingo variaba sus oraciones jaculatorias según las diferentes actitudes que adoptaba para rezar.

Al levantarse, por ejemplo, podrá decirse: «He aquí, Dios mío, que vengo para hacer vuestra voluntad.» Por la noche: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.» En los momentos de recogimiento religioso: «Yo os adoro aquí presente, oh Dios oculto... Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.» En medio de nuestro trabajo o cuando tengamos dificultades para el cumplimiento de nuestros deberes de estado: «Yo soy vuestro servidor y el hijo de vuestra esclava.» En las horas de gozo: «Gracias, Dios mío... ¿Qué os daré por todos los beneficios que he recibido de Vos?»

Cuando nos sintamos débiles y tentados podemos decir como Santa Catalina de Sena: «¡Dios mío, venid en mi ayuda, acudid a socorrerme!» Después de haber cometido una falta que le era familiar: «Pequé, Señor, tened piedad de mí.» O con David: «Dios mío, compadeceos de mí según vuestra gran misericordia.» «Padre eterno —decía una humilde religiosa de nuestra época—, os ofrezco las llagas de Nuestro Señor Jesucristo para curar las de nuestras almas.»

¿Queréis todavía algunos ejemplos más? He aquí algu-

nas exclamaciones de esperanza y de amor inspiradas por el Espíritu Santo y rebosantes del fervor con que las han pronunciado millares de cristianos: «Señor, Vos sabéis que os amo... Estar unido con Dios, en esto consiste mi felicidad... Jesús, no permitáis que jamás me aparte de Vos... Me llenaréis de gozo cuando os contemple cara a cara... Venid, Jesús mío, venid.»

Invoquemos también a la Santísima Virgen: «Mostrad que sois nuestra Madre.» Digámosle con todo el cariño las dulces palabras de la *Salve Regina: Mater misericordiae, vita, dulcedo, et spes nostra!* Para el que conoce la lengua litúrgica, estas palabras son de ordinario más sabrosas en la concisión del latín.

Que cada cual siga la inspiración del Espíritu y la inclinación de su alma. «Yo siento en el fondo de mi alma —decía la M. Francisca de los Serafines— una especie de instinto que me eleva hacia Dios y que con frecuencia me conduce hacia El, y ese instinto es en mí habitual.»

El tiempo, el lugar, lo que vemos y lo que oímos, todo puede ofrecernos una ocasión para elevar nuestro corazón hacia Dios. Lo importante es que estas oraciones jaculatorias expresen las grandes virtudes que por la gracia de Dios hay en nosotros y que nos pongan en comunicación con las personas sagradas de las cuales depende nuestra salvación: la Santísima Trinidad, que nos comunica su vida; el Hijo de Dios hecho hombre por nosotros, que nos incorpora a El para conducirnos a su Padre; la Virgen María, que es nuestra verdadera Madre en la gracia divina, y Santo Domingo, el Padre de nuestra vida religiosa.

Uno de los más famosos Padres del desierto, San Macario el viejo, supo un día por revelación que después de largos años de vida austera no era aún tan perfecto como las mujeres casadas que vivían en una ciudad próxima. Inmediatamente se fué a visitarlas. Encontró a dos mujeres humildemente ocupadas en sus tareas que en medio de sus trabajos recurrían frecuentemente a Dios por medio de oraciones jaculatorias. Desde entonces Macario, que ya tenía esta práctica, se dió a ella con más ahinco. Y acostumbraba a repetir con frecuencia con toda la sinceridad de su corazón: «Señor, tened piedad de mí como sabéis y como queréis: *Domine, sicut scis et vis, miserere mei.*»

«Quienes practican este ejercicio —dice el Venerable P. Granada— tienen ya la mitad de camino andado cuando van a la oración y se recogen con facilidad. ¿Cómo es que en la oración unos se sienten en seguida inflamados de un santo ardor, mientras que otros encuentran toda clase de dificultades para establecer la paz en su corazón? La causa de ello es que los primeros mantienen el calor de la devoción por medio de breves oraciones, y los segundos se enfrían porque no se acuerdan mucho de Dios. De la misma manera que se tiene cuidado en no dejar enfriar el horno que se emplea habitualmente para cocer el pan, por la dificultad que habría de tenerlo a la temperatura necesaria en el momento de tener que usarlo, así también las almas fervorosas harán bien en mantener el ardor de su devoción si quieren evitarse la molestia de alumbrarla todas las veces que acuden a la oración.»

Para terminar, me permito indicar que la media hora de meditación mental puede hacerse muy bien por medio de una serie de jaculatorias bien seleccionadas... Hacedos una pequeña lista conforme a vuestros gustos y haced la prueba. También Massouilé aconsejaba hacer lo mismo. No tengáis reparo en repetir muchas veces un mismo pensamiento que os resulta beneficioso. Jesús mismo nos ha dado ejemplo de esto en su oración en el huerto de los Olivos: *Eumdem sermonem dicens*, repetía las mismas palabras.

VII

El Santo Rosario, método de oración

Hay una práctica muy querida por toda alma dominicana y en la que se encuentra resumido y condensado lo mejor de lo que hemos descubierto en las oraciones secretas, con su acompañamiento verbal y corporal, lo que hemos dicho de las santas meditaciones bajo sus diversas formas, pero, sobre todo, en la forma contemplativa, y también lo que hemos dicho de las mismas jaculatorias. Es el Rosario.

Con facilidad se cae en el engaño de considerarlo como una oración puramente vocal y maquinal. Sin embargo,

las Constituciones dominicanas declaran abiertamente que el Rosario rezado en común puede ocupar una parte al menos del tiempo que la comunidad tiene que destinar a la oración mental. De hecho el Rosario es una oración perfecta si se reza como es debido.

¿Acaso no hacía una oración perfecta Fr. Bernardo de Livia, formado en la vida religiosa por el mismo P. Santo Domingo y de quien nos cuenta Fr. Bernardo Gui que «ardía en él el fervor de la devoción hacia la Santísima Virgen y hacia Jesús, el fruto bendito de sus entrañas»? Se servía de una cuerda con nudos para contar todas las Ave que rezaba cada día, «rumiando» en su alma los misterios cristianos. Murió en 1261 «apretando fuertemente con sus dedos su instrumento de oración e inculcando a los frailes esta devoción a la Virgen y al Niño Jesús».

«En todos sus sermones hablaba de él, ya al principio, ya al medio, ya al fin o durante todo el sermón.» Si la Virgen dijo a Santo Domingo y a su Orden: «Ve y predica mi Rosario», el Venerable Romeo de Livia es uno de los primeros que conocemos que ha recomendado y practicado esta devoción en una forma muy parecida a la actual. Hoy todos los dominicos y las dominicas llevamos colgando de la correa granos de madera dura, atados con un cordel o con un alambre, que reemplaza la cuerda de nudos de que se sirvió el Venerable Romeo. Y mediante la Cofradía del Rosario, la Orden se esfuerza por iniciar a todos los fieles en la vida de oración.

* * *

Nosotros tomamos en nuestras manos las cuentas del rosario bendecido por la Iglesia, que es nuestro instrumento de devoción hacia nuestro Señor y su Madre. Aun cuando nos sintamos rendidos de cansancio, este gesto religioso de tomar el rosario ya es una actitud significativa y elocuente delante de Dios. Cuando el Venerable P. Cormier se dejaba fotografiar, tomaba el rosario entre sus dedos para aparecer siempre en esta postura piadosa.

Sin duda este instrumento, hecho para rezar, invita a la oración a aquel que lo tiene en sus manos. Estas cuentas que la Iglesia ha llenado de gracias estimulan a nues-

tra alma. Se deslizan por nuestros dedos y vamos rezando un *Pater* y diez *Ave*, y luego un nuevo *Pater* y otra decena de *Ave*... El Rosario consta de tantas *Ave* cuantos son los salmos que se rezan en el Oficio canonical para alabar a Dios. Con estas cuentas es fácil hacer el cálculo de nuestras salutations a la Virgen y asegurarnos de que hemos hecho bien la cuenta.

Quien desconozca por completo la esencia del Rosario podrá considerarlo como una charla inútil. Nada más equivocado. Los largos razonamientos en que exponéis vuestras necesidades espirituales y materiales al Padre celestial que lo sabe todo, esos sí que pueden pecar de charlas inútiles. Pero en el Rosario no ocurre nada de eso. Esas cortas salutations que se van repitiendo no exigen de nuestra parte ningún esfuerzo absorbente. Tal ocupación nos deja en libertad para elevar nuestra alma hacia Dios en un acto completamente religioso.

Nos presta ayuda para esta elevación. Porque, en primer lugar, establece una barrera sensible entre nuestra alma y las cosas exteriores y favorece el recogimiento, que es la condición indispensable para toda oración verdadera. En segundo lugar, debido a la orientación que nos sugiere incesantemente hacia la Virgen y el Fruto divino de sus entrañas, nos conduce y acaba por establecernos en su presencia.

Y así nos los podemos representar en sus diversos estados: viviendo en Nazareth, en Belén, en Jerusalén —sufriendo el gran dolor de la Pasión y de la Compasión—; gloriosos, finalmente, después de la Resurrección, la Ascensión, la Asunción. El Rosario nos pide que los contemplemos sucesivamente en todos los misterios que ellos vivieron en su tiempo y cuya gracia quieren comunicarnos actualmente; toda la obra de la salvación consiste en esto: en la redención que han obrado para toda la humanidad por medio de estos misterios y en la comunicación a todos nosotros de la gracia de estos misterios. Quien los revive en su espíritu y siente su corazón vibrar sucesivamente de gozo, de dolor y de esperanza al considerar los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos por los que han pasado Jesús y María, ¿no está, acaso, en las mejores condiciones para recibir la gracia de la salvación? Las mismas fiestas

sucesivas del año litúrgico no tienen otra finalidad que establecernos en estas condiciones favorables. Con el Rosario todo el año litúrgico se resume cada semana, si se cumple el mínimum que se exige a los cofrades del Rosario, y todos los días si se quiere ser un fervoroso Terciario dominico.

¿Disponemos de poco tiempo? Tengamos en cuenta que, según la Regla de la Tercera Orden, el Rosario puede suplir el Oficio canonical. En ese caso puede servir de Oficio y de oración mental. Pudiendo además separar las decenas, resulta muy fácil encontrar durante el día, en nuestras idas y venidas, en nuestros momentos de descanso, dos minutos para rezar una decena. Y seguramente que por la mañana y por la noche, tiempo privilegiado para la oración, encontraremos más de dos minutos para dedicarnos a este ejercicio y sacar todo el provecho de él.

La última vez que la Sagrada Escritura habla de la Virgen, lo hace en los términos siguientes: «Después de la Ascensión de Jesús al cielo, todos sus discípulos, unidos en un mismo espíritu, perseveraban en la oración, junto con algunas mujeres y con María, Madre de Jesús.» Ya se dibuja la práctica del Rosario. La Santísima Virgen María, que fué el único testigo y en todo caso el mejor testigo de los grandes misterios de Jesús en los cuales tuvo participación, se encuentra presidiendo la asamblea. Su simple presencia recuerda todo lo ocurrido, todo lo que Ella ha vivido. Y reunidos los discípulos en torno a Ella ruegan pensando y deseando el coronamiento de estos misterios. ¿No es esto la esencia del Rosario? Qué bella oración. Hagámosla en familia como la pequeña Iglesia primitiva y como lo hacen todas las tardes los religiosos y religiosas en nuestros conventos dominicanos.

* * *

«Hija mía —dijo un día la Santísima Virgen a una niña que después fué la Venerable Agueda de la Cruz, dominica—, reza el Rosario... Cuando reces esta plegaria medita con devoción los misterios de la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección de mi Hijo.» Agueda se dedicó desde ese momento a rezar el Rosario con tal gusto y tanto

fervor que, habiendo empezado el *Pater noster*, estaba dos o tres días repitiendo estas palabras. Su espíritu y su corazón nadaban en el gozo y en la luz de una contemplación deliciosa.

Ella había obtenido perfectamente la contemplación a la que el Rosario eleva nuestra alma y podía dejar de rezarlo y aún de meditarlo. Pero el caso es excepcional. Para la mayoría de las almas, aun para las que están adelantadas —y de ordinario también lo fué para ella— es un medio para entrar y mantenerse en la contemplación.

Otra Terciaria dominica del siglo xvii, María Parte, escribía en una carta: «Después de rezar mi Rosario apenas hago otras oraciones vocales, me siento más bien atraída a permanecer en la presencia de Dios.» Algunas oraciones vocales son, a veces, un obstáculo para esta clase de oración simple de recogimiento en Dios. El Rosario no estorba, sino que, al contrario, favorece el hábito del recogimiento.

Para las almas místicas, sobre todo si son de naturaleza expansiva, como lo fué nuestro P. Santo Domingo, el Rosario proporcionará también una expresión a esos sentimientos intensos que por momentos desbordan del alma. En tal pasaje del *Pater*, del *Ave* o del *Gloria*, en los nombres de María y de Jesús, pronunciados piadosamente, se expansionará su intensa emoción.

Y si nuestra alma, por el contrario, se encuentra en la sequedad, incapaz de meditar el misterio, incapaz de contemplar la escena evangélica, se fijará, por lo menos, en el sentido de estos *Ave* y se refugiará en ellos en lugar de dejarse llevar por el viento de las distracciones. Hay que imitar a los aviadores. La misma pista del aeródromo, de donde salieron para volar por las alturas, les sirve, en caso de necesidad, de punto de aterrizaje y de seguridad.

Quienes practican su oración mental según alguna de las formas que hemos explicado y en ciertos días se encuentran como desalentados por no poder hacerla bien, en esos días tomen el Rosario. Más vale rezar con buen ánimo las *Ave* pasando las cuentas del Rosario en una actitud religiosa que no decir ni hacer nada por el buen Dios.

Puede ocurrir también que no pueda dedicarme en absoluto a la meditación. Un exceso de preocupaciones tienen

ocupado mi espíritu y me imposibilitan para recapacitar mis ideas y me impiden el recogimiento. O bien es una sola idea la que me obsesiona, una fuerte tentación de placer o de cólera, de celos o de venganza, de incredulidad o de desconfianza. La mayoría de las veces puedo estar simplemente rendido, agotado al final de una jornada de trabajo intenso, o puedo estar obligado a guardar cama por una enfermedad, e incapaz de reflexionar. En todas estas circunstancias el Rosario será el mejor medio para que mi alma obtenga la serenidad en la presencia de Dios.

Bendigamos siempre a la Santísima Virgen que se dignó poner en manos de Santo Domingo y de su Orden este incomparable método de oración.

ARTÍCULO IV

HACIA LA CONTEMPLACIÓN PERFECTA

Todos los hombres por vocación somos contemplativos. Los mejor dotados, los más privilegiados, sólo alcanzan aquí en la tierra una contemplación imperfecta. Pero a todos sin excepción nos llama Dios a la contemplación perfecta, que consiste en verlo cara a cara y en gozar de su amor por toda la eternidad. Almas que gozáis de la libertad y del sosiego, que tenéis tiempo y gusto de recogeros en la contemplación de las altas verdades o en la dulzura de un afecto puro, alegraos pensando en vuestro destino: contemplar de un solo golpe toda la verdad y saborear intensamente la amistad divina.

Y vosotros, personas atormentadas por la inquietud, siempre atareadas, siempre preocupadas de mil asuntos, arrastradas por el bullicio y los trabajos, más por necesidad que por gusto seguramente, pensad en el descanso eterno que os aguarda. No será ciertamente una ausencia de actividad, sino una actividad noble, ordenada, beatificante. La más excelente de vuestras facultades, la inteligencia, en el más excelente de sus actos, la intuición pura, quedará fijada en el más noble de todos los objetos. El mismo Dios será contemplado sin los velos de la fe, y la felicidad perfecta invadirá todas vuestras facultades, cada una según su capacidad. «En el cielo —dice San Agustín— estaremos en reposo, y veremos y amaremos, amaremos y alabaremos... Veremos a Dios tal como es, lo amaremos sin cansancio y lo alabaremos sin fatiga... Tal será el oficio, el gusto, el ejercicio de todos.»

He aquí nuestro fin común. Cada uno de nosotros puede repetir con el salmista: «Una sola cosa he pedido al Señor y la seguiré pidiendo: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida y gustar las delicias del Señor.»

Pero este fin no se conseguirá sino en el cielo según los méritos que hayamos obtenido en la tierra. Si es lícito afirmar que aquí en la tierra en el estado de gracia inauguramos ya nuestro estado de gloria, también lo es que ambos estados estarán proporcionados. Desde ahora tenemos ya títulos para la posesión divina, pero, hablando con propiedad, no gustaremos las primicias de esta posesión beatífica. ¿Cuáles son estos títulos y qué es lo que los hace válidos? ¿Cuál es la fuente de nuestros méritos? Es la caridad, este amor que gobierna y orienta hacia Dios toda la actividad de nuestra alma. «Si alguien me ama —ha dicho Jesús— mi Padre lo amará y Yo también lo amaré y me manifestaré a él...» Veremos a Dios en el cielo en la medida según la cual hemos llegado a amarlo en el momento de nuestra muerte. La caridad establecida en ese momento en nuestra alma será la que determinará la proporción de nuestra contemplación eterna.

La caridad muestra su vigor por las obras que produce y estas mismas obras aumentan su poder. Por lo tanto estas obras tienen una importancia muy grande, ya sea para darnos a conocer en qué lugar nos encontramos respecto a nuestro último fin, ya sea para acercarnos cada vez más a El. Todo nos induce a la práctica de la caridad.

Hay dos grandes maneras de practicarla, según que se incline uno en buscar a Dios, que es el objeto de nuestro amor, o se dedique con preferencia a amar al prójimo. En el primer caso, siendo Dios absolutamente perfecto, nuestra principal ocupación será contemplarlo complacidos. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Para nuestro amor es suficiente saber que nuestro amigo es perfecto e infinitamente feliz y se complace en meditarlo largamente. Pero cuando se trata de nuestro prójimo la caridad recurre a nuestra voluntad de practicar el bien. Entonces Dios se nos presenta como un menesteroso, y nuestra obligación más o menos urgente es consagrarnos a su servicio. También, bajo este aspecto, es la caridad la que nos urge a realizar nuestras obras.

Y de ahí se siguen dos caminos muy diferentes: la vida contemplativa y sus santos ocios, *otium sanctum*, dice San Agustín, y la vida activa y su noble ocupación, *negotium justum*. Dos vidas que comparten los cristianos según

sus inclinaciones y su vocación. En la misma Orden Dominicana crecen y se desarrollan varias ramas, de las cuales unas son contemplativas y otras activas.

Notemos bien que en ambos casos interviene la misma virtud de la caridad. Siendo ella la que actúa, puede manifestarse en obras muy diversas en apariencia y se vigoriza en unas y otras. Hasta el punto que siguiendo uno u otro camino se puede llegar a la perfección cristiana, que no es más que la perfección de la caridad. Más aún, por uno u otro camino se puede llegar a la unión mística, de la que hablamos a propósito de la contemplación infusa y que constituye su elemento fundamental. Los perfectos de la vida activa, como los de la vida contemplativa, experimentarán el vivo sentimiento de la realidad divina en este resorte interior que empuja al alma hacia El o le da a saborear su presencia. Si existe un anticipo de la contemplación eterna, es ahí donde se encuentra y solamente ahí.

Pero no podemos pretender alcanzar este estado si nuestras obras no son frutos auténticos de la caridad. Tal vez sintamos inclinación por la vida contemplativa como una vida más perfecta. En ese caso invocamos complacidos la autoridad de Santo Tomás, quien afirma en un artículo de la *Suma*: «Considerando las cosas en sí mismas, es más meritorio amar a Dios que al prójimo. Pues lo que nos conduce más directamente al amor de Dios es, por su naturaleza, más meritorio que lo que nos induce directamente al amor del prójimo por Dios. Luego la vida contemplativa nace directa e inmeditamente del amor de Dios» (1).

Esta afirmación es muy justa, ¿pero nos anima siempre verdaderamente el amor de Dios? ¿No puede ocurrir que os dejéis llevar de la pereza, que haya una buena dosis de egoísmo de vuestra parte, que vuestro principal deseo sea gozar de la tranquilidad a la que os sentís inclinados por gusto o por temperamento, que sea una curiosidad intelectual la que os haga encontrar deleite en ciertas lecturas o estudios, que os dejéis llevar de la moda o del snobismo? Todo es posible. Yo dudo que el amor de Dios sea el gran móvil de vuestra vida, si os despreocupáis de vuestro prójimo y de sus miserias, si no sois complacientes

(1) *Ila. Ilae.* q. 182, a. 2.

y abnegados para los que os rodean en vuestra apacible existencia, si no hacéis penitencia y no rezáis por los pobres pecadores que hay en el mundo. Pues la verdadera caridad comprende esta doble corriente de amor, y si una tiene fallas, la otra es sólo aparente. San Juan no duda en afirmar muchas veces en su primera epístola: «Si alguien dice: Yo amo a Dios, y odia a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, si no ama al prójimo, a quien está viendo? Nosotros hemos recibido de El este mandamiento: El que ama a Dios debe amar también a su hermano» (1).

El que se entrega a las obras de la vida activa, ¿no está expuesto también a semejantes peligros? Ciertamente, ya que su inclinación natural o las necesidades de la existencia pueden explicar suficientemente sus idas y venidas, el trabajo que se toma en tal asunto, el afecto abnegado que demuestra a tal persona. Se puede llegar a un estado febril después de un día de intenso trabajo; se pueden repartir en limosna todos los bienes, sin que haya verdaderamente caridad, dice San Pablo (2). Y entonces de nada sirve en orden a la vida eterna. Para que haya caridad es necesario hacer todas las obras por Dios. ¿Sentís por momentos la necesidad, el deseo de pensar en Dios y lo practicáis en la medida de vuestras posibilidades? Si así lo hacéis, yo puedo creer que obráis por amor a Dios. Este deseo es un índice de la caridad que os alienta. Además sin un *mínimum* de atención prestada a Dios a intervalos, ¿cómo sería posible que la intención de obrar por El informara toda vuestra actividad? Una pequeña dosis de vida contemplativa se impone a todo el que se dedica a la acción. Es un principio y un mandamiento general la necesidad de tener por algunos momentos el espíritu dispuesto para pensar en Dios. *Vacate et videte quoniam ego sum Deus.*

Un alma dominicana, un simple miembro de la Orden Tercera que esté absorbido por las preocupaciones de la vida del mundo, debe tener esa disponibilidad de su espíritu. Debe aprovechar los momentos libres para elevar su espíritu y su corazón hacia Dios.

(1) I Ioan., IV, 20-21.

(2) I Cor., XIII, 3.

«Puede ocurrir —dice Santo Tomás— que una persona adquiera, en las obras de la vida activa, méritos superiores a los que obtiene otra persona en las de la vida contemplativa. Tal sería, por ejemplo, el caso de aquella que, teniendo sobreabundancia de amor divino y para cumplir la voluntad de Dios, acepta por su gloria verse privada por un tiempo de la contemplación divina» (1). Siendo así, ella se hace acreedora en la eternidad a una contemplación más perfecta.

(1) IIa. IIae, q. 182, a. 2.

CAPÍTULO VI

TODA LA VIDA EN LA VERDAD

ARTÍCULO PRIMERO

La verdad de la vida

- I. Función de la virtud de la prudencia.
- II. Bajo el gobierno de la Providencia.
- III. Santo Domingo abandonado a la Providencia.
- IV. La prudencia activa de Santo Domingo.

ARTÍCULO II

La austeridad de la vida

- I. Afinidades entre la gracia y la cruz.
- II. Los motivos de la mortificación.
- III. La práctica de la penitencia.

ARTÍCULO III

La fecundidad de la vida

- I. Variedad de obras.
- II. Unidad de espíritu.

ARTICULO PRIMERO

LA VERDAD DE LA VIDA

No es bastante estudiar la verdad y hacerla objeto de nuestras meditaciones si es para contemplarla por puro dilectantismo, sin procurar que «ordene nuestra vida según los conocimientos adquiridos». Debemos «practicar la verdad en la caridad», escribe San Pablo; debemos «marchar en la verdad», conforme a la frase de San Juan que se complace en repetir. Parece que Santo Domingo haya copiado estas palabras para declararnos él también: «Nunca experimento una satisfacción mayor que cuando veo que mis hijos marchan en la verdad» (1). Nuestro Padre nos dió a lo largo de su existencia un admirable ejemplo de esta conducta. Pero antes de comprobar y constatar este hecho quisiera que viéramos cómo expone Santo Tomás lo que es la verdad de la vida.

I

Función de la virtud de la prudencia

Un alma dominicana debe evitar cuidadosamente la mentira y el disimulo. Lo contrario sería observar una conducta la más ilógica e inadmisibile cuando se enarbola la divisa *Veritas* y se considera un honor ser hijo del Patriarca Domingo, «en quien —dice Jordán de Sajonia— nunca apareció la menor sombra de falsedad ni de disimulo». Simplicidad, rectitud, lealtad, franqueza, sinceridad, he ahí diversas palabras que deben caracterizar nuestra conducta. En un alma dominicana esta sinceridad debe fluir como de una fuente. Debemos procurar, sobre todo, que la humildad y la caridad moderen lo que fácilmente podría haber de ex-

(1) Phil., III, 16; Eph., IV, 15; II Oan., 4; III Ioan., 4.

cesivo en estas tendencias. La sinceridad debe guardarse de la vana ostentación de sí misma. La franqueza cuidará de no degenerar en una rudeza que pueda mortificar a los demás.

«Decid suavemente la verdad —escribía a una de sus penitentes el P. Antonio Chesnois (1685)—, decidla sin acaloramientos, sin censurar a nadie, y renunciad al amor propio. Dejad a un lado las personas, también la vuestra y la mía. Es necesario sostener con dulzura la verdad, por la que murió Jesucristo, y esto por amor a Dios, que la quiso, y por amor al prójimo, a quien le es provechosa.» Si la veracidad es un deber moral hacia el prójimo, es también un deber de fidelidad para consigo mismo. Somos seres dotados de razón, es decir, estamos ordenados por nuestra misma naturaleza a la verdad; por tanto debemos obrar en consecuencia, es decir, ser veraces. Y esta fidelidad a la razón no se nos impone solamente en nuestras relaciones con los demás, cuando les hablamos, cuando tomamos con ellos una actitud de cierta importancia. Siempre y en todas partes debemos ostentar el sello de la veracidad. Mediante el buen uso de nuestra razón, iluminada por la fe, estamos en condiciones de conocer cuáles son los principios directivos de nuestra vida, y por lo mismo, tenemos la obligación de ajustar a ellos nuestra conducta. De esta manera viviremos en la rectitud y también marcharemos en la verdad.

Puede parecer que ahora estoy conduciendo a mis lectores por un camino del todo contrario al que los he conducido hasta ahora. Al principio de este libro he afirmado que toda la perfección consiste en la caridad. Hemos escuchado a San Pablo y hemos visto que subordinaba a esta virtud primordial todo el conjunto de las virtudes cristianas; estas aparecían ante sus ojos como simples manifestaciones de la caridad en un alma. ¿No posee el amor de Dios una especie de instinto que nos indica lo que debemos hacer y que nos aparta del mal? *Ama et fac quod vis!* ¡Ama y haz lo que quieras!

Sí; la caridad es el punto de partida de toda la conducta cristiana, es el resorte fundamental que nada puede reemplazar. Pero, con Santo Tomás, hemos de admitir firmemente que ella sola no basta. No nos podemos abando-

nar a las solas inspiraciones generales del amor de Dios.

Y en primer lugar, cabría esta pregunta: ¿estáis seguros de que tal inspiración es un efecto de la caridad? Corresponde a nuestra razón discernir entre las inspiraciones auténticas del amor divino y las inspiraciones naturales que son una falsificación. ¡Cuántas veces las pasiones humanas se mezclan con las inspiraciones divinas y toman sus apariencias para suplantarlas! Día vendrá, como lo anunció el Precursor, en que El que ha de volver tendrá el harnero en la mano para separar el grano de la paja. Pero el divino Juez nos ha dado la razón para que nosotros mismos realicemos este juicio.

Nuestra razón, gracias a El, ha sido puesta en disposición, por la virtud sobrenatural de la prudencia, de verificar el juicio necesario, y por lo mismo, organizar y dirigir hacia el bien todas las fuerzas que Dios nos ha dado. En esto consiste nuestra facultad de gobierno. Esta facultad se impregna de las intenciones que le comunica el amor divino; ella se coloca en el punto de vista del mismo Dios, a quien quiere complacer en todo; ella procura mantenerse siempre a estas alturas, donde no alcanzan las falsas prudencias, prudencia de la carne, prudencia del mundo, prudencia natural. Y así, nuestra prudencia sobrenatural, apoyada en la caridad, trabaja sin cesar por medio de sus indicaciones en amoldar a ella toda nuestra conducta. Por esa razón las buenas intenciones del amor divino se convierten en realidades en los detalles de la vida. *Veritatem facientes in caritate*. Practicando la verdad en la caridad.

A este fin, busca el punto medio entre los extremos a que suelen conducir las pasiones humanas.

No temamos que este punto medio se confunda con la mediocridad. Porque están presentes los fines, los magníficos fines que la caridad impone. Y la labor de la prudencia está en elegir los medios proporcionados a estos fines. Para que sean proporcionados a su fin sobrenatural, tendrán que sobrepasar los medios naturales que bastan al prudente según el mundo. ¡Qué diferencia tan grande hay entre la templanza de un filósofo griego o la de un simple hombre honesto y la de un discípulo de Cristo que «castiga su cuerpo para reducirlo a servitud», que practica la virginidad perpétua!

Por otra parte, en el empleo de los medios no siempre hay que buscar los mejores. Nuestra razón encontrará también en eso la justa medida al no perder jamás de vista el fin al que están subordinados estos medios. «La excelencia de una regla religiosa no consiste en el rigor de las observancias que se practican en ella, sino en la perfecta adaptación de estas observancias al fin que se persigue» (1).

El valor religioso de la pobreza, por ejemplo, está en que nos libra de los cuidados de los bienes terrenos y nos permite de esta suerte ocuparnos de las cosas divinas y espirituales. La bondad, pues, de la pobreza no consiste en su mayor estrechez, pues la bondad no está en ella misma, sino que la recibe del fin a que va ordenada. La santa pobreza es un medio, y su valor debe calcularse en la proporción en que nos exime de los cuidados de las cosas terrenas y nos dispone mejor para ejercer nuestra caridad contemplativa y apostólica.» Paralelamente, podemos afirmar que el ideal no consiste en cargarse de mortificaciones, ni prolongar exageradamente los ejercicios de piedad. En todo esto debe dejarse sentir la influencia de la santa virtud de la discreción, de la prudencia.

No siempre resulta fácil la aplicación de estos principios. Para hacerlo provechosamente, es necesaria una madura reflexión en los casos concretos en que nos encontremos. La rectitud es indispensable, pero no es suficiente. Hay que recurrir a las experiencias buenas o malas que hayamos hecho personalmente. En caso de necesidad, debemos pedir consejo, ya que para estos casos está la dirección espiritual. Pero no conviene abusar yendo continuamente a consultar al director y contar con él para tomar decisiones que podemos hacer muy bien por cuenta propia. Pero muchas veces, sobre todo en los principios de la vida interior, esta dirección nos ayudará en nuestras propias deliberaciones para que podamos juzgar y decidir con mayor seguridad. Si alguien cree haber obtenido luces del Espíritu Santo sin muchas reflexiones, conviene controlar y consultar estas ideas, ya que puede ocurrir que no tengan un origen tan elevado.

Luego conviene decidir sobre la resolución que hay que

(1) IIa. IIae, q. 188, a. 6, ad 3; III Gent., c. 233 ó 134.

tomar, procurando que ningún prejuicio, ninguna pasión que no sea del todo ordenada, vengan a enturbiar en nuestra alma el ojo simple de que habla el Evangelio, y por lo mismo falsear nuestro juicio.

Finalmente, es necesario que, una vez tomada la determinación, dispongamos con decisión y constancia las órdenes conducentes a las realizaciones prácticas.

Hay muchos actos que son intelectuales. Sin duda, la caridad es siempre necesaria, necesaria al principio y necesaria hasta el fin, pues sin el fervor de la caridad no se pondrá empeño en tomar y mantener las decisiones, a pesar de los motivos que puedan prestarle apoyo. Igualmente la oración y la Comunión, que estimulan la caridad, son de una importancia primordial. Pero propiamente es por medio de la prudencia que metemos la verdad en nuestra vida.

Procuremos, pues, prever y preparar todas las mañanas nuestra jornada; durante el día controlemos y dirijamos el curso de nuestra vida, y por la noche, en el examen de conciencia, examinemos y analicemos el empleo de nuestro tiempo para juzgarlo y hacer las enmiendas convenientes.

II

Bajo el gobierno de la Providencia

Lo que acabamos de decir basta para ponernos en guardia contra los peligros del iluminismo. Pero existe otro escollo opuesto del que hay que apartarse si queremos mantenernos en la verdad de la vida. Yo lo llamaría un racionalismo práctico.

Conforme a la doctrina que hemos expuesto hasta ahora, alguien podría figurarse que la perfección depende de nuestras fuerzas personales, de nuestros esfuerzos metódicos. Pero no hay que olvidar que nuestra razón no es soberana. No hay que olvidar que por encima de la prudencia personal existe una prudencia superior que todo lo ha previsto eternamente y que lo gobierna todo sin cesar. Es la Providencia divina. Nuestra pequeña prudencia, limitada, debe someterse desde un principio al plan de la Pro-

videncia divina. De otra manera seríamos como albañiles que trabajaran sin tener en cuenta el plan de conjunto elaborado por el arquitecto. Y peor todavía, ya que el albañil puede tener ideas buenas y posee una fuerza personal. En cambio, nosotros, independientemente de Dios, no somos nada.

Vivamos en la verdad también en este punto. La fuerza que representa nuestro ser personal debe contar con las grandes fuerzas que la empujan a obrar eficazmente en cualquier orden. Debe contar, sobre todo, con la fuerza superior que envuelve y sostiene a todas las otras, Dios, sin el cual nada existe, nada puede obrar, nada puede alcanzar su fin. No debemos, pues, trabajar como si todo dependiera de nosotros. Aun cuando digamos que es necesario orar, *como* si todo dependiera de Dios, no corregimos nuestro error, y las consecuencias prácticas son funestas. No es exacto decir «como si todo dependiera de Dios». En realidad todo depende de Dios.

Es El y sólo El quien lo ha previsto todo, y aunque quiera servirse de las causas segundas, es El, en primer término, quien provee a todo. Su Providencia se extiende a todos los seres sin excepción. En su infinito poder abarca la totalidad del género humano y cada uno de los individuos que lo componen. El está presente, con una sabiduría imperturbable, al origen, a la evolución y al término de toda vida. El penetra hasta el fondo de nuestro ser, asiste al desarrollo de nuestras facultades, a todos los actos por ellas producidos, a los libres más que a los involuntarios, a los actos sobrenaturales más que a los que son del orden natural. Pues en la medida en que un ser participa de la existencia, en esa misma medida es necesario que intervenga Dios, única fuente de todo ser.

Si El nos ha dado nuestra naturaleza y las facultades que poseemos, con mayor razón, gracias a sus cuidados, pasaremos de la potencia al acto, ya que poseemos mayor *cantidad* de ser cuando obramos que cuando no lo hacemos.

Si nuestra actividad tiene el privilegio de ejercerse con un dominio perfecto, para poder inclinar nuestra indiferencia hacia distintos objetos es necesario que el Creador obre más intensamente en nosotros con el objeto de salvaguardar y actualizar nuestra condición de seres libres, pues esta

espontaneidad en nuestro obrar, esta independencia de nuestra voluntad, indica que somos seres superiores, que forzosamente emanamos del Ser supremo.

Si además este acto libre se convierte en sobrenatural y meritorio de la vida eterna, es decir, en cierta manera divino, hay aquí una razón más para reconocer que Dios es su fuente única.

Siendo nuestros actos libres y meritorios, no vayamos a creer, teólogo superficial, que al cumplirlos estamos al lado de Dios como una pequeña causa adjunta cuyo consentimiento se añade a la gracia para hacerla eficaz, a la manera que un niño junta su mano a la de su padre para levantar un fardo. La fuerza que en este caso levanta el fardo proviene de las dos manos unidas. Pero Dios es la única mano en las obras de la gracia, y estas salen de nosotros como de una causa segunda, subordinada a la causa primera, penetrada absolutamente de su influencia y movida totalmente por su eficiencia. He aquí lo que Santo Tomás nos ha enseñado, y nosotros en la Orden de Santo Domingo estamos orgullosos de ser tomistas hasta estas profundidades. Nosotros no sentimos el temor de que el Creador Todopoderoso perjudique el libre ejercicio de nuestra voluntad, cuando lo conduce a su plena realización; y vemos más segura nuestra salvación puesta en manos de Dios que en las nuestras.

Cuando nos inclinamos a obrar mal y caemos en el pecado, entonces somos los únicos responsables, porque nos colocamos al margen de la fuerza creadora; nuestro fracaso es una caída hacia la nada. Pero, respecto al bien, nada hay exclusivamente nuestro en nuestra actividad. Todo viene de Dios mismo.

Siendo esto así, si Dios es la única causa primera de todo el bien que se hace en el mundo; si El tiene en vista un fin supremo al cual todo está subordinado y al cual todo debe concurrir infaliblemente, las causas segundas a las que, por su bondad, llama a concurrir libremente a la ejecución de sus designios, no tienen otro objetivo que someterse a su plan y ajustarse al movimiento de su gracia.

Quisiera daros una comparación mejor que la del albañil que trabaja bajo las órdenes del arquitecto. Observad a un agricultor profesional realizando el gesto antiguo cuya

eficacia ha sido demostrada por la experiencia de los siglos. El está encorvado, con sus pies bien afirmados sobre la tierra, que es el punto de apoyo de su fuerza humana. Lentamente se incorpora, levantando bien alto su pala a la altura de los brazos; después la pala, los brazos, todo el cuerpo golpean juntos la tierra que parece que los atrae y recibe el golpe. Gentes de la ciudad que miráis asombrados todo lo que levanta de un solo golpe, después de un esfuerzo humano tan pequeño, cuando para cultivar vuestro pequeño jardín os fatigáis mucho. Lo que ocurre es que muchos de los golpes que dais caen en falso, mientras que ese hombre da uno solo, pero completo. Vosotros obráis como si todo dependiera de vuestro trabajo. Este hombre junta su humilde esfuerzo al movimiento de la gravitación universal. Utiliza la fuerza cósmica para cultivar su campo.

De la misma manera cuando se trata de la siembra. Fijaos en esta comparación en la que se inspiró Santo Domingo. El agricultor entendido espera el buen tiempo en el ritmo de las estaciones, tiene en cuenta la lluvia, los grados de temperatura, la intensidad del sol; se fija, incluso, en el curso de la luna. Y si las semillas son buenas, el sembrador puede irse tranquilo a su casa. Lo mismo que duerma o que esté en vela, el grano germina, la planta crece. El buen agricultor ha hecho a su debido tiempo el acto que debía realizar para poner provechosamente en acción todas las fuerzas del universo que fomentan la vida, mientras que si no os preocupáis de aprovechar estas fuerzas, vuestras semillas serán estériles. Inútil que vayáis todos los días a ver vuestro jardín. No crece ninguna planta. No cosecharéis, ni flores, ni frutos.

En lugar de tomar personalmente la iniciativa en las grandes empresas espirituales y de lanzarse a ellas con el entusiasmo de un conquistador a quien nada resiste, procuremos antes mantenernos en una humildad profunda, pensando que no somos nada, que por nosotros mismos nada podemos. Pero junto a esta desconfianza de nosotros, pongamos la plena confianza en Dios, que nos salvará de la púsilanimidad y nos hará magnánimos a pesar de todo. Apoyémonos en este Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente poderoso que tiene nuestro destino en sus manos. El Señor es quien nos conduce y

nos sostiene; ¿a quién hemos de temer? Observemos los caminos de la Providencia con una fe viva y recojamos todas las señales que nos da. «Como están fijos los ojos de los siervos en su señor, así también hemos fijado los nuestros en el Señor hasta que se ha apiadado de nosotros.» Desasidos de todo, indiferentes a todo, excepto a la voluntad de Dios, unámonos a ella con fe y amémosla dentro del misterio en que se oculta. Amémosla también y unámonos continuamente a ella a medida que se nos va revelando día a día. Pongámonos bajo su dominio. Lo mismo si es agradable que ingrato, entreguémonos a El con un santo abandono que no conozca restricción ni límite. Para conseguir esto se requiere una oración casi continua que nos ponga en contacto con Dios, entendiendo que la oración no es una influencia ejercida sobre Dios para traerlo a nuestros deseos, sino una elevación de nuestra alma hacia El para ponernos en disposición de recibir sus gracias.

A condición de estar como impregnados de la oración, las reflexiones, los juicios y las órdenes de nuestra prudencia darán sus frutos, porque la savia de la gracia circulará por ellos. No perdamos, pues, nuestro tiempo en recuerdos estériles sobre el pasado, ni en preocupaciones excesivas sobre nuestro porvenir. Sino que todos los días procuremos ajustar nuestra conducta a los designios de Dios, sigamos, sin anticiparnos ni retrasarnos, el movimiento de su gracia, cooperemos con ella en un trabajo consciente y marchemos unidos con ella hasta el término de su eficacia.

III

Santo Domingo abandonado a la Providencia

Se pueden aplicar a nuestra Orden las palabras que dice el Evangelio de nuestro Señor: *Coeipit facere et docere*. Lo que nuestro gran Doctor Santo Tomás ha enseñado, lo había practicado ya santamente nuestro Patriarca. Vamos a contemplar ahora en la persona de Santo Domingo una maravillosa ilustración de la doctrina tomista.

Si alguien ha ajustado su vida a la gracia sin antici-

parse, pero también sin retrasarse, es ciertamente nuestro Santo Patriarca.

En verdad no se ha anticipado. Durante treinta y cuatro años, sobre los cincuenta y uno que vivió, no se ha dado cuenta de la gran obra a que Dios le destinaba. Pero él estaba en buenas disposiciones para llevar a cabo la idea divina. Pues no cabe duda de que Dios tenía formada su idea sobre aquel niño y lo demostró claramente en el célebre sueño que envió a la que lo llevaba en su seno. Juana de Aza no comprendió de momento lo que significaba aquel cachorro blanco y negro con la tea encendida para poner fuego en el mundo. No obstante, ella realizaba el plan de Dios educando a su hijo en el amor de Jesús y de María e inculcándole una gran piedad hacia los desgraciados. Esta piedad para los pobres que, siendo profesor, le inspirará la decisión de vender todos sus libros para comprarles pan; esta piedad para los pecadores que turbará su sueño siendo canónigo de Osma y que será el fundamento psicológico de su vocación al apostolado, es su madre quien se la ha inculcado. «Desde su infancia —dice Fr. Pedro Ferrando— la piedad no cesó de crecer en él. Hacía suyas todas las miserias del prójimo...» «Parecía —añade expresamente Rodrigo de Cerrato— que esta compasión hubiera llegado a él por una transfusión natural del corazón de su madre. Pues la compasión y la misericordia de su madre eran extremas...» Los buenos ejemplos y las sabias lecciones que daba a su amado hijo, que iba creciendo bajo su amparo, completaron la obra comenzada en este corazón tierno.

Dios iba formando también al futuro fundador de los Predicadores, sin que nadie pudiera darse perfecta cuenta, al lado de su tío sacerdote, el digno arcipreste de Gumiel, a quien lo confió su madre desde los siete hasta los quince años. En la casa parroquial y en la iglesia recibió de él una influencia religiosa muy marcada durante su adolescencia. Estos ocho años fueron decisivos para toda su vida. Domingo será desde entonces un hombre de iglesia. Pasará la mayor parte del tiempo en este lugar sagrado, junto al altar. Será su lugar preferido por las noches.

El futuro Padre de los Predicadores es ya un joven a quien se le envía a estudiar en Palencia, único centro de

estudios superiores que existía en España en su tiempo. Se tiene puesta la esperanza sobre él de que sea sacerdote, como sus dos hermanos Antonio y Manés. A éstos, sin embargo, no se les había procurado esta instrucción superior. Domingo obedece y se entrega intensamente al trabajo intelectual, y completa su formación sentando cátedra él mismo. El gusto por el estudio, que conservará durante toda su vida, el estudio perseverante de la ciencia sagrada, será una parte esencial de toda vocación dominicana.

Domingo ha cumplido treinta años. Circunstancias providenciales lo conducen a formar parte del cabildo de la Catedral de Osma en calidad de canónigo. Allí continúa, hasta la edad de treinta y cuatro años, practicando y saboreando la vida litúrgica que tanto le gusta; pero los gemidos que se le escapan de noche al pensar en la perdición de las almas indican claramente que no ha encontrado aún su verdadero destino. «Continuamente, con palabras apremiantes —dice Pedro Ferrando— suplicaba a Dios que se dignara derramar en su corazón una ardiente caridad para poder trabajar eficazmente por la salvación del prójimo. Se sentía obsesionado por el ejemplo de Aquel que se había ofrecido en holocausto por nuestra salvación.» No obstante, seguirá siendo canónigo, y su Orden, en parte, será también canonical. Pero por el momento no tiene la menor idea de la Orden de los Predicadores ni de su complejidad. Dios sí que tiene esta idea, y esto es suficiente. Domingo se deja conducir por la Providencia.

Y se deja conducir por ella cuando su Obispo Diego lo lleva consigo a través de Europa para un largo viaje pedido por el Rey de Castilla, que quiere casar a su hijo con una princesa de Dinamarca. El matrimonio ha sido ya favorablemente decidido, y se comunica el resultado a la Corte. Es necesario emprender un nuevo viaje para ir en busca de la novia. Cuando el Obispo y Domingo llegan por segunda vez, la joven princesa lejana ha muerto. Ella ha terminado de desempeñar su papel en el destino que se está preparando. En realidad, ha sido un pretexto providencial para esos dos años de viaje a través de la cristiandad. Domingo, yendo y viniendo a través de Europa, ha podido constatar la miseria espiritual, el abandono espantoso en que ha sido sumergida la Iglesia. Los obispos y el clero

no se preocupan de predicar las enseñanzas evangélicas y casi no tienen otra preocupación que la de cuidar de sus intereses materiales; la inmoralidad triunfa en todas partes, y más doloroso aun que los pecados de la carne resulta el espectáculo de ver cómo la herejía arranca de las almas la misma fe, base de la justificación. El Papa se ve obligado a hacer un llamado a los monjes cistercienses, que vivían retirados del mundo, para intentar, aunque en vano, salvar las almas. Domingo será el elegido para fundar una Orden nueva que triunfará en el mismo terreno en que han sido derrotados los del Cister. Pero Domingo todavía no tiene conciencia de ello.

Su voluntad ambiciona una cosa muy distinta. Al regreso de Dinamarca convence a su Obispo para ir juntos a Roma y obtener del Papa la autorización necesaria para ir a evangelizar los pueblos salvajes de los Cumanos. Si hubo en el alma de Domingo una idea tenaz, un deseo continuamente renovado, fué, por cierto, la idea y el deseo de evangelizar a los Cumanos —lo que, por otra parte, jamás pudo realizar personalmente—. El Papa ha negado su autorización. Don Diego obedece fácilmente. Domingo se somete también, sin crítica ni murmuración. Pero ¡cómo le cuesta! Mientras emprende el regreso a España le parece que se han desvanecido todos sus ideales. La vida le parece que ya no tiene ningún aliciente; se encuentra como vacío de sí mismo. ¡Todo ha terminado!... ¡Su vida ha fracasado!...

Por el contrario, ahora es cuando va a comenzar y la historia difícilmente conocerá una vida más fecunda.

Su desprendimiento absoluto, su completa disponibilidad, su abandono a la Providencia divina hacen de él el instrumento apto para las grandes obras.

Desde treinta y cuatro años se ha ido preparando por su docilidad a los designios providenciales; la buena herramienta está en manos del Todopoderoso. Ha llegado la hora en que será dado a la tierra el golpe decisivo que la removerá profundamente; ha llegado la hora de sembrar la semilla milagrosa. Un conjunto de circunstancias imprevistas detiene a nuestros viajeros en el viaje de vuelta, no lejos de Montpellier, en Castelnau. Es allí donde Domingo tendrá conciencia de su verdadera vocación.

IV

La prudencia activa de Santo Domingo

El abad del Cister y los legados del Papa se han reunido para una conferencia. La decisión que han tomado es la de ahogar la herejía en la sangre, ya que los demás medios han fracasado. «¿Cuál es vuestra opinión?», preguntan a los dos prelados españoles. Y éstos dan una contestación, fruto de las meditaciones que han tenido durante los dos años de viaje y que la gracia les ha inspirado repentinamente: «Despedid todo ese suntuoso cortejo que lleváis con vosotros, dejad vuestros preciosos vestidos, no guardemos más que los libros necesarios y, pobres en todo lo demás, predicaremos con autoridad a esa gente a quien la ignorancia y la riqueza de los sacerdotes ha doblemente escandalizado.» Santo Domingo es el primero en poner en práctica el consejo que acaba de dar. Y dentro de poco quedará solo en la lucha. El anciano don Diego ha regresado a su diócesis esperando allí la muerte. Los cistercienses han vuelto a sus abadías apartadas de las ciudades. Pero Domingo ha encontrado su camino y ha comenzado su obra.

¿Veis a este hombre caminando siempre por los alrededores de Fanjeaux, ciudadela de la herejía? Está realizando ya en su persona toda la futura Orden de Predicadores.

De mediana estatura, flaco y nervioso, con su túnica blanca y la capa negra, va siempre con un libro en la mano, como en la Universidad de Palencia, cantando un himno con su voz sonora o rezando un salmo, como lo hacía en su Catedral de Osma; pero además, pobre y mendigando el pan, el hijo de Guzmán practica un ascetismo que aventaja al de los «perfectos» de la herejía, tan admirados del pueblo; él va impulsado por el deseo de evangelizar, de predicar la verdadera doctrina, de destruir el error que infecta las almas. Interpela a los hombres con quienes se encuentra, a esos segadores, por ejemplo, que trabajan el día domingo. Provoca a los jefes de la herejía a tener con ellos discusiones públicas, en las que se manifiesta

un controversista admirable, incansable e irresistible. Los libritos en los que resume su doctrina son de una lógica irrefutable, y su verdad es confirmada con milagros. El fuego se encarga de demostrar las falsas argumentaciones de los maestros albigenses. Domingo se esfuerza por dar a conocer a los pobres herejes a Dios tal como se nos ha revelado, en la humanidad con que se ha revestido, en esta Encarnación que la herejía no quiere admitir y que nos es absolutamente necesaria; les hace contemplar toda la vida de Jesús, su Muerte, su Resurrección, en compañía de su Madre la Virgen María; les enseña a invocarla religiosamente, a repetir los *Ave* del ángel, para que les ayude a comprender y a imitar al divino Modelo. En una palabra, instituye el Rosario.

De esta suerte Domingo, en el momento oportuno, pres-tándose a la influencia de la gracia de Dios, ha trabajado y sembrado. Ya ha adquirido cierta celebridad. Algunos quisieran que aceptara la dignidad episcopal. «De ninguna manera —dice él—, pues tengo que ocuparme de mi nueva plantación de predicadores y de religiosas en Prouilla; esta es mi tarea y no aceptaré otra.» ¿Qué era esta plantación a que alude el Santo? Era un humilde convento donde algunas mujeres por él convertidas se dedicaban a la oración. Al lado había una casita donde vivía, cuando descansaba de sus predicaciones, al principio él sólo, y pasados algunos años, con cinco o seis compañeros. Se la conocía con el nombre de «la santa predicación de Prouilla».

Al cabo de diez años Domingo no ha podido reunir más que catorce frailes. Pero el Papa le escribe estas palabras proféticas: «Considerando que tus frailes serán en el futuro los atletas de la fe y verdaderas lumbreras del mundo, confirmamos tu Orden.» Confiando siempre en la gracia de Dios, que tan intensamente experimentaba sobre sí, y contando con la aprobación del Vicario de Cristo, Domingo, después de haber inculcado profundamente a sus frailes su bello ideal, juzga que ha llegado la hora de dispersarlos por el mundo. En vano Simón de Montfort y el Obispo de Tolosa se esfuerzan en disuadirlo. «Nunca —dice el Beato Jordán de Sajonia— el hombre de Dios volvía atrás después de haber tomado una resolución.» Habiendo tomado esta resolución en las circunstancias que es fácil de adivinar,

y que son las mismas que Santo Tomás ha puesto como normas en su tratado de la prudencia, se comprende su actitud al respecto.

El sembrador evangélico comprendía que había llegado el buen tiempo. Como se arroja el grano en la tierra en la época de la siembra, así Domingo dispersaba a sus hijos. El mismo se sirve de esta comparación. Y también la utiliza el Beato Jordán cuando habla de la nueva dispersión que nuestro Padre realizó en Bolonia.

Envía la mitad del grupo —es decir, siete— a París, la gran ciudad universitaria, «para estudiar allí, predicar y fundar un convento». Un solo religioso irá con él a Roma, donde piensa encontrar nuevos candidatos. Cuatro irán a Madrid, y los dos restantes quedarán en Tolosa. Desde Roma, donde vive cerca del Papa, Domingo alienta a sus hijos. Transcurridos algunos meses y habiendo conquistado nuevas vocaciones, funda un convento en Bolonia, el más importante centro universitario después del de París. Después, al cabo de un año, recorre los caminos de Europa, visita los conventos, establece otros nuevos en distintas ciudades, alienta el entusiasmo, impide o corrige toda desviación que pudiera falsear el ideal de los Predicadores. El se apresura en sus viajes: hace 40, 50 y hasta 60 km. por día. Una mañana parte de Orleans y al día siguiente está en París, habiendo recorrido 120 km. a pie. Para reconquistar a la verdad a toda Europa, los conventos se van levantando rápidamente en todos los puntos estratégicos.

Y el deseo del martirio renace con más vigor en el corazón del apóstol Domingo; siente el ansia de llevar la fe a los infieles Cumanos y alcanzar allí la palma del martirio. Ha tomado tan firme la decisión que por este motivo se deja crecer la barba. Pero cae gravemente enfermo y muere a los cincuenta y un años de edad, seis años tan sólo después de haber fundado la Orden. Sus hijos, que han heredado su espíritu, continuarán su obra misionera. Algunos años después llenarán el mundo entero y se vestirá con el hábito de Domingo un joven que será Tomás de Aquino. En él se verá plenamente realizada la profecía del Papa a Santo Domingo. Gracias a este sol espléndido que ilumina a las escuelas católicas, la Orden de Predicadores se ha convertido verdaderamente en la

luz del mundo y, aun cuando no existiera un solo dominico en la tierra, los libros inmortales que escribió el Doctor Angélico bastarían para justificar hasta el fin de los siglos el glorioso título que Honorio dió por anticipado a nuestra Orden. Añadamos que hay y habrá siempre dominicos en el mundo y que otro Papa ha podido escribir al reverendísimo P. Theissling : «Es digna de toda alabanza la Orden de los Frailes Predicadores no tanto por haber dado un Doctor Angélico, cuanto porque sus Hermanos no se han apartado un ápice de su doctrina.»

He aquí lo que sembró y cosechó Santo Domingo al seguir fielmente la gracia de Dios, sin anticiparse a ella ni tampoco atrasarse. Que su ejemplo edificante y las enseñanzas de Santo Tomás sean provechosas a todos sus hijos. Los que entre nosotros son ya de una edad avanzada han hecho seguramente diversas experiencias espirituales, felices algunas y otras no del todo, pero que, sin duda, vienen a confirmar lo que acabamos de resumir. Repasemos nuestra vida. ¿No es cierto que el bien realizado por intermedio de nosotros lo ha sido por la gracia de Dios, que se ha servido de nosotros a su voluntad y muchas veces contra nuestros deseos? ¿No es cierto también que nuestro atolondramiento, nuestra indecisión y nuestra inconstancia han sido muchas veces la causa de que se agostara el fruto que esperaba de nosotros la Gracia divina?

Todas las almas que han sido engendradas a la vida espiritual por Santo Domingo, y a las que Santo Tomás ha nutrido con su doctrina, deben sentir la preocupación constante de realizar en toda su amplitud esta verdad de la vida. Los teólogos tomistas son expertos en exponer esta teoría. Las más humildes Hermanas pueden también estar muy adelantadas en practicarla. No hago más que citar una al azar : «Su gran máxima era que no hay un sólo momento en la vida en que Dios no tenga un designio particular y especial de santificación para sus elegidos a fin de aumentar sus méritos, y que es necesario que en cada acto obremos según la extensión de la gracia que hay en nosotros» (1).

(1) La Venerable M. Ana Raviot, del Monasterio de Santa Catalina de Sena, en Dijón (1604-77).

ARTÍCULO II

LA AUSTERIDAD DE LA VIDA

«La Tercera Orden seglar de los Frailes Predicadores, llamada también Orden de Penitencia de Santo Domingo», así empieza la Regla. Cuando se ostenta semejante título de familia y se tiene también un profundo sentido de lealtad, es necesario que la vida sea conforme al título.

Además si la penitencia no viene a unirse con la prudencia sobrenatural, de que hemos hablado en el artículo anterior, no vivimos en la verdad. Para permanecer siempre fieles a la razón, para regular según sus normas nuestra sensibilidad y compensar sus excesos, se impone la mortificación. La gracia que nos ha sido comunicada providencialmente, y a la que nuestra prudencia debe someterse primero, es de ordinario una gracia crucificante, ya que es la participación de la misma gracia cuya plenitud recibió Cristo y que lo condujo a la cruz. He ahí las razones básicas de la penitencia. Y para determinar el modo de practicarla, deben colaborar la Providencia y nuestra prudencia.

Este es el objeto del artículo que empezamos y que es verdaderamente una continuación del anterior. Y ambos encuadran en el mismo capítulo, pues también ahora vamos a tratar de colocar en la verdad toda nuestra vida.

I

Afinidades entre la gracia y la cruz

La vida siente repugnancia a la muerte. La vida natural rechaza con todas sus fuerzas la cruz.

Pero, ¿y la vida sobrenatural? También en el estado

de inocencia la vida sobrenatural rechaza la cruz. En Adán no había afinidad entre ella y la cruz. La gracia cumplía su excelente función, que es comunicar la vida divina al hombre. Por ella él vivía en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y daba gloria a la Trinidad, gozando ya de su presencia por la fe, esperando poder gozar de Ella en la visión beatífica. Este gozar de Dios mediante la fe está poéticamente figurado en el *Génesis* por las visitas que por la tarde hacía Dios al hombre. Por sí misma, pues, la gracia no es crucificante.

Pero la gracia cristiana, la gracia especificada por esta palabra que viene del mismo Cristo, la gracia cristiana, la única que se nos da y que vela por nosotros, ¿está realmente unida a la cruz?

Al mismo tiempo que nos vivifica y nos une a la Trinidad, lo mismo que la de Adán y la de los ángeles, nos mortifica, nos separa de cosas que están adheridas a nosotros. Nuestra fórmula característica: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo», va acompañada de la señal de la cruz. Es un hecho.

Antes de considerar en nosotros mismos esta gracia, veámosla en Jesucristo, el Jefe de nuestra humanidad regenerada. No se puede dudar que en la gracia, cuya plenitud reside en Cristo, existe lo que un gran maestro de la vida espiritual del siglo XVII, Luis Chardon, llama «una inclinación a la cruz, una tendencia hacia la cruz».

San Pablo nos dice que Jesús hizo su entrada en el mundo diciendo: «Padre, yo vengo en calidad de víctima.» Palabras que nadie oyó jamás, como tampoco se oye la voz del Verbo eterno, pero que expresan la verdad misma. Estas palabras no son una invención de San Pablo. Si la gracia divina se adapta a la vocación de cada hombre, siendo la vocación del Verbo eterno la muerte de cruz, su gracia debía conducirlo a ella.

Su misión pudo haber sido diferente. Pero, en realidad, fué la que cumplió. Para este fin Jesús fué consagrado substancialmente por la unión hipostática. Esta misma unión, que lo colocaba por encima de todos los hombres en calidad de Jefe, fué la fuente de la plenitud de gracia santificante de la que fué dotada su naturaleza humana para poder desempeñar de una manera perfecta su misión.

Leed las páginas del Evangelio y veréis a nuestro Señor dominado por esta idea de la cruz. El tiene, si me es permitido jugar con las palabras, la pasión de su Pasión. El aparece, permitidme que me sirva de una comparación, como los hijos de un rey de que se habla en algunos cuentos, a quienes nada puede hacer desistir del gran amor que han concebido por una mendiga. San Lucas nos lo presenta rodeado de una muchedumbre deseosa de oírlo. La gente se aprieta a su alrededor para escucharlo. Interrumpiendo el desarrollo de su discurso, Jesús exclama repentinamente, ante la idea de que debe derramar su sangre: «Yo debo ser bautizado con este bautismo. No ha llegado la hora todavía. ¡Cómo me hace sufrir esta demora!»

Cuando después de varios meses de vida común y de íntimos coloquios induce a sus discípulos a confesar que El es el Hijo de Dios, empieza en seguida a demostrarles la necesidad que tiene de sufrir; para eso se ha encarnado el Hijo de Dios. Pocos días después, los tres primeros evangelistas nos lo muestran en el Tabor. Abismado en la esencia divina, participa visiblemente de la gloria celestial que inunda su cuerpo, incluso sus vestidos. Pero, ¿de qué habla en esos momentos? ¿Qué es lo que anhela? Escuchadlo, Pedro, Jaime y Juan, vosotros que habéis sido invitados a presenciar este espectáculo. Escuchad a Jehová el pedido que os hace con su voz formidable... Suspira por su Pasión y obliga a Moisés y a Elías a conversar con El de la trágica muerte que debe sufrir en Jerusalén. Es como un eco que ha llegado a nuestra tierra, en el tiempo previsto, del gran Decreto eterno que el apóstol San Pablo resume en esta frase: *Proposito gaudio, sustinuit crucem.* ¡Le fué ofrecido el gozo: ¡ha querido llevar la cruz!

«¡Apártate, Satán!» le dice a Pedro que quería evitarle el camino del Calvario; mientras que a Judas, que lo traiciona y lo entrega a sus verdugos, le llama: «Amigo mío.» Al día siguiente, agonizando en la cruz, exclama: *Consummatum est!* Todo lo que debía realizar, ha terminado. No le queda nada por hacer en este mundo.

He aquí lo que obraba la gracia en Jesús. Y la gracia que le santificaba es la misma que, desbordando de su alma, se comunica a las nuestras. O en otras palabras,

nuestra gracia santificante no es más que una continuación de la suya. Desde los primeros capítulos de *La Cruz de Jesús*, Chardon explica, siguiendo la opinión de Cayetano y de Santo Tomás, que por la gracia «las almas santas forman una sola persona mística con Jesús». Es nuestro Jefe el que ha muerto en la cruz, y nosotros, sus miembros, estamos unidos a este Jefe crucificado. Los miembros deben estar en relación con su Jefe, si no se quiere que resulte un cuerpo monstruoso. De la misma manera, «la inclinación que Jesús tiene por la cruz tiene su manifestación en las almas santas que componen su cuerpo místico». E igualmente: «Las cruces son distribuidas a las almas santas en la medida en que les ha sido otorgada la gracia.»

¿No es esto precisamente lo que había proclamado Jesús desde los primeros días en que anunció su designio de sufrir? «Si alguien quiere venir en pos de Mí —añadió El—, renuncie a sí mismo y tome su cruz cada día.» ¡La Cruz! El instrumento de suplicio que en ese tiempo era conocido de todo el mundo y que no tenía otro empleo ni otra función. No era conocida la cruz como elemento de adorno, ni tampoco la cruz de honor, como existe hoy, sino que las únicas que eran conocidas eran las cruces que los condenados a muerte eran obligados a llevar hasta el lugar de la ejecución. De esta misma manera el cristiano debe llevar su cruz cada día para morir en ella todos los días en una mortificación que no termine jamás.

¿No es esta la doctrina que San Pablo ha hecho suya también y que se encuentra desarrollada en las obras de Santo Tomás en sus comentarios al Apóstol o en la exposición de la *Suma* de la doctrina católica? «Nosotros hemos sido injertados en Cristo como la rama en el tronco, pero hemos sido injertados en su Pasión. El hombre, por el hecho de su bautismo, está crucificado con Cristo.»

Y esto significa, sin duda, que el bautismo nos aplica el mérito de la Pasión sufrida por nuestro Jefe, aplicación que los otros sacramentos renovarían o ampliarán. Pero hay más todavía. Nos incorporan a Cristo crucificado para que tomemos parte en la dolorosa realidad de su Pasión. Por eso el bautismo, que tiene la virtud de quitar todas las penas, no lo hace, sin embargo, en el curso de la vida presente. La comunidad de vida establecida entre los cris-

tianos y Cristo, como entre los miembros y el Jefe, reclama que los cristianos lleven sobre sus hombros la cruz y sufran con Cristo antes de participar de su gloria (1).

II

Los motivos de la mortificación

Si se quiere encontrar la razón profunda de la mortificación, hay que buscarla en el pecado. Para reparar el pecado, que ha manchado todo el linaje humano, la gracia de Cristo ha recibido esta inclinación a la cruz que no se pierde al llegar a nosotros. Esta inclinación a la cruz debe ser conservada en nosotros con tanta mayor intensidad cuanto que nosotros estamos personalmente manchados por el pecado de la raza y por nuestros propios pecados. Como los ladrones que fueron crucificados con Cristo, podemos repetir que recibimos lo que merecemos, mientras que El no ha hecho el menor mal.

Habiendo tomado sobre Sí los pecados de los hombres, había aceptado el deber de reparar por ellos. El pecado es una ofensa en cierto modo infinita, ya que se ofende a la bondad infinita de Dios. Para reparar semejante desorden, Jesús ha sentido una detestación profunda hacia él a la que su divina personalidad daba un valor infinito y vemos en su Pasión como ha sufrido todas las penas satisfactorias que el pecado merecía. ¡Qué inmensidad de dolor en esta humanidad de nuestro Cristo! Ha querido expiar en su cuerpo y en su alma la totalidad de los pecados del mundo. Y su satisfacción no sólo fué suficiente para compensarlos, sino que fué sobreabundante.

Por el pecado nos apartamos de Dios y nos aficionamos a algún bien creado. En este miserable bien hemos buscado indebidamente nuestra felicidad, que sólo se encuentra en Dios. La pena merecida por esa falta consiste, por una parte, en la privación eterna de la felicidad divina, como consecuencia lógica de nuestro culpable alejamiento

(1) In Rom., VI, 4-5; IV Gent., LXXI; III^a, q. 69, a. 3; IV Gent., LV; III^a, q. 49, a. 3, ad 3.

de Dios, y por otra parte, en la pena positiva correspondiente a los placeres prohibidos que hemos buscado en las criaturas.

La primera pena, siendo infinita, ha sido expiada por la Redención del Hombre-Dios. El es el que nos salva de la condenación eterna. El divino Jefe, con quien formamos una sola persona mística, aplica a sus miembros la satisfacción que El ha obrado en la cruz.

Pero la otra, la pena de sentido, es necesario que la expiemos junto con El. Como este desorden ha sido provocado a la medida de nuestras malas inclinaciones, lo lógico es que tomemos parte en la reparación, y la gracia de Cristo nos invita a ello. Este deber de satisfacer por nuestras culpas es tan personal, que si no lo hacemos durante esta vida tendremos que hacerlo en la otra. No nos será posible entrar en posesión de la felicidad si no pasamos por el Purgatorio, donde expiaremos la pena.

«Justo es —dice Santo Tomás— que el que ha concedido a su voluntad más de lo que debía, sufra lo que es contrario a su voluntad: de esta forma será restablecido el equilibrio moral. De donde las palabras del Apocalipsis: cuanto la voluntad ha sido glorificada y sumergida en los vicios, tanto será el tormento y la pena que sufrirá.» El sufrimiento voluntariamente aceptado nos compensará del placer que nos hemos procurado.

Muchos de nuestros santos o beatos que fueron convertidos se impusieron durante su vida duras penitencias para expiar sus pecados, a los que, como Jesús, concebían verdadero odio y gustosos aceptaban la pena.

La mayoría, cuya inocencia era manifiesta, como, por ejemplo, nuestro P. Santo Domingo y nuestra M. Santa Catalina de Sena, no cometieron más que pecados veniales. Pero para expiar estas pequeñas faltas, que nuestra conciencia miope difícilmente alcanza a ver, se castigaron con severas penitencias.

Además ellos pensaban también en los pecados ajenos, en los pecados del mundo. Pues siendo verdad que todos los hombres formamos una sola persona mística, cuyo Jefe es Cristo, es natural que todos, y principalmente los que están más íntimamente unidos con Cristo, participen de su dolor expiatorio de la multitud de los pecados humanos.

Así, vemos a Santo Domingo orando ante el crucifijo, con las manos apoyadas al pie de la cruz, con la mirada fija en el Cristo, como lo ha reproducido Fr. Angélico, y se levanta de repente para darse disciplinas hasta derramar sangre. De ordinario se disciplinaba tres veces; la primera por sí mismo, la segunda por los pecadores y la tercera por las almas del Purgatorio. Y como Cristo agonizante, gemía angustiado de no poder hacer nada por los condenados en el infierno.

* * *

Aun cuando hubiéramos expiado completamente todos los pecados cometidos, la mortificación nos sería necesaria para prevenir nuevas caídas. Siendo el pecado un apetito desordenado de los bienes creados, ha producido en el alma una cierta disposición, casi un hábito, si se ha repetido con frecuencia. Aun cuando se nos hayan perdonado las faltas, quedan las malas inclinaciones, sin duda debilitadas por la gracia, de manera que no tienen bastante fuerza para dominarnos, pero suficientes todavía para que desconfiemos y nos pongamos en guardia.

Aun aquellos que no han cometido pecados mortales están en la necesidad de mortificarse.

Por causa del pecado original nuestra sensibilidad ha quedado como naturalmente desordenada. Dios le había dado nuestra razón para ayudarla en su tarea, advirtiéndola del mal a evitar y conduciéndola a la práctica del bien. Cuando nuestros apetitos sienten con intensidad la menor atracción del bien y experimentan repugnancia por el mal, cumplen su oficio providencial. Lo malo es que en nuestra naturaleza caída se han tomado una importancia excesiva, reclaman para sí una independencia inadmisibles, y pretenden incluso establecer su preponderancia sobre la razón, que de llevarse a cabo se convierte en una esclava de los sentidos. ¡Cuántos hombres, arrastrados por sus pasiones, se rebajan a un nivel inferior al de los irracionales! Es para nosotros un deber ineludible imponer, cueste lo que cueste, una norma racional, una norma sobrenatural a nuestras pasiones. Si no mortificamos nuestra necesidad de pla-

cer y nuestro temor de la pena por una constante austeridad, nuestra alma perderá el dominio del cuerpo, y la armonía espiritual que debe reinar en nuestro compuesto humano siempre estará en peligro de ser gravemente alterada.

«Desconfío tanto de mi cuerpo hoy, que tengo sesenta y ocho años, como cuando tenía veinticinco —decía el Venerable Jacinto de la Haya (1671)—. Es un mal muchacho de quien estoy temiendo siempre que se subleve, me traicione y me ataque, porque siempre lo he tratado mal y lo he alimentado peor.»

* * *

A estas dos razones, que deben conducirnos a aceptar una vida de renunciamiento desde nuestros primeros pasos en la vida interior, debe añadirse luego una tercera. Expiar el pasado, asegurar la perseverancia, es, sin duda, una necesidad para nosotros, pero lo que más nos atraerá seguramente si somos fieles es poder participar de los sufrimientos de nuestro Cristo amado. Nosotros sentiremos el deseo de estar con nuestro amado, y como aquí, en este mundo, reside en la cruz, ya que realiza su presencia en nuestras iglesias renovando místicamente su sacrificio del Calvario, es precisamente en la cruz donde debemos unirnos a El, mientras esperamos verlo en el cielo. «En esta vida yo quiero unirme a vuestra divina Pasión —decía Santa Catalina de Sena a Jesús que le daba a elegir una corona de oro o una corona de espinas—; mi dicha será sufrir siempre con Vos.» Y Santa Catalina de Ricci: «Oh Esposo mío, oh amor mío, ¡cuánto sufrís por mí! Ojalá pudiera estar yo misma en la cruz! Haced, Señor, que al menos sufra con gusto por Vos.»

Así es como se explica la verdadera sed del martirio que devoraba a Santo Domingo. El salta de gozo al encontrar en el camino de Prouille a Fanjeaux a unos criminales que intentan asesinarlo. «Yo solamente os pido —les dice— que no me matéis de un solo golpe, sino que cortéis todos mis miembros, unos después de otros, y que los pongáis ante mis ojos; que me quitéis después el ojo derecho y luego el izquierdo y que me dejéis así bañado en sangre

como un tronco informe.» Los criminales quedaron estupefactos. «¿Para qué vamos a tomarnos la molestia?», se dijeron ellos. Y desistieron de su propósito criminal.

¿Por qué otra razón, sino para asemejarse a Cristo en su Pasión, nuestros santos buscaban con preferencia y aceptaban de buen grado los sufrimientos semejantes a los suyos? Desde Santo Domingo hasta el P. Lacordaire, todos se flagelan, todos se azotan. El Beato Enrique Susón, en una ocasión en que se hacía burla de él, oyó interiormente una voz que le decía: «Acuérdate que Yo, tu Señor, no he apartado mi rostro de los que abofeteaban mi cara.» Santa Rosa de Lima llevaba a cuestas, sobre sus espaldas lligadas por las disciplinas, una pesada cruz que arrastraba penosamente por las caminos del jardín de su casa. Después pasaba largas horas en su celda apoyada en la cruz, uniendo su oración a la de Cristo agonizante. Y cuando, por espacio de quince años, padeció una misteriosa agonía que le arrancaba esta queja: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?» ¿Dónde encontraba la fortaleza para decir: «Hágase tu voluntad», sino en su unión con Cristo crucificado?

Esta unión de amor es absolutamente anterior a los fenómenos extraordinarios de participación espiritual a la Pasión y de estigmatización corporal con que han sido favorecidos muchos de nuestros santos. La Orden de Santo Domingo es la que cuenta con mayor número de estigmatizados. Pasan de un centenar, de los cuales veinte pertenecen a la Tercera Orden. Para muchos de ellos existe la aprobación de la Iglesia y en la Orden celebramos, el primero de abril, la fiesta de la Impresión de las Llagas a Santa Catalina de Sena.

Sí; Jesús continúa en agonía en estos miembros queridos de su cuerpo místico, que prolongan de una manera visible aquí en la tierra su Pasión redentora y completan lo que falta al cuerpo entero, que es la Iglesia. Hermanos y Hermanas que somos de todos estos estigmatizados, vivamos, al menos en nuestra alma, y recordemos incesantemente con amor los dolores de Cristo. Para facilitar esta ocupación, pensemos que de los quince misterios que el Rosario presenta a nuestra contemplación, desde la Encarnación de nuestro Salvador hasta la entrada gloriosa

de los santos al cielo, cinco de ellos están consagrados a la Pasión.

Por todos estos motivos nosotros, miembros de la Orden de Penitencia, rechazamos el ambiente pagano que nos rodea, que nos llama a vivir su vida, siguiendo sus máximas, como si la cruz nunca hubiese sido plantada en medio del mundo.

Desconfiemos también de un naturalismo práctico que en vano busca apoyarse en los principios de Santo Tomás. Cierto es que nuestro Doctor enseña que la naturaleza no es suplantada por la gracia. La gracia se apoya en la naturaleza para perfeccionarla. Pero si nuestra naturaleza puede adaptarse a la gracia, ya que el pecado no ha llegado a deshacer su constitución, hay que reconocer, sin embargo, que en el despliegue de su actividad encuentra muchos peligros. Ella se encuentra fuera de su eje. La señal está en que el hombre naturalmente no siente el gusto de su fin último. Tiene necesidad de vencer cierta dificultad que experimenta para someterse a Dios y elevarse hacia Él. Tiene necesidad de resistir a cierta facilidad que tiene para ser arrastrado o seducido por las criaturas. La gracia obra en nuestra naturaleza, enderezándola pacientemente.

Finalmente, bajo el pretexto de que «la religión de nuestro P. Santo Domingo es amplia y alegre», no olvidemos que la compunción es un sentimiento fundamental de esta religión. «¿Qué pedís», se nos ha dicho desde el primer momento. Y nosotros hemos respondido: «La misericordia de Dios y la vuestra.» La alegría dominicana nace de la confianza en la misericordia de Dios y de la docilidad a las renunciaciones que se nos piden, tal como la felicidad prometida por el mismo nuestro Señor en el Sermón de la montaña.

«¿Cómo puede entregarse un cristiano a una vana alegría —decía San Luis Bertrán— sabiendo que tiene que comparecer ante el tribunal de Dios e ignora el día y la hora?» Y repetía con frecuencia estas palabras de San Agustín, como lo hacía también el Beato Pedro de Jeremías y lo han hecho muchas otras almas dominicanas: «¡ Señor, quema y corta aquí, no andes con reparos, con tal que sea perdonado por toda la eternidad ! »

III

La práctica de la penitencia

¿No he caído hasta ahora en el defecto de sentirme tentado de reprochar a los biógrafos de nuestros santos, que se complacen en dar a ciertas prácticas extraordinarias de penitencia una importancia excesiva?

No lo creo, pues si he hablado de sus penitencias ha sido para hacer resaltar el espíritu que los guiaba, los motivos que tenían para mortificarse. Y conviene que adoptemos absolutamente estos motivos.

En principio hay que establecer que, en un momento de exaltación, no hay que obligarse a reproducir inconsideradamente tales o cuales prácticas. Respecto a las observancias regulares de una comunidad, no hay el peligro de excederse. El amor propio difícilmente encuentra motivos para que pueda sustentarse. Y los Superiores vigilan prudentemente para evitar cualquier exceso.

Fuera de estos casos existe, sí, el peligro de que el corazón se alimente de la vana gloria. Es de temer también que se llegue a perder la salud y se incapacite para el cumplimiento de sus deberes de estado. También existe el peligro, como lo hace notar San Vicente Ferrer, de que después de haber pecado con exceso, se quiera conseguir en seguida la justificación con una mortificación excesiva.

Por eso hago mía la observación inspirada al P. Petitot por Santa Teresita de Lisieux: «A no ser que se trate de una vocación especial, de gracias controladas a ser posible por varios directores autorizados, experimentados y prudentes, las mortificaciones excepcionales, tales como las disciplinas sangrientas, las cadenas de hierro y otras prácticas dolorosas no aprobadas por la Regla, deben ser absolutamente prohibidas, particularmente en nuestra época, en que los organismos son débiles.»

Esta recomendación no es nueva en nuestra Orden. Es sabido que la misma Santa Teresita del Niño Jesús hacía alusión en esta materia a la vida de nuestro Beato Enrique

Susón, de quien hablaremos más adelante. El mismo Santo Domingo se apareció a la Beata Bienvenida que se castigaba como él tres veces por la noche; la reprendió severamente por no haber manifestado a su confesor las disciplinas que se daba. El confesor, advertido después, quitó a Bienvenida sus instrumentos de penitencia.

¿Es tal vez porque temía que en esta materia se abusara del ejemplo de nuestro Patriarca que el Beato Jordán de Sajonia, al revés de todos los hagiógrafos que se complacen en tales detalles, no ha dicho una sola palabra de sus terribles disciplinas al contarnos la vida de nuestro santo Padre? (1). Un detalle digno de ser tenido en cuenta es que en sus cartas de dirección espiritual a la Beata Diana y a sus Hermanas del convento de Bolonia, nunca hace alusión a esta práctica de penitencia. Les habla solamente de los ayunos, de las abstinencias y de las vigiliat. ¿Y por qué esto?... Para prevenir cualquier exageración en aquellas jóvenes religiosas llenas de ardor y faltas de experiencia.

Se inquieta por los excesos materiales a que esto las pudiera conducir. Pero su inquietud tiene una razón más profunda. Le aflige esta falta de moderación porque es la señal de que sus hijas no tienen la gran virtud de discernimiento que toda alma dominicana debe tener en gran estima y veneración: la virtud de la prudencia.

«Sobre este punto muchas veces os he exhortado de palabra y por escrito para que evitéis cuidadosamente las excesivas e indiscretas mortificaciones; y si hay entre vosotras alguna imprudente que, después de haber recibido tantas advertencias sobre este particular, se excede todavía, se hace culpable de una negligencia más grave aún.»

Esta virtud de la prudencia debe buscar su punto de apoyo en la dirección de la Providencia divina, como ya hemos dicho. Su acción no consiste en anticiparse, sino en seguir; no debe tomar la iniciativa, sino recibir el impulso divino y corresponder a él con fidelidad. Jordán de Sajonia se lamenta al ver que Diana y sus monjas todavía no han así-

(1) Sabemos que Santo Domingo se disciplinaba tres veces cada noche, hasta derramar sangre, por el testimonio de Fr. Juan de España en el proceso de canonización.

milado el espíritu que nuestro bienaventurado Padre ha encarnado tan perfectamente y cuyos principios quedarán definitivamente expuestos por Santo Tomás. «No quiero de ninguna manera —escribe a Diana— que por una excesiva compunción y exageradas mortificaciones acortes tu vida. Al que se apresura demasiado no le alcanzan los pies, ha dicho Salomón. Por eso te exhorto que no corras tan aprisa, no sea que corriendo demasiado desfallezcas a mitad de camino. Por el contrario, si se corre, hay que hacerlo, como dice el Apóstol, con regularidad para conseguir el premio. Y bendigamos a Dios que se digna atraernos hacia El para que dulcemente y gozosamente podamos correr en el olor de sus perfumes; que nos conduzca siguiendo su voluntad. Sepamos esperar con toda humildad y paciencia. A ejemplo del agricultor, que espera pacientemente el fruto precioso de la tierra, vosotras, cultivando vuestras almas, esperad con paciencia el fruto precioso, el fruto bendito de las entrañas de la gloriosa Virgen María.»

¿Hemos de pensar acaso que el Beato Jordán se proponía ahogar el gusto de la mortificación que sentían sus hijas espirituales? De ninguna manera; pero sí que procuraba encaminarlo hacia la aceptación serena y paciente de las tribulaciones exteriores e interiores que encontramos en la vida bajo la acción de la Providencia divina. Larga separación de seres queridos, fiebres continuas, pérdida de un ojo, todo eso que sufre el Beato Jordán, entre otras cosas, son un motivo para aconsejar a Diana que se inquieta por la salud de su Director: «El divino Obrero sabe qué purificaciones necesita su vaso; lo importante es que nos sometamos en todas las cosas a su voluntad y que abandonemos en sus manos el timón de nuestras vidas.»

A nuestro Beato Enrique Susón, que se había entregado por mucho tiempo a mortificaciones terribles, le pidió Dios un día que arrojara al lago de Constanza todos sus instrumentos de tortura: «Hasta ahora has frecuentado las pequeñas escuelas; Yo quiero llevarte a la escuela más grande que hay... En esta gran escuela se enseña la ciencia del abandono completo de sí mismo... Examínate interiormente y verás que tienes todavía mucho amor propio; te darás cuenta de que con tantas mortificaciones como has hecho, todavía no sabes soportar las contrariedades que te

vienen de fuera.» Y como el buen siervo se alegrara ante la perspectiva de gozar en adelante de una paz completa, oyó una voz que le decía: «Tendrás que luchar más rudamente todavía. Hasta ahora tú te castigabas y dejabas de hacerlo a tu voluntad. Otros te castigarán ahora. Verás caer hasta el suelo tu buen nombre. Antes se te alababa por tus mortificaciones, ahora serás despreciado... Tienes una naturaleza tierna y amable. Llegará el día en que donde pensaste encontrar un amor desinteresado y fiel no encontrarás más que ingratitud... Abre la ventana de tu celda, mira y aprende (un perro jugaba en medio del claustro con un pedazo de alfombra). Esta alfombra se deja maltratar en silencio, haz tú lo mismo.»

Ya se trate, como en los casos que acabamos de mencionar, de graves y dolorosas enfermedades, o simplemente de las dificultades que trae consigo la vida diaria, ahí es donde debemos practicar nuestra primera penitencia, la cual tiene por materia el ejercicio de todas las virtudes morales conforme a nuestra condición. Por eso Hugo de San Caro comparaba la penitencia a una lira cuyas cuerdas deben estar bien tensas para hacer subir hasta el Señor una armonía completa sin disonancia alguna.

Nosotros tenemos la obligación absoluta de cumplir las mortificaciones necesarias para evitar el pecado, al cual nos inclina nuestro temperamento y nuestras relaciones con los demás. «Cada uno de nosotros, y todos en general —decía San Agustín—, somos seres frágiles y unos vasos de barro. Avanzamos muy penosamente incomodándonos unos a otros.» Debemos ser pacientes con nosotros mismos, indulgentes con nuestros hermanos que nos molestan y evitar cuidadosamente las ocasiones que pueden ponernos en peligro de caer.

Las faltas que hemos cometido y las que cometemos todos los días nos apenan y nos humillan. En lugar de murmurar contra estas consecuencias, olvidando la causa de ellas, detestemos nuestras faltas y aceptemos en reparación todas las penas que se sigan. Esto es necesario e indispensable.

El cumplimiento de nuestros deberes de estado nos causa molestias y fatigas. He ahí una penitencia que debemos sobrellevar diariamente.

En fin, que jamás sea el placer la razón final de nuestros trabajos. Podemos aceptarlo como compañero y sostén en el cumplimiento de nuestro deber, pero jamás debemos buscarlo como un fin. La austeridad profunda y constante de nuestra vida es lo que hay que buscar. La Regla supone esta austeridad cuando pide a los Terciarios que se priven de las salidas inútiles y de mera curiosidad (IX, 38).

A todas estas mortificaciones, que se imponen por sí mismas, deben añadir las que la Regla señala positivamente (VIII, 37): el ayuno preparatorio a tres grandes fiestas nuestras, la de la Virgen del Rosario, la de nuestro P. Santo Domingo y la de Santa Catalina de Sena. Además para ser fieles, si es posible, a la antigua Regla, se les aconseja ayunar todos los viernes del año. La Regla alude también a otras prácticas a que pueden dedicarse los Terciarios, pero con el permiso del Director o de un confesor discreto. La antigua Regla exigía que se levantaran de noche para rezar Maitines en ciertos días y durante el Adviento y la Cuaresma. En la Regla actual se aconseja levantarse temprano para asistir todos los días a misa, antes de empezar las tareas del propio estado (VII, 33).

Si pueden dispensarse los ayunos y las abstinencias que la Iglesia manda bajo pena de pecado grave, con mucha mayor razón se pueden dispensar las penitencias prescritas por nuestra Regla. Pero tanto de estas como de aquellas que son de precepto en la Iglesia, un alma inteligente y fervorosa procura cumplir todo lo que puede y sea compatible con su salud y sus deberes de estado. Si no puede cumplir, por ejemplo, un ayuno riguroso, procurará imponerse, al menos, alguna privación.

A este propósito, el P. Rousset, comentando la antigua Regla, cuya austeridad nos asusta hoy, escribía estas acertadas observaciones: «Las fuerzas no faltan cuando se trata de servir al mundo; y sin hablar del ayuno obligado de los pobres, de las fatigas y de las privaciones del obrero, de los trabajos y de las inquietudes del ambicioso, ¡a cuántas penosas mortificaciones se someten, para el mundo y la vanidad, muchas mujeres que son delicadas! Cuando un confesor trata de imponerles alguna pequeña mortificación para el servicio de Dios en seguida lo tildan de exagerado y dicen que les resulta imposible; y estas mujeres que di-

cen que tienen poca salud y han pasado muchas noches sin dormir apenas, ocupadas en las veladas, en los bailes y en los espectáculos, no pueden soportar, sin que se quebrante su salud, privarse de una media hora de descanso para dedicarla a la oración y a la meditación.»

Podríamos continuar en este tono y añadir otros detalles. Para vestir según la moda del día y para conservar toda la elegancia posible, se someten a todas sus imposiciones por molestas que sean. Pero cuando se trata de llevar el blanco escapulario de lana, que no es precisamente una nota distinguida y, a causa de él, hay que renunciar al escote de las mujeres mundanas, ¡con pena hay que decirlo!, hay algunas Terciarias que no se atreven a usarlo.

Pero entre estas almas que degeneran y la gloriosa falange de nuestros mártires y de nuestros ascetas, se encuentra, gracias a Dios, una multitud de Terciarios y Terciarias que, por su vida de simple austeridad, hacen honor a la Orden de Penitencia y a quienes Santo Domingo reconoce por verdaderos hijos.

ARTÍCULO III

LA FECUNDIDAD DE LA VIDA

¿Se creará, tal vez, que es suficiente para un alma dominicana poseer personalmente la verdad, impregnar de ella su propia conducta y aceptar con este fin todos los sacrificios que se imponen? Debemos pensar que no vivimos aislados en este mundo. Somos miembros de una familia, de una profesión y de una parroquia, de una patria y aun del linaje humano; nadie es absolutamente extraño a nosotros. Según el grado de proximidad que nos une a nuestro prójimo, en ese mismo grado debemos sentir la preocupación por todos los seres humanos. «No digáis yo me quiero salvar, sino yo quiero salvar al mundo entero», exclamaba el P. Lacordaire. Nos esforzaremos, pues, en irradiar en torno nuestro y hasta los últimos confines de la tierra la verdad que salva. Practicaremos la caridad de la verdad. Las formas de esta caridad son múltiples, como lo vamos a ver. Pero el espíritu es siempre el mismo, como lo veremos también.

I

Variedad de obras

«Desde su origen la Orden fué especialmente instituída para la predicación y la salvación de las almas», dicen las Constituciones primitivas de los Frailes Predicadores; sus miembros, por lo tanto, deben esforzarse principalmente con todo entusiasmo y fervor a procurar el bien espiritual del prójimo. Santo Domingo quiso realizar «la santa predicación universal», evangelizar a todas las almas bajo todas las formas.

También «la Orden Tercera de Santo Domingo participa de la vida apostólica de la Orden de los Predicadores». Nuestra Regla lo dice en el primer párrafo. Y añade: «El fin de la Orden Tercera es procurar la santificación personal de sus miembros, pero también promover la salvación de las almas.»

«Para conseguir este fin, entre los medios propuestos se señala, además de la oración frecuente y de la práctica de la penitencia, cuya eficacia en favor del prójimo ya hemos indicado, las obras de apostolado en favor de la fe y de la Iglesia y las obras de caridad, según la condición de cada uno» (I, 1-3).

La oración y la penitencia corresponden especialmente a las Hermanas dominicas puramente contemplativas, que mantienen el fervor de los Frailes Predicadores. En cuanto a las obras de apostolado y de caridad, corresponde a los Terciarios contribuir a la actividad que desarrolla la Orden.

Antes de ser admitidos a la Orden Tercera, los postulantes deben dar pruebas de poseer un celo apostólico (II, 8). Una vez admitidos en la familia dominicana, «todos los Terciarios, siguiendo las huellas del Apostólico Patriarca Domingo y de la Seráfica Catalina de Sena, deben emplear y hasta sacrificar su vida con ánimo entusiasta y generoso por la gloria de Dios y la salvación de su prójimo» (XI, 40).

Las formas de apostolado en la Primera Orden fueron varias desde su origen. La invención de la imprenta y las necesidades de los tiempos actuales las han multiplicado. La Tercera Orden ha permitido y permite ir añadiendo otras nuevas, la Orden Tercera regular más que la seglar.

En estos últimos tiempos se han publicado algunos libros que tratan de «las Congregaciones dominicanas de la Tercera Orden regular». Ateniéndonos a nuestro país, el número de estas Congregaciones es asombroso, como también la variedad de las actividades que desarrollan.

Hay algunas que se dedican a diversas obras de misericordia. Otras tienen una misión claramente especializada. Muchas deben su origen a las necesidades que han surgido en diferentes puntos del territorio.

Cuando el Estado educa a la juventud prescindiendo de todo principio religioso y no le da más que vagos principios

morales sin ningún fundamento espiritual, ¿cómo no compadecerse de los niños católicos? Las hijas de Santo Domingo se ofrecen a los padres angustiados para dar a sus hijos una enseñanza íntegra, de la que tienen necesidad para afrontar dignamente la vida y cumplir todos sus deberes.

Para los desgraciados huérfanos y los niños que han sido abandonados por sus padres se han establecido muchos hogares dominicanos. Los pobres niños encuentran en las Hermanas una familia santa que los irá formando.

Existen otros conventos que son un refugio para las jóvenes que tienen un carácter difícil y cuyas tendencias precoces exigen una reeducación moral y religiosa.

Otras jóvenes necesitan ser rehabilitadas. También nuestras Hermanas se dedican a ello. Esas jóvenes que han caído en el vicio y a quienes el mundo desprecia después de haber sido causa de su caída, a esas que han sido retenidas entre las paredes de una cárcel, las dominicas abren su casa de Betania. En ella la Magdalena arrepentida se levanta poco a poco. Y comparte la vida de su Hermana que no ha pecado, y al cabo de unos años puede vestir el mismo hábito y llevar la misma vida religiosa.

El corazón de Santo Domingo sólo se emocionaba en presencia de la miseria moral. Y las hijas de aquel que vendió sus libros que tanto apreciaba para socorrer a los pobres, son hospitalarias para acoger a los miserables. Algunas se dedican también al cuidado de los enfermos, de los ciegos y de los leprosos.

Otras van a domicilio a cuidar a los enfermos pobres, hacen las tareas de la casa cuando es la madre la que está enferma, se ocupan de los niños y preparan la comida del obrero que trabaja en la fábrica.

Otras hay que han abierto buenas casas para huéspedes, hogares de jóvenes obreras, pensiones de familia, donde las almas, no menos que los cuerpos, encuentran el descanso, el alimento y el *confort* necesarios. Todo ello constituye un buen refugio en el camino de la vida.

Desde mucho tiempo nuestras dominicas se han constituido en auxiliares del clero para las obras del catecismo y del patronato, principalmente en las ciudades. Últimamente se ha fundado una Congregación que tiene por objeto

reemplazar en lo posible a los párrocos que faltan en los pueblos de campaña o donde el cura solo no puede atender cinco o seis parroquias. Gracias a ellas, el Santísimo Sacramento es adorado en su tabernáculo, los niños son instruídos en la religión, los enfermos son preparados para recibir los sacramentos y todo está dispuesto cuando el sacerdote viene a celebrar la Santa Misa. Y también hay que mencionar a aquellas que parten a las lejanas misiones siguiendo a los apóstoles.

En nuestra época, en que el alma femenina tiene nuevas exigencias y en la que las mujeres, cada día más, desempeñan un papel semejante al del hombre, del árbol dominicano salen nuevos retoños; y he aquí que aparecen nuevas dominicas que tratan de reproducir en lo posible la vida estudiosa y el apostolado intelectual de los mismos Frailes Predicadores.

Las ramas tan variadas de este árbol complejo deben vivir en una fraterna armonía, y cada una debe dar los frutos que Santo Domingo espera de ella para la gloria de Dios. Entre las diferentes Congregaciones, como entre los religiosos entregados a diversas tareas, de inspiración dominicana todas y de aptitudes que se complementan, es necesaria la comprensión, la simpatía y la ayuda mutua. A nadie es lícito exagerar su propia vocación de tal manera que venga a menospreciar o no querer reconocer el valor de otra obra igualmente meritoria.

Aña de Wineck, contemplativa en el Monasterio de Unterlinden, hubiese querido ser al mismo tiempo Hermana hospitalaria. No siéndole posible, construyó en su corazón tres casas de huéspedes: una para los pecadores, otra para los agonizantes y la tercera para las almas del Purgatorio. De día y de noche los visitaba.

Lo que las monjas contemplativas no pueden realizar, lo pueden hacer las Hermanas de la Tercera Orden regular. Y los Terciarios seculares tienen también su campo propio de trabajo. Mezclados con la masa del mundo en una forma en que no pueden hacerlo los religiosos que viven más o menos separados de él, deben ser la levadura que lo penetre y lo transforme.

En primer lugar, los Terciarios nunca descuidarán sus deberes de familia bajo el falso pretexto de tener que cumplir con los de la Orden Tercera. Sería tal cosa una prueba de incomprensión y un motivo de escándalo para aquellos a quienes precisamente están obligados a edificar. No hay mejor manera de permanecer fiel a la profesión de Terciario que cumplir lo más fielmente posible los deberes familiares; y la mayor honra que se puede dar a la Orden de Penitencia consiste en olvidarse de sí mismo en provecho de los suyos.

¿Deben contentarse nuestros Terciarios con este buen ejemplo en el seno de su hogar? Ciertamente que no. La Regla les pide que para ser fieles a las tradiciones de nuestros antepasados deben poner su actividad y su palabra al servicio de la verdad de la fe católica, de la Iglesia y del Pontífice Romano. Que en todo momento y en todas partes se muestren los defensores intrépidos de sus derechos. Que presten también su apoyo a las obras de apostolado, principalmente a las de la Orden. Que se consagren también a las obras de caridad y de misericordia según sus posibilidades. En fin, que sean los auxiliares de su párroco (XI, 41-43).

Tal es el programa expuesto en la Regla que habéis profesado. Este es el programa soñado por Santo Domingo para su Tercera Orden.

No podemos negar que en el curso del tiempo este ideal se haya debilitado. Nosotros mismos lo hemos visto disminuído al punto de no constituir más que un conjunto de prácticas individuales para los Terciarios aislados y para los demás reducirse a unas cuantas reuniones más o menos concurridas, pero sin irradiación religiosa, sin trascendencia social. Y no debe ser así. El Rmo. P. Gillet, que fué Maestro General de la Orden, lo dijo y lo repitió muchas veces: «Nuestro programa no debe inspirarse en falsificaciones, sino en realizar el mismo ideal de nuestro Patriarca y las prescripciones de la Regla que orienta nuestra conducta.»

Su Santidad el Papa Pío XI, para quien «no había nada mejor ni más precioso» que la organización del apostolado laico bajo el nombre de Acción Católica, en su Encíclica del 6 de marzo de 1935, recordó que Santo Domingo, al

fundar la Orden Tercera, había ya llamado a los laicos a colaborar en el apostolado. Y hacía notar también que en los mismos orígenes de la Iglesia se encuentran los precursores de esta Acción Católica en los cristianos que colaboraban con los apóstoles y cuyos nombres nos han conservado las Epístolas de San Pablo.

El sacramento de la Confirmación hace de los bautizados ya engendrados en la vida cristiana adultos a quienes confiere poder y gracia para defender y luchar por su fe. Cuando había entre los cristianos bastantes hombres consagrados al sacerdocio, no se sentía la necesidad de hacer un llamamiento a aquellos hombres de buena voluntad capacitados para colaborar. Pero ante la escasez de sacerdotes y la dificultad para muchos de ellos de penetrar en ciertos ambientes, ha habido necesidad de pedir la colaboración de los confirmados e invitarlos a reunirse para que su acción fuera más eficaz. León XIII, Pío X, Benedicto XV y principalmente Pío XI han sentido esta preocupación y han dado satisfacción a esta necesidad de nuestros tiempos. Ahora, pues, los laicos están obligados a organizarse para participar con todas sus energías en el apostolado para recristianizar el medio ambiente. Ocupando cada uno su puesto, deben luchar todos para volver a cristianizar las células perdidas en el ambiente de un mundo pagano. Evidentemente, permanecen sometidos a la jerarquía eclesiástica, de quien reciben las normas directivas, pero se agrupan entre sí y sus mismos jefes pertenecen al laicado. En estas condiciones, por voluntad expresa de Pío XI, se formó la Acción Católica. Así, el mismo Papa pudo decir al canónigo Cardijn: «La Acción Católica no es un pensamiento más o menos importante, es el pensamiento dominante de nuestro Pontificado.» Y antes había afirmado: «Nos hemos definido la Acción Católica conscientemente y deliberadamente y hasta podemos afirmar no sin una inspiración divina.» Por tanto, ahora «la participación del laicado al apostolado jerárquico» debe considerarse como una pieza esencial en la constitución de la Iglesia.

La Orden Tercera, por su misma naturaleza, no es un órgano de Acción Católica. Únicamente en casos excepcionales, cuando una Hermandad está bien especializada

—como puede ocurrir en algunas grandes ciudades—, podrá consagrarse como tal a esta Acción. Pero, en cualquier caso, ¿dónde se encontrará un cristiano mejor preparado que el Terciario de la Milicia de Jesucristo para ser un militante del apostolado laico? Todo cristiano de verdad, todo confirmado consciente de sus deberes, debe alistarse en los grupos de Acción Católica. Pero no se puede pedir a todos que se comprometan de una manera especial, como lo hacen los Terciarios, a adoptar una norma de vida que facilita la perfección cristiana que reclama su condición de confirmados y que exige el ejercicio del apostolado derivado de este carácter. Del mismo modo, tampoco puede exigirse a todos los sacerdotes que hagan profesión de los tres votos religiosos, aun cuando estos votos sean una exigencia de su carácter sacerdotal y los pondrían en situación de cumplir mejor con sus deberes. Pero si algunos sacerdotes aceptan estos votos incorporándose a una Orden, convirtiéndose de una manera u otra en verdaderos religiosos, la Iglesia se alegra de ello y sale beneficiosa. De la misma manera, será de mucha utilidad para la Acción Católica que sus miembros se inscriban en una Tercera Orden, sobre todo cuando ésta, como lo hace la nuestra, junta el deseo de la perfección personal con una preocupación especial de apostolado. Sin duda, entre los militantes de Acción Católica se encuentran almas que, sin estar inscritas en ninguna Orden Tercera, son mejores y ejercen una influencia apostólica mayor que muchos Terciarios, como también hay sacerdotes seculares que son mejores que muchos religiosos; pero también es cierto que los votos religiosos y, en un grado menor, la profesión del Terciario, estabilizan al alma en una situación favorable para resistir el mal ambiente, para orientarse hacia lo único necesario y difundir en torno suyo el espíritu cristiano. De esta manera la Tercera Orden proporcionará a la Acción Católica una gran parte de la fuerza que necesita para marchar a la vanguardia de la Iglesia, que lucha constantemente en inyectar su espíritu a la sociedad humana.

La Tercera Orden es, pues, una escuela de Acción Católica. Si no se hace apostolado intenso en el seno de la Tercera Orden, es, por lo menos, ahí donde nuestros Terciarios se aprovisionan para ser después verdaderos mili-

tantes en su ambiente. Conservan su iniciativa para decidir la mejor manera de desarrollar su celo e incribirse para este fin en el ejército de la Acción Católica. Y siempre encontrarán en la Orden y en el Director de la Hermandad un consejero que los puede orientar. Por este motivo, en el Congreso Nacional de la Tercera Orden, celebrado en Bolonia en mayo de 1935, el Rmo. Maestro General expresó estos deseos: «Que el Prior de cada Hermandad se ponga en relación con el dirigente de la Acción Católica a fin de utilizar mejor las energías espirituales de la Hermandad, teniendo en cuenta las necesidades locales y con el objeto de evitar la dispersión de fuerzas o de iniciativas que vengan a coincidir en un mismo apostolado.»

El apostolado de nuestros Terciarios no conoce límites geográficos. En este mismo Congreso Nacional de Bolonia el Rmo. Padre mandó «que se tuviera todos los años un día misional organizado por nuestros Terciarios y que en todas las Hermandades se nombrara un delegado especial encargado de coordinar la actividad de la Hermandad en favor de las misiones».

II

Unidad de espíritu

Sean cuales fueren las obras en que ejercitan su caridad, los Terciarios dominicos deben hacerlo con aquel espíritu que debe animarnos a todos y que caracteriza a toda nuestra Orden. ¿Cuál es este espíritu? Lo sabemos ya. El anhelo de comunicar al mundo la Verdad, he ahí el espíritu, en todos igual, que anima toda la variedad de nuestras obras.

Cuanto de una manera más próxima y directa una obra contribuya a comunicar la Verdad, tanto más conforme será a la vocación dominicana. Si, por razones personales o por necesidades particulares, tuviera alguien que consagrarse a otra clase de obras no muy propias de la Orden, sin embargo, un alma dominicana debe consagrarse a ellas con el mismo espíritu. Aun aquella religiosa que aparentemente no puede hacer nada, como el religioso que yace

enfermo en su cama, como la simple monja que vive encerrada en su clausura, todos debemos sentir fermentar en el fondo de nuestro corazón el ansia de propagar la verdad, como una levadura que ha de fermentar al mundo.

Quien no sintiera estas ansias y estos anhelos, tendría motivos para dudar de la cualidad dominicana de su espíritu. Porque el alma dominicana, por la naturaleza misma de su vocación, es ávida de repartir la verdad que posee y que contempla con amor. En esto está la esencia de nuestra Orden. Y las esencias son siempre idénticas y eternas. Las circunstancias puedan alterar o modificar su desarrollo, pero nunca cambiarlas fundamentalmente. Bajo todos los cielos y en todas las latitudes, en sus raíces, en su vigoroso tronco, en sus ramas y en sus hojas, el roble es siempre roble, y el alma dominicana es siempre apostólica.

Un hijo de Santo Domingo no puede gozar egoístamente de la verdad, habiendo en el mundo muchos hombres que están desposeídos todavía de esta verdad necesaria para la salvación. ¿Quién tendrá el valor de sentarse despreocupado frente a una mesa bien servida y saborear una opípara comida, cuando se ve cerca de sí a muchos pobres que no tienen pan? Nuestro bienaventurado Padre ha conocido esta piedad por los hambrientos del pan material y ha experimentado una piedad todavía más profunda por los infieles, los herejes y los pecadores. Conocemos los gemidos de su alma terminadas sus contemplaciones nocturnas, que eran un prelude de la visión eterna de la Verdad divina. «¡Y los pecadores! ¿Qué será de los pecadores?, pobres condenados a estar siempre privados de la Verdad...» Ya conocemos el hecho de que, a pesar de la fatiga de una larga jornada, pasa toda la noche en vela para convertir de la herejía al dueño de una hospedería de Tolosa... Y también conocemos su deseo siempre renovado de ir a evangelizar a los infieles Cumanos.

La monja dominica de clausura, el Terciario dominico a quien la enfermedad o cualquier impedimento reducen a la impotencia, deben recordar que su Padre, por sus deseos, sus plegarias y sus sufrimientos, ha contribuido de una manera eficaz a la expansión de la Verdad en el mundo. Cuando nuestro Señor ha dicho: «Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad», ¿podemos ima-

ginarnos que no ha tenido en cuenta este motivo de su Encarnación durante los treinta años de su vida oculta y, sobre todo, durante los días de su silenciosa Pasión? Murió en la Cruz por la Verdad para atraer a ella a todas las almas. Después de nuestro Señor, y gracias a este Jefe que ha reunido a todos los miembros del cuerpo místico, cada miembro puede trabajar sacrificándose a sí mismo por la redención de los demás. La Comunión de los Santos no es una palabra vana.

«No lloréis por Mí, sino por vosotras y por vuestros hijos», dijo Jesús en la subida al Calvario a aquellas mujeres que se compadecían de sus dolores, y que no pensaban que la situación de todos los que viven apartados de la Verdad es ciertamente muy triste. Enfermo y abatido por el dolor, el dominico, fiel a su vocación, olvida sus sufrimientos para ocuparse de la miseria infinitamente más grande de todos aquellos seres desgraciados a quienes conoce personalmente o ve cerca de sí y que están en peligro de perder su alma por toda la eternidad. Y esta noble emoción de su corazón en favor de los pecadores, con todos los sentimientos, todas las plegarias, todas las ofrendas de sus propios dolores hechas a Dios por sus almas, obtiene para éstas gracias de luz y de conversión.

Sólo los grandes sufrimientos o los sacrificios cruentos tienen esta eficacia. «Señor —decía una dominica del Monasterio de Tös, célebre en el siglo XIII por el gran fervor en que vivía la comunidad—, Señor, yo tengo la firme confianza de que me daréis un alma por cada madeja que hilo.»

De esta manera, todos nosotros, por humilde que sea la tarea que ocupa nuestras jornadas, debemos tener la intención de aplicar todos los méritos de nuestra vida en favor del apostolado, y la idea de colaborar provechosamente en una obra determinada nos ayude a conseguir el deseo de hacer bien todas las cosas.

Por oculta que sea nuestra vida, siempre puede tener un valor apostólico.

* * *

Nuestra existencia no se desenvuelve en una oscuridad tan absoluta que su irradiación pase totalmente desaper-

cibida. La gente del mundo sabe que las monjas, que viven encerradas dentro las gruesas paredes de la clausura, han entrado allí voluntariamente; tienen alguna idea de sus ocupaciones; es para ellos un motivo de edificación y de aliento pensar que esas mujeres son tan lógicas en su fe que aceptan tales consecuencias y lo sacrifican todo por la única cosa necesaria. Es un llamado al orden para muchos cristianos absorbidos por las preocupaciones terrenas y que tienen el peligro de echar en olvido sus creencias. Ellas plantean a los mismos incrédulos el gran interrogante del destino del hombre.

Más visible, y por tanto más edificante, será la vida del Terciario que a la vista de todos, en las condiciones en que lo ha colocado la Providencia, lleva una vida cristiana íntegra.

No importa que no predique como lo hacen sus Hermanos de la Primera Orden, tal vez ni siquiera está en condiciones de consagrarse a esas obras que pertenecen directamente al apostolado, ya que, según observa acertadamente M. Huvelin, «se hace mucho menos bien por lo que se dice y por lo que se hace que por lo que se es», y esto es un cristiano. Su ejemplo es una enseñanza. Las realidades espirituales que atesora su alma se translucen en sus actitudes y se hacen sensibles en todos sus gestos. Su manera de actuar es muy distinta de los demás. Emaná de él una virtud, la misma virtud de Cristo que pasa a través de este miembro visible que vive incorporado a El de una manera tan íntima. Nadie de los que viven cerca de él deja de percibir su benéfica influencia. El alma de un verdadero Terciario dominico ilumina a las almas que le rodean (1).

(1). Me contaron el caso muy reciente de una joven de veinte años, Terciaria y jocista, que atormentada por una cruel enfermedad de la médula espinal, obligada a estar siempre acostada en su cama del hospital, ejercía un apostolado muy fecundo. Sin apenas hablar, sin proponerse enseñar la verdad, simplemente permaneciendo en su lecho, resignada, abandonada en manos de Dios, ejemplar en la aceptación de sus dolores, predicando la verdad crucificada, en realidad era una predicadora de nuestra Orden —como lo fué también antes que ella la Beata cuya fiesta celebramos el 28 de mayo, la dulce, encantadora y dolorosa María Bartolomea Bagnesi—. Y así como las exequias de la Beata dominica fueron un triunfo, ya que conmovió a todos los habitantes de Florencia y casi se produjo una pequeña catástrofe, ya que todos querían tocar su cuerpo santificado, así también esta joven Terciaria de los suburbios de

Por lo demás, esta conducta es muy natural. Si un Terciario no ejerce esta influencia entre los miembros de su familia, entre sus conocidos, en el ejercicio de su profesión, entonces es cuando causa un verdadero escándalo.

Incluso en la manera de portarse en una simple ceremonia religiosa los Terciarios pueden hacer un bien inmenso. «En las iglesias estén con gran reverencia —dice la Regla—, sobre todo durante los Oficios divinos, y sirvan de ejemplo a todos los fieles cristianos» (VII, 35).

Por su delicada modestia, por su pureza evidente, por su bondad, su dulzura, su paciencia, su espíritu de sacrificio, su culto del deber, cualquier miembro de nuestra Tercera Orden demostrará que está en posesión de la verdad, pues produce tales frutos, y su conducta será una apologética viviente para convencer a las almas atormentadas por la duda.

Un profesor con alma dominicana puede que su ocupación sea la enseñanza de las matemáticas o de la geografía, pero lo hace con una preocupación religiosa de su deber de estado y con un sentido tal de las almas de sus alumnos que éstos se sienten conmovidos, emocionados y conquistados, y su vida espiritual recibe una impresión imborrable.

Las enfermeras tienen una manera dominicana de cuidar a los enfermos. Los cuidados caritativos que prodigan provienen de un alma iluminada por la verdad, y a través del cuerpo buscan al alma para comunicarle la luz. El abandono puede llevar a los desgraciados a dudar de Dios y a blasfemar de su justicia y su bondad: la llegada de la Hermana enfermera de los pobres detiene la blasfemia en los labios y reafirma la fe en el buen Dios. La enfermedad y la proximidad de la muerte manifiestan al espíritu humano la vanidad de la vida del cuerpo y de los bienes terrenos: la Hermanita llega a tiempo para poner en este espíritu libre la verdad eterna que desborda del suyo.

* * *

París hizo que acudiera a su entierro una multitud de gente, Terciarios y Terciarias, Hermanos y Hermanas jocistas, y todos juntos en un mismo impulso entonaron de repente en la iglesia el *Magnificat*. — P. B. *L'Année Dominicaine*, mayo 1936, pág. 164. Se refiere el autor a Teresa Raimbaud, cuya vida ha sido publicada por la editorial Difusión, de Buenos Aires, con este título: *De modista a santa*.

Pío II escribió en el acta de canonización de nuestra M. Santa Catalina de Sena: «Nadie acudió a ella sin volver mejor y más instruido.»

Santa Catalina de Sena no se contentaba con rezar y hacer penitencia en el interior de su habitación, con preocuparse de las miserias y de los dolores materiales en la forma en que acabamos de ver, sino que ejercitaba el don de enseñar la verdad con que Dios la había dotado ampliamente. Por su palabra, por sus cartas, por sus libros fué una Hermana Predicadora en toda la extensión de la palabra. Todo Terciario debe calcular lo que puede hacer en este sentido. El Rmo. P. Gillet, en una carta encíclica, escribía a todos los Hermanos y Hermanas de la Orden Tercera: «El Terciario no ha comprendido completamente su misión si a la medida de sus posibilidades no se consagra al apostolado; con frecuencia estas posibilidades serán mayores de lo que se había imaginado...

»En primer lugar, en el seno de su familia... Sin imposiciones, sino respetando como se debe la libertad de cada uno, procurará dar a conocer la vida de la Orden, ayudará discretamente a todos a cimentar su fe y su piedad sobre bases sólidas, como las que él posee por una especial bendición de Dios, sirviéndose de una conversación, de la lectura de algunas páginas de un libro o recomendando que se vaya a consultar a algún Padre; ¡cuántas crisis dolorosas pueden evitar o atenuar por estos medios un padre o una madre de familia! En esa forma darán lugar a que la luz brille en los espíritus turbados por el vino humoso de la juventud y también por los sofismas del mundo.»

En el Congreso Nacional de Bolonia, en 1935, el mismo P. General formulaba también este voto: «Que el Terciario jefe de familia restablezca en su casa la hermosa costumbre de rezar el Rosario en común, a ser posible, antes o después de la cena, y que sugiera a sus amigos y subordinados a que hagan lo mismo.» No hay necesidad de ponderar el gran apostolado doctrinal que supone la meditación diaria de todos los grandes misterios de nuestra fe. He ahí una «predicación» al alcance del más humilde de «los Terciarios de la Orden de Predicadores»: propagar la práctica del Rosario, conseguir adeptos para la Co-

fradía del Rosario, hacer que se inscriban en el Rosario Viviente o en el Rosario Perpetuo.

«En la vida parroquial —sigue diciendo la Encíclica— nuestros Terciarios deben examinar a qué obras pueden dedicarse con preferencia, a no ser que hubiera alguna que por falta de elementos tuviera que suprimirse, pero, en general, deben dedicarse a aquellas obras cuyo fin directo es el apostolado, como la enseñanza del catecismo a los niños o a los adultos, ya se trate de dar la clase a muchos como a uno solo; un alma es, por sí misma, un gran auditorio, ha dicho el P. Lacordaire. Pueden también dedicarse a dar conferencias sobre distintos temas, ya sea de información, de documentación específicamente católica o de interés general, con el fin de atraer a los indiferentes, a quienes en la misma sesión se procurará dirigir una palabra verdaderamente apostólica; y estas personas indiferentes hoy día no se encuentran sólo entre los hombres, sino también entre las mujeres.

»Y nadie debe excusarse bajo el pretexto de que no está suficientemente instruido en las verdades de la religión o que no está preparado para exponerlas o desarrollarlas; si así fuera, es necesario que las aprenda, y luego con el ejercicio se irá adquiriendo la práctica.»

El Rmo. P. General hacía notar también que en estas mismas obras se puede desempeñar un papel más modesto, más humilde, como sería dedicarse a la administración u organización de esas mismas obras.

Pueden y deben también trabajar en difundir las publicaciones de toda clase por las que nuestros Padres procuran propagar en el mundo la Verdad.

En fin, más allá de la parroquia está el mundo entero, que se abre a vuestra acción. «Poseedores de la verdad y de la caridad, seguros de que estamos en posesión de ambas, tenemos el derecho de hacerlas penetrar hasta donde deben llegar, es decir, en todas partes: en la vida pública, en la vida social, en la vida económica, en la vida internacional.»

* * *

Però todo esto supone que estamos en posesión de la verdad y de la caridad auténticas y activas. Se exige su

posesión con las diversas modalidades conforme a las diversas formas de apostolado que acabamos de exponer; pero toda alma dominicana, si quiere que su vida sea fecunda, debe estar provista de ellas.

En primer lugar, debe poseer la verdad auténtica. La hemos recibido de Dios. Nuestro divino Maestro la ha revelado a la humanidad y nos da a cada uno de nosotros la fe para apropiarnos su ciencia divina. Esa fe, que es como la pupila sobrenatural en el ojo de nuestra inteligencia, según la frase de Santa Catalina, nos permite creer la verdad que Dios ve. Un dominico debe apreciar la fe más que la pupila de sus ojos. Nuestra Orden ha tenido varios inquisidores celosos de la ortodoxia de la fe. Muchos murieron en defensa de ella: Pedro de Verona el primero, dichoso de sellar con su sangre el *credo* católico. Debemos procurar hacer en nosotros mismos las inquisiciones necesarias para conservar siempre pura nuestra fe, rechazando el modernismo actual en el que se han concentrado hoy día tantas herejías. Debemos imitar a nuestro Padre cuya vida se movió sin cesar en dos direcciones: ir a Roma, donde reside el depositario infalible de la doctrina revelada, y partir luego de ese centro y encaminarse a todas las partes del mundo para arrojar en ellas la semilla de una doctrina aprobada. Nuestra Regla pide, expresamente y repetidas veces, esta imitación de nuestro bienaventurado Padre (II, 8, y XI, 41).

Ninguno de nuestros Terciarios, de nuestros militantes y, sobre todo, ninguno de nuestros sacerdotes debe ignorar las encíclicas papales que recuerdan periódicamente las grandes verdades de nuestra fe, indican las preocupaciones actuales de la Iglesia y dan a nuestra actividad apostólica la dirección más oportuna y eficaz.

Pero las enseñanzas que la Iglesia propone de parte de Dios a sus fieles deben ser objeto de nuestro estudio, y no sólo debemos estudiarlas, sino también asimilarlas lo más completamente posible para poder comunicarlas a los demás. De esta manera obraba Santo Domingo, que no cesaba nunca de estudiar, de meditar la doctrina cristiana, de día y de noche, en el convento y durante los viajes, y por eso siempre estaba preparado para predicarla con provecho. En una ocasión le fué preguntado al Beato Jordán

de Sajonia qué Regla profesaba, y él contestó: «La de los Frailes Predicadores, y he aquí en qué consiste: vivir virtuosamente, aprender y enseñar.» El gran teólogo Cayetano, que fué Maestro General de nuestra Orden, llegaba a afirmar que un fraile dominico que no dedicara al estudio cuatro horas diarias, difícilmente se excusaría de pecado mortal.

Los sacerdotes de nuestra Tercera Orden, lo mismo que nosotros, tendrán en cuenta estas palabras, excesivamente severas tal vez, pero que no dejan de inspirar saludables reflexiones. El Padre dominico que dirigía en los caminos de la santidad a la Beata Clara Gambacurta le recomendaba «que jamás ninguna cosa le pudiera estorbar el estudio». Y le hacía notar esta hermosa realidad: «No olvides esto: pocos santos hay en nuestra Orden que no hayan sido al mismo tiempo sabios.» El demonio debe haberse dado cuenta de esto. Porque mientras Santa Rosa de Lima hacía su lectura espiritual en las obras del P. Luis de Granada, el demonio se enfurecía contra ella, le arrebatava el libro de las manos y se esforzaba en destruirlo.

Las Vidas de nuestros primeros frailes nos cuentan hechos análogos, y vemos cómo el demonio intentaba apartar del estudio a los frailes, insinuándoles pretextos de pobreza y aun de religión.

No todos pueden dedicarse intensamente al estudio. Entre Santa Rosa de Lima meditando a Fr. Luis de Granada y Cayetano comentando la *Suma* de Santo Tomás, hay una diferencia notable. Pero en nuestros tiempos se ha editado la traducción de la *Suma*, en la que varios profesores de nuestra Orden han puesto al alcance de personas que tienen ya una cultura general lo más importante de nuestros comentaristas. Y aun aquellas personas que encuentran demasiado elevadas las obras de Fr. Luis de Granada o las de nuestros autores espirituales modernos, pueden servirse de las conferencias que se dan en la reunión mensual de la Hermandad, en las que el P. Director procurará tratar temas referentes a la santificación personal como al apostolado. Evidentemente, estamos lejos de compartir la idea de aquellas personas que acuden a las reuniones con el objeto de hacer algunos trabajos de costura para los Padres, de conocer las últimas novedades de la Orden

y rezar juntas algunas oraciones. Cosas excelentes todas ellas, pero que no son suficientes.

Si en nuestra Orden existe esta ansia del estudio de la verdad, es por la caridad, por el amor a nuestro Dios, a quien queremos conocer mejor para contemplarlo en su belleza; por amor a las almas también, para que conozcan a Dios y lleguen a contemplarlo con nosotros en la vida eterna. Cuando se trata de nuestra contemplación personal, conviene que intensifiquemos el conocimiento de Dios y que dejemos a un lado otra clase de investigaciones. Las almas puramente contemplativas deben guardarse de la curiosidad intelectual como de un estorbo para su recogimiento interior. Pero las que deben ejercer un apostolado efectivo con personas atormentadas por la duda, tienen necesidad de ampliar sus estudios, principalmente en el terreno de la apologética, de la exégesis y de la historia, «a fin de estar preparado, como lo recomienda San Pablo, para exhortar según la sana doctrina y refutar a los que la contradicen».

Se cuenta que Santo Domingo quiso un día venderse como esclavo de los moros para obtener la libertad de un cautivo. Con el mismo espíritu de caridad se consagró al estudio de la ciencia sagrada; y todo dominico debe consagrarse a él perpetuamente, en cuanto le sea posible, para salvar a tantos desgraciados a quienes el espíritu del mal tiene atados con las cadenas del error y de la ignorancia. Ahí está la miseria más grande, que para muchas almas puede ser eterna si nosotros no trabajamos en hacerlas salir de ese estado. La caridad más excelente es la de la verdad. No hay obra de misericordia más excelente. En todo caso, nosotros por vocación estamos obligados a dar esta limosna de la verdad. El estudio, entendido tal como lo hemos dicho, es el medio más indicado para enriquecernos y repartir estas riquezas a los demás. Pero el primer libro que debemos estudiar y que nos ha de alentar para el estudio de otros libros y para hacer buen uso de ellos, es el libro de la caridad. «Hijo mío —decía Santo Domingo—, yo he estudiado principalmente en el libro de la caridad y en él se aprende todo.»

A P É N D I C E

LOS COLORES DOMINICANOS

Los Terciarios pueden usar el hábito blanco y negro como los frailes y las religiosas de la Segunda Orden. Si pertenecen a la vida regular, lo pueden usar siempre. Si son Terciarios seculares, entonces su hábito queda reducido a un pequeño escapulario de lana blanca; no obstante, el hábito completo conserva para ellos su valor simbólico, cuya realización deben procurar todos los días. Por esta razón se les permite ser amortajados después de la muerte con el hábito completo de la Orden.

Blanco y negro; estos colores son tan apreciados por algunos de nuestros Terciarios que no se desprenden de ellos ni en los mismos trajes seculares. Otros quieren llevar, al menos, sobre un traje que se distingue por una modestia de buen gusto, una pequeña cruz blanca y negra que caracteriza a nuestra Orden. A todos, pues, con más o menos propiedad, puedo dirigir como punto final una especie de alocución de toma de hábito, que tiene por fin, al recordar el significado de nuestros colores, resumir las enseñanzas de este libro.

* * *

Primeramente se os viste con una túnica de lana blanca. Después sobre ella se os coloca una amplia capa negra. ¿Por qué? Son muchas las razones de esto. Thierry de Apolda menciona ya algunas en su libro sobre Santo Domingo, y el Beato Raimundo de Capua las reproduce gustoso en su vida de Santa Catalina de Sena.

Todo el mundo ve en el color blanco el símbolo de la inocencia. Al recién bautizado, que ya ha sido completa-

mente purificado por la gracia del sacramento, también se le da un vestido blanco, por el cual la Iglesia quiere significar que él está ya limpio de toda mancha. *Accipe vestem candidam*. Antiguamente los neófitos llevaban durante ocho días el vestido blanco de su bautizo, desde el Sábado Santo hasta la dominica *in albis*. Vosotros debéis conservarlo hasta la muerte.

Pero además de esta túnica blanca se os da una capa negra que la Iglesia no da a los recién bautizados. ¿Por qué razón se os da esta capa? Porque no es posible pasar por este mundo durante dieciocho años, que son los que se requieren para empezar la vida dominicana, sin que más o menos se manche la blancura del bautismo. La capa negra simboliza la penitencia, sin la cual no se puede recuperar la perfecta inocencia. Con la esperanza de recobrarla de nuevo entráis en la Orden fundada por Santo Domingo, que tiene a la penitencia como una de sus características.

* * *

Si, no contento con la profesión de Terciario, abrazáis un día la vida religiosa, en la que Santo Tomás con toda la tradición reconoce en verdad un segundo bautismo, también entonces, aun cuando vuestra alma se haya purificado ese día de todo pecado y de la totalidad de las penas merecidas por vuestros pecados, sobre vuestra túnica blanca recibiréis la capa negra.

La túnica blanca os indica también el cuidado especial que debéis poner en evitar la menor mancha. El que quiere trabajar sin preocupación en un trabajo en que fácilmente puede mancharse, no se pone una túnica blanca. La menor mancha se destaca y llama la atención.

El que quiere conservar la blancura de su hábito debe huir de todo contacto que la pueda empañar. ¿No conocéis, acaso, la leyenda del blanco armiño que figura en el escudo de Bretaña? Os la voy a contar con todo gusto, y habéis de saber que el dominico Alberto de Morlaix, en su historia de los santos de Bretaña, pretende que Santo Domingo descende de un señor bretón y que la cruz de nuestro escudo está formada de cuatro armiños emparejados. Difícilmente puede admitirse esta opinión. Sea como sea, ved la

hermosa leyenda del armiño. Hacía un largo rato que un armiño iba huyendo de un cazador que lo iba persiguiendo. Metiéndose por entre los matorrales, iba ganando distancia. Pero he aquí que llega a la orilla de un pantano. Nada más fácil que cruzarlo y escapar así de la persecución del cazador. Con toda seguridad iba a ensuciar su blanca piel. ¡Pero se trataba de salvar la vida! Y bien pensado, dijo: ¡No! ¡Prefiero morir! Y el pequeño armiño se quedó al borde del pantano, donde lo alcanzó el cazador y lo mató de un flechazo. *Potius mori quam foedari*, ¡antes morir que mancharse! Esta es la divisa de Bretaña y debe ser también la vuestra. «Estos vestidos blancos de salvación debéis guardarlos puros y sin mancha.»

Pero sabed también esto, que la capa negra, protectora de vuestra túnica blanca, os recordará continuamente: el deseo de permanecer limpios de toda mancha debe ir acompañado, para que sea verdaderamente eficaz, de igual deseo de la mortificación. La penitencia, os decía antes, es necesaria para expiar los pecados cometidos. La mortificación es indispensable para evitar los pecados que puedan cometerse. El vestido negro anuncia la muerte. Es necesario mortificar continuamente los malos pensamientos que tienden a revivir siempre en vuestra alma.

* * *

¡Animo y confianza! Pues vuestro hábito representa también, en lo que tiene de blanco, las gracias de pureza que os dispensará la protección especial de la Virgen María. Ella es la que, en circunstancias memorables y a la vista del mismo Santo Domingo, curó al Beato Reginaldo y le mostró el hábito completo que debía usar. El escapulario, que hasta entonces no se usaba, «fué en adelante la parte principal del hábito de los Predicadores. Es la prenda del amor maternal que nos trajo del cielo la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, que nos ha cobijado y nos protege bajo sus alas. Bajo su sombra encontraréis una suave frescura contra los ardores de las pasiones, y hasta el momento de vuestra muerte os servirá de escudo y de defensa contra los ataques del demonio y los peligros de esta vida».

No olvidemos nunca esta protección todopoderosa que nuestro hábito evoca sin cesar. No nos dejemos hipnotizar por los peligros que nos rodean ni por nuestra flaqueza. La verdadera mujer fuerte que ha tejido para nosotros esta tela blanca es nuestra Madre celestial. Gracias a ella nuestros santos y santas se distinguen por su pureza. ¿Os habéis fijado que en el Oficio se hace destacar con satisfacción su brillante virginidad? Es un don otorgado por la Virgen María.

Recordad la historia de aquella piadosa mujer de Lombardía de que hablan nuestras antiguas crónicas. Era al principio de la Orden. La buena mujer vió por primera vez a dos jóvenes religiosos «vestidos con un hábito elegante y muy hermoso». Y empezó a poner en duda su virtud. «¡Jamás —se dijo ella— podrán guardar su pureza!» A la noche siguiente se le apareció la Virgen con rostro severo: «Tú me has ofendido en la persona de estos religiosos que son mis hijos —le dijo Ella—. ¡Crees tú que yo no me preocupo de ellos!» Y abriendo su manto le mostró una multitud de frailes, entre los que se encontraban los dos religiosos que había visto el día antes.

Cuando por la mañana os pongáis este hábito blanco decid con respeto a la Santísima Virgen «*Monstra te esse matrem, fac ut monstrem me esse tuum filium...* Mostrad que sois mi Madre y haced que yo me muestre hijo vuestro.» Después besad vuestro escapulario con la misma veneración con que besaríais la santa túnica inconsutil que María tejió para su Hijo. También vosotros, como el Santo de los santos, habéis recibido de sus manos este hábito.

Pero si queréis que la protección de María sea abundante y eficaz, conservaos humildes, muy humildes. *Humilibus dat gratiam*: La gracia se da a los humildes. Vuestra capa negra os recordará sin cesar esta humildad que es indispensable. «Recibid esta capa negra, símbolo de la humildad en que debéis manteneros.» El día en que olvidarais que la pureza es un don de María; el día en que os atribuyerais el mérito de la misma, la perderíais muy pronto. Es digno de notar cómo los Padres de la Iglesia, que nos han dejado varios sermones dirigidos a las vírgenes cristianas, insisten sobre esta virtud de la humildad. Si comprendéis el lenguaje de los símbolos, vuestra capa

negra os dirá continuamente lo que San Ambrosio y San Agustín decían en su tiempo a las vírgenes cristianas.

* * *

Nuestro hábito tiene todavía otro significado específicamente dominicano. Todo el ideal de nuestra Orden se ha resumido en la palabra *Veritas* y en esta fórmula tan completa de Santo Tomás: *contemplare et contemplata aliis tradere*. Sin duda alguna nuestro hábito blanco es un símbolo de esta verdad luminosa, a la que se consagra la Orden de Santo Domingo, y de la luz de la contemplación, y de la irradiación del celo apostólico. Tiene el mismo significado que tenía aquel maravilloso resplandor que despedía la cara de nuestro bienaventurado Padre.

Pero para conservar una fe pura, para poseer un conocimiento profundo de la verdad, para dedicarse con amor a la contemplación de la misma, para poder difundir en torno de sí el resplandor de esta verdad y el brillo de una sólida virtud, hay que cumplir también con ciertas condiciones, que están simbolizadas en la capa negra. Así como el blanco es el color que más despide la luz, así el negro es el que más la absorbe. Es necesario que nuestro espíritu absorba primero la luz que le viene de Dios, autor de la revelación, y también de la Iglesia, que nos la propone en nombre del mismo Dios, y de nuestros maestros que nos la explican. Es necesario que todas nuestras facultades se absorban en la oración, en el estudio, en la meditación, rumiando y asimilando la verdad. Y para que todo esto lo hagamos con provecho es necesario evitar toda disipación, reprimir la sensibilidad; saber mantener el recogimiento. Y todo esto está simbolizado en la capa negra.

Seguramente conocéis el famoso cuadro del Beato Angélico en el que pintó a Santo Domingo admirablemente joven, sentado, con un libro sobre sus rodillas. Está envuelto en su capa negra. Su cara está ligeramente apoyada sobre la mano derecha; lee, medita y contempla; su rostro está iluminado; una aureola resplandece en torno a su cabeza, brilla la estrella sobre su frente. Muy distinta será su actitud cuando se levante para hablar de Dios a las almas. Sus brazos se abrirán en un gesto generoso, mos-

trando a los ojos de todos la blancura de su túnica, oculta en gran parte ahora bajo la capa negra. Después de haber absorbido la luz la difundirá en torno suyo...

Todos nosotros, incluso las Hermanas Predicadoras, debemos imitar a nuestro Padre, derramando la luz en torno nuestro por la palabra y el ejemplo, y preparándonos por medio del recogimiento y las austeridades necesarias.

* * *

Consideremos el último rasgo de este rico simbolismo que estoy explicando. Los vestidos blancos significan gozo y alegría. Este simbolismo que el color blanco tiene aquí parece que lo conserva en el cielo. Cuando nuestro Señor, en el día de la Transfiguración, quiso dar a sus discípulos una idea de su gloria y de su felicidad eterna, se mostró a sus discípulos revestido con una túnica de una blancura que brillaba. En el cielo, en pos de Jesús, van vestidos de blanco los elegidos que vió San Juan y que nos describe en el Apocalipsis. ¿Quiénes son esos y de dónde vinieron? En la festividad de todos nuestros santos nuestra liturgia repite esta misma pregunta de San Juan: «*Hi qui amicti sunt stolis albis, qui sunt et unde venerunt?*» Todos estos santos revestidos de túnica blanca, cuya fiesta celebramos hoy, ¿quiénes son y de dónde vinieron?» La respuesta es clara. No cabe duda alguna. Son aquellos que aquí en la tierra recibieron el blanco hábito de Santo Domingo, símbolo ya en este mundo del gozo eterno.

Este gozo celestial, ¿no lo saborearon ya aquí en la tierra, en la práctica de la caridad que les facilitaba el cumplimiento de las santas observancias de su Orden, en la contemplación de la belleza divina en cuya contemplación se expansionaba a su placer la caridad, en la seguridad que les infundía esta contemplación de que su Dios amable era infinitamente perfecto y que todas las cosas, en definitiva, se realizaban conforme a su beneplácito? Por esta razón el corazón de nuestro bienaventurado Padre se inundaba de gozo y se iluminaba su rostro, como nos lo atestigua el Beato Jordán. Sor Cecilia nos dice que siempre parecía estar alegre y sonriente. Santa Catalina de Sena

asegura que «su religión es alegre; es como un jardín de delicias». A unos novicios que hacía poco habían sido admitidos en la Orden y que se tentaron de la risa durante las Completas, Jordán de Sajonia les dijo: «Reid, reid, queridos», y reprendió a un fraile anciano que daba muestras de impaciencia ante la risa de aquellos jóvenes.

Pero pensemos que nuestra alegría dominicana debe estar velada de cierta melancolía, como nuestra túnica blanca está cubierta con la capa negra.

Sí; Sor Cecilia, cuya santa vida era un consuelo para nuestro Padre, cuando éste iba al convento de ordinario lo veía con un rostro alegre, salvo, añade ella, «cuando estaba emocionado por alguna aflicción del prójimo». Y esto ocurría con frecuencia, tanto más cuanto que el alma de nuestro Padre apreciaba en su justo valor todas las aflicciones y sentía las miserias espirituales con más intensidad que las otras. Los defectos habituales de sus mismas hijas religiosas, se dice que le crucificaban. Cuando de lejos divisaba los apretados techos de un pueblo, el pensamiento de las miserias humanas y de los pecados de los hombres le sumergía en tristes reflexiones que ensombrecían su rostro. Y por la noche derramaba abundantes lágrimas por los pecados del género humano.

Santa Catalina sufría también por la miseria del mundo. Se consideraba culpable de todos sus males, y terminaba sus oraciones diciendo: «¡He pecado, Señor, tened piedad de mí!» Recomendaba insistentemente a sus discípulos el conocimiento de sí mismos y de sus miserias, pero con la condición de que no lo separaran del conocimiento de la misericordia divina. Ella compuso un tratado sobre las lágrimas y se ha podido afirmar que «sus hijos espirituales fueron educados en la escuela de las lágrimas; la tristeza, pero una tristeza cristiana, es el sello de familia de los que fueron hijos de sus deseos y de sus plegarias».

Si el Beato Jordán de Sajonia aprobaba la risa de los novicios, era porque al mismo tiempo les daba el motivo siguiente: «Tenéis mucha razón de manifestar vuestro gozo, porque habéis sido libertados de la esclavitud del demonio que os retenía con sus cadenas durante varios años.» Y Gerardo de Frachet termina el relato diciendo que: «El alma de los novicios recibió gran consuelo de

estas palabras, y ocurrió que a partir de aquel momento rechazaron toda risa intempestiva.»

Con una sola palabra el Beato Jordán los había establecido en la verdad. Y esta verdad, que pone la alegría en el fondo de nuestros corazones, templá también la comunción. Libres del poder del demonio, conservamos el recuerdo de haber estado dominados por su poder; y a pesar de todo, siempre hay el peligro de que volvamos a caer en sus manos, y sabemos que, desgraciadamente, un gran número de nuestros hermanos se encuentran en ese estado. Felizmente estamos unidos con Dios, pero lo estamos solamente en las sombras de la fe. No lo vemos, lo conocemos poco, participamos muy imperfectamente de su felicidad. Nuestro gozo es particularmente un gozo de esperanza, como dice San Pablo, *spe gaudentes*.

Suspiramus, gementes et flentes in hac lacrymarum valle. Estas palabras que cantamos todas las tardes no deben ser palabras vanas. Suspirando por el término de nuestro destierro, sentimos la nostalgia de esta patria celestial, donde la Virgen María, tan clemente, tan buena, tan dulce, nos conducirá a ver a su Hijo, a nuestro Dios.

«No hay más que una tristeza, se ha dicho, y es la de no ser santos.» Sí; no hay otra razón más que ésta para estar tristes. Pero realmente tenemos motivos para ello. Tristeza de no ser todavía un santo beatificado en la gloria; tristeza, para los mejores, de haberse santificado tan poco en la tierra; tristeza, para muchos, de encontrarse lejos de la santidad. «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora decisiva de nuestra muerte.» ¡ Ah ! ¡ Cuánta razón tenemos de repetir esta oración ciento cincuenta veces al día !

Y ¡ cómo nos conviene ahora velar de negro nuestro hábito blanco que nos cubre interiormente ! En algunos países a los dominicos se les llama «los Padres negros».

Pero día vendrá, esta es nuestra esperanza, en que se establecerá el reinado del gozo completo y «nosotros, vestidos de blanco, estaremos con Cristo en el Reino de los cielos». Este gozo perfecto os lo deseo a todos vosotros, como a mí mismo, queridos Hermanos y Hermanas que lleváis el hábito blanco y negro de Santo Domingo.

ÍNDICE

	Páginas
PRÓLOGO DEL AUTOR... ..	5
Regla de los Hermanos y Hermanas de la Orden Tercera Seglar de Santo Domingo	7

CAPÍTULO PRIMERO

LA ORDEN TERCERA DE SANTO DOMINGO

ARTÍCULO PRIMERO. — El fin de la Orden Tercera	19
I. Es conducir a la perfección	19
II. La perfección se encuentra en la unión con Dios por la caridad..	22
III. El deber de realizar la caridad perfecta	25
ARTÍCULO II. — La profesión del Terciario	30
I. Es una verdadera profesión	30
II. La obligación contraída... ..	33
III. Peligros y ventajas espirituales	36
ARTÍCULO III. — Un estado religioso	40
I. El carácter sacramental y la virtud de la religión.	41
II. La virtud de la religión y las virtudes teologales...	44
III. La virtud de la religión y las virtudes morales en el estado religioso	47

CAPÍTULO II

NUESTRA FAMILIA RELIGIOSA

ARTÍCULO PRIMERO. — Una verdadera familia	55
I. La Orden de Santo Domingo... ..	55
II. La solidaridad dominicana... ..	59
III. La vida en la Hermandad	65

	Páginas
ARTÍCULO II. — El culto de nuestro Patriarca	69
I. Santo Domingo por su grandeza merece el respeto de todos... ..	70
II. Santo Domingo, nuestro legislador, tiene derecho a nuestra sumisión	73
III. Santo Domingo, nuestro Padre, reclama nuestra piedad filial... ..	77
ARTÍCULO III. — El Espíritu de Santo Domingo	83
I. ¿Qué es el espíritu de una Orden religiosa?	83
II. ¿Dónde se encuentra el verdadero espíritu de nuestra Orden?... ..	86
III. ¿En qué consiste el espíritu dominicano?	89

CAPÍTULO III

LAS ALTAS FUENTES DE NUESTRA VIDA

ARTÍCULO PRIMERO. — La Virgen María, Patrona de los Frailes Predicadores	97
I. La intervención de María en favor de nuestra Orden	98
II. La devoción de nuestra Orden a María... ..	104
ARTÍCULO II. — Jesús Salvador nuestro Jefe vivificador.	111
I. Nuestro Señor en su realidad histórica	111
II. Jesucristo en su realidad mística... ..	117
III. Jesucristo en su realidad eucarística	121
ARTÍCULO III. — La Santísima Trinidad	128

CAPÍTULO IV

NUESTRO OFICIO CANONICAL

ARTÍCULO PRIMERO. — La liturgia dominicana	135
ARTÍCULO II. — La misa y el Oficio	140
I. El Santo Sacrificio	140
II. El Oficio originario de la misa	146
III. Exceñencia de nuestro Oficio... ..	150
ARTÍCULO III. — Las Horas canónicas	157
I. El Oficio nocturno.	157
II. Los Laudes matutinos	162
III. Las horas menores diurnas... ..	167
IV. Las alabanzas de Vísperas... ..	172
V. Las Completas..	175
ARTÍCULO IV. — La plegaria por nuestros difuntos	181

CAPÍTULO V

LA ORACIÓN DOMINICANA

	Páginas
ARTÍCULO PRIMERO. — La tradición de nuestra Orden	189
ARTÍCULO II. — Las bases de nuestra oración	195
I. Un fondo doctrinal	195
II. Las inspiraciones litúrgicas de la oración	199
ARTÍCULO III. — Las diversas formas de nuestra oración.	205
I. Las oraciones secretas	205
II. Las santas meditaciones.	210
III. La meditación religiosa... ..	213
IV. La meditación contemplativa	217
V. La contemplación mística	221
VI. Las oraciones jaculatorias	225
VII. El Santo Rosario, método de oración	229
ARTÍCULO IV. — Hacia la contemplación perfecta	235

CAPÍTULO VI

TODA LA VIDA EN LA VERDAD

ARTÍCULO PRIMERO. — La verdad de la vida	243
I. Función de la virtud de la prudencia	243
II. Bajo el gobierno de la Providencia... ..	247
III. Santo Domingo abandonado a la Providencia ...	251
IV. La prudencia activa de Santo Domingo... ..	255
ARTÍCULO II. — La austeridad de la vida	259
I. Afinidades entre la gracia y la cruz	259
II. Los motivos de la mortificación	263
III. La práctica de la penitencia	269
ARTÍCULO III. — La fecundidad de la vida	275
I. Variedad de obras.	275
II. Unidad de espíritu	282

APÉNDICE

Los colores dominicanos	293
--------------------------------	-----

